



SIBILA FREIJO

LO QUE
DESCUBRÍ
DE TI

Tu cuerpo y tu vida están llenos de secretos.





LO QUE DESCUBRÍ DE TI

Sibila Freijo

1.^a edición: septiembre 2017

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-795-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[1. Después de la tempestad viene la calma](#)

[2. Sin ti no hay nada](#)

[3. Escuela de calor](#)

[4. Un cumpleaños feliz](#)

[5. La piedra lunar](#)

[6. Cuevas, sexo y murciélagos](#)

[7. Veneno en la piel](#)

[8. Agonda Paradise](#)

[9. Otra vuelta de tuerca](#)

[10. Plantaciones de té y aguas pantanosas](#)

[11. Lugares que se inventaron para nosotros](#)

[12. Dulce hogar](#)

[13. El pasado siempre vuelve](#)

[14. Ucrania, un sitio al que no ir](#)

[15. Ser o no ser](#)

[16. Una herencia en vida](#)

[17. Las mil y una noches](#)

[18. ¿Qué me pasa, doctor?](#)

[19. Una mujer fatal](#)

[20. Mister Equis](#)

[21. Nuevas emociones](#)

[22. Que la vida te deje exhausta](#)

[23. Leyla](#)

[24. La invitación](#)

[25. Solo chicas](#)

[26. En tu fiesta me colé](#)

[27. El brunch](#)

[28. Noche burlesque](#)

[29. Allí donde estés](#)

[30. Aprendiendo a confiar](#)

[31. La Dama de las Camelias](#)

[32. La carta](#)

[33. La sorpresa](#)

[34. Te prohíbo que me aprecies](#)

- [35. Apocalipsis zombi](#)
- [36. Sesión continua](#)
- [37. Cojines con sorpresa](#)
- [38. La vitrina del estanco](#)
- [39. Cabo de Gata](#)
- [40. Tengo miedo](#)
- [41. Thelma y Louise](#)
- [42. El día D](#)
- [43. Tres](#)
- [44. Nueva vida](#)
- [45. Quédate conmigo](#)
- [46. Una proposición indecente](#)
- [47. El apartamento](#)
- [48. Dime que me quieres](#)
- [49. Esperando una señal](#)
- [50. El túnel de lavado](#)
- [51. Las galletas de la fortuna](#)
- [52. Café Comercial](#)
- [Epílogo. Positano, Costa Amalfitana... dos días después](#)

1

Después de la tempestad viene la calma

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Dubái, medio borracha por todo el champán que he bebido durante el vuelo y aturdida por las nueve horas de avión, enciendo el móvil y veo que tengo un único mensaje de texto, es de Eva:

Sé que estás de viaje. Antoine ha tenido un accidente y está grave en el hospital. Llama o escribe en cuanto puedas.

No puede ser. El corazón me da un vuelco y se me llenan los ojos de lágrimas al imaginar a Antoine al borde de la muerte en un hospital a miles de kilómetros de mí. ¿Qué le habrá pasado? No puedo llamar a Eva ahora; es madrugada en España así que no me queda más remedio que esperar a llegar a la India.

Todavía falta un buen rato para coger el vuelo de conexión a Bangalore. Paso un par de horas horribles, angustiada, arrastrándome por las tiendas del aeropuerto de Dubái, donde todo es un despropósito de lujo y ostentación y no importa mucho si es de día o de noche con tal de que tengas tarjetas de crédito.

Mientras miro con ojos perdidos joyas, perfumes, bolsos caros y hasta coches deportivos, pienso en el karma, ahora que voy a la India, en si existirá y en si todo lo malo que hacemos nos viene de algún modo de vuelta. Antoine ha sido un hijo de puta, sí, pero de ahí a desearle la muerte hay un trecho.

Recuerdo nuestros momentos felices en París como pasando a cámara lenta en *flashback* y no puedo dejar de llorar, en medio de la sala de espera. Qué lástima todo. Me da pena él pero, sobre todo, me doy pena yo. No me explico cómo hace tan solo unas semanas podíamos estar paseando por las orillas del Sena, los dos felices, enamorados, con trabajo y un futuro por delante. La vida a veces es una zorra mentirosa.

Me quedan aún otras cinco horas de vuelo hasta llegar a la India. Para intentar tranquilizarme me tomo medio Orfidal y me paso el trayecto durmiendo. Sueño con Antoine, que está a mi lado y nos estamos yendo juntos de vacaciones. Todo es como una puñetera broma pesada.

Nada más poner un pie en el aeropuerto de Bangalore enciendo el móvil y consigo por fin localizar a Eva. Me cuenta lo que ha pasado con voz acelerada, la oigo muy lejos.

—... Antoine empotró el coche contra un camión en la carretera de La Coruña.

Parece ser que iba completamente borracho. —Ni siquiera sabía que tuviera coche—. Está ingresado en la UCI del 12 de Octubre, grave, con un traumatismo craneoencefálico. Su madre llegó ayer de París para estar con él. Ya no sé nada más.

—¿Y por quién te has enterado?

—Me lo ha dicho Lupe, la secretaria de la agencia.

—Eva, por favor, ¿me podrías conseguir el teléfono del hospital y mandármelo en un sms?

—Sí, por supuesto. ¿Piensas volver?

—No, claro que no pienso volver, ¿por qué iba a hacerlo?

Antoine ya no significa nada para mí o más bien ya no quiero que signifique nada para mí.

A la salida de la zona de equipajes, decenas de guías y conductores se agolpan detrás de las barras buscando a sus turistas. Veo un cartel con mi nombre «Sra.

Valdés». Seguro que soy yo aunque ponga lo de señora. Al fin y al cabo dentro de cinco días cumplo cuarenta años. Ya es hora de aceptar que me llamen señora sin que me den convulsiones.

Mi conductor es bajito y lleva bigote como casi todos los hindúes, camisa blanca impoluta y pantalones de color beige. Se presenta como Yoyo y habla un inglés casi incomprensible. Me coge la mochila y la pone en el maletero de su coche, antiguo pero immaculado y con aire acondicionado. Salimos a la carretera y me siento por fin en la India. Las vacas por todas partes, los pequeños puestos de chai al borde del camino, los palmerales, el calor agobiante y húmedo.

Encuentro pocas similitudes con la otra parte de la India que conozco, la del norte. Tras un par de horas de coche al fin llegamos a Kochi, la capital del estado de Kerala.

Yoyo me deja en mi hotel, una preciosa *guest house* bastante asilvestrada de pocas habitaciones que ya había reservado por Internet. Tras instalarme y darme una ducha rápida, el personal me recomienda ir a ver una representación teatral tradicional de la zona. Voy caminando, no está lejos. Hay actuaciones cada

cuarenta minutos así que, tras esperar un poco, me siento en el teatrillo y al rato empieza la obra. De repente envuelta en todos esos colores, máscaras, danzas raras y músicas extrañas, me siento en un mundo ajeno y bastante desubicada, como si me hubieran lanzado allí desde un platillo volante.

Pienso en Antoine y, solo por un segundo, me gustaría teletransportarme a Madrid y estar con él en el hospital, a la cabecera de su cama. Seré gilipollas.

¿Qué me importa ya lo que le pase? Por mí como si se muere. Me debería dar igual. Al terminar la obra, ceno un curry de pescado muy rico en la terraza del hotel, instalada en un pequeño dique encima del agua. Apenas hay huéspedes y la cena me cuesta al cambio unos tres euros. A veces, casi siempre que viajo, me parece que vivo en el país equivocado. Me siento bien allí sola, pero estoy intranquila. Escribo un poco en mi cuaderno de viaje mis aventuras del día y mando los whatsapps de rigor a mi madre y Andrés para decir que he llegado bien y que todo es muy bonito.

Siempre es una sensación rara despertarse el primer día en otra parte, en una cama extraña de un sitio extraño, especialmente si lo haces al otro lado del mundo y tienes *jet lag*. Esta noche he tenido pesadillas con el trabajo y con Antoine. Al abrir los ojos todavía pienso aquello de «es verdad, no fue un sueño».

Después de dar un paseo por la ciudad, ver las famosas redes de pesca chinas en el puerto y visitar una casa-museo dedicada a la artesanía local, me decido a llamar al hospital para preguntar por Antoine. Cuando me contestan en la centralita me late el corazón. Tengo miedo de que haya muerto, de que me digan que no me pueden pasar con la habitación de un muerto. Pero no. Oigo la señal del teléfono y respiro aliviada. Responde su madre, tratando de hablar español bastante torpemente. Le digo con mi francés rudimentario que soy Carlota desde la India, le pregunto por su hijo. Creo comprender por lo que me dice: que ha salido de la UCI y ha mejorado algo.

Le pido por favor que no le diga a Antoine que he llamado. No sé si me entiende.

Decido poner la mente en blanco, para eso he venido aquí. Olvidarme de Antoine, del trabajo que he perdido, de mis hijos y de Andrés, mi exmarido.

Todos están bien, la vida sigue sin mí. No soy indispensable. Se supone que he venido aquí a encontrarme a mí misma y si continúo así, preocupándome por todo el mundo, dudo mucho de que pueda empezar a buscarme.

Por la tarde, Yoyo viene a buscarme al hotel y abandonamos Kochi para poner rumbo a un centro de ayurveda que localicé días antes de venirme. Es algo así como un lugar de desintoxicación de nada, como una casa de reposo de los que no están locos. El plan es comida macrobiótica, *detox* del cuerpo, tratamientos ayurvédicos, yoga y tranquilidad en una casa en medio de la jungla. Todo parece bastante adecuado para mi frágil estado mental.

Cuando llego me recibe en la puerta una señora hindú muy vieja con pelo blanco y un sari de color naranja brillante. Es como una aparición. Lleva en la mano un enorme gladiolo que me ofrece a modo de regalo de bienvenida. Me resulta enternecedor. Estoy tan sensible y ñoña que tengo ganas de echarme a llorar.

Un instante después aparece su hijo, Ashok, un señor de unos cincuenta y tantos vestido a la occidental que es a la vez propietario y director del centro.

La casa es muy bonita, de estilo colonial, con tres pisos y rodeada por un enorme jardín lleno de palmeras, flores y vegetación exuberante. La luz de la tarde hace brillar las hojas de los árboles.

Después de los trámites del *check in*, Ashok me conduce a mi habitación. Es austera como la de una monja, con el único aliciente de un enorme balcón que da al jardín.

Nada más instalarme me entregan una botella de plástico con un líquido rojizo y templado que —según ellos— me debo ir bebiendo. Prefiero no preguntar lo que lleva pero parece una mezcla de hierbas laxantes. Veo que en el baño de mi habitación hay una cantidad ingente de papel higiénico y solo pienso una cosa: «Qué miedo me da todo esto.»

Ashok me presenta después a los otros huéspedes de la casa. Un padre y un hijo de Miami que suelen venir todos los años a hacerse los tratamientos, un polaco con pinta de levantador de piedras, un poco más joven que yo y que no está mal, y un ruso de unos sesenta años que también es un habitual.

Llega la hora de la cena y nos sentamos todos a la gran mesa de la cocina.

Tengo un hambre de loba pero el menú no es precisamente un festín. Nos dan apenas unos huevos duros, zanahorias, guisantes cocidos y unos germinados que parecen brotes de alfalfa. Genial. Si voy a estar así cuatro días por lo menos volveré a Madrid con cuatro kilos menos. Nunca vienen mal, así luego puedo comer como una loca. La única ventaja de estar muy delgada es poder comérselo todo antes o después.

El polaco no me quita ojo. Estaba con tres señores aburridos y de repente

llega una española loca... Al pobre se le han abierto las puertas del cielo. Es de Cracovia y se llama Gregory.

Durante la cena todos cuentan a qué se dedican. Al llegar mi turno les digo que yo no me dedico a nada. Que me acaban de echar, así que podría decirse que no soy nada. Me doy cuenta de lo mucho que «adorna» el trabajo, es algo así como un complemento, como llevar un bolso caro.

Cuando estamos en plena sobremesa charlando llega a la casa un ser que parece de otro planeta. Lo que uno se imaginaría como un hindú guapo cuando piensa en un hindú guapo. Debe de andar por los treinta, aunque con gente de otro sitio nunca se puede adivinar; el pelo medio revuelto, algo largo, los ojos negros y rasgados como pintados con kohl, la piel tostada como el café y unos dientes immaculados dentro de una boca perfecta. Es delgado y de estatura media. Lleva un dhoti amarillo anudado a la cintura, una camisa beige de manga corta y chanclas.

Tiene pinta de hípster pero él no lo sabe. Un tío así en un bar de Malasaña no duraría «vivo» más de dos minutos. Me lo presentan como Kamal, el profesor de yoga del centro. Me da la mano y aprieta la mía, fuerte, con energía, mientras me dedica una sonrisa arrebatadora pero sin ninguna intención.

—¿Vives aquí? —le pregunto.

—Sí, en una casa en el pueblo de al lado.

Seguro que está casado y tiene una caterva de niños. Estos se casan todos a los dieciocho años...

Pienso que igual que Antoine era un tío que estaba bueno y lo sabía, el Kamal este es impresionantemente guapo y quizá no lo sepa.

Después de lo de Antoine no pensaba que en la India fuese a encontrar a nadie que me gustara, pero, esté una donde esté, un hombre guapo siempre es un aliciente, y si hay que olvidarse de otro, aún más.

Mañana por la tarde empiezan las clases de yoga, en realidad hay dos turnos y creo que iré a los dos. Espero que se quite algo de ropa. Yo he dejado todos mis minúsculos modelitos de bikram en Madrid y solo me he traído un viejo pantalón de chándal. Como siempre, vestida para la ocasión. Pero bueno, esta gente es más espiritual, no se fija en esas cosas...

Antes de acostarme veo a la madre de Ashok poniendo inciensos en su habitación llena de imágenes y figuritas de dioses. Al parecer, cada casa tiene su pequeño altarcillo con imágenes, flores, velas e inciensos. Entro un momentito a mirar. Me dice que encienda una vela y cuando lo hago pienso en Antoine, en que esos dioses le ayuden si quieren o pueden. Son muchos, así que

alguno habrá.

Consigo tener un sueño tranquilo por primera vez desde que pasó todo. No es que no me acuerde de Antoine ni de lo del trabajo, es que no quiero acordarme.

Cuando cualquiera de esos pensamientos aparecen en mi mente, los dejo pasar: ni me regodeo en ellos ni los rechazo. La mente solo es un caballo desbocado que hay que domar.

A la mañana siguiente me despiertan sobre las seis, cuando aún es de noche.

Me dan otra botella de líquido caliente para que me lo beba antes de desayunar.

La del día anterior ya ha hecho su «efecto». Recuerdo a la asquerosa de Verónica con sus batidos verdes; aquí en dos días entre los germinados y beberme estos líquidos voy a quedarme como una sílfide, totalmente desintoxicada de todo, incluso del amor.

Pienso en Antoine, en cómo estará, y de repente el corazón se me sube a la boca. No puedo evitarlo. Aun así, no pienso llamar otra vez. No lo merece. Ya bastante he hecho el imbécil.

El desayuno es otra vez «en familia» y no mucho más opíparo que la cena de anoche. Como cosa especial nos dan café, o más bien una especie de achicoria.

Gregory, el polaco, se ofrece a llevarme a la playa más tarde. Le miro con un poco más de atención y no está mal del todo. Es rubio como un bebé, grande como un armario y tiene los ojos muy azules. Quizá le diga que sí...

Hoy toca el primer día de tratamientos ayurvédicos. No sé muy bien lo que me van a hacer pero seguro que nada desagradable.

Tras sentarme a leer un rato mi guía de la India en el porche de la casa, a media mañana, una mujer vestida con un sari amarillo me viene a buscar y me conduce de la mano y bajo una sombrilla para protegerme del sol a lo que parece ser un cobertizo en medio del jardín.

Entramos en una estancia pequeña que hace las veces de spa. Es muy rústica y sin ningún tipo de decoración. El único mobiliario que hay es una estantería de metal tipo mecano con botellas de plástico llenas de aceites y una gran mesa de madera, un poco como la de los carniceros, muy usada y vieja.

Dentro hay dos mujeres. Me explican que debo desnudarme y tumbarme encima de la mesa. Lo hago. Me llenan de aceite y mi cuerpo resbaladizo empieza a dar bandazos, escurriéndose hacia todas partes. Se ríen de mí mientras hablan entre ellas en su idioma. Seguro que están diciendo «pobres gilipollas

estas occidentales». Me preguntan por mi marido. Les digo que lo tuve pero que ya no. Más o menos como el trabajo. Lo tuve pero ya no. Aquí no entienden que no tengas marido y menos que viajes sola por ahí. Nos deben de ver como una especie de «lagartas».

Comienzan a darme un masaje a cuatro manos. Cada una por un lado. Cuando

cierro los ojos no puedo evitar pensar en el masaje de Axel y Ramón en la habitación del Palace. Qué bien lo pasamos.

Las dos mujeres se emplean a conciencia y no evitan tocar las tetas ni entre las piernas. Lo tocan todo. No tienen tantos remilgos como nosotras. Mientras recorren mi cuerpo con sus manos me dejo llevar por la sensación de ser sobada y manoseada, de tener cuatro manos encima de mí. Eso no pasa todos los días. Si cierro los ojos casi me puedo imaginar que son dos hombres; sería mucho más agradable. Podrían ser el profesor de yoga y el polaco, por ejemplo.

Por primera vez me doy cuenta de que, desde que me separé, estos días han sido los únicos en los que no he pensado en sexo. Cuando lo pasas mal el sexo desaparece de repente y se convierte en lo que es, en algo demasiado animal para preocuparse de él. Con los disgustos ni se come ni se folla. Solo se llora y se bebe.

Recuerdo la última vez que me acosté con Antoine. Qué difícil iba a ser encontrar a alguien que me hiciera sentir lo mismo, sobre todo en la cama. Me había jodido bien, en ambos sentidos de la palabra, y va a perjudicar también a todos los tíos que vengan después. Ninguno va a tener comparación ni por bueno ni por malo.

Cómo son las cosas, hay gente que te deja fría cuando te acuestas con ella y otras personas, con solo posar una mano en la tuya, hacen que se te encojan las tripas y el coño.

Al pensar en él y en aquella última vez en casa, hace tan solo unas semanas, una chispa de deseo prende en mi cabeza. Cierro los ojos y me concentro en el masaje que me están dando las dos mujeres, en sentir cada centímetro de mi cuerpo, la presión de sus manos, cada pellizco, cada cosquilla. La sensación es agradable; más que agradable, placentera, especialmente cuando llegan a las piernas y después de trabajar a conciencia todos los músculos y tendones pasan a los muslos, que aprietan y retuercen sin ningún pudor, cada una en una pierna, con movimientos simétricos, casi idénticos. Siento cómo sus manos se escurren a veces sin querer hasta tocar casi mi sexo y, la verdad, lo deseo, espero a que se cuelen allí como por accidente. Me estoy empezando a excitar y es muy

agradable. Me da igual que sean mujeres, son manos.

Me piden que me dé la vuelta y comienzan a hacer lo mismo por mi espalda, por mis piernas, mis nalgas... De vez en cuando comentan algo entre ellas y se ríen. Seguro que les parecemos muy delgadas, les hará gracia que vayamos todas depiladas ahí abajo o sabe Dios. Quiero que se callen porque si hablan no me puedo concentrar en la sensación de las cuatro manos sobre mi cuerpo y lo que quiero ahora es sentir eso, que son manos a las que yo les importo algo, como si me quisieran, me desearan y ansiaran meterse dentro de mí, acariciarme y darme placer.

Mi cuerpo continúa escurriéndose de un lado a otro como si fuera un pez gracias al aceite. Las mujeres siguen masajeándome las piernas y los muslos, me rozan la entrepierna, esta vez por detrás. Me gustaría poder tocarme, poder correrme, pero es imposible. Lo único que puedo hacer es apretar levemente mis tetas contra la mesa y notar la presión de mis pezones al contacto con la madera, al tiempo que las cuatro manos siguen y siguen...

El masaje dura más de una hora. Después me llevan a una sala contigua. Es la hora del baño. Empiezan a echar baldes de agua caliente en una enorme y rudimentaria tinaja de plástico; luego, tras poner aceites esenciales que huelen a sándalo y pachulí me ayudan a meterme dentro.

Una de las mujeres comienza a lavarme el pelo echándome agua con un cazo de madera. Al mismo tiempo, la otra se ocupa de mi cuerpo. Me dejo hacer como una niña pequeña mientras me restriegan con una esponja que rasca y me masajean el cuero cabelludo. Cuando acaban de lavarme me dejan allí sola un rato en remojo.

— *Relax, relax.* —Es lo único que dicen antes de irse.

Echo la cabeza hacia atrás y veo el humo saliendo de la tinaja, aspiro como si quisiera retener el olor del sándalo y del pachulí y entonces sí, me quiero acordar de lo que era. Lo necesito y lo echo de menos.

Mi mano se cuela casi sin querer entre mis piernas, como si no fueran parte del mismo cuerpo, y ellas se abren a lo ancho de la tinaja. Busco mi clítoris como si no supiera muy bien dónde está ni para qué sirve, con timidez... y empiezo a acariciarlo con delicadeza y a mover mis caderas mientras me concentro en los olores y en las cuatro manos de las dos mujeres... todavía puedo sentir las colándose entre mis muslos. De pronto un calor abrasador, más cálido que el agua, sale del mismo centro de mis piernas y se funde con el vapor de la habitación.

«Mi primer orgasmo en la India», pienso mientras me pregunto cuántos más

tendré en los próximos quince días.

A los pocos minutos las mujeres vuelven a buscarme; me sacan de la tinaja, me secan con cuidado, me peinan, me ponen una flor en el pelo, pegan un gran lunar hindú en mi frente y me ayudan a vestirme. Me siento una niña pequeña y eso me agrada, cuidada, mimada, tocada... «con la cara lavada y recién *peiná*», como dice la canción.

Salgo de nuevo al exterior y el sol me ciega. Una de las mujeres me coge de la mano mientras con la otra sujeta nuevamente la sombrilla, protegiendo lo que suponen que es mi delicada piel europea. Me depositan en un sillón de mimbre bajo unos árboles, en medio del jardín.

Estoy felizmente agotada, como si cincuenta elefantes me hubieran pasado por encima. Me quedo profunda y apaciblemente dormida mientras escucho el ruido de los pájaros.

2

Sin ti no hay nada

—¿Has practicado yoga antes? —pregunta Kamal, que esta vez va descalzo y lleva una sencilla camiseta blanca y unos pantalones de algodón flojos tipo hindú.

—Hago bikram yoga en España —le digo—. ¿Lo conoces? Se practica en una sala a más de cuarenta grados siempre con las mismas posturas...

—Algo he oído —dice él—, aquí no se practica esa modalidad. Eso es más una moda de los países occidentales. El verdadero yoga es otra cosa, tiene que ver más con lo espiritual —explica—. Yo enseño y practico hatha y ashtanga.

—Sí, también los he probado —contesto con una sonrisa.

Esta tarde yo y el señor ruso somos los únicos alumnos de la clase, que se hace en el jardín, en un pequeño templo de madera con techo de paja.

El calor ha dado un poco de tregua, aunque todavía no me he acostumbrado a la humedad que me tiene con un bajón de tensión continuo.

—Bien, ahora relajaos por completo, cerrad un momento los ojos y concentraos en la respiración.

Pero es que yo no tengo muchas ganas de cerrar los ojos con ese pedazo de señor delante. Dentro de tres días le perderé de vista y quiero aprovechar todos y cada uno de los momentos que le tenga cerca para mirarle bien. Debo recordar pedirle que nos hagamos una foto, luego nunca tengo nada para enseñar...

Empezamos la práctica. Kamal sigue hablando en un tono pausado, que a mí, más que pausado, me parece sexi y sugerente. Estoy en el suelo haciendo uno de los asanas y me fijo en sus pies que se aproximan elásticos y ágiles hacia mí, pisando la crujiente madera.

—Espera, no lo estás haciendo bien —me dice. Se agacha a mi lado y me ayuda a corregir la postura. Me pega la espalda, las clavículas y los hombros al suelo hasta hacerme daño—. Esto es yoga —me dice como orgulloso.

—Ayyy... —me quejo.

Él sonrío y de repente me encuentro con sus ojos negríssimos en los míos, pero de nuevo sin ninguna intención. Me pregunto si él también se habrá fijado en mí de «esa manera». Noto su olor a nada, me fijo en su piel de cerca y es a la vez satinada y brillante, parece de seda. Creo que no he visto a nadie tan guapo

en toda mi vida. No es que sea guapo, podría decirse que es como un animal hermoso. Da gusto mirarle.

Tan pronto como acaba la clase el ruso se marcha, y cuando estamos recogiendo las esteras Kamal coge una silla, la pone en medio de la sala y acerca otra para mí.

—Ven, vamos a hablar.

Me siento, un poco desconcertada. Él únicamente me mira, se queda callado observándome tranquilamente con una media sonrisa. Transmite una inmensa sensación de paz.

—¿Qué tal estás hoy? Cuéntame, ¿cómo es tu vida en España?

—Mi vida en España ahora es algo triste —respondo—, mi novio me ha dejado y acabo de perder mi trabajo. No tengo más que a mis hijos.

—Te tienes a ti —me dice mirándome a los ojos fijamente mientras me sujeta las dos manos con delicadeza—. Tú eres lo más importante que tienes. Sin ti no hay nada.

Sin mí no hay nada, sin mí no hay nada... Pues igual tiene razón, sin mí no hay nada, al menos para mí.

—Todos los occidentales que venís a la India llegáis siempre con los mismos problemas —continúa Kamal—. Vuestra vida está orientada al exterior. Nosotros aquí vivimos más volcados hacia nuestro interior, a vivir y apreciar la naturaleza, las pequeñas cosas, la esencia. Cada día puede ser una maravilla si se sabe mirar con los ojos adecuados. Hablando de ojos... los tuyos son del color del agua —me dice a continuación.

Y yo no puedo ni contestar. Me quedo muda. Solo sonrío como si fuera tonta.

Todavía tiene mis manos cogidas entre las suyas. No tengo ninguna intención de soltarlas.

—¿Y tú? —le pregunto yo—, ¿cómo es tu vida aquí?

—Una vida buena y tranquila —me dice sonriendo—. No necesito mucho: medito, practico yoga, doy clase aquí y en otros lugares, a menudo doy largos paseos, me baño en el mar, pinto cuadros, aunque no son muy buenos —dice sin dejar de sonreír—... No hay mucho más.

Pienso que, efectivamente, parece una buena vida. Yo tampoco querría nada más.

—¿No tienes hijos? —le pregunto.

—Aún no me he casado. No ha llegado la mujer adecuada. No tengo prisa.

—Ah, vaya —digo con recocijo—. Bueno, ya la encontrarás. Seguro que pronto aparece.

—Y si no aparece, no pasa nada —contesta—. Tampoco la necesito.

«Todos decís eso —pienso—. Pero si nadie necesita a nadie, ¿por qué estamos todos tan desesperados por encontrar a alguien?»

—Si quieres mañana, después de la práctica, podemos ir a bañarnos en el mar.

Hay una playa aquí cerca.

Me pregunto a cuántas extranjeras de las que aterrizan aquí les habrá propuesto lo mismo. Pero da igual. Contesto lo que seguramente todas habrán contestado antes que yo.

—Sí, claro, me encanta nadar en el mar y todavía no he ido a la playa desde que he llegado. Tengo ganas.

Luego nos despedimos hasta la siguiente clase.

A la hora de la cena, comiendo los germinados y las verduras cocidas, Gregory, el polaco, insiste de nuevo en que vayamos a la playa. Le digo que no, que quiero aprovechar para escribir después de los tratamientos. Quedamos en ir a un parque de elefantes al día siguiente para hacer algo especial por mi cumpleaños.

Explico a nuestra pequeña familia que en dos días cumplo cuarenta años y que me gustaría celebrarlo. Les pido que por un día, solo por uno, se salten su dieta macrobiótica y sus botellas de líquidos laxantes y me dejen hacer una cena española. Yo misma compraré los ingredientes en el pueblo. La madre de Ashok se ofrece a hacer un pastel y todos quedamos en eso.

Gregory me propone ir a un parque de elefantes para hacer algo especial por mi cumpleaños y le digo que sí.

Más tarde salgo al balcón de mi habitación a fumarme un pitillo a escondidas y me hago una foto con el lunar hindú pegado en la frente para enviársela a los niños por WhatsApp. Estoy muy guapa. Si no fuera por los ojos claros, parezco de aquí de toda la vida.

Reviso mis correos y veo justo el que no quiero ver o quizás el que más esperaba ver. Es de Antoine:

Cuando esta mañana me he despertado en el hospital tú has sido la primera persona en la que he pensado. Sé que estás en la India. Mi madre me lo ha dicho. No he podido localizarte en el móvil. Veo que me has bloqueado. Yo estoy muy dolorido pero mejor, aunque ya no te interese: en algunos días espero que me den el alta.

Me gustaría poder explicarte, hablar contigo... dame al menos la oportunidad

de hacerlo. Te lo pido por favor.

Lanzo el teléfono con rabia encima de la cama. Solo hay una solución para todo esto: apagar el móvil y esconderlo bien al fondo de la mochila.

Eso o tirarlo al mar.

De todas formas, por fin puedo respirar tranquila. Él está fuera de peligro, no se va a morir.

Pienso inevitablemente en ese refrán... «Mala hierba nunca muere», pero lo desecho de inmediato: es un pensamiento de mala persona.

3

Escuela de calor

Por la mañana después del desayuno las mujeres vienen de nuevo a buscarme, esta vez para hacerme otro ritual muy conocido del ayurveda, el shirodhara. Me explican que son hierbas y aceites esenciales mezclados con suero de leche y que este tratamiento aplicado durante veinte días seguidos es capaz de acabar con cualquier dolencia leve, física, mental o espiritual. Dura una hora, y al parecer produce el mismo efecto que un sueño profundo pero estando plenamente consciente.

Tendida en la misma mesa de carnicero, pero esta vez envuelta en una toalla, me empiezan a echar un líquido lechoso que cae en un fino hilo sobre mi frente.

Lo aplican con una especie de pera de cobre que van rellenando a medida que se va acabando. Cierro los ojos. Al principio creo que me voy a volver loca pero luego siento un increíble efecto sedante.

Compruebo que lo que me han dicho es cierto. Durante la hora que estoy con el hilo consigo no pensar en Antoine, ni en qué va a ser de mi vida.

En la segunda clase de yoga solo estoy yo, así que tengo a Kamal dedicado a mí por completo. Esta vez hace más calor. Él lleva otros pantalones flojos como los del día anterior pero se ha quitado la camiseta. Tiene cuerpo de gacela, elástico y delgado, no le sobra ni le falta un gramo. Se da la vuelta y recorro con mis ojos su columna vertebral. Si alguien te ha hecho daño, nada mejor que entretenerse en la columna vertebral de otro. No sé si será una solución duradera pero por ahora me sirve. Cuando me estoy fijando en la espalda de Kamal, en sus ojos como el carbón o en el color caramelo de su piel, por lo menos no pienso en Antoine.

Al acabar la clase, coge dos esterillas y una pequeña nevera portátil y nos vamos andando por el campo, atravesando los cañaverales hasta una playa cercana. Hay algunos tramos difíciles y Kamal a veces me sujeta para ayudarme.

Veó su mano oscura en la mía tan blanca y me gusta ese contraste. Me apetece estar allí con él.

La playa es larga y está circundada por un gran palmeral. La arena es más bien tostada y el agua está movida y algo turbia, pero el lugar es un espectáculo.

No hay un alma a excepción, muy a lo lejos, de algunos pescadores que descargan de sus barcas la pesca del día. Los cuervos graznan sobre nuestra cabeza.

Siempre que veo esos bichos me acuerdo del de Maléfica, la mala de *La Bella Durmiente*. A lo lejos hay un chiringuito con algunas hamacas de colores colgadas.

Pronto va a caer la tarde. El sol está redondo y naranja sobre el agua. Es un atardecer increíble.

Kamal pone las esterillas en la arena y me pregunta si quiero una cerveza.

—Pensé que los profesores de yoga no bebáis cerveza.

—Ya veo —dice él tendiéndome una lata—, debes de pensar que somos una especie de ángeles o algo así, que no bebemos ni comemos ni hacemos el amor.

No somos seres de aire, ¿sabes?

Prefiero que no me siga diciendo estas cosas porque si no me acabaré por tirar a su cuello y no sé... quizás aquí no se hacen estas cosas. Podría asustarle.

En el fondo solo en los viajes una puede hacer lo que le venga en gana, total, no me van a volver a ver en la vida. Ni él ni nadie.

Me quito el vestido y me quedo en biquini. Mi piel es muy blanca a su lado.

Noto que me mira y no precisamente con una mirada de ángel.

—No parece que hayas tenido hijos —me dice—, tienes cuerpo de niña.

Pienso que, claro, debe de ser por los dos kilos que he debido de adelgazar gracias a las botellas laxantes y los brotes de alfalfa.

No sé si tener cuerpo «de niña» es un halago o todo lo contrario pero, por cómo me mira, debe de ser lo primero. Le damos un par de sorbos a las cervezas y nos metemos en el mar.

Una vez en el agua me cuesta trabajo nadar, hay mucha corriente. Kamal está pendiente de mí. Me dice que a menudo hay delfines en esa zona, que es fácil verlos, generalmente por la mañana temprano. Nada con habilidad mar adentro mientras yo me quedo haciendo el muerto cerca de la orilla mirando el frondoso palmeral y la playa desierta.

Salgo antes que él, me tumbo de espaldas y me quedo medio adormilada al calor de los últimos rayos de sol de la tarde. Me sobresalto al notar su dedo en mi espalda, persiguiendo una gota de agua que cae de mi biquini y resbala por mi piel... No hago nada. Simplemente vuelvo la cabeza hacia él, le miro y le sonrío. Retira la mano y me tiende la cerveza. Creo que algo ha pasado entre los dos.

Nos acabamos la cerveza mirando el espectacular atardecer, apenas hablamos.

Siento que estoy en paz allí, tan lejos de casa: el silencio solo roto por los cuervos, el sol cayendo como una bola de fuego sobre el mar, la sensación de su mano en mi espalda. Son momentos que sabes que son fugaces y que por eso mismo son más valiosos y se quedan presos en la memoria.

Pequeños recuerdos como estrellas fugaces.

—¿Quieres conocer mi casa? —me pregunta—. Mi madre hará curry de pescado para cenar. Le he dicho que quizá te apeteciera venir. Vive en la casa de al lado a la mía y normalmente comemos y cenamos juntos. Aquí somos muy familiares.

Le digo que sí porque, además de por él, la razón principal, tengo también curiosidad de ver cómo es una casa normal en esta parte de la India.

Kamal llama desde su móvil al centro de ayurveda para decirles que no iré hasta más tarde, que voy a su casa y él me acompañará después. Seguro que eso dará a los demás tema de conversación durante la cena.

Cogemos de nuevo el camino, esta vez de vuelta. Se nos va a hacer de noche.

Ya cuesta distinguir las líneas del sendero. Él va delante. De repente se para en seco y me hace una señal con la mano para que me detenga y me aparte.

Pregunto asustada qué pasa.

—Una serpiente —me anuncia, y la señala con el palo que lleva en la mano.

Y, efectivamente, veo con terror cómo se aleja zizagueando.

—Es la primera vez que me encuentro una delante sin estar en el zoo —le explico—. En parte me dan miedo pero a la vez me atraen. Siempre me han parecido unos animales muy misteriosos. Aun así, el verla de cerca y tan grande me ha asustado.

—No te preocupes —me responde—, ya se ha ido, ellas tienen más miedo que nosotros.

No me muevo; no me atrevo a seguir el camino. Él se da cuenta y me carga sobre los hombros sin decir nada. Voy como un fardo o una alfombra, colgada de él. Sus manos me sujetan por debajo del culo mientras noto su olor a sal. En ese momento soy bastante feliz.

Cuando llegamos a su casa —que es pequeña y muy humilde pero está arreglada—, el olor intenso del curry me invade la nariz. El espacio consta de apenas una cocina con una mesa de madera con taburetes y otra zona contigua sin separación en donde hay una cama bien hecha y estanterías con algunos

libros y adornos. También hay un caballete con un paisaje a medias y útiles de pintura... De las paredes cuelgan telas y algunos cuadritos que deben de ser suyos. No hay tele, pero sí un portátil bastante viejo y un equipo de música.

Me presenta a su madre, que ya tiene la cena lista y la mesa puesta. Es menuda, lleva el pelo gris recogido en un moño y el típico pendiente en la nariz.

Viste un sari morado y luce muchísimas pulseras y anillos que le miro con envidia. Le pido que me lo enseñe todo y la noto halagada. No habla inglés, así que me tengo que comunicar por gestos o es Kamal el que traduce cuando ella me quiere decir algo.

Me pregunta por mi marido. No tengo. Me pregunta por mis hijos. Sí tengo.

Menos mal que tengo algo. Le enseño la foto de Teo y Diana en mi móvil. Dice que soy joven, que no parece que tenga unos hijos tan mayores.

El curry está buenísimo y, aunque me dice que es «*no spicy*», pica como el infierno. Me lanzo al plato como una acémila. A excepción de la noche que llegué creo que es casi mi primera comida normal desde que estoy aquí. También hay *nams* de queso y arroz. Un poco de vino no me iría mal, pero claro, eso ya sería pedir mucho.

Cuando terminamos de comer, la madre recoge, arregla la cocina y se despide para irse a su casa. Por fin solos. No sé si quiero o no quiero. Tengo miedo pero no sé de qué. No parece que vaya a pasarme nada malo, más bien lo contrario.

Allí no hay nada parecido a un sofá, así que Kamal me señala su cama. Aparto los cojines para acomodarme y me quito las sandalias. Él enciende unos inciensos que huelen a sándalo y algunas velas que también desprenden un olor exótico y dulzón, como a canela. Deja caer una vaporosa cortina que separa la habitación de la cocina.

Después pone música en su aparato. Es una música muy dulce, algo que obviamente no conozco. Me explica que es música de sitar, Ravi Shankar, uno de los músicos hindúes más famosos de todos los tiempos y con el que estudiaron Los Beatles cuando vinieron a la India. Lo escribo en mi móvil para no olvidarme de buscarlo en Spotify cuando llegue a Madrid.

Me ofrece una cerveza y sí, la verdad es que la necesito. Me noto algo nerviosa. Cuando pienso que estoy sola tan lejos de casa un escalofrío me recorre el cuerpo pero a la vez me encanta la sensación.

Estoy sentada en su cama con las piernas cruzadas precisamente en plan yogui, él se sienta frente a mí y me mira fijamente.

—¿Puedo tocarte? —me pregunta suavemente, sin variar su expresión

tranquila.

Digo que sí aunque no tengo mucha idea de cómo ni dónde pretende tocarme.

Que lo haga donde quiera, porque creo que nunca jamás en la vida daré con un tío tan guapo como este. Pienso que después de Antoine, en vez de ir a peor, voy a mejor. Si lo sé me separo antes...

Se sienta frente a mí con las piernas cruzadas y une las palmas de sus manos a las mías. Luego me pide que le mire a los ojos y que hagamos una respiración juntos.

—¿Vamos a hacer yoga?

—Se podría llamar así —me dice—. Vamos a conocernos, a intercambiar energía.

Respiro fijándome en cómo lo hace él mientras me pierdo en sus ojos hasta que parece que me fundo con ellos. Realmente me dejo llevar. Por una vez me apetece que las cosas sean lentas si es que aquí va a pasar algo, que aún no lo sé.

Kamal se desabrocha con naturalidad la camisa blanca de lino y sin esperar a que él me lo pida me quito el vestido y me quedo con el bikini que aún llevo debajo.

—Ahora quiero sentir tu corazón, y que tú sientas el mío —dice poniendo su mano en uno de mis pechos buscando mi corazón, mientras él mismo lleva una de mis manos al suyo. Nos quedamos así largo rato, tocándonos el corazón, respirando y mirándonos a los ojos. Cada vez que alguien le toca el corazón a una mujer en realidad le está tocando las tetas, es un dos por uno.

»Late fuerte —me dice sonriendo.

En mi vida normal en España me hubiera dado por reírme ante una situación así, pero aquí no. Estoy increíblemente a gusto y tranquila haciendo eso como si fuera lo más normal del mundo. Me podría quedar así para siempre.

Estoy en calma pero por otro lado me siento intensamente atraída hacia él y deseo que esté más cerca, que me toque, que me acaricie, dejarme llevar... pasar mi lengua por esa piel de caramelo.

Pasados unos minutos, él se aproxima sin dejar de clavar sus ojos en los míos y me pregunta si quiero que me bese, me pide permiso para hacerlo. Dice que si no lo deseo aún nos podemos quedar así más tiempo, que él está bien.

Pero yo sí quiero, claro que quiero. Me lanzo yo misma a su boca perfecta y él hace dulcemente un gesto como pidiéndome calma.

Sospecho que esto no va a ser precisamente un revolcón.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —me pregunta Kamal—. Porque yo sí

quiero hacer el amor contigo.

—Sí quiero —le contesto temiendo aún pensar en Antoine.

—Entonces debemos prepararnos para que eso pueda pasar. Para mí, el encuentro sexual es una especie de meditación, no solo un acto físico, sino una entrega completa a uno mismo y a la otra persona, algo sagrado. Es muy distinto a cómo lo vivís los occidentales, ¿has oído hablar del tantra? —pregunta.

Lo que faltaba, con el sexo tántrico hemos topado. Para alguien tan impaciente como yo no parece en principio la mejor de las ideas, pero, como dice el refrán: «Donde fueres haz lo que vieres.» Si ahora es el tantra lo que toca pues tantra, para eso he venido aquí, no para que me empotren contra cualquier pared.

—Algo he oído y leído —le respondo—, pero muy por encima. Se basa en que el hombre retarda su eyaculación y así tiene muchos orgasmos sin correrse y puede además hacer el amor durante horas y horas. Algo así, ¿no?

—Más o menos... Lo que tú dices sería la explicación más superficial —dice Kamal—. Se trata de conectar con la otra persona a nivel espiritual, no solo físico, y ser plenamente consciente del acto sexual, de cada caricia, de cada beso... vivir cada gesto intensamente, no solo el orgasmo. El sexo es un intercambio de energía muy poderoso. Las enseñanzas del tantra datan de muchos siglos atrás y dicen que hay que buscar a Dios en el otro, ese es el verdadero fin, como verás, mucho más trascendental que simplemente correrse.

Yo, desde luego, ya he encontrado a mi dios particular, porque este tío es un dios, cuanto más le miro y más me habla en este inglés con un suave acento hindi, más se me hace la boca agua. Si esto va a ir para largo quiero que todo empiece cuanto antes.

—¿Te parece bien quitarte el biquini? —me pide Kamal—. Me gustaría mucho admirar tu cuerpo.

Él se deshace de los pantalones con naturalidad. Me quedo atónita viendo lo que sale de ahí, no esperaba otra cosa pero, claro, no puedo hacer nada. Esto es lentitud, calma, contención.

Nos quedamos desnudos uno frente al otro. Le miro con atención y su cuerpo es perfecto, parece que ha sido esculpido a golpe de cincel. No hay sombra de tripa, de grasa, no le sobra ni le falta ni un músculo, ni un gramo... y tiene una polla que es hipnótica. No puedo apartar mis ojos de ella. Él se da cuenta y sonrío. Tantra o no tantra, a todos los tíos les gusta saber que su polla es objeto de deseo.

Noto que va recorriendo muy despacio con sus ojos cada una de las partes de

mi cuerpo, admirando cada una por separado, para después hacer lo mismo muy lentamente con su mano. Yo estoy relajada, ni siquiera tengo que meter tripa, ya que casi no tengo gracias a la estricta dieta de estos días.

Kamal apenas me roza pero puedo sentir cómo todo su deseo está contenido en la yema de sus dedos. Recorre primero mi cara con dulzura, deteniéndose en mis ojos, el cuello, las orejas, el nacimiento del pelo. Le tengo apenas a un palmo de mi boca. Noto su respiración pausada y serena, que me relaja a la vez que me excita. Por una vez, es la calma lo que me pone.

Cuando llega a los hombros me toca con las dos manos al tiempo y noto un estremecimiento, una electricidad que me recorre. Está muy cerca, sus ojos negros clavados en los míos. Sus dedos recorren luego mis brazos hasta que llegan a mis manos, que se enlazan con las suyas. Hay algo profundamente erótico en esas manos entrelazadas y esos dedos apretándose y uniéndose, casi es como follar. Nos quedamos así un minuto, solo mirándonos y respirando los dos al mismo tiempo.

Toda la casa está en completa quietud, a excepción de la música que se oye bajita. Las ligeras cortinas color naranja se mueven con la brisa que entra por la ventana. El aroma dulzón del incienso de sándalo impregna la habitación que está medio en penumbra.

Kamal va de mis pechos hasta mi ombligo con el canto de su mano, como si quisiera cortar mi cuerpo en dos partes simétricas. Me muero de impaciencia al ver esa mano tostada de uñas blanquísimas apenas rozándome, dibujando su propio recorrido. Se detiene un momento en la curva de mi tripa y yo le sujeto la mano para guiársela hacia más abajo de mi ombligo. Quiero que siga bajando...

—Demasiado pronto para eso —dice retirando su mano—. No precipites las cosas. Ahora quiero que me toques tú pero, por favor, evita las zonas sexuales.

Lo haremos más adelante. Si esperamos, después será mucho mejor, ya lo verás.

«¿Más adelante como cuándo?», me pregunto mientras veo su polla lisa y satinada como si estuviera hecha de algún material precioso, completamente empalmada. Solo deseo tocarla o metérmela en la boca, el resto me da un poco igual pero no quiero parecer una occidental bruta e insensible, voy a intentar hacer lo que él dice.

Sin apartar mis ojos de los suyos, paso mis dedos por su pelo negro y brillante, enredado por la sal del mar, luego por sus párpados, que se cierran al paso de mi mano. Su boca está entreabierta. Dibujo la línea de sus labios con mi

dedo índice. Me abalanzaría sobre él en este mismo instante. Su pecho está liso, sin rastro alguno de pelos, no huele a nada. Llevo mis dos manos hasta sus ingles, que empiezo a acariciar mientras compruebo cómo su polla se endurece aún más.

Kamal me lleva las manos a su cuello y me pone las suyas en el mío. Nos quedamos así un instante, mirándonos a los ojos en medio de todo ese intenso deseo que circula ya como una nube en el aire de la habitación.

Me tumba de lado en la cama con cuidado, todos sus movimientos son pausados, como haciendo una coreografía que estuviera ya estudiada. Vuelvo a notar su respiración en mi cara y su cuerpo ligeramente pegado al mío, su polla rozando tímidamente mi tripa. Nos miramos a los ojos un momento y después, cogiendo mi cara muy delicadamente con ambas manos, me besa muy dulcemente; luego me mira y es como si me siguiera besando con sus ojos.

Después seguimos besándonos hasta agotarnos, besos largos y profundos con lengua a veces, y otras, más delicados y tiernos.

Estoy como flotando en una atmósfera de amor, de deseo y de intensa calma.

Debemos de llevar más de una hora haciendo esto pero no me importaría seguir así toda la noche, toda la vida... Me encanta toda esta lentitud, hace que sea consciente de cada cada parte de mi cuerpo por separado, como no me había pasado nunca.

Muy suavemente y sin previo aviso él lleva su mano entre mis piernas.

—Tu yoni. Este es mi lingam —dice cogiéndose la polla que sigue tan dura como al principio.

¿Mi yoni? Es una palabra un poco poligonera, pero me gusta. Creo que la usaré cuando vuelva a Madrid.

Mi cuerpo y mi cabeza ya están más que preparados para que comience la acción entre el lingam y el yoni, aunque estoy disfrutando tanto de esta noche que el hecho de follar ya no me parece tan importante como cuando hemos empezado.

Su mano continúa posada en mi coño, estimula suavemente los labios hasta llegar por fin al clítoris, que empieza a acariciar con extrema delicadeza, apenas rozándolo. Aparta su mano y yo me agito pidiendo más. Vuelve a empezar, pero cuando ve que mi placer se incrementa y estoy al límite retira la mano.

Sin apartar sus ojos de mí, introduce los dedos en mi vagina buscando mi punto G y comienza a moverlos en mi interior hacia mi ombligo con habilidad, sabiendo perfectamente lo que hace. Me pide que le mire a los ojos y que respire con él mientras lo hace, lo intento pero el placer es demasiado intenso y,

sencillamente, al poco me dejo arrastrar por el estallido de un inmenso orgasmo que agita todo mi cuerpo y me deja dando sacudidas encima de la cama unos instantes.

Mientras recupero mi ritmo normal, me vuelve a acariciar con dulzura, dándome pequeños y tiernos besos en la cara, en los ojos...

Dios mío, ¿y si me quedo aquí? Si no fuera por los niños podría pensar en esta posibilidad, en mudarme aquí. Seguro que se me ocurriría cualquier cosa que hacer durante el día para ganarme la vida si todas las noches fueran como esta.

Podría alquilar mi casa y vivir aquí como una reina entregada al sexo tántrico y a la meditación. Luego daría clases de esto en Madrid y seguro que me forraba.

Kamal se acomoda con las piernas cruzadas en medio de la cama y me hace sentarme sobre él con una sencilla indicación y una mirada de encantador de serpientes. Hace mucho que lo estoy deseando. Por fin, después de dos horas o más de espera, noto la maravillosa sensación de su polla invadiendo de golpe mi cuerpo y siento la diferencia con la de Antoine. Esta es más grande, me llena por completo. Me pide que no me mueva. El quid de la cuestión, por lo visto, consiste en no moverse. A mí no me cuesta trabajo. Me quedaría así por los siglos de los siglos.

Seguimos besándonos y tocándonos dulcemente, como si él no estuviera dentro de mí. Me acaricia y me besa las tetas. De vez en cuando hace un ligero movimiento, una tímida embestida pero muy leve. Así nos quedamos un buen rato, sin hacer absolutamente nada más. Es increíble como, pese a no haber casi ningún tipo de movimiento, su polla sigue tan dura como al principio.

Cambiamos entonces de postura a la del misionero. Él me coloca varios cojines debajo de mis nalgas para elevar un poco el ángulo de penetración y empieza a embestirme suavemente, realizando una especie de movimiento circular que me provoca un intenso placer. Va incrementando el ritmo poco a poco hasta que noto que se acerca mi orgasmo. Cuando me corro no se detiene, sino que sigue follándome hasta que tengo otro orgasmo casi simultáneo.

Pasados unos segundos, y aún dentro de mí, deja de moverse y comienza a hacer respiraciones y recitar una especie de mantra para evitar eyacular. Intento que no me dé la risa.

A los pocos segundos vuelve a empezar de nuevo, esta vez con más intensidad.

Pasados unos minutos parece que él también se va a dejar llevar pero no... se vuelve a parar de nuevo, al tiempo que me acaricia las tetas, me besa. Luego

vuelve a la carga. Cambiamos de postura hasta pasar por otras cinco distintas y otros tantos orgasmos míos que, al contrario de lo que podría pensar, no son cada vez menos intensos, sino al revés, cada vez más. Hace bastante que ya no hay música, el incienso se ha apagado... todo está en calma, todo está bien.

—¿Estás cansada?

—Pues sí...

Me gustaría seguir toda la noche pero mi cuerpo empieza a no poder más.

Entonces me vuelve a tumbar y empieza a follarme intensa y dulcemente, su polla se mete cada vez más dentro de mí, hasta el fondo. Sus ojos todavía tienen ganas de seguir mirándome con el mismo deseo que al principio.

De pronto, veo que algo ha cambiado, creo que por fin ha decidido dejarse llevar. Incrementa el ritmo al tiempo que me roza el clítoris con su tripa, mis jadeos aumentan en volumen y por primera vez le oigo gemir a él. Está a punto tras varias horas conteniéndose. Cuando llega mi orgasmo, las contracciones de mi vagina le hacen correrse por fin y cuando lo hace se agita y grita como si se le escapara la vida. Todo el placer que se ha estado guardando le estalla de golpe.

Con razón me decía que al correrse perdía toda su energía.

Se desploma a mi lado en la cama, me agarra y se queda dormido casi al instante, en eso no es muy distinto a los demás.

Es demasiado tarde para pensar en marcharme ahora. Ya volveré mañana al centro de ayurveda, al fin y al cabo no es una cárcel y saben que estoy con él.

Me preparo para dormirme pensando en lo lejos que estoy de casa y en la paz y el placer que he encontrado en esta cama. Pienso que, para ser la primera vez después de Antoine, no ha podido resultar mejor.

De repente, me doy cuenta de que debe de ser más de medianoche y, por lo tanto, ya es mi cumpleaños. Lo había olvidado. Cuarenta años, pero cuarenta años bien aprovechados. Dos hijos, un exmarido y una vida llena de aventuras por delante. No me parece tan dramático como había pensado y, desde luego, he encontrado una buena manera de celebrarlo.

«Cumpleaños feliz, bonita», me digo a mí misma.

Siento la respiración tranquila del dulce Kamal en mi oreja, echo un vistazo a la habitación como reconociendo sus contornos y no tardo nada en quedarme profundamente dormida.

4

Un cumpleaños feliz

Cuando a la mañana siguiente al despertar le digo a Kamal que es mi cumpleaños no me deja marcharme sin desayunar. Rápidamente va a casa de su madre y al rato ella aparece con unos *lassie* de mango, crepes calientes recién hechos con limón y canela y una vieja tetera con chai. No parece nada sorprendida de verme allí.

Después él me lleva en su pequeña moto al centro de ayurveda y me deja en la puerta. Nada más poner un pie en la casa se organiza un gran revuelo. Estaban preocupados por mí y me miran con una sonrisa, presuponiendo lo que ha pasado. No me entretengo en dar explicaciones, tan solo que se me hizo tarde y me tuve que quedar a dormir en casa de Kamal.

—Todas las extranjeras como tú se vuelven locas por Kamal —me dice Ashok

—. Voy a tener que buscar otro profesor de yoga que no sea tan guapo. Las mujeres os olvidáis de lo que venís a hacer aquí en cuanto aparece él.

Y yo pienso que quizá Kamal en el fondo es guapísimo y lo debe de saber perfectamente, como todos los demás. Probablemente repita lo mismo que ha hecho conmigo con todas las extranjeras que llegan al centro de ayurveda y que le hacen ojitos. ¿Por qué no iba a hacerlo? Pero, pensándolo bien, ¿a mí qué más me da?

Obviamente, no soy tan tonta para pensar que un profesor de yoga de una remota aldea del sur de la India se va a quedar prendado de mí y a iniciarme en los secretos del sexo tántrico, pero no me importa. Una noche como la que viví ayer era justo lo que necesitaba. A veces se necesitan polvos muy brutos, pero, después de lo que me había pasado en Madrid, yo no estoy en esa etapa. El de ayer fue un auténtico polvo de amor, aunque fuera solo por unas horas, aunque Kamal no me quiera.

Mi madre es la primera en mandarme un mensaje para felicitarme. Como cada

año, me pregunta cuántos años cumplo. Ni siquiera se acuerda de las fechas señaladas como esta. Tiene solo dos hijas pero le debe de ser imposible hacer los cálculos correspondientes. Creo que le da pereza. Cuando le digo que son

cuarenta me responde con otro mensaje diciendo: «Qué barbaridad. Qué vieja soy.» Me dan ganas de contestarle: «La vieja soy yo, el cumpleaños es mío», pero ya es mucha pasta en sms.

Después de la comida, el polaco y yo nos marchamos al pueblo a comprar las provisiones para mi fiesta de cumpleaños española. Por supuesto Kamal también está invitado. Veo que Gregory está un poco triste. Creo que se había hecho ilusiones conmigo. Me invita a ir a Cracovia este verano pero me parece un sitio tan frío y ajeno a mí que no sé qué contestarle. Compramos los ingredientes necesarios para hacer salmorejo y unas tortillas de patata, más que suficiente para romper la estricta dieta macrobiótica y que todo el mundo se olvide de sus brevajes laxantes por una noche. Encontrar unas botellas de vino y unas cervezas nos cuesta un poco más. Gregory insiste en comprar también una botella de vodka que tiene pinta de alcohol de quemar. Me da la sensación de que entre él y yo nos lo beberemos todo.

Mis hijos, Teo y Diana, me llaman por WhatsApp para felicitar-me. Sus vocecitas se oyen muy lejos y la comunicación es pésima. Les echo de menos pero no siento pena por no estar con ellos. Sé que estoy donde debo estar. Aun así, de pronto me siento muy consciente y afortunada de tenerlos, de que estén en mi vida, y cuando lo pienso un escalofrío de amor me recorre el cuerpo.

Andrés se pone también al teléfono, recitándome la lista cortarrollos habitual, que si cuidado con el agua, que si no coma picantes, que si no vaya sola por ahí por la noche, que si no me líe con extraños que ya sabe como soy... Le digo a todo que sí, como cuando estaba casada con él.

Al rato recibo un whatsapp de Eva. Me escribe que Verónica y Antoine han sido despedidos de la agencia por el tema de los correos, ni siquiera han esperado a que Antoine volviera de su baja después del accidente. Dice que la semana que viene quizá llegue el nuevo jefe. Me vuelve a preguntar si fui yo quien envió el mensaje-bomba, pero ni me molesto en contestar. Que piense lo que quiera.

No sé por qué el hecho del despido de Verónica y Antoine, aunque ya lo esperaba, no me hace feliz en absoluto. Me pregunto si hice bien en provocar todo ese terremoto, si no fue un poco desproporcionado por mi parte. Tampoco es que lo pensara mucho. Quizá me había pasado tres pueblos. Ella no me da pena, encontrará enseguida otro trabajo y así se lo pensará dos veces antes de jugar con las personas. Pero ¿y él? Es un pobre desgraciado al que sin la ayuda de Verónica le va a resultar difícil salir adelante. Al fin y al cabo,

profesionalmente también es un mediocre. Antoine solo tiene una habilidad en la vida y en lo laboral: está bueno y folla bien. Por lo demás es un absoluto cero a la izquierda. En el fondo siempre lo he pensado pero estaba obnubilada por «lo otro».

Me pregunto cómo pude estar tan ciega. Pasar de estar con alguien como Andrés, listo, guapo y brillante, a pillarme de un mastuerzo que, como dice mi madre, no lee nada que no sea el catálogo del Zara. Es como pasar de comer langosta a bacaladitos, más o menos.

Pero claro, estaban esos polvos siderales, su acento francés y toda aquella palabrería.

Más tarde, Gregory y yo nos vamos a visitar el orfanato de elefantes. Al final se han apuntado también los de Miami, y se nota que al polaco no le ha hecho ninguna gracia. Me doy una vuelta subida en uno y me siento como la princesa de Kapurthala por lo menos. Luego viene lo mejor, cuando me toca lavarlos en una especie de estanque y ellos me duchan con su trompa. Es inevitable pensar en lo que disfrutarían Teo y Diana con todo esto. Cuando les mande el vídeo que me han grabado sé que me van a odiar.

Paso el resto de la jornada ocupada en hacer la cena. Kamal viene a dar su clase de yoga pero esta vez me la salto. Después de lo de ayer no podría tomármela en serio. En su lugar me dedico a hacer las tortillas y el salmorejo ante la atenta mirada de la madre de Ashok, que me mira como si estuviera haciendo una suerte de alquimia. Creo que piensa que quiero envenenarlos a todos.

Con estos días tan intensos apenas tengo tiempo de pensar en lo que me ha pasado, a lo que me voy a dedicar cuando llegue a Madrid, cómo será mi vida cuando regrese. Espero que durante el viaje se me ocurra algo, al fin y al cabo para eso he venido. De alguna forma siento que necesito dar un giro radical... Si no lo hago a los cuarenta, ¿cuándo?

Al poner la cena española en la mesa, todos miran con cierta expectación, sobre todo los «pacientes» del ayurveda, el ruso, los dos de Miami, Gregory... más que a la comida se les van los ojos a las botellas de vino.

Nuestros amigos hindúes parecen algo más escépticos. La madre de Ashok me

pone tres collares de flores alrededor del cuello para homenajearme por mi cumpleaños. Entre todos me han comprado una preciosa tela de regalo.

—Para que te hagas un sari —dice ella.

Me parece que acabará de mantel o cubriendo uno de mis sofás. Me siento muy feliz y agradecida de estar allí con esta pequeña «familia» postiza que me he agenciado.

Poco antes de sentarnos a cenar aparece Kamal. Como todos estos días, viene con «falda»: un dhoti color burdeos y una camisa de algodón estampada, los ojos brillantes y el pelo mojado. Me trae un regalo, un CD de Ravi Shankar mientras me da un ceremonioso beso de cumpleaños. Todos nos miran y se sonríen. Me pregunto si llevará algo debajo del dhoti.

Durante la cena, cuando le observo sin que se dé cuenta, no puedo evitar pensar en nuestra sesión de sexo tántrico. Cuando estábamos desayunando esta mañana me ha dicho que lo de anoche no había sido «nada», que él podía estar tranquilamente haciendo el amor durante ocho horas, y que si se corrió fue porque yo estaba cansada. Calculo los orgasmos que se pueden tener en ocho horas sin dejar de follar y el número me pareció algo descabellado. Mejor así.

Morir en la India no es algo que tenga planeado hacer, al menos esta vez.

Todos se comen las tortillas y el salmorejo de buena gana, parece que les gustan, ha sido buena idea. También se acaban las dos botellas de vino. Al principio Ashok, su madre y el personal de la casa se niegan a beber alcohol, pero después acaban tomando también una copita. La madre de Ashok saca una tarta enteramente rosa por dentro y por fuera. Al final no le ha dado tiempo a hacerla ella y la ha encargado en el pueblo. Es tan bonita y *kitsch* que no puedo evitar hacerle una foto. Una tarta ideal para cumplir los cuarenta.

Luego ponen una música hindú más festiva que la de Kamal, apartamos un poco los muebles y bailamos todos con todos. Una fiesta de cumpleaños emocionante, rodeada de desconocidos a los que por alguna razón siento muy cercanos y que creo que nunca olvidaré.

Mañana me marcho hacia Goa y no me apetece lo más mínimo. Me siento bien

aquí, todos me quieren... De todas formas, tampoco puedo quedarme. El ayurveda cuesta demasiado cada día, no estoy haciendo los tratamientos como debería y es hora de continuar mi viaje, de seguir con el plan que me he marcado.

Salgo un momento a fumar al jardín y Kamal me acompaña. Es extremadamente correcto conmigo, como si lo de ayer no hubiera sucedido. Solo por su mirada noto que le gusto, quizás algo más que la extranjera anterior, sabe Dios...

—¿Por qué no retrasas un par de días tu marcha a Goa y nos vamos juntos a

Karnataka? —pregunta—. No está lejos, es el estado de al lado, hay tren desde aquí y podemos ir a Hampi, un sitio que no vas a olvidar. Yo puedo arreglarlo con las clases de yoga.

La idea es tentadora pero encariñarme con Kamal después de pasar por todo lo de Antoine es algo que no entra precisamente en mis planes. Al mirarle aquí tan guapo a mi lado en esta calurosa noche y bajo los efectos maravillosos del vino pienso «¡Qué coño! Las oportunidades son para aprovecharlas». ¿Qué es mejor, irme sola a Goa o pasarme dos días más viendo templos y practicando sexo tántrico con este ser?

—Vale —le contesto—, iré contigo, pero solo dos días. Después me marcharé a Goa.

—Pues estate lista mañana a las siete, porque el tren a Karnataka sale a las ocho. —Me coge dulcemente de la mano y me besa con cuidado—. Feliz cumpleaños. Eres muy especial. Me alegro de que hayas caído en este pequeño rincón del mundo y nos hayas regalado el favor de conocerte y poder celebrarlo contigo.

Me quedo con la boca abierta... esta gente desde luego está hecha de otra pasta. Igual lo dice de verdad y todo.

Antes de irme a la cama miro si tengo algún mensaje más de cumpleaños. No hay más whatsapps. Al chequear mi mail veo que he recibido uno del mismo destinatario que me envió el correo misterioso avisándome de que algo iba a pasar en la oficina, *yomismo@gmail.com*.

Feliz cumpleaños. No malgastes el tiempo; ya sabes: es la sustancia de la que está hecha la vida.

Me acuesto pensando en quién será el o la que me escribe los mensajes. Parece conocerme porque si no no tendría mi correo ni sabría cuándo es mi cumpleaños, pero es imposible adivinar si se trata de un hombre o de una mujer.

Me intriga... un poco de misterio nunca viene mal, sobre todo a los cuarenta.

Pienso en la frase que me ha escrito. Sale al comienzo de *Lo que el viento se llevó*. Siempre me ha gustado.

5

La piedra lunar

Tardamos casi todo el día en llegar de Kerala a Karnataka en uno de los viejos y destartados trenes de la India y después aún tenemos que coger un bus hasta Hampi, el sitio que, según Kamal, no voy a poder olvidar.

Cuando llegamos está atardeciendo. El color del cielo es un espectáculo y, mezclado con el río y las enormes rocas que hay por todas partes, aún destaca más. Es Kamal el que carga con mi enorme mochila, y menos mal... Lo de viajar ligera de equipaje con dos vestidos y tres mudas no es lo mío.

Algunas extranjeras que se cruzan con nosotros por el camino me miran con cierta envidia y no me extraña. Se ve que tanto en Madrid como aquí mi sino es liarme con tíos que llaman la atención, nunca lo habría adivinado.

Definitivamente creo que es imposible que Kamal no sepa que está bueno. O quizá soy yo la guapa y aún no me he dado cuenta.

Aunque estoy relajada y a gusto con él hay una cosa que me incomoda un poco, y es que no habla demasiado, no parece necesitarlo como yo, que siempre tengo que estar dándole a la lengua. De vez en cuando me mira, me sonrío y no dice nada. O esa es la manera que tiene de decirlo todo. Estar con él me calma, todo es pausado, lento, tranquilo...

Cruzamos un lago en una barcaza que nos lleva a la otra orilla del pueblo hasta dar con la zona en la que parece que están todas las *guest houses*. Encontramos pronto una que no está mal y barata, con una buena cama con mosquitera y el baño limpio. En el bar hay gente de todos los países tomando té o bebiendo cerveza.

Decidimos ir a cenar a un restaurante que nos recomiendan los del hotel; para llegar tenemos que pasar de nuevo por una zona de campos de arroz. Es ya noche cerrada y no puedo evitar pensar de nuevo en las serpientes. Kamal me vuelve a cargar como si fuera un fardo para atravesar una especie de riachuelo y esta vez sí se detiene en mi culo, que aprieta con fuerza. Sin decir palabra me baja de sus hombros y me da un apasionado beso que me deja sin respiración, como si me quisiera comer con esa boca perfecta. Noto como su polla crece y se endurece a través de la fina tela de su dhoti. Me agarra el culo y se empieza a frotar contra mi sexo realizando movimientos circulares completamente

intencionados.

Esta noche no le veo nada tántrico, más bien al revés. Me sujeta de las caderas con fuerza mientras continúa besándome en medio de la oscuridad. Estoy muy excitada, mis pezones podrían atravesar la camiseta. Miro el cielo y la noche es limpia y estrellada. Pienso en lo afortunada que soy de poder estar aquí, viviendo este momento, tan lejos de casa, todo tan nuevo para mí. Si no me hubieran echado del trabajo quizá jamás habría venido. Ahora me alegro.

Llevo con ansiedad mi mano por debajo de su dhoti y encuentro su suave y enorme polla, que empiezo a acariciar con mucho cuidado. Siempre he pensado que las pollas son algo así como animales, lo cierto es que no siempre dependen de sus dueños, van a su aire...

Tenemos que parar de meternos mano al ver aproximarse a una pareja de italianos que van al mismo lugar que nosotros y se ayudan del móvil para distinguir el camino. Menudo fastidio.

Cuando llegamos al restaurante creo que los dos estamos bastante cachondos.

Por primera vez veo algo de impaciencia en sus ojos.

El lugar está lleno, así que los italianos proponen que compartamos mesa los cuatro. No me apetece mucho ponerme a charlotear con ellos y contarles mi vida, pero al final la conversación es animada, la cena está rica y las muchas cervezas que nos bebemos me hacen sentir feliz y dicharachera. Pienso en la noche tántrica que me espera, en esa polla de seda entrando de nuevo en mí.

Cuando vamos de regreso a la zona donde está nuestra pensión con los italianos vemos que hay un pequeño festival organizado en una de las grandes rocas al borde del camino. Nos acercamos y trepamos un poco hacia las rocas más altas siguiendo el sonido de la música y las tímidas luces. Encontramos a un grupo de extranjeros sentados rodeando a un chico que canta y toca la guitarra.

Huele bastante a marihuana, la gente bebe en vasos de plástico... Nos sentamos un rato a escuchar el improvisado concierto junto con la parejita de italianos, pero cada uno a lo suyo.

Alguien tiene una botella de vino y nos ofrece un poco, algunos se arrancan a cantar. Hay una vibración especial en este lugar, una energía muy fuerte, se puede sentir de forma bastante clara. Miro al cielo y la luna es increíble, grande y llena como una gran bola de nieve en medio de un cielo lleno de estrellas. Si hubiera venido con Andrés no nos habríamos parado aquí, él no habría querido en cuanto hubiera olido a marihuana. Ya estaríamos dormidos o leyendo en la

cama de la *guest house*.

Pienso en todo lo que nos perdemos, como, aun estando en un mismo sitio, la realidad de lo que se percibe puede ser completamente distinta. En el fondo no hay realidad. Solo vemos lo que nuestra mente quiere que veamos.

Estos son momentos por los que merece la pena vivir: la noche tan perfecta, la promesa de las próximas horas haciendo el amor con Kamal, los días de aventuras que aún tengo por delante... todo es el preludio de algo excitante y nuevo. Cada viaje es como vivir una nueva vida en pequeño, con su principio y su fin.

Nos quedamos una canción tras otra sin apenas movernos, cogidos de la mano, escuchando la música y disfrutando de la noche estrellada. Además del chico que toca la guitarra y su novia, solo quedamos nosotros y la pareja de italianos, que no tardan en despedirse y marcharse a su hotel. Debe de ser ya muy tarde.

Kamal me agarra de la mano y trepamos hasta otra roca más alta para separarnos un poco del chico de la guitarra y su novia. Parece que la luna se puede tocar con los dedos.

Sin decir nada me quita el vestido de tirantes que llevo y las bragas hasta dejarme completamente desnuda. Me pide que me tienda en medio de la enorme roca. No me cuesta trabajo. La noche es cálida y la piedra aún conserva algo del asfixiante calor del día. Él también se deshace de su ropa. Vuelvo a admirar su cuerpo desnudo, tan perfecto, y deseo lamerlo entero, rozar mi cara con esa piel.

Se deja caer con delicadeza encima de mí y noto como mi cuerpo se aplasta contra la roca bajo la presión del suyo. Empieza a besarme al tiempo que se mueve en círculos aplastando mi pelvis aún más con la piedra, como si quisiera atravesarla. Noto su polla dura encima de mi sexo y de pronto me noto muy excitada, siento unas ganas irrefrenables de correrme, y podría hacerlo solo con los movimientos que hace.

Kamal cambia de ritmo y empieza a frotarse de otra manera ahora, más rápidamente y haciendo aún más presión en mi pelvis. Me recoloco un poco debajo de su cuerpo para intentar que roce aún más mi clítoris. Yo también comienzo a moverme, intento abrir un poco mis piernas y estoy empezando a no poder más. Siento como su polla, cada vez más dura, continúa frotándose contra mí mientras su lengua me recorre las orejas y el cuello y sus manos me aprietan fuerte las caderas.

Cuando estoy al borde del orgasmo él se para de nuevo. Estoy tan excitada que creo que me va a dar algo. Le pido que me folle, que deje que me corra...

pero obviamente no me hace caso. Lleva otro ritmo.

Advierte mi cara de excitación y se ríe. Coge después mi mano entre las suyas y la lleva a mis tetas en las que se detiene un buen rato, me hace recorrer el pezón con mi dedo índice describiendo un círculo continuo... después me baja la mano hasta mi entrepierna y empieza a movérmela bajo la suya. No puedo evitar los gemidos... Seguro que los otros chicos nos están oyendo.

Kamal incrementa el ritmo encima de mi mano hasta que mi placer se hace casi insoportable. Mi respiración se acelera, empiezo a arquear mis caderas y, cuando nota que se aproxima mi orgasmo, se para.

No puedo más.

—Kamal, necesito correrme ya.

—No tengas prisa, ya te lo dije el otro día: cuanto más retenga el orgasmo, más disfrutarás. Quiero notar el sabor de tu yoni en mi boca —me dice mientras a mí me recorre un escalofrío de emoción, como anticipando el placer que me espera.

Entonces baja su boca hasta mi yoni pegando mi cadera y mis ingles a la roca como si quisiera aplastarlas. Estoy inmovilizada. Tensa las cuatro esquinas de mi sexo como si estuviera estirando la tela de un lienzo sobre un bastidor.

Su lengua empieza a recorrerme primero de abajo hacia arriba, con largas lengüetadas de gato hambriento y luego más delicadamente y en movimientos circulares alrededor del clítoris, pero sin tocarlo directamente; después noto una sensación de succión, como si lo quisiera absorber. Me muero. Le aprieto con fuerza la cabeza entre mis piernas y me centro en la oleada de dulce placer...

Vuelve a apartarse, sin apenas contacto, y consigo controlarme para no correrme. Estoy absolutamente frenética.

No puedo decir nada. Ni por asomo sería capaz de hablar en inglés ahora...

Miro alrededor y nos veo solos en ese paraje extraño en medio de las rocas y bañados por la intensa luz de la luna.

Me cubre de besos el vientre, las tetas... Después vuelve a empezar. Esta vez usa las manos. Mete dos de sus dedos en el interior de mi vagina, buscando nuevamente mi punto G... Cuando ve por mis gemidos que estoy muy excitada y mi orgasmo es inminente, se chupa dos de los dedos de la mano libre e introduce uno de ellos con facilidad en mi culo, al tiempo que los otros siguen moviéndose en mi vagina. Entonces me muero literalmente de placer y todos los orgasmos interrumpidos de antes se convierten en un estallido enorme que hace que mi cuerpo explote en fuegos artificiales.

El orgasmo dura un siglo, parece que no se acaba nunca, es como una caída

libre a cámara lenta.

Mientras me corro gimiendo como una loca, miro la luna llena, que parece caerse encima de nosotros.

6

Cuevas, sexo y murciélagos

Después del episodio de la roca, pasamos casi toda la noche haciendo el amor, ya en el *guest house*. Es mi récord mundial, eso seguro. Él no se corre, me dice que no lo necesita, que ya lo hizo hace dos días. Estoy algo decepcionada. A mí también me gusta la sensación de hacer correr a un hombre, de que soy yo la que le llevo ahí. Hay algo extraño en no terminar...

Cuando a la mañana siguiente salgo de la cama, me tiemblan las piernas, apenas puedo ponerme en pie. Kamal se ríe de mí. Él está como si nada. Si me hubieran dicho hace un año, cuando me tenía que conformar con un soso polvo al mes, que iba a pasar una noche entera follando en todas las posturas no me lo habría creído... del derecho, del revés, de un lado, del otro. El Kamasutra entero.

Me está dando la sensación de que Kamal no es tan espiritual como me hizo creer en un principio. En el fondo es como los demás, quiere follar cuantas más veces mejor. Creo que el rollo tántrico que se trae es un poco el gancho que usa para engatusar a las turistas.

A mí desde luego ya no me habla de las pequeñas cosas y de vivir hacia el interior, más bien me mete mano todo el rato. Además, y por lo que parece, no maneja mucho dinero. Desde que salimos del ayurveda prácticamente lo pago yo todo... No sé. Para mí que estos se las saben todas. No digo que no le guste, pero debe de hacer esto con todas las extranjeras que se le ponen a tiro.

Aun así, y como está visto que no me voy a casar con él, pienso exprimirle como un limón.

Si la vida me da limones voy a hacer limonada, comerme las pelus y chuparme los dedos.

Después de nuestro desayuno-comida en el bar del hotel, cogemos un tuk-tuk para hacer el recorrido de los templos de Hampi. Son edificaciones impresionantes con miles de años de antigüedad en los que estamos

prácticamente solos o con unos cuantos turistas. Algunos de los lugares quitan sencillamente el aliento y están desiertos, solo para nosotros.

Pregunto dónde están todos los extranjeros que vimos anoche por el pueblo y Kamal dice que seguramente de resaca, que Hampi es un sitio un poco hippy, donde ver templos no es precisamente la actividad principal, si no más bien tocar

los bongos y fumar marihuana al atardecer encima de las rocas.

La ciudad tiene al menos cuatro recintos de antiguos templos que vamos recorriendo en el tuk-tuk porque están distantes unos de los otros. Llegamos a uno especialmente solitario. Una mujer nos guía hacia los templos principales.

Vamos atravesando distintas estancias, algunas llenas de agua hasta que damos con el primero de ellos, un habitáculo oscuro con grandes columnas de mármol negro y lleno de murciélagos colgados del techo. La mujer nos los muestra ayudada de una linterna que lleva en la mano. Me muero de miedo y salto de nuevo sobre Kamal al ver a todas esas ratas con alas vueltas del revés.

Salimos de nuevo al exterior y damos con un paraje lleno de enormes rocas. Se pueden divisar más templos a lo lejos. Hay bastantes monos rondando, lo que hace que, como siempre, esté temerosa. No me hace ni pizca de gracia ver sueltos por ahí a los animales que normalmente veo en el zoo, y menos los monos, que siempre me han caído fatal, hay algo muy antipático en ellos. Quizás es que se parecen demasiado a nosotros.

Él me tranquiliza, me dice que no hacen nada, que solo a veces cogen tobilleras, pulseras o collares a los turistas. Qué bien, era lo que me faltaba, que un mono me arrancara las pocas joyas que llevo.

Kamal está cansado, se recuesta un poco en una de las enormes rocas y cierra los ojos. Yo hago lo mismo, aunque el calor me impide dormirme. Todo es quietud y silencio. El sol de la media tarde cae sin piedad sobre el paisaje medio desértico. Casi no hay vegetación, solo rocas. El entorno es espectacular.

Cualquier lugar así en Europa estaría atestado de turistas y, sin embargo, aquí parece que ha caído una bomba nuclear. Pienso en el equivalente en España y solo se me ocurre la Ciudad Encantada de Cuenca, y eso echándole mucha imaginación.

Me pego a su cuerpo y nos quedamos adormilados. Es una sensación muy agradable. De repente, coge mi mano y me la lleva a su polla. La deja ahí quieta mientras aparentemente se dispone a dormirse. No sé si duerme pero desde luego su polla no, porque empieza a cobrar vida propia, creciendo bajo mi mano. No quiero masturbarle porque temo despertarle, pero no me faltan ganas. Tengo mucho calor y también mucha sed.

Recuerdo que a la entrada del templo he visto un pequeño puesto donde vendían *snacks* y bebidas. Dejo a Kamal en la roca y me acerco hasta allí para comprar algo. Todo está desierto. Compró unas botellas de agua, una chocolatina y un sándwich. Cuando regreso y paso nuevamente por el templo de los murciélagos oigo unos ruidos que parecen venir del interior. No puedo evitar

acercarme. Cuanto más me aproximo más claramente puedo distinguir que los sonidos son gemidos de alguien que está dentro del pequeño templo. Debería pasar de largo y seguir hacia nuestra roca pero no lo hago. Definitivamente tengo algo de *voyeur*, creo que es eso. Otra cosa más para hacerme mirar.

Me acerco sigilosamente a la entrada, cruzando el pequeño estanque, con cuidado de que no se oiga el ruido de mis pies chapoteando en el agua. Cuando llego al quicio de la puerta de entrada los veo: es la pareja de italianos de anoche. Han debido de pensar que eran los únicos y no había nadie más.

Súbitamente, una bofetada de calor y de excitación me sube a la cara hasta que la siento ardiendo y el corazón se me desboca de repente. La chica está de espaldas apoyada en una de las grandes columnas de alabastro negro mientras su novio la está follando por detrás, agarrándola de las caderas. Ella trata de reprimir sus jadeos poniéndose la mano en la boca, pero no lo consigue del todo.

Se lo están pasando en grande, seguro que por la excitación de estar en un lugar «prohibido» y encima con todos esos bichos colgados del techo, igual ni se han dado cuenta. Desde luego si les pillan van a la cárcel, eso como mínimo. Oigo como él le susurra cosas en italiano. Me gustaría que Kamal estuviera aquí haciéndome exactamente lo mismo. ¿Por qué no se le habrá ocurrido a él?

Desde la fiesta de París creo que me excita ver follar a los demás, no lo puedo evitar, aún mejor si a quienes miras no se dan cuenta.

Pero ellos sí se dan cuenta...

El chico se distrae un segundo y se encuentra con mis ojos. Después es ella la que mira y me reconoce. Ninguno se mueve, tampoco yo. Lejos de cortarse, me saludan con naturalidad con la mano y me piden con un gesto que vaya hacia ellos. No sé qué hacer. Follar en un templo ya me parece fuerte pero además hacerlo con una pareja... No me atrevo. Me doy cuenta de que por mucho que quiera sigo siendo una mojigata en muchos aspectos. Una mojigata no, pero sigo siendo yo.

Me despido con la mano. Una parte de mí habría querido unirse, sí, pero no me he atrevido. Pienso en la cantidad de veces que pasa esto, en la cama y en la vida, en las cosas que rechazamos por no atrevernos, en los trenes que dejamos pasar paralizados por el miedo. Qué tontería. Al fin y al cabo, ¿qué es atreverse?

Solo es un movimiento, una fracción de segundo, un pestañeo y ya has pasado al otro lado, al lado de los valientes, al lado que mola. Pero para eso, como para todo, hace falta un entrenamiento.

Cuando llego con mis pequeñas provisiones, Kamal se está desperezando y yo estoy muy excitada por la escena que acabo de ver, aunque no le digo nada.

Me tumbo a su lado y nos quedamos así largo rato mirándonos de vez en cuando y disfrutando del lugar. Las palabras no son tan necesarias a veces. Ni siquiera sé si quiero tener una foto de él. Creo que preferiré simplemente recordarle. Así me lo imaginaré aún más guapo de lo que es.

Al rato no puedo evitar meterme entre las faldas esas que lleva y hacerle una mamada furtiva, mientras le pido que por favor esté alerta por si viene alguien.

Su polla apenas me cabe en la boca, me quedo a la mitad, nunca me había pasado. Junto con la del Ángel de Rafael, mi primera cita de Internet, la de Kamal es la polla más grande y gruesa que me he encontrado en la vida... hay diferencia con las otras. ¿Cómo no va a haberla? Quien diga que no la hay es que nunca se ha encontrado con una de estas...

Lo bueno de hacerle una mamada a Kamal es que, como nunca se corre, puede durar cinco minutos o cinco horas, lo que una quiera. Es como un Chupa Chups sin fin, nunca se acaba.

Hoy es nuestra última noche juntos. Sé que no le volveré a ver, que aunque le prometa que volveré una y mil veces, no regresaré. Casi siempre que decimos que volveremos nunca lo hacemos. Ni en la India ni en Madrid ni en ningún lado. Nos daremos nuestros correos y nuestros teléfonos y jamás nos escribiremos. Su número quedará anotado en mi cuaderno de viajes junto con otros recuerdos de los sitios que visité, posavasos de los cócteles que me tomé, entradas de museos a los que fui...

Él también lo sabe, así que los dos aprovechamos el tiempo que tenemos sin pensar en mañana, porque no hay mañana, ni falta que hace.

Trepamos de nuevo a las rocas donde estuvimos la primera noche. Está atardeciendo. Las vistas de Hampi desde lo alto son espectaculares. Todo es de color rojizo, la tierra, los templos, el sol... La mitad de los que están en el pueblo están concentrados allí arriba a esa hora. Algunos tocan los bongos, otros la guitarra, otros cantan. Corre la cerveza y de nuevo huele a marihuana y a hachís.

Nos sentamos allí en medio, simplemente abrazándonos y mirando el espectáculo del atardecer.

—¿Te acordarás de Hampi? —me pregunta.

—Sí, me acordaré de Hampi y también de ti —respondo.

—¿Has aprendido algo que no supieras en estos días que llevas en la India? — me pregunta él, un poco queriendo recuperar su aura espiritual de profesor de yoga.

—He descubierto el sexo tántrico, aunque creo que no será del gusto de los

españoles. Ellos son más de correrse en cinco minutos... Ahora en serio, creo que he aprendido a estar bien sin pensar en el futuro —le digo—, a disfrutar del momento sin querer más momentos iguales multiplicados por tres... pero se me pasará cuando llegue a España. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Haces esto con muchas extranjeras?, ¿con todas las que llegan al centro de ayurveda?

—Con las que me gustan, sí. Tengo bastante éxito con las occidentales —me responde con sinceridad—. Pero no las traigo a todas al mismo sitio, si es lo que te estás preguntando. De hecho es la primera vez que vengo a Hampi con alguien.

Por una vez esta información no me molesta. No me incomoda no sentirme la única, ni la más guapa ni la más especial, sencillamente porque no lo soy. Kamal no se acordará de mí más que de cualquier otra y ahí justamente radica lo bueno.

En comprender que yo soy exactamente como las demás. Igual de buena que las demás.

Esta noche me regala la última sesión de sexo tántrico y saboreo cada caricia como si fuera un bombón. A decir verdad, un polvo de estos vale cinco veces más que los normales. Todos salen perdiendo en comparación con Kamal, incluso Antoine.

Ahora solo deseo que el siguiente tío con el que me acueste no sea eyaculador precoz.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano, cuando aún no ha amanecido, y Kamal me da una tobillera de plata que me pone con mimo en el pie.

—Para que te acuerdes de mí —me dice.

Me pregunto si la ha comprado especialmente para mí. Quizá se la haya olvidado en su casa a cualquier extranjera y ya tenía previsto utilizarla como regalo. Probablemente sea eso.

Vamos en un tuk-tuk hasta la estación de tren de Hospet, la más cercana a Hampi. Ya en el andén me despide con un tímido abrazo. Parece algo triste, pero le veo con cierta impaciencia por marcharse, por pasar a lo siguiente. No puedo evitar soltar un par de lágrimas. Me gusta estar con él.

Kamal se aleja de mí con paso resuelto y no mira hacia atrás.

Creo que cuando encuentre a alguien que al despedirse de mí vuelva la

cabeza para mirarme una vez más, ese será mi Mister Right. Yo siempre lo hago y siempre me encuentro con cogotes.

La gente se olvida de ti en cuanto desapareces de su campo de visión.

Veneno en la piel

El tren hacia Goa es antiguo y lento como todos. La India tiene la red ferroviaria más grande del mundo pero como si nada. Durante el viaje, un picor en el cuello que ya había notado de forma leve cuando me he levantado esta mañana se convierte en un escozor insoportable. Saco mi espejito de la mochila y veo que tengo un tremendo sarpullido y la zona bastante hinchada. Me ha debido de picar algún tipo de bicho. ¿Y si es venenoso y me muero en tres horas como pasa en las pelis de aventuras? Me consuelo rascándome compulsivamente pero, cuanto más lo hago, más me pica y más rojo se me pone.

Paso el trayecto bastante incómoda, leyendo la guía de la India y escribiendo en mi cuaderno de viajes las aventuras de los días pasados, dormito y hablo con las personas que se me acercan, que son bastantes. Los hindúes sienten una fascinación especial por los turistas, algunos me piden hacerse una foto conmigo. Luego se la enseñarán a sus amigos y les dirán «Mira, esta es la amiga española que conocí en un tren. Nos hicimos inseparables.» Cuando una viaja tan lejos y alguien no sabe dónde situar España exactamente, hay unas palabras sagradas que abren todas las puertas: «Real Madrid.»

Para cuando llego a Goa me arde toda la cara y eso me angustia un poco. Creo que tengo algo de fiebre. Estar sola y con una picadura de un insecto en la India no es una perspectiva muy halagüeña. Antes de venir leí que había escorpiones rojos supervenenosos. Quizá me picó uno anoche mientras estaba con Kamal.

Con aquellos polvos no me hubiera enterado ni aunque me atacara una boa constrictor.

Tenía pensado irme directamente a la playa pero, tal y como estoy, necesito urgentemente algo que me baje la hinchazón. No sé muy bien qué hacer y no me fío de que no sea algo grave, en estos países exóticos nunca se sabe. Cojo un taxi en la estación de tren y le pido que me lleve a la zona de los hoteles. Localizo más o menos pronto uno barato y con buena pinta, dejo la mochila y le pido al taxista que me lleve al hospital más cercano.

Como soy turista, me atienden rápido pero no entienden lo que me pasa, por

más que lo intento explicar: que tengo la cara hinchada y un picor insoportable en el cuello, que me ha debido de picar un bicho... Al final me dicen que me espere, que van a traer a un médico portugués que trabaja allí y que quizá me entienda mejor con él.

Al oír las palabras «médico» y «portugués» no sé por qué se me enciende en el cerebro una lucecita de alerta roja.

Cuando por fin llega parece que él sí se entera de lo que me ha pasado.

Tampoco es tan difícil. Tras examinarme el cuello y la cara me dice: —Efectivamente, te ha picado algún tipo de insecto que te ha provocado una reacción alérgica. ¿Estás aquí sola...? —Habla medio en español medio en portugués de una forma muy graciosa.

—Sí, viajo sola —le respondo.

Me fijo en él. No llega a ser especialmente guapo pero sí muy atractivo, moreno de piel y pelo, con barba y algo bajito.

—¿Es grave? ¿Puede ser la picadura de un insecto venenoso? —le pregunto.

—Sí, muy venenoso —responde—. Pero por suerte quizá en un rato nos llegue el helicóptero con un potente antídoto —bromea, y después dice ya más serio—: No sé exactamente qué insecto ha sido. Te pincharé un antiestamínico y en unas pocas horas las molestias habrán desaparecido. Tienes el cuello bastante hinchado... te daré también una crema que debes usar durante un par de días. Y procura evitar el sol en esta zona... Por cierto, ¿qué haces sola tan lejos de casa?

—He venido de vacaciones —respondo—. Veinte días recorriendo el sur de la India. Son una especie de vacaciones curativas.

—¿No me digas que vienes a encontrarte a ti misma?

—En realidad sí, a eso y a que me piquen bichos —le respondo con una sonrisa.

—¿A qué zona vas de Goa?

—Tengo pensado ir a Agonda. He leído en los foros de viajes que es la zona más tranquila y apartada, que casi no hay gente.

—Sí, Agonda es perfecta para unos días de relax y playa. Un paraíso. Yo también me escapo allí cuando tengo un par de días libres en el hospital. Puede que nos veamos, quién sabe.

—Sí, quién sabe —contesto—. ¿Y llevas mucho aquí en Goa?

—Unos tres meses. He venido en un intercambio de médicos. Estaré aquí unas semanas más y luego me vuelvo a mi hospital en Lisboa.

—¿Y por qué elegiste Goa?

—Porque fue colonia de Portugal, y hay mucha herencia portuguesa en la zona.

—A mí me encanta Lisboa —le digo—, es una de mis ciudades favoritas.

—Pues cuando quieras tienes allí tu casa —me dice.

Creo que me va a pedir el teléfono, pero no lo hace.

—Bueno, me voy ya... Muchas gracias por todo...

—Mira, te voy a dejar mi móvil personal por si acaso te encuentras mal o te surge algún problema aquí... ahora procura descansar. El antiestamínico te hará efecto rápido. Mañana ya estarás mucho mejor.

—¿Cómo te llamas? —pregunto mientras anoto su número en la agenda de mi móvil.

—António —dice.

Vaya por Dios, el mismo nombre, uno portugués y el otro francés. Me cago en la leche, con todos los que hay.

8

Agonda Paradise

Tras dormir a pierna suelta en el hotel de Goa y una vez que ha hecho efecto la medicina, me siento mucho mejor. Cuando me levanto ya casi no me pica y la hinchazón de la cara ha bajado bastante. Después de dar una vuelta por la capital, donde no hay mucho que ver excepto un par de iglesias de estilo portugués, cojo por fin un taxi hacia Agonda.

Es más o menos como imaginaba. Una playa larga, rodeada de palmeras con algunos chiringuitos y sencillas cabañas encima de la arena. Todo parece bastante vacío a esa hora de la mañana. Me llaman la atención las vacas, que campan a sus anchas en medio de la arena. Algunas se levantan a pasear pero casi todas están tumbadas, mirando la vida pasar. Ser vaca en la India es algo así como ser perro en Europa.

No sé muy bien qué cabaña elegir, pero con la mochila a cuestas por la arena no estoy para mucho explorar. En uno de los extremos veo un enorme palmeral con algunas casitas de paja. En medio hay una especie de *chill out* con cojines y telas y un pequeño chiringuito: Agonda Paradise. El lugar parece bastante paradisiaco, salvaje pero paradisiaco.

Me agencio una en la misma arena, la típica estampa que una ve en las postales y que ahora puedo hacer realidad por doce euros, desayuno incluido.

Casi en la puerta hay dos vacas atadas a un poste. Dan ganas de sacarlas a dar un paseo. Quizá las hayan puesto aquí para eso.

En el interior de la cabaña tan solo hay una cama con una mosquitera, un aparador y un baño con el techo al aire libre y una ducha de agua fría... También hay wifi, eso que no falte. Es un poco contradictorio estar conectada a Internet en un sitio tan rústico. Hoy en día, es más fácil escapar de la muerte que de Internet.

Salgo a explorar un poco. Toda la «vida» está organizada alrededor de la playa pero también hay un pequeño poblado detrás, con algunas tiendas de artesanía para turistas y pequeños colmados.

Al atardecer la playa se anima de repente. La gente acude a ver la puesta de sol y a beber cervezas en los chiringuitos, otros practican yoga al borde del mar,

las parejitas de turistas se abrazan... Hay buen ambiente y todo es muy relajado, muy hippy. Me pregunto en qué momento nos empezaron a importar tanto las puestas de sol. Cuando yo era pequeña no recuerdo que nadie les hiciese caso.

Veo a una mamá joven jugando en la orilla con sus hijos pequeños y no puedo evitar pensar en los míos. Quizá debería haberlos traído. Cuando tienes críos, por unas cosas o por otras, siempre te sientes culpable de algo. Culpable por no estar con ellos, culpable por no ser perfecta, por pensar que ellos no son lo único, por estar contenta cuando se marchan con su padre, culpable porque les has dado otra vez pizza congelada para cenar, porque no sabes a ciencia cierta si te tirarías encima de ellos para salvarlos si los fuera a arrollar un autobús... así todos los días.

Quando cae la noche el cielo se llena de estrellas y todo se queda en silencio.

Los pocos chiringuitos que hay instalan algunas mesitas y sillas en la arena. No hay luz eléctrica en el exterior, solo pequeñas velas. Un camarero me dice que Agonda es zona protegida porque las tortugas van a desovar allí, que no puede haber ni demasiada luz ni demasiado ruido.

Me siento a cenar en uno de los chiringuitos. Esa es la peor parte, cuando le dices al camarero que eres «solo una». Me sigue dando un poco de reparo. Oigo hablar en español en la mesa contigua a la mía. Es una pareja, ambos con pinta de modernos, entre hípsters y hippies. Me decido a hablar con ellos, al fin y al cabo no es tan normal encontrarse con españoles en ese lugar apartado del sur de la India. Es obligatorio hacerlo. Hay una especie de «hermandad» que te obliga a entablar conversación con la gente de tu país cuando viajas.

No tardan más de dos minutos en pedirme que me cambie a su mesa y que cene con ellos. Son un matrimonio de Madrid, Greta y Luis. Me cuentan que son artistas y que están en Goa buscando inspiración e intentando ganarse la vida unos meses. Ella esculpe y él es pintor. Quieren ver si les sale trabajo una temporada haciendo talleres de arte para los hijos de los turistas.

—Trabajamos todo el día en nuestras cosas y luego por la noche nos emborrachamos... —me explica Luis—. Greta está ahora aprendiendo a teñir telas y movidas artesanales, y yo paso la mayor parte del día por ahí tomando apuntes y haciendo acuarelas. Tenemos alquilada una especie de cabaña en el pueblo.

Él es un tipo español del tipo español. Bajito, moreno con barba y disfrazado un poco de hippy, con pantalón y camisa de lino blanco.

Ella tiene algo especial, me doy cuenta en cuanto la veo, no solo es muy

guapa, sino también interesante, una de esas mujeres que transmiten, con mucha fuerza en el rostro. Morena con el pelo largo, negro y espeso y la piel blanca, ojos oscuros y almendrados y una boca gruesa de muñeca. No es demasiado delgada, de hecho, más bien lo contrario. Tiene dos buenas tetas y unas caderas rotundas. Lleva una especie de vestido ibicenco de gasa de color verde claro, de esos que se ponían nuestras madres. Va sin sujetador y puedo ver como se le transparentan los pezones. Desde luego, y por una vez, ella me gusta mucho más que él. No podría adivinar qué edad tienen pero se deben de mover en un rango de los cuarenta a los cuarenta y cinco, quizás ella sea algo mayor.

Según avanza la noche, cuanto más la miro y la escucho hablar, más atraída me siento por ella. Pienso en si pasará eso, si será normal a veces sentir atracción por alguien del mismo sexo. Antes ni siquiera me había parado a pensarlo. Solo lo probé el día de la fiesta en París. Recuerdo a Elsa, la guapa inglesa de la orgía, su cabeza pelirroja entre mis piernas comiéndome el coño tan suave, sus besos tan dulces... Bueno, y Verónica, pero eso ni siquiera quiero recordarlo. ¿Por qué hay que elegir entre hombres y mujeres, ponerle etiquetas a todo?

Del pequeño chiringuito donde hemos cenado pasamos a otro, con grandes *pufs* colocados prácticamente en la orilla. Apenas hay gente. Seguimos con las cervezas. Pienso en que vine sola a la India pero desde que llegué siempre he estado acompañada. Ya me habían dicho que pasaba así, que uno nunca está solo si no quiere, que vas conociendo gente en todos los tramos del viaje.

Cuando ya nos hemos contado nuestra vida, Greta y Luis me dicen que son una pareja abierta. Llevan juntos quince años pero casi desde el comienzo tienen otras relaciones secundarias o simplemente líos. Greta me cuenta que es bisexual, se acuesta indistintamente con hombres y con mujeres, pero a Luis solo le gustan las mujeres. Dicen que alguna vez comparten la experiencia de acostarse juntos con otros a la vez pero que lo normal es que cada uno vaya por su lado.

—¿Y no sentís celos cuando el otro se va con la otra pareja, o el lío o el rollo?

—pregunto.

—Yo sí —dice Luis—, pero me aguanto. Ella lo lleva mejor. La clave es el respeto, pero el tema de los celos es jodido. Es de lejos lo que más cuesta.

—Lo llevo mejor porque me acuesto con el doble de gente, con hombres y con mujeres —dice Greta.

—¿Y a quiénes prefieres?, ¿a los hombres o a las mujeres? —le pregunto a ella.

—Ahora mismo apuesto que a las mujeres —dice Luis mirándola con una sonrisa.

Al principio no entiendo el comentario pero luego sí creo captar la indirecta y no me disgusta en absoluto la perspectiva.

—Depende de la situación y el momento —contesta Greta—. Si me apetece sexo salvaje, nada mejor que un tío; y si quiero una buena sesión de sexo sin prisas, calmado y reposado, prefiero a una mujer. Aunque acostarse con mujeres también puede ser muy salvaje. ¿Tú lo has probado, Carlota? —pregunta.

—Una vez, hace poco, en una especie de orgía en París.

—Creo que a mí me atrae la personalidad de la gente, unas veces resultan ser hombres y otras mujeres... no sabría decir. Cuando me gusta alguien no tengo en cuenta su sexo, simplemente valoro si me atrae o no.

—Tiene su lógica —digo yo— pero yo no me he sentido realmente atraída nunca por una mujer ni he querido ligarme ni acostarme con ninguna tía. No sé...

—Quizá Greta te puede enseñar cómo es verdaderamente echar un polvo salvaje con una mujer. Igual te lo imaginas distinto de cómo es, ¿verdad, cariño?

—Cállate, Luis. Vas a asustar a la pobre Carlota. Ella no está acostumbrada a estas cosas. Deja a la gente a su ritmo. A veces eres muy pesado.

—No sé si ella se querría acostar contigo —me dice Luis, que ya está bastante borracho—, pero a mí desde luego me encantaría veros a las dos si eso sucediera.

—Tú te tendrías que buscar a una extranjera mientras tanto —le dice ella—. Sabes perfectamente que no me gustan los mirones.

Durante los días siguientes apenas me separo del matrimonio, sobre todo de Greta. Los tres nos llevamos muy bien y me gusta estar con ellos. Luis está casi todo el día a su aire haciendo acuarelas por ahí y solo aparece de vez en cuando.

Deben de tener dinero de familia porque no ponen mucho interés en encontrar ningún tipo de trabajo, pese a lo que dicen. Más bien creo que son gente de pasta jugando a ser bohemios una temporada. Lo puedo ver por cómo se comportan, la ropa que llevan, en su actitud de niños bien, despreocupados y con estilo...

Cada día comienzo dando larguísimos paseos por la playa y desayunando con mucha calma. Después paso la mayor parte del tiempo con Greta. Vamos al taller de teñido de telas, a su cabaña a ver las esculturas que hace, a merodear por el pueblo y mirar los puestos de quincalla... también nos hemos apuntado a una especie de curso de cocina hindú que dan unas mujeres de las afueras del

pueblo a unas cuantas turistas. Allí aprendemos a usar las especias en la comida y a diferenciar lo «*no spicy*» de lo «*very spicy*»: Garam masala, cúrcuma, cardamomo, jengibre, chile... todo un subidón para el olfato que permanece en nuestra nariz y nuestra piel mucho después de salir de la clase.

A mediodía picoteamos cualquier cosa. Nos hemos hecho adictas a los *momos*, las *samosas* y los *papadam*, que comemos todo el tiempo ... luego nos tumbamos en la playa a pasar la tarde relajadamente mientras bebemos una Kingfisher tras otra y tenemos largas conversaciones sobre todo y nada. Así hasta que se nos hace de noche.

Por supuesto, le cuento todo sobre Antoine, y al hacerlo parece que voy reorganizando mi cabeza de nuevo, moviendo las cosas de sitio... aprendiendo a olvidar. A veces es mejor contar tus intimidades a quien no te conoce demasiado, ni te quiere ni te va a juzgar. A menudo se obtienen mejores consejos.

Greta y yo intimamos tanto en unos pocos días que podríamos ser la mejor amiga una de la otra, perfectamente, y yo también podría quedarme haciendo esta vida para siempre.

Hay personas que no tocan, que mantienen las distancias y les cuesta establecer relación física con los demás. Greta es todo lo contrario. Me toca, me abraza, me da besos, me hace carantoñas. Imagino que será así con todo el mundo.

Noto una vibración especial entre las dos, como si estuviéramos permanentemente en la misma onda. Además de las muchas cosas que ha resultado que tenemos en común, me gusta de una manera que no sé explicar muy bien. Si no me aterrorizara la idea, me apetecería besarla y tocarla, incluso acostarme con ella; no solo porque es guapa, sino porque me encanta como es.

En vez de desear ser como ella o envidiarla, esta vez la deseo a ella.

Descubro que me encanta compartir el cigarillo o la cerveza con ella y chupar donde ella lo ha hecho antes, me veo de repente con la mirada fija en sus tetas, y cuando estamos las dos tumbadas tomando el sol tengo ganas de meterle la mano dentro de la braga del biquini. No entiendo nada de nada. Lo que me faltaba ahora es darme cuenta de que soy lesbiana. Pero qué va, a mí me gustan los tíos, y mucho. Creo que, por la forma en la que me mira, ella también siente algo por mí. Lo mismo soy bisexual como ella y no me he enterado. O quizá solo me gusta ella, prefiero pensar eso... no quiero rayarme.

De vez en cuando me conecto a WhatsApp para hablar con los niños, pero no demasiado. Creo que mis hijos también se olvidan un poco de mí cuando no estoy con ellos. Solo me recuerdan cuando me ven y, mientras tanto, están genial

con Andrés. Estoy empezando a pensar que si me quedase aquí nadie me echaría demasiado de menos.

Me imagino diciéndole a la familia: «Me quedo en la India y, por cierto, creo que soy lesbiana.»

Uno de los días después del taller de teñido de telas comemos en la casita de Greta. Es una vivienda de pueblo que han alquilado para todo el mes, tiene apenas una minicocina con una pequeña mesa, una cama, un armario y algunas estanterías para colocar la ropa. El baño es una especie de cobertizo que está a techo descubierta, como casi todos en la zona. Lo mejor es que en la entrada tiene un cercado con un pequeño jardín y un árbol que da buena sombra.

Preparamos el curry de pollo que nos han enseñado en nuestro curso y nos sale bastante bien. Nos bebemos entre las dos una botella de vino. Greta y Luis se han traído un cargamento de Rioja desde España porque el vino en la India es malo y muy caro.

Estamos las dos bastante borrachas pero alegres y dicharacheras, no paramos de reír. Luis ha ido a Palolem, la playa siguiente a Agonda, a hablar con algunos hoteles de allí por lo de las clases de arte para los hijos de los turistas.

Hace mucho calor y después de comer estamos amodorradas. Lo que más nos apetece es dormir la siesta.

—No durmamos, tía, si no nos quedaremos apalancadas toda la tarde. ¿Quieres que te haga una escultura, una de las pequeñas como estas? —pregunta Greta señalándome unas figuras de barro que tiene colocadas en una de las estanterías.

—Vale —digo yo— si quieres...

—Primero tengo que hacer un boceto a lápiz para luego modelar en barro. Yo trabajo así. Necesito que te desnudes y poses para mí una media hora. Ese tiempo será suficiente para tomar un apunte, ¿podrás hacerlo? No te puedes mover mucho; eso es lo más difícil.

—¿Y en qué postura? —pregunto—. ¿Cómo me tengo que poner?

—Podemos hacerlo como quieras, sentada, tumbada... de pie será más incómodo para ti —responde.

—Prefiero tumbada, que así no me canso —le digo.

—Vale, quedará chula si te tumbas de lado por ejemplo y te sujetas la cabeza con uno de los brazos...

Greta se pone a trajinar entre sus cosas, a buscar el bloc de dibujo, sus lápices, la goma... Mientras tanto yo me voy quitando la ropa. Como estoy algo

borracha no me da ninguna vergüenza. Al fin y al cabo es natural estar desnuda delante de otra mujer, lo hago todo el rato en yoga, en el gimnasio...

—Tienes un cuerpo muy bonito, muy armónico y bien proporcionado —me dice Greta estudiándome con bastante curiosidad—, y me encanta lo morena que te pones. Ojalá yo cogiera ese color.

—Creo que me faltan tetas —le respondo—, me gustaría tenerlas más grandes, como tú.

—Yo, en cambio, me veo muy «tetona» —dice tocándose las tetas—, a veces me entra complejo de vaca lechera. Me das envidia tan planita. Creo que la ropa os queda mejor a las mujeres planas. Sois como más finas.

—Pues a mí no me importaría nada ser ordinaria si tuviera un «canalillo» como el de Sofía Loren. Igual me decido a operarme cuando vuelva a Madrid y me pongo dos buenas tetas con el dinero de la indemnización. Así me lo gasto en viajes y en tetas, no en el Mercadona. Por lo menos, que mi despido esté bien aprovechado.

Greta se acerca a la cama y me coloca para poderme dibujar. Me dobla una pierna, cambia el ángulo de mi cabeza sobre el brazo, me aparta el pelo hacia a un lado. Cuando lo hace no puedo evitar sentir un hormigueo en la tripa y notar cierta expectación.

Hay momentos que ya antes de que empiecen quieres que duren mucho tiempo, momentos en los que te relames pensando en lo que va a pasar, en lo que podría pasar... este es uno de esos momentos.

—Estás muy guapa —me dice sonriendo—. Ya verás qué bien va a quedar.

Después te regalaré el boceto y la escultura.

Greta empieza a trabajar. Me encanta verla concentrada en la hoja, en el lápiz y en mí... es una sensación muy agradable y diría que turbadora. La veo más guapa y atractiva que nunca, con el tirante del vestido resbalando descuidadamente de su hombro, absorta en su dibujo, con su melena negra recogida de cualquier forma en un moño, fumando un cigarrillo... me recuerda algo a María Elena, la protagonista de *Vicky Cristina Barcelona*, esa peli de Woody Allen.

Cuando me observa para hacer el dibujo, sé que no me mira a mí. Soy líneas y curvas, algo así como un plato de uvas... una forma. De vez en cuando se queda absorta en mi cara y nuestros ojos se encuentran. Entonces aparta la mirada y la vuelve a concentrar en el bloc.

—¿Estás bien?, ¿muy incómoda? —pregunta.

—Sí, tranquila, estoy genial. Tarda lo que quieras que no estoy cansada —le

respondo pensando en que podría pasar cualquier cosa si las dos quisiéramos...
en que ojalá que eso pasara.

—¿Siempre te quitas todo el pelo de ahí abajo? —me pregunta con curiosidad—. Yo lo llevo distinto.

Me pregunto cómo es «distinto». Solo pensar en ello hace que me excite al momento...

—No, antes iba de cualquier forma, empecé a hacerlo cuando me separé. Una amiga de la agencia me dijo que si no me depilaba entera nadie querría comerme el coño.

—Bah, menuda tontería. Yo te lo comería con pelos y sin pelos —dice despreocupada, sin dejar de dibujar.

Después se da cuenta de lo que ha dicho y me mira sonriendo. Yo también a ella.

—¿Te puedo preguntar algo sobre lo que tengo curiosidad?

—Claro.

—¿Cómo haces el sexo oral cuando te acuestas con chicas?, ¿de la misma manera en la que te gusta que te lo hagan a ti?

—No, para nada. Lo hago como supongo que le va a gustar a la chica con la que me acuesto. Nunca igual. Es lo mismo que las mamadas, con cada persona es distinto. ¿O tú las haces todas iguales?

—Yo creo que sí, que las hago bastante iguales —digo intentando poner cara también despreocupada aunque la conversación me está poniendo cada vez más nerviosa...

—Tengo un calor de muerte —me dice Greta—. No te importará que me quite esto, ¿no? Estoy sudando como un pollo y se me pega la ropa al cuerpo con esta humedad.

Se desprende entonces de su vestido exhibiendo su esplendoroso cuerpo, y al hacerlo se le suelta también el moño y la lustrosa melena cae como una cascada sobre sus hombros. No lleva ropa interior. No puedo evitar quedarme embobada mirándola. Me tiene hipnotizada de lo guapa que me parece.

Se levanta y viene hacia mí de nuevo moviendo las caderas indolentemente y entonces me fijo en su pubis. Lo lleva depilado y arreglado pero se ha dejado algo de pelo en el centro. También lleva un *piercing*. Me da un escalofrío en cuanto lo veo... Cuando se acerca, su sexo me queda justamente a la altura de la vista y siento el impulso de hundir mi lengua ahí dentro. Ya ni siquiera me pregunto si es normal o no, si seré lesbiana... Ya si eso lo pensaré mañana.

Me coloca de nuevo como ella quiere y, al hacerlo, pasa su mano un

momento por la curva de mis caderas, como retirándome una mota de polvo, es solo un instante, suficiente para que las dos nos miremos de una forma que ya no deja lugar a dudas.

Ella, que sabe que soy inexperta, me lo pone fácil dando el primer paso.

Se tumba de lado frente a mí y me empieza a acariciar la cara, el pelo...

después me besa. No puedo evitar un ligero temblor. Como cuando lo hice por primera vez con Elsa en París, noto su pequeña y húmeda lengua dentro de mi boca y el tacto suavísimo de sus labios en los míos, su aliento perfumado, que huele ligeramente a vino y a tabaco...

Se pega a mi cuerpo y noto sus tetas contra las mías, nuestras piernas y manos se entrelazan al mismo tiempo. Me lanzo a morder su cuello abandonando mi timidez y no puedo evitar que mis manos se dirijan a sus preciosos pechos.

Después, mi lengua explora sus areolas, grandes y oscuras como galletas María, y sus pezones que ya están como piedras. Noto su respiración agitada, su boca entreabierta. Me parece que ella también está muy caliente.

El calor abrasador de la habitación, lejos de separar nuestros cuerpos, los une todavía más y hace que estén resbaladizos del sudor. Greta también lleva su boca a mis tetas, me las espachurra, mordisqueando despacio mis pezones. La habitación se va llenando poco a poco de gemidos y murmullos.

De repente todo cobra otro ritmo y se vuelve más salvaje, más apasionado.

Ella me tumba súbitamente de espaldas y se deja caer sobre mí mientras me muerde la nuca y apenas puedo moverme bajo el peso de su cuerpo. Siento su melena en mi espalda... me hace cosquillas.

—¿No notas la humedad de mi coño encima de ti? —pregunta—. ¿Has visto lo cachonda que me estás poniendo? Deseo esto desde la primera vez que te vi, incluso sin saber aún que eras española. Te había fichado de antes, ¿sabes? El día que nos conocimos te vi paseando por la playa al atardecer y pensé que eras un bombón.

—Yo también he querido que pasase esto desde la primera vez que te vi, pero no quería admitirlo —le digo—. Miraba la braga de tu bikini y soñaba con hundir mis dedos ahí dentro...

—Yo sí que quiero hacer eso... y ahora mismo —dice mientras, aún encima de mí, su mano busca hueco hasta poder tocar mi coño por delante.

Arqueo entonces mis caderas y subo ligeramente el culo para facilitarle la tarea al tiempo que me muevo arriba y abajo. Su mano se mueve ágil entre mis piernas y hace que me muera de placer, por lo que me está haciendo y por lo que

me pone la situación. Nunca pensé que me excitaría tanto con una mujer...

—Me encanta tu coño... qué suave es y qué mojada estás —me dice al oído —.

Me gustaría hacer que te corrieras muchas veces... córrete ahora, venga, vamos, hazlo para mí. —Y, mientras no para de susurrarme, su mano se mueve más y más rápido con el ritmo perfecto y la presión justa sobre mi clítoris.

Mis gemidos, cada vez más intensos, indican que mi orgasmo ya es inminente.

Cuando se da cuenta, se aparta, me da la vuelta y empieza a frotarse encima de mí, su clítoris rozando el mío; el placer se incrementa aún más con el roce de su *piercing*... Después me sigue masturbando como antes, metiéndome a la vez dos o tres dedos, no lo sé... y me folla con ellos muy deprisa. Todo es frenético. Me corro intensamente levantando algo el tronco para verla hacer todo eso.

Durante mi orgasmo, las dos nos miramos. Yo gimo y ella también lo hace, como acompañándome en el placer.

—Yo también quiero que me hagas correr —dice sentándose en el borde de la cama, abriendo sus piernas para mí y guiando mi cabeza—. Cómeme el coño, por favor. Haz que me muera de placer.

Empiezo a hacerlo con timidez, con delicadeza, recorriendo su sexo con mi lengua hasta llegar a su clítoris, que noto ya hinchado. Está muy excitada y no para de hablar.

—Cómemelo, devórame entera —va repitiendo entre jadeos.

Entonces empiezo a hacer movimientos con la cabeza que la hacen estremecerse aún más. Separo sus labios con cuidado y muevo mi cabeza a un lado y a otro realizando una secuencia muy rápida. Cuando veo por sus gemidos y el movimiento de sus caderas que se va a correr, paso la lengua en círculos alrededor de su clítoris. Ella me hunde la cabeza fuerte entre sus piernas y noto la descarga eléctrica de su orgasmo al tiempo que todos sus líquidos llenan mi boca.

—Ahora vamos a hacer un sesenta y nueve —dice de nuevo a la carga una vez que ha vuelto a su ser después del orgasmo.

—No me gusta mucho el sesenta y nueve —respondo—, me distrae hacerlo mientras me lo hacen a mí.

—Ahora sí te va a gustar, descuida —dice sin hacerme el más mínimo caso y coloca de nuevo su coño en mi cara ya del revés mientras su boca baja hacia el mío...

Su lengua juguetea explorando mi sexo y mi placer es tan grande que apenas

puedo concentrarme en lo que yo le estoy haciendo a ella, pero lo intento hasta que finalmente nos corremos las dos casi a la vez. Yo antes que ella.

Cuando nos besamos, los sabores de nuestros sexos se intercambian y se convierten en uno solo.

Después nos quedamos dormidas, desnudas y abrazadas encima de la cama revuelta.

Nos despertamos de golpe con el ruido de la puerta. Es Luis, que vuelve con su caja de acuarelas y sus cuadernos bajo el brazo...

—Buenas tardes, perezosas. ¿Qué? ¿durmiendo la siesta? No se os puede dejar solas por lo que veo...

9

Otra vuelta de tuerca

Me visto a toda velocidad pese a las protestas de Greta y Luis y salgo como alma que lleva al diablo de la casita rumbo a la playa y a mi cabaña. Necesito procesar lo que ha pasado.

Cuando llego está oscureciendo y la gente se prepara como todos los días en Agonda para el momento atardecer. Esta noche no quiero ver a Greta y a Luis...

No sé si quiero volver a verlos, sobre todo a ella. Me confunde esta situación justamente porque me ha gustado demasiado. Me da miedo hasta pensar en querer repetir.

Entro en mi cabaña, me conecto a WhatsApp y veo que tengo un mensaje de mi madre bastante atropellado. Al parecer mi abuela está perdiendo la cabeza y ya no puede vivir sola. Se la encontraron en el mercado de su barrio en camisón.

Se la lleva a vivir con ella, no tiene más remedio.

Además de llegar sin trabajo y deprimida por la vuelta voy a tener que lidiar con una madre histérica. Pocas cosas hay que pongan más nerviosa a mi madre que su propia madre... y a mí que mi madre. Es todo como una cadena. En cinco años mi hija pensará lo mismo de mí. Al fin y al cabo, ya lo decía Oscar Wilde: cada mujer acaba pareciéndose a su madre. Es una de las verdades más verdaderas. Los que dicen chorradas en Facebook deberían inspirarse en los clásicos.

De cualquier forma prefiero no pensar en mi familia estos días. Y ahora que caigo, tampoco es que haya pensado mucho en mi futuro profesional. No tengo ni idea de a lo que me quiero dedicar a la vuelta, como no sea a cobrar el paro y darme a la bebida.

Me acerco al chiringuito del Agonda Paradise a por una cerveza para sentarme con ella en la arena a disfrutar de la puesta de sol.

—Alguien ha estado preguntando por ti, por la española Carlota... —me anuncia el camarero—. El chico ha dicho que ya volvería.

—¿Y no le preguntaste cómo se llamaba?

Levanta los hombros como diciendo: «A mí plin, no me interesa tu vida.»

Me siento en la orilla a pensar en el lío en el que se está convirtiendo mi vida allí donde pongo el pie. Voy buscando la calma pero soy yo la que no estoy en

calma, más bien todo lo contrario. ¿A todo el mundo que se separa le pasa lo mismo?

Cuando estoy en estas, me sobresalta una mano en mi hombro.

—Espero que ya estés completamente recuperada de tus picaduras.

No me hace falta volverme para reconocer el acento. Es António, el médico portugués de Goa. Él es quien me andaba buscando.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa!

—Por la cara que has puesto no parece que sea muy buena —dice.

—Me pillas en un día raro —le contesto—. ¿Has venido a pasar el fin de semana?

—Bueno, más bien he venido buscando a una chica muy guapa que conocí hace una semana en un hospital de Goa. No sabía si aún andaría por aquí pero parece que he tenido suerte —dice con galantería.

Sonríó más por educación que por ganas. No quiero conocer a nadie más en este viaje, y menos acostarme con alguien más. Si hay algo que necesito ahora es estar sola y que me dejen en paz.

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? Me he instalado en un bungalow en el otro extremo de la playa y hay un buen restaurante.

—Bueno... —le digo—. Pero me iré pronto a la cama, hoy estoy muy cansada.

Dime el nombre de tu hotel y estaré por ahí en una hora.

Regreso a mi cabaña para darme una ducha fría y adecentarme para la cena.

Me pongo un vestido blanco de tirantes que resalta lo morena que estoy y todos los collares y pulseras que me he comprado estos días. La verdad es que me veo muy sexi, en la playa siempre está una más guapa. Te da como brillo.

Antes de salir veo que tengo varios whatsapps de Greta para quedar a cenar como todas las noches. No contesto. Como estaré en el extremo opuesto de la playa no hay peligro de que puedan verme. Seguro que llaman a la puerta de mi cabaña. Quizá se preocupen por mí...

Me presento en The Rainbow, el hotel que me ha dicho António. Resulta ser el más lujoso de la playa, de hecho, el único lujoso que hay. Delante de los bungalós, que son el triple de grandes y ostentosos que el resto, con dos pisos, hay unas preciosas camas balinesas instaladas en la arena con doseles y blancas telas de gasa que ondean con la brisa nocturna. Nada que ver con mi rústico y humilde Agonda Paradise.

Cada cama balinesa tiene una mesita y veo que hay gente que ya está

cenando.

António tiene una reservada, por supuesto. En cuanto nos instalamos nos traen una botella de vino blanco en una cubitera y dos enormes bandejas con marisco y pescado a la brasa.

—Espero que no te importe. Tuve que encargarme la cena antes.

—Para nada —le digo—, de hecho me encanta que elijan la comida por mí.

Qué bonito es esto, mucho más lujoso que el sitio en el que yo estoy. Debe de ser lo más caro de la playa y de todo Goa.

—Para dos días que puedo escaparme del hospital prefiero estar en un sitio un poco cómodo —me contesta—. Yo me adapto a todo, pero mejor esto que una de esas cabañas con bichos y agua fría...

—Yo estoy justo en una de esas.

—No quería decir eso, ya sabes...

—Sí, ya sé... no te preocupes. Mi idea cuando viajo es vivir de la forma más parecida que puedo a como lo hace la gente local. Está claro que todo es muy barato y con treinta euros tienes lujo asiático, pero prefiero mi cabañita a doce euros. Aunque soy turista, por lo menos así me siento más en la India.

De nuestra conversación durante la cena saco la conclusión o más bien tengo la certeza de que António pertenece a una familia bien de Lisboa. Su padre es el director del hospital público más importante de la ciudad además de una eminencia en cardiología. Me habla de que la familia tiene una quinta en Sintra y otra casa en Mozambique. Muy muerto de hambre no parece.

Me hace gracia que en uno de los países más pobres del mundo no hago más que encontrarme con gente de pasta. Greta y Luis también lo son, niños bien de Madrid, hippy-pijos.

—En realidad he venido a Agonda para verte a ti —me confiesa—, no voy a engañarte, pero me apetecería ir a Kerala un par de días. Antes de volver a Portugal quisiera ver las plantaciones de té y coger un *houseboat*... He leído en la Lonely Planet que recorrer en un *houseboat* los canales de Kerala es una de las cien cosas que hay que hacer antes de morir.

—Odio este tipo de listas, no me gusta que me recuerden que voy a morir, la verdad, no veo que haya necesidad.

—¿Y cuándo regresas a España?

—Estaré cuatro días aquí y, sinceramente, también quisiera moverme. Me parece que en Agonda ya he hecho todo lo que tenía que hacer. Quizá me vaya los días que me quedan a Palolem, la playa siguiente.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Si cogemos un coche con conductor entre los dos no nos saldrá caro.

—¿A Kerala? Porque ya he estado allí —digo acordándome de Kamal—, pasé unos días en un centro de ayurveda allí y visité la capital, Kochi.

—Pero no conoces esta zona que yo te digo y no estamos tan lejos desde aquí.

Podríamos hacerlo juntos.

—¿Te lo puedo decir mañana por la mañana? Lo tengo que pensar un poco.

Oigo el sonido del WhatsApp. Es un mensaje de Greta:

¿Dónde estás? Te hemos ido a buscar para cenar y no damos contigo. Lo de esta tarde estuvo genial pero no te rayes. Si quieres lo repetimos y si no quieres no, tú tranqui.

Me manda también una imagen. La abro y veo que es una foto del dibujo que me ha hecho esta tarde desnuda encima de la cama, justo antes de liarnos... Al verlo se me desboca el corazón. Pero ¿qué coño estoy haciendo?

—¿Sabes qué? —le digo a António—, no necesito pensarlo. Me voy contigo.

¿Nos podemos marchar temprano por la mañana?

—Claro —dice él con una sonrisa radiante—, a la hora que tú quieras. Voy a decirles ahora mismo a los del hotel que nos consigan un coche para mañana.

Al final lo de Greta me ha turbado de tal manera que lo mejor será salir pitando de Agonda. De momento no quiero ni verla, no sabría cómo reaccionar después de lo que ha pasado.

Al fin y al cabo —pienso— el doctorcito es educado, agradable y está bueno.

Tampoco me parece tanto sacrificio. Y además, si me pasaba algo en los próximos días, siempre estaba bien tener un médico a mano. Hay que mirarlo todo por el lado práctico.

10

Plantaciones de té y aguas pantanosas

Me despido de los empleados del Agonda Paradise mientras disfruto de mi último desayuno en la arena: crepes con miel y limón, zumo de mango, tortilla con cebolla, tomate y queso... el paraíso. A ver quién se toma los copos de avena cuando vuelva a casa.

Son las siete y solo las vacas y yo estamos en la playa tan temprano.

Creo que debo mandarle un mensaje a Greta aunque sea por educación:

Siento no despedirme pero me tengo que marchar de vuelta a España. Mi abuela se ha puesto mala y he tenido que adelantar el regreso. Nos vemos en Madrid. Un beso.

Cuando digo alguna mentira de ese estilo siempre me parece que le va a pasar algo malo a la persona sujeto de la mentira, en este caso a mi abuela. Pero, bueno, como ya le había pasado, supongo que podía usarla...

António viene a buscarme vestido de aventurero. Los pijos, ya sean españoles o de otras nacionalidades, tienen un problema cuando se visten de *sport*; nunca aciertan. Parece que vayan disfrazados de exploradores.

El coche ya nos está esperando...

Casi diez horas después de dejar Agonda llegamos a Munnar, una de las zonas de plantaciones de té más importantes de la India.

Lo primero es buscar un hotel o una *guest house* donde pasar la noche. El propio conductor conoce un lugar algo alejado del centro del pueblo. Es una especie de alojamiento rural muy bonito y acogedor pero también agreste y asalvajado, en medio de la nada. La lleva una artista muy agradable y alocada.

Nos pregunta cuántas habitaciones queremos, António me mira, como dejando en mis manos la decisión, y yo contesto que dos. Creo que por este viaje ya he tenido más que suficiente. Si el doctorcito se sentía decepcionado, lo sentía mucho.

Después de lo de Greta nada me apetece menos que el sexo.

La dueña nos dice que no tiene dos independientes pero sí una unida con dos cuartos contiguos y el baño compartido. Nos parece bien.

A la mañana siguiente temprano subimos hacia las plantaciones de té en un jeep, ya que es imposible hacer el camino en un coche normal. Vamos dando tales botes que António y yo no podemos evitar reírnos. Entramos en un valle espectacular. Las plantaciones son de un color verde esmeralda y caen en pendiente de una forma muy curiosa.

En medio de todo ese mar de verde, grupos de mujeres con enormes sacos a la espalda y pañuelos en la cabeza recogen laboriosamente las hojas de los arbustos del té.

Vamos subiendo hacia la zona más alta del valle, una fábrica de té con un antiguo museo que está a más de mil trescientos metros. Con la altura, el clima cambia y comienza a hacer bastante frío. António nota que estoy temblando y me echa un brazo por encima del hombro. Le miro de reojo; es bastante mono, y desde luego tiene pinta de buen chico, quizá por eso no me acaba de atraer.

Según vamos ganando en altura el paisaje es espectacular. El conductor del jeep nos señala con la mano un grupo de elefantes salvajes. Más arriba aún, unas mujeres lavan la ropa al pie de unas impresionantes cataratas, como si estuvieran en un lavadero.

Cuando llegamos a la cima entramos en una antigua fábrica reconvertida también en museo del té. Nos explican el proceso de recolección, secado, procesado, nos enseñan todas las máquinas y nos hacen probar los distintos tipos de té...

—Me encanta el té —me dice António— y nunca encuentro lugares en Lisboa donde comprarlo como hay en Londres o en París...

—A mí también —digo yo—, y en Madrid tampoco es que haya muchos.

Mira, es una idea para un posible negocio, ahora que no sé qué hacer con mi vida. Siempre quise tener una tienda y nunca supe muy bien de qué. Cuando trabajaba en la agencia mi sueño era montar una tiendecita de algo y estar todo el día allí escribiendo y oyendo música, a mi rollo, sin tener que aguantar a nadie...

—Pues oye, piensa en ello. Quizá te puedas traer el té, especias y otras cosas de la India. Si no quieres seguir en lo mismo puede ser un buen cambio.

—Pero yo no sé nada de té... Solo me lo bebo —le respondo.

—Yo tampoco sabía nada de medicina antes de ser médico. Todo es ponerse...

A veces es bueno salirse del camino marcado y explorar nuevos rumbos.

—Sí —respondo—, ahora que tengo los cuarenta puede ser un buen momento para salirme del redil. Al fin y al cabo vamos todos como autómatas,

pasamos casi todo el día en trabajos que odiamos. A veces creo que la mayoría de la gente piensa que tiene siete vidas, como lo gatos y lo peor es que todos tenemos el convencimiento de que no podemos salir de ahí. Lo cómodo es no hacerlo, pero sí se puede... siempre se puede. Se puede salir de los trabajos, de los matrimonios, de todo... Somos libres pero por alguna razón actuamos como si estuviéramos atrapados.

Durante el camino de vuelta al pueblo empieza a caer la tarde y aún hace más frío. Estoy tiritando pero tampoco es para tanto; me noto un poco rara. António me lleva de nuevo agarrada. Ya se está acostumbrando y no me desagrada. Me gusta precisamente porque no me siento demasiado atraída por él. Solo un poco.

Es demasiado normal, demasiado bueno, demasiado educado, demasiado correcto como para que me lo quiera tirar. ¿Por qué solo nos gustarán los malos y los que no nos convienen?

Me pregunto cómo estará Antoine, además de despedido, si ya habrá salido del hospital. Le tengo enterrado en el fondo de mi cerebro, no pienso casi en él pero de vez en cuando miro en el móvil nuestras fotos para hacerme daño.

Esa es la única licencia que me permito.

Cuando llegamos a nuestra casa rural empiezo a encontrarme mal. Tengo náuseas y un horrible dolor de estómago. Una hora más tarde ya estoy vomitando y con una diarrea espantosa. Algo me debió de sentar mal anoche o quizás ha sido el *shock* de lo que pasó con Greta. Por lo menos estoy con un médico, mira qué bien me ha venido.

Paso la noche con fiebre y sin parar de vomitar. António no se separa de mi lado. Lleva de todo en su bolsa de medicinas: suero, termómetro, pastillas para el estómago... Se queda prácticamente toda la madrugada en vela cuidándome. Le veo tan preocupado que le permito que duerma en mi misma cama. Total, supongo que nadie pensaría en tirarme los trastos en estas condiciones. Una de las veces que me levanto para ir al baño, le veo allí dormido tendido en la cama, vestido, y me inunda una enorme sensación de ternura y de agradecimiento, al fin y al cabo, solo nos conocemos desde hace dos días.

Después de tanto sexo y tanta agitación casi agradezco el estar enferma para que alguien me cuide. Siempre me gustó estar enferma, justo para eso, para que se ocuparan de mí. Cuando uno es adulto pocas veces te cuidan a no ser que te pase algo tan grave como para que tú no puedas cuidarte a ti mismo. Y así es... Hay que cuidar por gusto, no por obligación.

A la mañana siguiente ya me siento mucho mejor. António dice que debemos quedarnos aquí un día más antes de ir al *houseboat*, que tengo que recuperarme.

Nos pasamos el día relajados en la casa. No me deja comer más que arroz blanco y beber Coca-Cola a pequeños sorbitos con una pajita.

Recibo un mensaje de Greta: quiere saber si he llegado ya a Madrid y pregunta qué tal está mi abuela. Sí, a mí también me gustaría saber cómo está mi abuela, la pobre. Menuda mentirosa que estoy hecha. No sé si contestarle o no, debería pero no me gusta seguir mintiendo. Al final decido hacerlo. No quiero perder el contacto con ella, desearía verla de nuevo, y aunque no quiero reconocerlo, también me gustaría volver a acostarme con ella. Le mando un escueto mensaje: «Sí. Ya en casa, la abuela mejor, gracias. Nos vemos a tu vuelta.»

Por la noche ya estoy casi recuperada. Antes de irnos a la cama, António me besa, y me gusta. No me dan escalofríos de deseo pero es agradable. Me recuerda a cuando me besaba Andrés. Los buenos chicos besan distinto.

Recuerdo los besos de Greta hace tan solo dos días e instantáneamente siento un hormigueo allí abajo. Lo de Greta me gustó, y mucho. Por eso mismo no quiero ni pensar en ello.

Al día siguiente dejamos nuestro hotel para ir a Allepey, el pueblo donde se cogen los *houseboats*, está apenas a una hora de camino. António lo reservó ayer desde la *Guest House*. Es una barcaza para nosotros solos, con una tripulación de dos chicos, el patrón y un cocinero.

La embarcación es bastante rústica y bonita, de madera y con techado de paja, una zona cubierta con asientos cómodos para ir admirando el paisaje y una mesa con sillas. Esta vez me temo que hay un solo camarote con una gran cama y un baño, así que no nos va a quedar más remedio que dormir juntos. António ni lo menciona y a mí tampoco me importa.

Vamos surcando los *backwaters* despacio a bordo del barco, a veces son muy anchos, bordeados de palmeras, y en ocasiones se estrechan. Todo es paz y quietud bajo el sol cálido de la tarde. De vez en cuando nos cruzamos con otras barcas que vuelven de hacer el mismo recorrido.

No me extraña que sea una de las cosas que hay que hacer antes de morir. Hay que hacer tantas cosas antes de palmarla que no sabe una por dónde empezar...

En un momento dado atracamos en un pequeño muelle y cogemos una

especie de piragua con nuestro patrón para meternos por estrechísimos canales, aquellos por los que no cabe nuestro barco. Vamos atravesando pequeños grupos de casas.

La vida cotidiana se desarrolla al borde del agua: la gente se asea como si estuviera en la ducha, se friegan los cacharros, se lava la ropa...

Tras el paseo en piragua en el que hacemos tropecientas fotos, regresamos encantados a nuestro «barco nodriza» pensando que viajar es fabuloso, lo mejor que uno puede hacer en la vida.

A eso de las ocho nos sirven la cena en la cubierta. Han encendido unas velas y se oye también algo de música suave, música que ellos jamás escucharían pero que ponen para agradar a los turistas.

El cocinero aparece en la mesa con una fuente de pescado en salsa y también arroz y ensalada. No le había visto hasta ese momento. No nos dice nada, solo nos sonrío, quizá porque no sabe inglés.

Los guapos aquí son guapísimos, no hay medias tintas. Este lleva un turbante sij en la cabeza. No puedo evitar pensar en el indio de *El paciente inglés* porque se le parece mucho. Es muy moreno, como todos, con los ojos muy negros y una barba corta. Lleva un pantalón flojo, una sencilla camiseta blanca y va descalzo.

Le miro con todo el disimulo que puedo pero creo que António se da cuenta.

Después de servirnos se va hacia el timón, donde está su compañero, y se ponen a fumar y charlar animadamente en su idioma. De vez en cuando comentan algo y me miran y se sonrío, por lo menos, a mí me lo parece. El del timón no es nada guapo y le faltan bastantes dientes, pero no puedo apartar mi vista del otro.

Nos preguntan si queremos vino con la cena y António dice que sí. Nos bebemos la botella, una parte mientras comemos y la otra parte después, mirando el paisaje desde los asientos de cubierta.

António y yo nos contamos nuestra vida. Da gusto charlar con él, es una persona culta, educada y con conversación. Habla de viajes, de cosas que quiere hacer... se ve que le funciona la cabeza. En uno de los momentos en que nos quedamos callados, nos miramos a los ojos y él me vuelve a besar de nuevo, esta vez algo más apasionadamente que anoche. Los dos chicos nos miran con disimulo y se ríen. Mientras lo hace, sus manos aprietan mi cintura para subir después a mis tetas, que toca tímidamente por encima del vestido.

—Creo que ha llegado la hora de irse a la cama —me dice levantándose y cogiéndome de la mano.

Hacemos un gesto de buenas noches a los chicos y nos metemos en nuestro

pequeño camarote.

António me tumba sobre la cama y me empieza a besar cada vez más apasionadamente y yo me dejo hacer. Me mordisquea el cuello y la nuca, mete la lengua en mis orejas y me empiezo a excitar bastante rápido... pero no pensando en él.

Tras quitarme el vestido y mirarme como si fuera la Venus de Milo, comienza a comerme las tetas, que ya se me han puesto duras... Ver cómo a un hombre le gusta mi cuerpo y me lo hace saber es de las cosas que me parecen más excitantes en la cama.

António se pone encima de mí y continúa besándome al tiempo que siento su erección. Notar el peso de su cuerpo sobre el mío me excita aún más.

Luego me quita las bragas y hunde su mano en mi coño con muchas ganas. Al principio lo hace muy bruscamente y me quejo. Le guío para enseñarle cómo me gusta y parece aprender pronto. Me mete un par de dedos dentro y nota lo mojada que estoy.

Después su cabeza busca su camino entre mis piernas y empieza a hacerme un maravilloso cunilingus, que me hace subir a las nubes. Arqueo mis caderas mientras me concentro en el placer. Él me agarra las nalgas y me acerca más a su boca, como si mi coño fuera una bandeja de pasteles. De repente me escupe en él y sigue explorando con sus labios y su lengua. Se acerca a mi clítoris y lo aprieta haciendo presión, sin hacer ningún tipo de movimiento. Me vuelvo loca y muevo mis caderas arriba y abajo mientras le digo que me voy a correr. Los gemidos de mi orgasmo le ponen muy cachondo. Los dos chicos de la tripulación nos han tenido que oír seguro.

Él está vestido. Yo aún no he hecho nada. Mientras se deshace de su camisa le meto la mano impaciente en el pantalón buscando su polla. Me cuesta encontrarla, está perdida en su bragueta. Mi primera impresión es que parece muy pequeña y no solo eso, sino delgada. No puedo evitar una ligera decepción.

Eso sí, está dura como una piedra. Le quito los pantalones y efectivamente, es la polla más pequeña que he visto en mi vida. Bueno, ya me tenía que tocar. No todos la van a tener de veinte centímetros.

Él está muy excitado, diciéndome guarradas en portugués que apenas entiendo.

Pienso que en la cama me hablan en todos los idiomas menos en español, a ver si se me queda algo. Es una buena escuela de idiomas...

Me meto su polla en la boca y me sobra la mitad... Es fácil chupar una polla tan pequeña, desde luego es más manejable, puedes hacer lo que quieras con

ella. La tengo cogida y me sobra también media mano. La verdad es que se me está cortando un poco el rollo, sobre todo después de pensar fugazmente en la de Kamal. El problema es que nunca se puede saber cómo es una polla hasta que ya tienes al tío metido en la cama. No hay escapatoria.

Quiere follarme. Me pide que me ponga encima. Empiezo a cabalgarle y él, que está muy entusiasmado, se pone a darme cachetes en el culo. Por más que me concentro, no la noto. La tengo dentro pero como si nada. Le pido a él que se ponga encima. Por un momento parece que siento algo más pero es tan corta y delgada que no llega a ningún lado, no digamos ya al punto G. Eso le queda muy lejos.

Intento gemir, poner cara de que me encanta porque él lo está dando todo, pero no siento nada. Recuerdo entonces aquella conversación con Eva y decido que ya es hora de fingir el primer orgasmo de mi vida. Si había un momento indicado, parecía ser aquel.

Le pido a António que me folle más rápido y empiezo a gemir y a moverme cada vez con más intensidad. En un momento dado, cuento hasta tres y lo hago...

empiezo a jadear cada vez más intensamente hasta conseguir imitar uno de mis propios orgasmos, acabando con una especie de grito ahogado. António se pone tan cachondo al oírme que se corre también, pensando que hemos echado un polvo tremendo.

Qué falsa me siento. Al fin y al cabo, pobrecillo, él no tiene la culpa, pero yo tampoco. Sabía perfectamente que no me iba a correr mientras lo hacíamos, ¿para qué hacerle entonces pasar un mal rato?

Sin embargo, y pese a mi fingimiento, estoy bastante caliente y con ganas de más. António no parece tener la más mínima intención de ocuparse más de mí.

Sin duda cree que ya he tenido bastante. Después de acariciarme y darme unos besitos, se agarra bien a mí y se queda frito en la cama.

Tengo ganas de masturbarme pero me da un poco de apuro hacerlo a su lado.

Me deshago de su abrazo y empiezo a acariciarme el clítoris despacio ahogando mis gemidos con la almohada. Veo que se empieza a despertar y se da la vuelta.

No puedo seguir. Se va a dar cuenta.

Para que se me quiten las ganas me pongo un camisón y cojo un cigarrillo y el mechero para fumarme un pitillo fuera.

Salgo a la cubierta y es noche cerrada. Todo está oscuro y silencioso. El barco hace ya tiempo que está anclado y los chicos deben de estar durmiendo. Me acerco a la barandilla y fumo dando largas caladas mientras miro las orillas

de los canales y la sombra que proyectan las palmeras sobre el agua. Hace una noche cálida, con una ligera brisa. Miro hacia atrás para ver si estoy sola y me parece distinguir las brasas de un cigarrillo.

Pienso en lo que acabo de hacer. Qué mal polvo, el peor desde que me he separado... pero António es tan mono. Hay que perdonárselo.

De pronto noto un calor, una presencia detrás de mí, una respiración acariciando mi cuello y algo cálido y duro que se pega a mi culo a través de la fina tela del camisón. Unas manos oscuras agarran fuertemente mi cintura y se cuelan después por mi escote hasta tocar mis tetas. Todo está en silencio. No sé quién es.

El desconocido se pega más a mi culo, aplasta mi tripa para pegar mis caderas a las suyas y que note aún más su enorme erección. Me tiene inmovilizada de cintura para abajo.

Estoy tan excitada que en un segundo mi respiración se acelera y no puedo evitar jadear como un perro impaciente. Aún sin despegar su cuerpo del mío, busca mi coño por debajo del camisón; está completamente empapado y palpita de la excitación.

No me acaricia. Deja la mano ahí haciendo una enorme presión mientras balancea nuestras dos caderas al mismo tiempo haciendo un perfecto movimiento sincronizado de atrás hacia delante y hacia los lados.

Mientras él continúa sujetándome fuerte la cadera, yo misma me acaricio las tetas y me pellizco los pezones dejando caer un poco la cabeza hacia atrás, apoyándola levemente en su hombro. Él me muerde el cuello al tiempo que continúa haciendo esa salvaje presión sobre mi clítoris.

Miro hacia abajo y distingo su mano fuerte y oscura ocupando todo mi coño y parte de la ingle. Entonces me hace doblar ligeramente el tronco hasta dejarme apoyada en la barandilla y casi inmediatamente noto como su polla se hunde en mi cuerpo de un golpe, ocupándolo todo. Retira su mano de mi clítoris para sujetarme y mover mis caderas al ritmo de sus embestidas, y cuando ve que me voy a correr pone una mano en mi boca. La chupo con desesperación... estoy a punto de estallar.

Cuando me estoy corriendo y se me escapan los gemidos, él me tapa la boca para que no se me oiga. Eso aún me pone más cachonda y hace que mi orgasmo sea el doble de intenso. Con su mano aún en mi boca sigue follándome más suave y rítmicamente mientras noto su respiración jadeante muy cerca de mi oído. Me vuelvo loca.

Mientras me corro de nuevo oigo el gemido largo e intenso de su orgasmo y

luego su respiración entrecortada de nuevo en mi oreja.

Se queda aún un minuto pegado a mí y luego se aparta con la misma brusquedad con la que entró. Oigo sus pies de gato marchándose por donde ha venido.

Mis piernas apenas se sostienen; me gustaría fumar otro cigarrillo pero no voy a ir a por él. Miro hacia atrás tímidamente y no hay nadie. Luego al cielo, lleno de estrellas...

Nunca sabré quién fue.

Será quien yo quiera que sea.

11

Lugares que se inventaron para nosotros

—Qué bien me siento hoy —dice António mientras unta con mantequilla uno de los *pancakes* caseros que nos han preparado para el desayuno—. No hay nada mejor que dormir a pierna suelta después de haber hecho el amor y despertarse en un lugar como este, ¿verdad?

Asiento con una sonrisa inocente.

Mientras bebo mi zumo de mango y papaya miro alternativamente al patrón del barco y al cocinero intentando adivinar quién de los dos me folló anoche en la cubierta. Ambos están como si nada...

No puedo evitar sentirme culpable al ver a António tan contento y confiado. Es verdaderamente un ser inocente, una buena persona. Me gustaría enamorarme de alguien como él pero sé con certeza que no lo haré. Está como si hubiera echado el polvo de su vida. Durante el desayuno, cuando nuestro barco avanza hacia los muelles, me coge de la mano mientras me mira embelesado.

—Me gustó mucho lo de anoche —me dice.

—A mí también —le miento.

La verdad es que solo quiero estar sola y eso parece no ser posible desde que he llegado aquí, así que ahora deseo marcharme. Quiero llegar a casa y encontrar la paz que tanto necesito.

El viaje de introspección a la India se ha convertido en una aventura bastante desenfadada. En los veinte días que llevo en el país he solapado una historia tras otra: Kamal, Greta, António, el desconocido del barco... creo que ya he tenido suficiente.

Eso sí, una cosa ha sido positiva: entre unos y otros han hecho que Antoine pase a la historia.

Cuando acabamos la ruta del *houseboat* y llegamos nuevamente al muelle de Allepey, llega la hora de despedirme de António y me da mucha pena. Él debe volver a su hospital de Goa y yo a Bangalore a coger el avión de vuelta a Madrid. Ha sido un compañero ideal estos días. Me permitió escaparme de Greta, me cuidó cuando estuve enferma, lo he pasado genial con él. Me gustaría no haber hecho lo de ayer en la cubierta, pero, por otro lado, no me arrepiento.

Yo soy así...

Le doy mi teléfono. Me hace prometerle que iré a verle a Lisboa, me dice que pasaremos un fin de semana romántico en su quinta de Sintra. Sé que no iré. Yo ya no puedo follar así. Una vez que se empieza a follar bien ya no hay vuelta atrás.

Pienso en lo que dijo Eva aquella vez: «Donde hay una buena lengua hay un buen amante», pero no lo veo del todo claro. Yo no le quiero quitar ningún ingrediente a mi hamburguesa. Quiero hamburguesa completa. Acabas quitándole el queso, luego la cebolla y al final terminas con la carne en la mano...

Voy en tren hasta Bangalore. Aprovecho las horas que me quedan libres en la ciudad para comprar algunos regalos para los niños y para mi madre... también algo para mí.

Después de tomar mi último curry y pasar la noche en un modesto hotel, a la mañana siguiente cojo el avión de vuelta a casa. Cuando estoy haciendo la cola para embarcar se me caen las lágrimas, lágrimas de cocodrilo por todas las personas que he conocido y que ya no volveré a ver: la abuela del ayurveda, Kamal y su madre, António, Greta... aunque a Greta sí, seguro que a ella sí la volvería a ver. Al fin y al cabo, vivimos en la misma ciudad.

Me embarga una enorme nostalgia anticipada por los sitios que seguro voy a echar de menos. El cielo estrellado de Agonda, las rocas de Hampi, los canales de Kerala, las ondulantes montañas de té de Munnar. Todos aquellos lugares ya formaban parte de mí, lo quisiera o no.

No he solucionado mi vida, no he descubierto a qué me voy a dedicar, no me he tranquilizado ni relajado, pero a cambio he sido bastante feliz.

Hay lugares que parece que se hayan inventado para nosotros, que nada más llegar allí uno se siente libre, como realmente quiere ser y como es en esencia.

Algunos sitios, como algunas personas, consiguen sacar lo mejor de nosotros. Y

la India es mi lugar. Por lo menos, hasta este momento.

«Volveré aquí... —pienso cuando el avión me lleva ya por encima de las nubes—. Traeré aquí a toda la gente que quiero.»

Y mientras lo pienso no puedo evitar que otros dos gruesos lagrimones caigan encima de lo que estoy leyendo, mi inseparable cuaderno de viajes.

Dulce hogar

Llegar a casa me sienta fatal. Eso es lo malo de viajar, que hay que volver.

Lo único bueno es el reencuentro con Teo y Diana, que me esperan ansiosos solo por una cosa: los regalos. Miran con extrañeza los instrumentos musicales y las marionetas que les he traído. Con extrañeza y con ganas de tirármelos a la cara.

—¿No había otra cosa? —pregunta Teo—. Tú te bañaste con elefantes y a nosotros nos traes estas flautas. No es justo.

Los niños son como los gatos, en el fondo creo que nos quieren por el interés, el calorcito y la comida.

Parece que en mi ausencia se lo han pasado genial con Andrés y sobre todo con su novia, de la que dicen cosas como que es «superguay» o «siempre está riéndose y jugando con nosotros» o «papá se divierte mucho con ella» o «además es muy guapa... es rubia, no como tú».

No, efectivamente, yo soy morena y además estoy parada.

—¿Y a qué se dedica la novia de vuestro padre?

—Es azafata.

—¿Azafata de las que van cerca o lejos?

—De las que van lejos, mamá —dice Diana—. Uy uy uy, te veo un poco celosa...

—¿Celosa de una azafata? No, mi amor. Las azafatas son como camareras de un avión. Yo tengo una carrera universitaria.

—Ya, pero viajan todo el tiempo, mamá. ¿Por qué no haces un curso? Podrías ser azafata.

—Porque soy muy vieja ya para eso.

—Tienes razón. Sara tiene solo treinta —dice Diana con condescendencia.

Joder, una azafata de treinta años y rubia. Qué hijo de puta.

Los días siguientes intento volver a la rutina y acostumbrarme a mi nueva vida de parada. Hay cosas buenas —como, por ejemplo, llevar a los niños al cole en pijama y después volver a meterme en la cama hasta las once, tirarme una hora desayunando mientras miro el Tinder— y cosas malas, como estar casi

siempre en *leggings*, tener que limpiar toda la casa, planchar, ordenar y hacer todas esas tareas que siempre he odiado, sobre todo una por encima de todas: tender.

Recuerdo con horror cuando mis hijos eran bebés y había que tender amorosamente todos aquellos calcetinitos y prendecitas minúsculas... eso no tenía fin ni había cuerda de tendedero que lo soportase.

Una no puede estar en paro y tener asistenta, así que la he tenido que despedir y casi al momento me he arrepentido de hacerlo. Cuando te despiden, no solo se pierde tu puesto de trabajo sino que es una especie de efecto dominó que en este caso se paraba en la pobre Cris. Ella sí que no tenía a nadie a quien despedir, como no fuera a su marido.

Aunque lo intento dilatar todo lo que puedo, casi una semana después de volver de la India no tengo más remedio que ir a casa de mi madre a hacer acto de presencia.

Cuando llego, todo está ordenado y limpio. Me temo lo peor...

Encuentro a mi abuela sentada en un sillón orejero como una especie de reina madre, completamente arreglada, vestida de naranja, con las joyas puestas y el pelo níveo recogido en un moño.

—Preciosa mía... qué delgada estás. ¿Cómo te llamabas? —me pregunta toqueteándome las piernas con su bastón.

—Carlota, me llamo Carlota. ¿Para qué me lo preguntas siempre, abuela, si ya lo sabes?

—Me gusta que me lo digas. Tienes un nombre muy bonito. Tú tenías hijos, ¿no, preciosa?

—Sí, abuela, tengo dos hijos: Teo y Diana.

—Uyyy, qué nombres más ideales tenéis todos. ¿Y cómo era el tuyo que ya se me ha olvidado?

—Carlota, abuela...

—¿Y tus hijos son todos así tan delgados como tú? —pregunta.

—Ya ves el panorama —me dice mi madre entrando en el salón y abrazándome—. Me pensaba buscar un novio pero con la abuela en casa me va a sobrar entretenimiento. Como no pague a un gigoló. Hace como que tiene alzhéimer pero está perfectamente. Lo que tiene son ganas de dar el coñazo. Hoy le ha dado por hacer que no se entera de nada. Lo hace para joderme.

—¿Qué dices, María del Pilar? ¿Ya estás hablando mal de mí? —dice la abuela—. Tráeme unas galletitas. Carlota, hija, que tu madre no me da de comer.

Quiere matarme de hambre para ver si hereda. Las joyas te las voy a dejar todas a ti y a tu hermana y a ella ya veremos qué le queda... unos terruños que tengo por ahí en Toledo.

—Ya ves... así todo el día desde que ha llegado —dice mi madre—. Me veo en el hoyo dentro de un mes, Carlota. Esta mujer me va a enterrar a mí, ya lo verás.

Prométeme que me matarás si alguna vez llego a ser tan pesada... ¿Qué tal en la India, hija mía? ¿Mucha pobreza?

—Bien, me lie con un montón de gente por todas partes y así conseguí olvidarme un poco de Antoine. Ah, no te conté que le echaron del trabajo por mi culpa, les lie una buena a él y a mi antigua jefa. Además ha tenido un accidente.

—Ay, hija mía. Qué barbaridad. Contigo hay que tener cuidado, ¿eh? Una cosa te digo, que te conozco muy bien: ni se te ocurra volver con él. Cuando regrese arrastrándose como un perro, que lo hará, acuérdate de cómo se ha portado contigo, tenlo muy presente, Carlota, y sobre todo, no pienses solo con la entropierna.

—¿Qué decís de la entropierna, María del Pilar?

—Nada, mamá..., ¿por qué no ves un rato la novela, guapa?

—Eso es para viejas chochas —contesta la abuela.

—Oye, mamá, ¿qué te parecería si pongo una tienda de té y me dedico a eso?

—¿Cómo una tienda de té? Es que no te entiendo, hija mía. No entiendo lo que me dices...

—Pues está muy claro, María del Pilar —dice de pronto la abuela—. La niña ha dicho una tienda de té. ¿Eres tonta o qué? Ponla, hija, ponla, que a mí me gusta mucho y tu madre no tiene más que té del malo, de ese barato del Mercadona.

—Déjala, no la escuches —dice mi madre llevándome a la cocina—, es como la niña de *El exorcista*, ¿cómo es eso del té, hija? Es que no le veo la relación con lo que hacías antes. ¿Por qué no buscas trabajo en una agencia?

—Pues no sé... Para intentar hacer otras cosas... ¿Me dejarías dinero para montarla?

—Si me lo devuelves con un poco de interés sí. La vida está muy mal, Carlota, y ahora voy a tener mucho gasto con tu abuela aquí... en tranquilizantes sobre todo.

—Eres mi madre, ¿me vas a cobrar intereses como el banco?

—Te cobraré menos que el banco, hija mía, y ya hago bastante. ¿No te dieron un dinero cuando te despidieron, hija?

—Sí, pero lo quiero para operarme las tetas.

—¿Y qué les pasa a las tuyas?

—Nada... que son pequeñas. Las quiero más grandes.

—Qué barbaridad, qué barbaridad... ¿Para esto te has ido a la India?, ¿para volver así de superficial? Qué horror. Mira, no sigas porque me estoy empezando a marear...

Antes de irme me llama la abuela a gritos...

—Carolina... Carolina.

—No, abuela, Carolina es mi hermana. Yo soy Carlota.

—Bueno, quien seas... Toma, un dinerito, para que te compres alguna cosa.

—Y me tiende un billete de cinco euros...

—Guay, abuela. Gracias. Compraré pan.

—Eso, preciosa mía, pan, compra pan, que así engordas un poco.

El pasado siempre vuelve

Una de las cosas que hago a mi regreso es intentar tener una vida más zen, que como dice mi madre, para algo he estado en la India.

Me tengo que quitar del bikram yoga pero no porque quiera sino porque es demasiado caro y, claro, ahora estando en paro no puedo permitírmelo. Me meto en yoga normal y me aburro como una ostra. Nadie suda y no hay tíos semidesnudos, además hay que cantar el ohmmm. Siempre me ha dado la risa.

Pongo inciensos por toda la casa y el disco de Ravi Shankar que me regaló Kamal en bucle. Me siento cada día en un cojín en mi cuarto a meditar quince minutos. Casi siempre pienso en sexo, esas son mis meditaciones. Cuando me doy cuenta de que estoy pensando en eso intento concentrarme en la respiración pero entonces todavía es peor, aún lo pienso más. A veces acabo masturbándome. Ya ves tú, sentarse a meditar y acabar así. Pero bueno, según decía Kamal, el sexo es también una especie de meditación. Ahora que lo pienso, cuando estoy a punto de correrme es cuando más medito, me concentro muchísimo, lo que pasa es que en vez de en la respiración me concentro en una parte del cuerpo bastante concreta y menos etérea.

La verdad es que ser zen y espiritual es un coñazo y, sobre todo, no se puede fingir. O lo eres o no lo eres. No es como hacerte vegano, que se hace de un día para otro, o celíaco, que ya naces con ello, aunque muchos también fingen serlo... Yo intento ser espiritual pero es lento; le pongo intención pero no me sale de dentro...

Me apetece sexo, ya lo estoy echando de menos. Tampoco ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo hice en la cubierta del *houseboat*.

De repente se me enciende la luz. Llamaré a Axel, mi cocinero favorito. Quedé en hacerlo cuando nos wasapeamos desde la India. Dijo que me tenía que contar novedades. Seguro que tiene una nueva novia famosa. Le contaré esto del té, a ver cómo lo ve. Quizás él me pueda echar una mano. Conoce a mucha gente.

Recibo un mensaje de Greta. Ella y Luis volverán a Madrid en dos semanas.

Antes pasarán por Dubái para ver a unos amigos. Me manda la foto de mi esculturita de barro ya acabada:

Ahora tengo mi Carlota en pequeñito y me la puedo llevar a todas partes.

En este mismo instante recuerdo el sabor de su coño.

La echo de menos; añoro nuestros atardeceres charlando en Agonda, bebiendo una cerveza tras otra, arreglando el mundo, echo en falta ver cómo se movía... Si no lo hubiéramos jodido de esa forma ahora tendría una nueva mejor amiga, que falta me hace. Nunca hay que mezclar el sexo con la amistad, entonces todo se estropea y ya no hay arreglo.

Me intriga pensar qué pasará cuando nos volvamos a ver, qué sentiré, si aparecerá otra vez el deseo, las ganas de acostarme con ella. Hay veces en las que el lugar, el escenario, juega un papel importantísimo en lo que nos sucede.

Quizá Greta me gustaba en Goa, recortada sobre la playa de Agonda. Puede que cuando la vea en la Gran Vía la mire y esté ya «fuera de contexto». Eso espero.

Una de las cosas que hago ahora que tengo más tiempo es cocinar. Cada día les hago a los niños una cena distinta, ellos están encantados... Es jueves, mañana se van ya a casa de su padre y estoy preparando una moussaka con ayuda de Diana.

De pronto llaman al timbre.

Siempre nos molestamos cuando llaman al timbre o al teléfono. Algunas veces ni lo cogemos, «No contestéis que es la abuela» es una de nuestras frases favoritas. Generalmente, mi madre suele llamar cuando nos sentamos a comer o a cenar, nos estamos peleando, estamos a punto de salir de casa o cosas así...

cuando el teléfono suena en alguno de esos momentos, ya sabemos que es ella.

Teo va a abrir la puerta...

—Mamá, un señor pregunta por ti —dice a gritos desde la entrada.

—¿«Un señor»? ¿qué miedo me da.

Me limpio las manos en el delantal y voy hacia la puerta. Allí plantado, justo como el día de la fiesta de Halloween, veo a Antoine. No puedo evitar que el corazón me dé un vuelco. Qué guapo está el hijo de puta, aunque bastante más delgado que la última vez que le vi.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte, Carlota. Por favor, déjame entrar. Te tengo que explicar...

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Antoine. No necesito que me expliques nada.

—Por favor —dice mientras las lágrimas empiezan a asomar por sus ojos—,

por favor, necesito que me perdones, hablar contigo. Déjame pasar cinco minutos.

Le dejo entrar: un hombre llorando me desarma por completo, y no es que se suela ver mucho. Les digo a los niños que ha venido alguien de mi antiguo trabajo. Diana lo reconoce.

—Es el padre de Chloé.

—Sí, es el padre de Chloé. Trabajábamos juntos. Ha venido a traerme unos papeles que necesitaba. Dejádme un rato hablar con él, niños.

Le llevo al salón. Nos sentamos en el sofá. Se intenta acercar a mí pero le aparto. No deja de llorar. Noto su olor, su increíble olor que hacía que me pegara a él como una lapa. Continúa ahí, huele igual. Pero no voy a caer, no lo voy a hacer...

—A ver, Antoine, intenta tranquilizarte un poco —le digo—. Dime lo que quieras y márchate. No debería ni siquiera haberte dejado pasar.

—Yo te quería, Carlota. Me enamoré de ti pero no podía dejar a Verónica. No era tan fácil. Me tenía agarrado por los huevos. Me conseguía casi todos mis trabajos, me dejaba dinero, me pagaba el alquiler un mes sí y el otro también.

Acostarme con ella era el precio que tenía que pagar.

—Ya. Como un gigoló, ¿no?

—Sí. Nunca lo quise ver así, pero imagino que tienes razón.

—¿Y a ti te gustaba acostarte con ella?

—Al principio cuando nos liamos sí me gustaba, pero luego no. Dejó de apetecerme hace ya mucho. Es demasiado agresiva, le van unas cosas que no son de mi estilo.

—Sí, ya vi todo lo que hacíais en los vídeos que tenías en el ordenador.

Realmente, me costó elegir.

—Todo fueron ideas tuyas. Es perversa. No te lo imaginas. No tenía fin...

—Sí, me lo imagino. Hizo que me echaras a la calle... y tú lo hiciste.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Cómo iba a impedirlo?

—No sé... Quizá dando la cara por mí. Yo lo hubiera hecho por ti. Esa es la diferencia entre nosotros dos.

—Yo te quiero, Carlota..., y me gustaría que me entendieras, volver a empezar.

Ya no me hablo con Verónica. Se marcha a vivir a México con su marido. Él se lo perdona todo. Parece que le han ofrecido trabajo allí.

—No sé cómo te atreves a venir a decirme que me quieres —le digo, y automáticamente caigo en que es la frase de una canción de Los Planetas...

—Me atrevo porque es verdad, te quiero. —Y empieza a echar otra vez sus lágrimas de cocodrilo. Me lo dice en francés también, a ver si caigo—. *Je t'aime, je t'aime.*

Le miro así, derrumbado, llorando, arrastrándose, y ya no me parece tan guapo. Me doy cuenta de que ni siquiera querría acostarme con él. Ya no. No podría acostarme con alguien así. Ser consciente de ello me hace sentir más fuerte...

—Mira, Antoine, yo te perdono. Por mi parte, ya lo has pagado. Perdiste tu trabajo, no me alegro de lo que hice, pero también te digo que no quiero volver a saber de ti. No vuelvas a venir por aquí, no me llames nunca más. Olvídate de que existo, hazte a la idea de que he muerto...

—Pero tú me querías, me querías también.

—Exacto. Has empleado el tiempo verbal adecuado: el pasado. Te quería, pero ya no te quiero. Me importas menos que este cenicero —le digo con tranquilidad—. Y ahora, *please*, tengo que terminar de hacer la cena. Si no te importa, te voy a pedir que te marches.

—Esperaré lo que haga falta, Carlota. Esperaré y llegará un momento en que querrás volver conmigo. Me echarás de menos... o por lo menos echarás de menos el sexo, acostarte conmigo. Lo que teníamos en la cama era brutal.

—Uy, Antoine —le digo—, creo que en este aspecto te tenía también un poco sobrevalorado. Tampoco eres para tanto. En la India he aprendido muchas cosas que no sabía.

—Te pido que lo pienses, que pienses en darme otra oportunidad.

—Antes me hago el harakiri que volver contigo. Yo necesito un tío de verdad a mi lado. Te acompaño a la puerta.

Y le veo irse como un perro apaleado. Aquel con el que temblaba, al que miraba embelesada, con el que me hubiera ido al fin del mundo... Ya no tenía nada. Era para mí igual que cualquiera que pasara por la calle.

Así es el amor... volátil. Se va por donde viene. Primero se te sube a la cabeza como una aspirina efervescente y luego baja a los pies como un callo molesto.

Cuando por fin se va y cierro la puerta pienso que algo ha cambiado en mí a raíz de todo esto. Aun así, la situación me da una enorme pena, no sé si pena de mí o pena de él, de verle así, o quizá de comprobar como todo se transforma y no hay nada que podamos hacer.

Ahora ya puedo con todo. Ya puedo seguir.

Cuando acuesto a los niños me pongo un momento en el Spotify la canción

de Julie Andrews en *Sonrisas y lágrimas*, «My favorite things», siempre me gustó, en todas y cada una de sus versiones. Es una de las canciones que siempre me animan. Dice más o menos que cuando uno está triste, ha perdido la ilusión o simplemente tiene un mal día, viene bien recordar algunas de nuestras cosas favoritas... y que, haciéndolo, uno se reconforta al momento.

Y entonces pienso en algunas de las mías... el color amarillo, el olor a canela y manzanas de la tarta tatin, una cama con sábanas recién cambiadas, las caras de mis hijos cuando nacieron, el sol en mi cara, el helado, coger un avión, Andrés y yo en Lisboa, el tacto de la arena, Venecia de noche, las mandarinas, la luz de Madrid, el olor de Antoine...

Ucrania, un sitio al que no ir

Al día siguiente voy a casa de Andrés a dejar a los críos. No le veo desde que nos despedimos en el aeropuerto cuando me fui a la India. Está lustroso, algo más gordo. Se nota que lo de tener una novia rubia, azafata y de treinta años le sienta bien.

—Ya me han dicho los niños que se lo pasan genial con tu novia. Diana hasta ha sugerido que me haga azafata como ella...

—Es muy maja con ellos. A Sara le gustan mucho los niños. Han hecho buenas migas.

—¿Es esa? —digo señalando una foto que hay en la librería, sin marco, gracias a Dios. Una foto sin marco es como más «provisional».

Él asiente.

—Sí, es ella.

Genial. Es tan guapa como me la vendieron los niños. Parece una californiana.

Lo pienso pero por supuesto no lo digo.

—No me gusta que mis hijos pasen tanto tiempo con una persona que no es su madre —digo yo en medio del ataque de celos que me ha ocasionado el ver la foto—. Les va a desestabilizar.

—¿Tú crees? —pregunta él—. Pues yo no les veo muy inestables. Están felices, sacan buenas notas. ¿No serás tú la que estás celosa?

—¿De quién? ¿De una camarera rubia teñida? No, hijo, no. Yo juego en otra liga...

—Es azafata, no camarera... Anda, para de decir chorradas. ¿Qué tal en la India?, ¿te sirvió para algo?

—Para poco —contesto—. Pero, eso sí, pude por fin conocer de primera mano el sexo tántrico..., ¿quieres que te explique cómo es? Así lo puedes practicar con... Sara se llama, ¿no?

—Quita,quita —dice Andrés—. No me interesa el sexo tántrico. Ya bastante tengo con el sexo normal.

Por la noche tengo una cita con Axel, me ha invitado a cenar en su

impresionante ático de paseo de la Habana. Mientras voy en el taxi, chequeando mi maquillaje con el espejito de mano, recuerdo nuestro trío en el Palace con Ramón y siento un estremecimiento. Por un lado desearía que también él estuviera allí y poder repetir. Ahora no me pondría tan nerviosa, lo haría mejor.

Creo que una vez que una ha hecho un trío, luego ya puede hacer todos los tríos del mundo. Lo difícil siempre es la primera vez. Cuando ves que no ha pasado nada, que nadie se ha muerto, es cuando te dan ganas de repetir.

—¡Carlota! —dice Axel mientras me abre la puerta, ¡qué alegría verte, guapa!

¡Estás morena! ¿Fuiste a la playa en la India? Parece que no te sienta nada mal estar en paro.

—Sí. Estuve en Goa. ¿Y esa barba? —le pregunto—. ¡Tú también, qué guapo!

—Se me quejaban. Me decían que les dejaba la cara roja y me la tuve que dejar más larga.

—¿Tienes novia ahora?

—Una no —dice con su sonrisa irresistible de dientes separados—, tengo varias. Ya sabes mi lema cuando no estoy currando: follar y reírme. De hecho, no me he podido deshacer de una y viene ahora. No da la lata. Habla ucraniano pero se maneja bien en inglés. No te importará, ¿no?

—No, para nada —digo yo mintiendo—. He venido en modo amiga. Podemos hacer otro trío. Nos falta con una chica ahora.

—No me des ideas, que sabes que te digo que sí —dice—. Anda, ven aquí y deja que te coma un poco la boca. No me puedo resistir. Estás guapa, ¿eh? Me pones cachondo...

Me atrae hacia él y me da con total naturalidad un beso de dos minutos que me deja sin aliento. Axel todo lo hace como si nada; se nota que está acostumbrado a conseguir lo que quiere. En eso radica parte de su encanto, en ese aire de niño mimado despreocupado.

—Pero ¿no iba a venir una ucraniana ahora? —digo zafándome de él.

—Ya... pero aún no ha llegado —me contesta—. Además, ¿eso qué tiene que ver con nosotros? Ahora voy a practicar una cosa que he leído que se llama «anarquía relacional», que consiste en tratar cada relación o rollo de forma independiente, sin ideas preconcebidas ni prejuicios.

—Es decir que te vas a tirar a un montón de tías tratándolas a cada una de ellas como entes independientes..., está bien eso. Yo lo llamaría más bien neoliberalismo emocional.

—Oye, cambiando de tema —dice Axel poniéndome una copa de vino blanco—. Qué fuerte todo lo que sucedió en tu agencia, ¿no? Menuda pieza la tal Verónica. Lo cierto es que antes de que saltara este tema tuve un episodio con ella que nadie sabe y que me da un poco de mal rollo contarte. Hasta me da rollo haberlo vivido, pero bueno, creo que hay confianza, Carlota. Somos colegas, más que nada. Eso no quita que te quiera follar cada vez que te veo. Estás muy buena. No puedo evitarlo...

—Corta el rollo, Axel. Cuéntame.

Me lleva hacia el sofá del salón y nos sentamos...

—Pues, eso —continúa—, poco después de que nos encontráramos en la fiesta de Navidad, Verónica me llamó para discutir la renovación del contrato de cara al nuevo año. Le dije que viniera al restaurante, que así se lo enseñaba y tal, que la invitaba a comer. La tía está buena, eso no lo vamos a negar y sabe jugar bien sus cartas. Se aprovecha de eso.

»La llevé a mi despacho y, aunque empezó bien, la reunión se puso un poco tensa. Ella quería subirme el *fee* mensual y yo le dije que ese aumento no era justificable con los resultados que habíamos obtenido el pasado año.

»Empezamos a ponernos ambos un poco nerviosos. Yo me manejo fatal en esas situaciones. No estoy acostumbrado y no se me da bien discutir. Ella es dura de pelar, me miraba desafiante y me estaba poniendo también un poco cachondo, no te lo voy a negar. Venía bastante provocativa, con un vestido ceñido, esas tetas que tiene... echando toda la carne en el asador.

»En un momento dado —continúa Axel—, y, sin mediar palabra, se acercó a mí y comenzó a comerme la boca. Yo me quedé un poco muerto, pero claro, soy tío. Joder, Carlota, no me pude resistir, aunque ella particularmente no me molaba mucho, pero ya sabes, estaba a huevo, en bandeja. Y no me desagradó en absoluto, más bien me gustó que se me echara encima de aquella manera.

»Pues eso, que se pone a comerme los morros como una loca y al rato ya tenía su mano en mi bragueta. Fue brutal, sorprendente. Follamos como salvajes encima de la mesa de mi despacho como si fuéramos amantes de meses. No entiendo cómo nos entendimos tan bien sin conocernos de nada. Me chupó la polla como una loca, me corrí en su cara... Después, sin decir casi palabra, se vistió, se despidió y se marchó. No volví a saber nada de ella. Te juro que, pese a lo inesperado de la situación y que ella no me atraía, fue un polvo espectacular...

—Joder, la tía, se ve que no da puntadas sin hilo —digo yo—. No solo se acostaba con Antoine, por lo que veo. Se ha debido de tirar hasta el lucero del alba, por lo que cuentas... Así que te follaste a quien luego resultó que te

estafaba pasta. Es gracioso.

—Lo siguiente que supe de ella fue el mail misterioso con todos esos vídeos y los chanchullos de dinero. Imagínate cómo me quedé. De todas maneras, si no hubiera estallado todo eso, tampoco la habría vuelto a llamar para repetir.

»Hace semanas que puse el tema en manos de mi abogado y por supuesto dejé la agencia y no pagué la última factura —continúa Axel—. ¿Se sabe algo de quién mandó ese correo? Fue un asunto raro... Eso... tu despido... Yo me quedé un poco flipado. El tipo ese también era medio raro, el tal Antoine. Con razón estaban liados. Los vi raros a los dos desde el primer momento.

—Ya... fue un palo para todos —contesto yo—. Para mí la primera, aunque ya intuía que me iban a echar. Eso se nota. No suele suceder de repente. Me lo veía venir.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunta Axel—. ¿Tienes alguna idea? ¿Estás buscando curro? Quizá pueda hablar con mi nueva agencia a ver si tienen algún hueco...

—Pues estaba pensando en cambiar radicalmente. ¿Qué te parece la idea de montar una tienda de té, especias... esas cosas? ¿Crees que podría funcionar?

—¿No jodas? ¿Estás pensándolo en serio? Pues hombre, habría que verlo pero podría ir bien si está bien montada. La idea es buena. Y yo te podría echar una mano, moverte con contactos... Me parece bien si quieres un cambio. En un mes empiezo un proyecto nuevo, en la tele; podría intentar promocionarte por ahí si al final decides hacerlo...

—¿Qué proyecto en la tele?

—Pues una cosa parecida a la «Supernanny»... se va a llamar «Superchef». Un rollo tipo que iré a casa de la peña y les enseñaré a organizarse la compra, la nevera y a cocinar cosas ricas con lo básico.

—¡¡¡Qué bueno!!! ¡¡Enhorabuena!! —digo yo—. Seguro que es un éxito.

—Un éxito no sé... Pero me pagan una pasta.

»Ven aquí otra vez... —me dice de nuevo abalanzándose sobre mí—. Estás muy buena, Carlota. Mierda de ucraniana. Ahora ya me arrepiento de haberle dicho que viniera. Es modelo y un poco drogadicta. No te extrañes si se mete dos tiros aquí en el salón como si nada. Es lo que más me jode de ella. Siempre necesita estar puesta. No le llega con el vino como a ti.

»Hablando de vino, vamos a abrir una botella de champán para celebrar el reencuentro —dice yendo hacia la cocina.

Parece que la modelo no llega. Mejor que mejor. A ver si con suerte se ha roto la pelvis. La verdad es que me apetece acostarme con Axel, no un poco, me

apetece mucho. Es como un valor seguro, siempre sé que me lo voy a pasar bien con él.

Pero, inevitablemente, lo que estaba previsto sucede. Llaman a la puerta y delante de mis narices aparece una tía de un metro ochenta, rubia, flaca de cutis perfecto, con pelazo y piernas kilométricas que no puede ser nadie más que la ucraniana. Le calculo unos venticinco años a lo sumo.

—Esta es Kasia —me dice Axel—. Ella es Carlota —le dice—, trabajamos juntos hasta hace poco. Es una amiga.

Para darle dos besos me tengo que poner de puntillas y aun así, no llego mucho.

Nos sentamos en el sofá mientras Axel prepara algo de cenar. Esta vez sí parece que va a cocinar.

Kasia se quita los zapatos y se extiende en el sofá todo lo larga que es con naturalidad, como si estuviera en su casa. Me cuenta que es modelo —como no —, que ha participado en algunos desfiles de la Madrid Fashion Week y ahora se va a hacer la Semana de la Moda de Milán. Conoció a Axel hace dos semanas en la fiesta de un diseñador.

Dice que le encantan los hombres españoles, que son muy sexis, muy masculinos... Pienso que a los hombres españoles también les deben de gustar bastante las mujeres ucranianas si todas son como esta.

Ucrania: otro sitio más para tachar en mi lista de países. Siempre he sido de la idea de que con un tío nunca se puede ir a lugares donde las mujeres sean demasiado guapas, altas y rubias tipo Rusia, Siberia, Dinamarca, Noruega y cosas así.

Tal y como predijo Axel, Kasia tarda apenas diez minutos en hacerse una raya de coca en la mesita del salón, concretamente en un libro sobre arquitectura rusa de vanguardia. Algunos libros parece que se han inventado para hacer cosas como esas encima de ellos.

Me pregunta si quiero un tiro. No gracias, ya lo que me faltaba, darme cuenta de que me gustan las mujeres y engancharme a la cocaína.

—Yo sigo con el champán, que me hace «efecto droga» —le digo—, con esto ya tengo bastante.

—Para mí el champán es como el agua. En Kiev, donde yo vivo, bebemos cosas más fuertes, como el vodka... Es por eso que nada me afecta —explica Kasia—. Tampoco es que el champán sea una bebida muy ucraniana. Yo no lo bebí hasta que vine aquí, pero es rico, me gusta, es un poco como Sprite. ¿no?...

—Bueno, un pelín más caro —contesto.

Axel sale de la cocina un momento para ver cómo estamos. Me fijo en él, con sus vaqueros desgastados y su mandilón negro, descalzo... Me lo zamparía ahora mismo pero la novia es la ucraniana y no yo. Esta noche solo soy la carabina.

Kasia se levanta del sofá y se cuelga de su cuello besándole en la boca, marcando el territorio como un gato, mirándome al tiempo con el rabillo del ojo.

Me fijo en su frondosa y rubia melena. Me pregunto cómo a Axel le puedo gustar yo y también una modelo ucraniana cocainómana. Alguna gente se ve que no tiene un tipo determinado de personas, que le dan a todo...

Nos vamos las dos a la cocina a darle charla. Está preparando unos baos de cangrejo picante y un ceviche de pulpo, con Ella Fitzgerald a todo trapo. Kasia apenas habla español, así que lo hacemos en inglés. Le pide a Axel que ponga algo más animado, que esa es música «de viejos». Él me mira a mí como diciendo «es lo que hay, el precio que tengo que pagar por follarme a una modelo ucraniana».

Entonces pone a los Stones y ella sonrío, ya más conforme y empieza a bailar allí en medio de la cocina. Él la mira embelesado y yo también: parece de otro planeta. Qué gente más guapa hay por el mundo. Y eso que todos hemos nacido del mismo huevo, como si dijéramos, pero qué guapos son algunos y qué feos otros. La belleza es como el dinero, está muy mal repartida.

Seguimos con el champán, pero Kasia bebe tan deprisa que él tiene que abrir otra botella. Efectivamente, las botellas de Mum caen a la velocidad de latas de Sprite. En un momento dado ella hace una incursión al salón, imagino que a seguir con lo suyo...

—Lo flipas, ¿no? Es superdrogata —me dice Axel—. Bueno, nadie es perfecto. Luego es muy maja... y joder, ¿la has visto? Es una belleza, y además en la cama es como una pantera. No creas que es fría porque viene de Ucrania, todo lo contrario... Ven aquí —me dice atrayéndome nuevamente a él—. ¿Sabes que tengo unas ganas inmensas de follarte? Porque está aquí Kasia y no sé qué hacer con ella que si no...

—¿Qué te gusta más, acostarte conmigo o con ella? —le pregunto aprovechando su ausencia.

—En realidad me gustaría follaros a las dos —responde sonriendo—, pero ya sé que a ti no te van las tías.

—Pues en la India me enrollé con una chica y me gustó bastante, tanto que me escapé corriendo... y, además, ella es de Madrid. Volverá en un par de semanas.

Axel se queda asombrado. Quiere saber más. Le cuento con todo lujo de detalles mi experiencia con Greta. Mientras hablo le brillan los ojos, advierto cierta excitación en la expresión de su cara. Coge mi mano y la dirige directamente a su paquete. Su polla parece a punto de estallar dentro de los vaqueros.

—Mira cómo me tiene tu historietta. Me has puesto perrísimo —dice.

Al ponerle la mano encima yo también me excito de inmediato. Estoy sentada encima de la encimera, con la copa de champán en la mano. Me agarra con fuerza los dos muslos al mismo tiempo, casi rozándome las ingles, muy cerca del coño. Mete la mano por debajo de mi jersey y me toca las tetas, apartándome el sujetador... Estoy cada vez más cachonda. No me puedo resistir a él.

—¿Nos vamos a mi cuarto a follar?

—¿Y Kasia?

—Espera... voy a hablar con ella —responde.

Pasados unos minutos vuelve con Kasia cogida de la mano. Ella parece ya bastante colocada.

—Le he explicado un poco a Kasia nuestra situación —dice Axel—, que tú y yo nos acostamos de vez en cuando y eso. Le he contado un poco lo del trío que hicimos en el Palace para ponerla en situación. Te queríamos proponer una cosa, Carlota. Verás, a Kasia le gustaría mirarnos mientras nosotros nos lo montamos.

Dice que le provoca curiosidad ver cómo folla una tía, que nunca lo ha visto y que es una de sus fantasías.

Me quedo un poco alucinada. Miro a Kasia y ella me dedica una sonrisilla pícaro...

—Si no quieres no, ¿eh? No es ningún problema... solo que he pensado que como estábamos aquí los tres podíamos pasarlo bien —me dice ella en inglés.

—Pero ¿solo quieres mirar? —pregunto.

—Sí, solo mirar. Nada más. Me siento en una silla y veo como lo hacéis.

Axel me mira como esperando mi veredicto, deseando que diga que sí. Me parece que él no solo desea que Kasia mire. Lo que realmente quiere es lo que me ha dicho antes: hacérselo con las dos.

No sé qué decir. A mí solo me apetece follar con él y creo que ya he tenido bastantes experiencias, digamos, extrañas; pero bueno, tampoco me parece tan terrible que Kasia nos mire. Es más, me da bastante morbo. Solo pensarlo ya me late el corazón de la excitación. Digo que vale.

Nos sentamos a la mesa del salón a cenar. Los platos que Axel ha preparado

están deliciosos. Como buena modelo, Kasia apenas come, juega con la comida de su plato con el tenedor. Cae otra botella más, pero esta vez de vino blanco. Axel está sentado a la cabecera de la mesa conmigo a un lado y ella en el otro, parece una especie de capo. Para la cena ha escogido bossa nova. La suave voz de João Gilberto se escucha de fondo.

—¿Qué es esta música?, ¿otra cosa rara? —pregunta Kasia.

Pienso que quizás Ucrania sea la cosa más alejada de Brasil que hay en el planeta Tierra.

Durante la cena bebo bastante, lo necesito para atreverme a hacer lo que se supone que me espera luego. El día que consiga hacer cosas de estas sin una gota del alcohol en mi cuerpo entonces sabré que he avanzado un peldaño en esto de mi liberación sexual.

Cuando ya hemos acabado de cenar pero aún estamos en la mesa, Axel le planta a Kasia un beso bastante húmedo, mientras me toca el muslo por debajo de la mesa. Me empiezo a excitar de nuevo. Luego me toca a mí. Me da un largo beso ante la mirada de Kasia, que ríe divertida. Nos acaricia el cuello a las dos al mismo tiempo, nos mete sus dedos en la boca...

Hay algo excitante en ser más de dos, algo que no puedo explicar, me siento como libre, ajena a las convenciones sociales, y esa libertad hace que me sienta más sexi. Cuando voy por la calle los demás me ven como una mujer corriente, una madre normal y a veces me dan ganas de gritar: «No, si yo no soy normal, solo lo parezco. Voy a orgías, hago tríos... No os creáis que nunca he roto un plato. He roto ya varias vajillas.»

—¿Nos vamos a mi cuarto? —propone él, levantándose de la mesa.

Entramos los tres agarrados en el dormitorio. Es tan impresionante como el resto de la casa, pero un poco «de hotel». Siempre he pensado que hay algo impersonal y frío en las casas de los ricos, todo está demasiado perfecto, demasiado «revista de decoración», sin vida. La habitación es preciosa pero parece un NH, la cama de dos por dos, los cojines perfectamente colocados y de colores coordinados, las alfombras asombrosamente limpias y esponjosas, los cuadros milimétricamente derechos... Dan ganas de llamar al servicio de habitaciones.

Axel enciende algunas velas y pone música de la que yo denominaría como «para follar». Empieza a desnudarme con calma. Kasia se ha sentado en un sillón al lado de la cama y nos observa.

Ella también se quita la ropa a excepción de un tanga de encaje blanco.

Mientras lo hace, reparo en su perfecto cuerpo de modelo. Lo admiro y a la

vez me da cierta envidia su belleza y su juventud. La tripa plana, el culo respingón, las larguísimas piernas... y ella misma, tan segura de su belleza, tan despreocupada.

Sin embargo, Axel no parece prestarle mucha atención, ni la mitad que yo.

Imagino que ya está acostumbrado a ver todo el tiempo cuerpos así, no le parece nada extraordinario. Lo más increíble es que le siga gustando el mío. Todavía hay esperanza en el mundo, incluso a los cuarenta.

—Venga, que empiece el *show* —dice Kasia, que parece muy inocente pero quizá no lo sea tanto.

Axel empieza por morderme el cuello con fuerza, la nuca... ya sabe lo que me gusta de otras veces. Mete su lengua en mis oídos. Inmediatamente las tetas se me ponen duras, me besa...

Miro a Kasia con el rabillo del ojo y no pierdo detalle. Observa la escena con ojos brillantes y curiosos; ha acercado un poco el sillón a la cama. Está recostada, con las piernas algo separadas.

Axel pone un gran cojín en uno de los extremos de la cama y me sienta sobre él. Se pone de rodillas en el suelo y me separa las piernas con decisión. Me sujeta bien fuerte los muslos con ambas manos al tiempo que hunde la cabeza en mi coño. Su lengua empieza a moverse delicadamente pero sabiendo muy bien adónde va. Caigo hacia atrás apoyándome en los codos como si estuviera en la playa, arqueando ligeramente las caderas, ofreciéndome entera...

Estoy muy caliente, con los ojos cerrados, la cabeza abandonada, concentrada en mi propio placer. Entonces recuerdo que no estamos solos y miro hacia el sillón donde está Kasia. Ya ha pasado a la acción. Tiene la mano metida dentro de su tanga y se acaricia mientras nos mira. Me fijo en su cara de placer. Tengo que reconocer que la escena me pone extraordinariamente cachonda. Mirarla es como una bofetada de excitación. Me gusta más verla a ella acariciándose que a Axel entre mis piernas. Debe de ser por la novedad... eso quiero pensar.

Sigo observándola... de vez en cuando mis ojos bajan y veo la cabeza de Axel hundida en mi coño. Miro a un lado, miro a otro. Madre mía. Esto está bastante bien.

—Córrete ya... quiero ver cómo te corres —me dice de pronto Kasia con un tono ligeramente impaciente.

Y según acaba la frase yo lo hago apretando la cabeza de Axel contra mí pero sin dejar de mirarla a ella. Me resulta excitante ver su mano moviéndose bajo las bragas mientras yo me corro.

—¿Te importa que me dedique a Kasia un rato ahora? —pregunta Axel, que parece que hoy se ha levantado con ganas de hacer cunilingus.

Entonces se repite la misma situación pero a la inversa. Axel se acerca hasta el sillón donde está Kasia y le quita el tanga con la boca.

Mientras le veo entre las piernas de Kasia, mientras oigo los jadeos de ella, intento aguantar sin tocarme, es algo así como una prueba, a ver si puedo soportarlo, quizá me corra sin tocarme, como en los sueños... Aunque acabo de tener un orgasmo, continúo muy excitada. Definitivamente, me encanta mirar.

De repente, siento un impulso que no quiero dejar de obedecer. Me acerco adonde están ellos y beso a Kasia, nuestras lenguas se juntan con ansiedad. A ella también le pilla por sorpresa, pero no parece desagradarle en absoluto. Es más, cuando me aparto me sujeta por la nuca y vuelve a atraerme hacia ella.

Después bajo hacia sus pequeñas tetas y paso la lengua por sus pezones, mordisqueándolos un poco.

De vez en cuando Axel, sin apartar la boca de la entrepierna de Kasia, levanta la mirada para ver la escena. No quiere perderse nada... ni la cara de excitación de Kasia ni mi boca jugueteando con sus tetas...

A los pocos segundos ella parece a punto de estallar de placer. Agarra la cabeza de Axel con sus manos como si se la quisiera meter dentro. Sus gemidos se intensifican y también el movimiento de sus caderas. Me aparto de sus tetas, me mira y creo que eso dispara su orgasmo. Empieza a gemir más fuerte y noto como el placer le llega de repente, como un tsunami.

Llevo la mano a mi entrepierna buscando mi clítoris, hago una leve presión sobre él. Estoy muy cerca de su cara, ambas jadeamos sin parar de mirarnos. Nos corremos casi a la vez. Mis gemidos se mezclan con los suyos.

Axel emerge por fin de la entrepierna de Kasia... ella le sonrío...

— *Thank you very much, it was lovely* — le dice.

Después, con sus movimientos elegantes de gata, se pone lánguidamente las bragas y el vestido y se despide.

—¿No quieres seguir? —pregunta él—... ¿No te apetece que os folle a la dos?

—Solo quería mirar un rato y correrme. Ahora me voy a ver un poco la tele. Seguid sin mí.

Estoy un poco alucinada, pero bueno, yo qué sé. Es ucraniana. Serán así... Al fin y al cabo era lo que quería, tener a Axel para mí solita.

¿O en el fondo no era lo que quería?

Tras un par de polvos tan espectaculares como siempre, Axel y yo nos

quedamos dormidos en su enorme cama.

Cuando abro los ojos temprano por la mañana veo que Kasia también está en ella; se ha hecho un hueco entre Axel y yo. Duerme como una sirena y tiene la mano alrededor de mi cintura.

Debió de cansarse de ver la tele en algún momento...

Ser o no ser

Me pregunto qué coño es todo esto, si es que resulta que me gustan las tías. En la vida he mirado a una mujer de esa manera y, sin embargo, ahora me parece completamente natural acostarme con ellas. Todo lo que sucede de forma espontánea supongo que es normal. Si me he acostado con tías es porque me ha surgido, no porque sea lo que quiero hacer el resto de mi vida. Al fin y al cabo, ¿qué importa? Hay que probar, quiero hacerlo todo antes de encontrar a alguien que me eche «el lazo» otra vez. Probarlo todo. Esa sí es una de las cien cosas que hacer antes de morir. Ya lo dice el refrán: «Lo que sucede, conviene.»

Hasta que no pruebas algo no puedes opinar. Si funciona con la comida, con las películas y los libros, ¿por qué no está bien visto probar cosas nuevas en el sexo? Está bien pero da miedo... eso es lo malo. Si antes de casarse hay que vivir con alguien «para ver cómo es», supongo que antes de decidir qué me gusta en el sexo también hay que vivirlo por el mismo motivo, «para ver cómo es».

Tras los ánimos de Axel, me veo casi decidida a montar mi tienda de té, pero claro, hay dos problemas fundamentales, yo no sé mucho de té y menos de montar un negocio. Se me hace todo un poco de bola.

Empiezo por irme a la Fnac y comprarme todos los libros que encuentro: *Todo sobre el té*, *Manual del sumiller de té*, *El mundo del té*, *Todos los té del mundo*.

Mis hijos creen que he enloquecido. De pronto en casa no se bebe más que té y yo me enfrasco en mis lecturas como si estuviera preparando unas oposiciones.

Nadie entiende muy bien qué estoy haciendo, ni siquiera mi propia familia.

«¿Vas a tirar más de quince años de carrera profesional a la basura?» Pues sí, voy a hacer exactamente eso. Al fin y al cabo, ¿qué coño es mi «carrera profesional»? Si se piensa bien, es algo que no tiene la más mínima importancia.

Podía ser hoy una cosa y mañana otra...

Me llama la atención comprobar como la gente de mi antiguo trabajo ha desaparecido del mapa. Hasta Eva, que era una de mis mejores amigas, no da señales de vida. Desde que hablamos por teléfono y me contó lo del accidente de Antoine no he vuelto a saber de ella, ni siquiera por Facebook. Tampoco del

resto de mis compañeros.

Cuando te despiden de un trabajo es como si hubieras muerto, al menos para los que continúan en ese trabajo. Ya no interesas. Estás muerta para los de tu antigua oficina y eres una especie de apestada para los demás. Podría decirse que estar en paro para alguien que ha tenido buenos trabajos es habitar en una especie de limbo. Ni existes ni molas. Ya se verá si vuelves a molar, según dónde caigas...

Ahora que tengo tiempo intento hacer de madre tradicional todo lo que puedo.

Cuando me tocan los niños les hago bizcochos caseros para desayunar, los llevo al colegio en coche por las mañanas y los espero a la salida con el bocadillo envuelto en papel Albal. Les extraña verme así, tan en mi papel.

—Jopetas, mamá, hasta les pones mantequilla a los bocatas... siempre me pregunté por qué mis bocadillos no tenían nunca mantequilla —dice Diana asombrada.

En una de esas tardes me encuentro con Lucía, la exmujer de Antoine, que también está esperando a su hija a la puerta del cole. No esperaba verla allí y me pilló un poco por sorpresa. Me siento incómoda. No sé si sabrá lo mío con Antoine, espero que no. Si él no se lo ha contado no tengo por qué hacerlo yo.

—¿Lo ves, Carlota? Ahora me entenderás, ¿no? Te dije que mi ex no era trigo limpio. Siempre está metido en jaleos. Me enteré por un conocido de lo que pasó en la agencia. Yo no sabía que Verónica estaba de directora, si no ya habría atado cabos. Ella fue uno de los motivos por los que se acabó nuestro matrimonio. Se liaron cuando nosotros aún estábamos juntos. Lo que no sabía es que todavía andaba con ella...

—Sí, ya vi. Bueno, yo tampoco trabajo ya en Nauplia. Tu exmarido me despidió, seguro que eso no te lo habían dicho.

—Pues no, no sabía nada. Lo siento mucho. Bueno, mejor alejarte de personas así. Seguro que encuentras pronto otro trabajo. A mí me llamaron cuando tuvo el accidente y ni me molesté en ir al hospital. Por la niña no me quedó más remedio que preguntar por él pero, francamente, me da igual lo que le pase... con que me dé el dinero para Chloé y la trate bien a ella... Ahora que está en el paro otra vez ya me puedo ir despidiendo de que me pase la pensión.

—¿Y con la niña se porta bien?

—Normalmente sí, pero ahora dice que está deprimido. Le ha debido de pasar algo más que no sé, pero, como te digo, me da absolutamente igual. Me

pregunto quién será ahora la pobrecilla con la que está, si es que está con alguien. Me da pena de ella y de las que vengan después. Deberían hacer un club de

damnificadas.

De repente pensé en Chloé, en la niña. Ella sí me había visto en París, en casa de su abuela. Era raro que no le hubiera dicho nada a su madre... pero los niños son así, se olvidan de todo lo que para nosotros es importante y se acuerdan de las tonterías. En cualquier caso, no convenía que la niña me viera; eso le haría acordarse de la cena de Fin de Año.

Pues dicho y hecho. Justo esa tarde Diana aparece con Chloé, lógico: van a la misma clase. Mi hija me da un beso y Chloé me saluda educada y no dice nada.

Noto cierta mirada de desconfianza. Puede que no le dijera nada a su madre por miedo a hacerle daño... a veces los niños también hacen eso. No cuentan cosas que saben de sus padres por miedo.

Entre esa niña y yo había un secreto que no sé por cuánto tiempo iba a permanecer así, siendo un secreto.

Una herencia en vida

Como estoy entretenida con lo del té aún no he pensado en volver a la carga en Tinder, pero tendré que hacerlo, claro, y menuda pereza. Con Axel es lo de siempre, nunca será solo para mí, y ahora que Antoine está finiquitado necesito un entretenimiento.

No contemplo estar sola. Me parece muy bien la gente que necesita aislarse después de terminar una relación. Yo no quiero eso. A mí nunca me ha gustado la soledad, ¿por qué está esto tan mal visto? Se ve que una persona que merece la pena es una persona que está a gusto sola. No sé por qué, es aburrido.

Aunque, bueno, con el resultado que me ha dado colgarme de un tío, ahora quiero pasarlo bien sin especiales ataduras, justo lo que tenía que haber hecho desde un principio. Con tener un par de amantes con los que follar bien me doy por satisfecha. Claro que primero hay que encontrarlos.

Seguro que si al fin me decido a hacer lo de la tienda conoceré a un montón de gente. Eso va a ser un no parar de hombres guapos entrando y saliendo y yo allí, de ama de todo, siendo el centro de atención.

Sí, definitivamente necesito montar esa tienda de té, ser la jefa de algo alguna vez en mi vida, aunque me precipite al vacío.

El problema es el dinero. La indemnización por mi despido no parece suficiente para todo el desembolso que tendré que hacer. Quizá le podría pedir algo a mi abuela, que me dé algo en «adelanto de la herencia». Mi madre está dispuesta a dejarme el dinero, pero no sé cómo y cuándo se lo voy a devolver.

Un negocio tarda en despegar. Necesito que, a poder ser, me regalen ese dinero, y solo hay una persona que puede hacerlo, la única persona rica de nuestra pequeña familia... la abuela.

Un día por la mañana, aprovechando que mi madre está en su clase de reiki me planto en su casa para hablar con mi abuela a solas. Entro con mis llaves. Me la encuentro haciendo solitarios en la mesa del salón, escuchando música clásica y bebiendo un whisky con agua. Hay también una señora de unos cincuenta años dormitando en otro de los sillones.

—Abuelita, hola... He venido a hacerte una visita. ¿Cómo es que bebes

whisky a estas horas? ¿Y esta señora quién es?

—Bebo de aperitivo. El whisky se tomó de toda la vida de aperitivo, o al menos era lo que hacíamos tu abuelo y yo, es lo que hacía antes la gente de categoría.

»Y esta señora que está aquí dormida es Dora, la cuidadora que ha contratado tu madre para perderme de vista. La ha contratado ella pero la pago yo... Y mientras, mi hija por ahí de juerga, todo el día en la calle, zascandileando. ¡Dora, Dora! —grita—. Mira, esta es mi nieta preferida, Carolina.

—Carlota, abuela, Carolina está en Londres.

—Ay, es verdad, que mi preferida eras tú, hija. Perdóname.

La cuidadora se despierta avergonzada por haberse quedado dormida y, después de saludar, se retira discretamente y nos deja solas...

—Oye, abuela, qué bien te veo..., estás muy elegante hoy... Por cierto, ¿tú me podrías dar un dinerito para montar esto del té?

—Ya te dejaré algo cuando me muera. Mira que sois interesadas en esta familia. Si no tuviera dinero ya me habríais dejado morir en cualquier asilo.

—Pero cuando te mueras no me hace falta, abuela. Lo necesito ahora. Falta mucho para que te mueras. ¿No prefieres verme disfrutar de ese dinero mientras aún estás viva? Además, es para una buena causa, para alimentar a tus bisnietos.

—¿Es que no tienen padre los niños? ¿Tu marido ha muerto? Como no me contáis nada...

—No, no ha muerto pero él solo no puede mantenerlos. Yo tengo que trabajar.

—Tu trabajo deberían ser tus hijos y tu marido, hija mía. Yo no sé qué mierda de cosa os han vendido a las mujeres de hoy en día que trabajáis fuera y además dentro. Qué listas sois, hija, qué listas...

—Acuérdate de que no tengo marido ya, abuela, que estoy separada.

—Sí, hija, sí, es verdad. La pobre gente que se queda viuda y tú dejando maridos plantados. Eso no se hace, Carlota, no se hace.

—Tú también lo hiciste, abuelita... que dejaste al abuelo porque te sentaba mal el clima de Galicia, ¿no te acuerdas?

—No sé qué te dije, no me acuerdo mucho, no, debía de pasar mucho frío si de verdad hice eso. ¿Y cuánto necesitarías para tu negocio?

—Pues unos quince o veinte mil euros... pero después ya no tendrías que dejarme nada en tu testamento. Sería algo así como una herencia en vida.

—Eso es mucho dinero —dice la abuela—, si te doy esa cantidad, luego las joyas y los mantones de Manila que tengo se los tengo que dejar a tu hermana.

»Te lo daré con dos condiciones, una que no le digas nada a tu madre, y me lo tendrás que jurar, y otra que me vengas a ver todas las semanas con tus hijos.

Estoy aburrida y sola, hija. A las viejas nadie nos quiere y a mí aún, que tengo dinero. Ay, de los viejos pobres...

—Gracias, abuelita, gracias. Ya verás que va a ser un éxito. No se lo contaré a nadie. Diré a mamá que he pedido un crédito al banco.

—Ven la semana que viene y me acompañas al banco para arreglarlo todo... y come algo, preciosa mía, que estás muy delgada. La grasa es vida.

Las mil y una noches

Al día siguiente ya tengo el dinero en mi cuenta. Mi abuela estará fatal de la cabeza pero me ha ayudado cuando más lo necesito. Realmente, hace falta estar un poco loca para darme veinte mil euros para montar una tienda de té, las cosas como son.

Ahora solo me falta buscar un local y poner en marcha el proyecto de verdad.

Me esperan meses de mucho trabajo pero ¿qué hay mejor que tener mi propio negocio y ser mi propia jefa? Prefiero no pensar mucho en dónde me estoy metiendo, solo hacerlo. Como dice ese eslogan de Nike, « *Just do it* ».

A los pocos días de solucionar el tema del dinero recibo el whatsapp que más temía y también el que más esperaba: Greta ha regresado a Madrid. Dice que ella y Luis tienen muchas ganas de verme, que este fin de semana él celebra su cuarenta y cinco cumpleaños en casa, que me pase y así conozco gente nueva, personas muy interesantes del mundo del arte, que puedo llevar a alguien si quiero.

«Gente del mundo del arte» así de pronto me suena un poco a esnob, pero son más que nada prejuicios estúpidos inspirados en los modernos que veo cada año cuando voy a Arco. Estoy en mi semana libre de niños y tampoco es que tenga muchos planes excitantes, más allá de seguir con el mundo del té y buscando locales en Idealista.

Le contesto que sí, que claro que iré, que yo también estoy deseando verlos de nuevo.

Para una fiesta con artistas debería comprarme algo de ropa. Desde que estoy en paro todos los días me visto con *leggings*, jerséis y botas Ugg. Estoy descuidándome. Hasta he dejado que me crezcan pelos en las piernas. No puede ser. Iré a la peluquería, a depilarme, a hacerme la pedicura... quizá vaya al estudio de Josen a por algo de ropa decente.

Contrariamente a lo que piensa mucha gente, lo primero es el exterior. Si no gusta tu exterior a poca gente le interesará ver más allá, por lo menos en una fiesta. Si quiero ser una empresaria de éxito ya puedo empezar por tener pinta de eso mismo, de empresaria de éxito.

En realidad todo son excusas, la verdad es que quiero estar guapa cuando vuelva a ver a Greta. El problema es que no acepto que este pensamiento permanezca en mi cabeza más de dos micronésimas de segundo. Lo aparto de mi mente de un manotazo. Una cosa está clara: yo no soy lesbiana pero esa tía me gusta, estoy deseando verla y ahí radica precisamente el problema.

Le he pedido consejo a Andrés sobre lo de montar la tienda de té, al fin y al cabo es el padre de mis hijos, tiene que saber en qué ando metida. Le ha parecido bien: «Pero, por favor, hazlo, si te lo propones, hazlo. Que no se quede en agua de borrajas como tantas otras cosas, Carlota. Mira lo de escribir... No pones foco en nada, desaprovechas todo el talento que tienes. Sabes que yo te apoyaré en todo, pero, por una jodida vez, hazlo.»

Me llama la atención que ahora me diga que tengo talento. Cuando estábamos casados jamás lo hacía. El talento lo tenía él y, si sobraba algo, quizá me tocaba un trozo a mí. Hay hombres que no soportan la superioridad femenina en nada y hay mujeres a las que no se les deja mandar en ningún lado, ni siquiera en la cama.

En una de esas noches en las que me quedo hasta las tantas buscando proveedores de té y enviando correos me encuentro con otro mail misterioso de los que recibo de vez en cuando. Es del mismo destinatario que los otros dos:

Como hacía Sherezade con el sultán para evitar que la matara, cada noche te contaré una historia, si tú aceptas. Así hasta que te enamores de mí.

¿Qué me pasa, doctor?

Estoy ya un poco harta de este juego estúpido. Quienquiera que sea me está empezando a cansar. Dudo si contestar o no. Si lo hago, le estoy alentando a que siga con esta tontería. Aun así, tengo bastante curiosidad y, por primera vez, contesto.

¿Nos conocemos? ¿No crees que es un poco extraño mandarme estos mails sin darte a conocer? ¿No sería más fácil decir quién eres y lo que quieres?

A los veinte minutos recibo un mail de vuelta:

Te quiero a ti. Si en doce semanas no te has enamorado de mí, te daré un sueldo para toda la vida, como en los anuncios de Nescafé.

Soy todo lo que quieres en una única persona.

No puedo evitar sentirme gratamente sorprendida por la respuesta. No me esperaba algo así. Me hace hasta ilusión que alguien desconocido se interese por mí de esta forma. Le vuelvo a contestar...

Ya... pero seguro que eres feo... o fea. Todo no se puede.

Me quedo esperando la contestación, no lo puedo evitar. Tengo una especie de regocijo en mi interior. No tarda mucho en llegar...

No, no lo soy. Todo lo contrario. Y soy él... no ella.

Es decir, y para resumir, un tío anónimo que además dice que está bueno me está tirando los trastos por mail. Bueno, mira, ya que no tengo planes en el mundo real al menos los tengo por correo. Menos es nada. De aquí al sexo virtual hay un paso.

Le mando el último, no me puedo resistir:

¿Te conozco?

Me responde:

Parece que no... pero yo a ti sí. Hace algún tiempo que me he fijado en ti.

Lo dejo ahí pero hubiera seguido. Estas cosas me parecen peligrosas. Se oyen muchas historias raras. Pero reconozco que me gusta la situación. Siempre me ha encantado ser el centro de atención. Prefiero que sea en la vida real pero, si no hay otra cosa, la virtual también me sirve.

Me presento en el estudio de Josen a por un *look* «galerista de arte» para llevar a la fiesta de Greta y Luis. Se queja.

—Solo apareces por aquí cuando quieres algo, nuestra amistad es completamente interesada, un trasiego de bolsas de plástico con vestidos y zapatos dentro.

—Ya te lo compensaré cuando sea famosa; y tú, mi estilista exclusivo.

—Tú no tienes madera de *celebrity*, y ahora menos, que estás parada. Eres como una larva.

—Ya te lo dije, Josen: dame tiempo, estoy en ello. Fuera coñas, esta vez necesito un *look* vanguardista, tipo Arco, para llevar a una fiesta donde todos serán artistas.

—Cada vez me lo pones más difícil, hija de puta, ¿tienes alguna idea?

—Pues no sé. Algo amplio, líneas geométricas, volúmenes... Ya sabes.

—O sea, tipo saco de patatas moderno —dice Josen.

—Más o menos... y a ser posible negro o color carne, colores conceptuales, austeros.

—Vas a estar un poco fea, cariño, pero bueno, tú eres mona, te lo puedes permitir. Con estos parámetros que me das, creo que tengo uno de Calvin Klein que quizá pueda servirte...

Va hacia uno de los burros y me enseña un traje bastante informe, tricolor y ancho como un hábito que, efectivamente, da bastante el pego «galerista de arte».

—¿Algo así de feo? —pregunta mostrándome el vestido en el aire.

—Sí, podría ser... ¿Crees que puedo llevar tacones con eso? —le pregunto.

—El *look arty* es el siguiente, Carlota: o llevas este vestido, tacones de puta y la cara lavada, o llevas este vestido, zapatos de monja y te pintas como una

puta.

Tú decides.

—Hijo, no sé... Yo casi veo más tacones y cara lavada. Hago que es lavada pero en realidad me pinto. Por lo menos que se me vean las piernas un poco bien con los tacones, ¿no?

—No sé qué decirte. Si quieres hasta te puedes quedar el vestido. Es horrible. No lo había visto puesto. Regálaselo a tu madre. No querrás ligar con nadie, ¿no?

—Sí... —respondo pensando en Greta.

—Pues, hija, qué quieres que te diga. Hasta con una mortaja estarías más sexi, pero vamos, allá tú... Puedes ponerte un collar XL. Las mujeres del mundo del arte siempre van con complementos gigantescos, no me digas por qué. *Me no understiende...*

Jugueteo con el vestido en la percha, pruebo a ponérmelo por encima. No me parece tan horrible. Además, me da el *look* moderno y sofisticado que quería para una fiesta como esa.

Greta y Luis me han visto en chanclas y pantalones cortos y ahora quiero impresionarlos dando una imagen de mí completamente distinta.

Decido no llevar a nadie. Siempre es mejor ir sola a las fiestas a no ser que sea absolutamente imprescindible. Así se puede ligar.

Cuando Greta me envía la dirección de su casa no me sorprende. Es un piso en la calle Jorge Juan, en todo el meollo del barrio de Salamanca. No me había equivocado en mis suposiciones de que ellos son gente de dinero y no hippies tirados buscándose la vida en la India. Sé que además de artista Greta trabaja en una galería, pero no tengo muy claro a qué se dedica Luis, supongo que a algo de *import / export*, como todos los niños ricos.

Me presento en la casa con una botella de Moët bajo el brazo de regalo de cumpleaños. El propio Luis me abre la puerta y parece sorprendido de verme.

—Carlota, qué alegría verte, guapa. Estás distinta... te queda muy bien esa ropa. ¿Cómo estás?

—Hola, Luis. Muy bien. Tú también estás bárbaro.

Me conduce por un breve pasillo hasta un espacioso salón lleno de gente charlando animadamente. De las veinticinco o treinta personas que puede haber, casi todas van en vaqueros o vestidos de manera informal. En realidad, yo soy la única que va con un *look* «galerista de arte». Como siempre, dando la nota.

La casa es un dúplex bastante impresionante. Unas escaleras de madera clara

suben al piso de arriba. Está todo decorado en tonos neutros y suaves, con cuadros y grabados en las paredes y por todas partes algunas esculturas que parecen del estilo de las de Greta. Hay un inmenso pájaro negro con las alas desplegadas realizado con trozos de distintas telas ocupando prácticamente una pared. Pocos muebles, a excepción de unos sofás blancos, un par de mesas de cristal, algunas estanterías de hierro muy *minimal* y una gran chimenea acristalada de esas modernas con un hogareño fuego crepitando... Todo es *cool* y sofisticado, como sus dueños.

En medio del salón, y charlando con un grupo de gente, veo resplandeciendo a Greta. Sonríe, tiene una copa de vino blanco en la mano y está muy distinta a como acostumbraba a verla en la India. Lleva un vestido negro largo con un escote en pico muy pronunciado y un llamativo collar con piedras de colores. En cuanto me ve entrar deja inmediatamente al grupo y viene hacia mí con una gran sonrisa y los ojos brillantes.

La envuelve un halo especial, como de reina de la fiesta. Me da un cariñoso abrazo y dos besos bien dados. Dice que estoy muy guapa, distinta a como me recordaba. Claro, la última vez que nos vimos estábamos desnudas, sudorosas, con el pelo revuelto y tumbadas en una cama. Aun así, todo el deseo que sentí en Agonda vuelve a sacudirme como si aún estuviera allí. Sé que a ella le pasa lo mismo. Lo veo en sus ojos. No quiero que vuelva a pasar, ¿o si lo quiero?

Necesito beber algo cuanto antes. Algo o mucho.

Echo una visual al panorama y todos los hombres que hay en la casa tienen pinta de intensos o atormentados... eso los que están de buen ver; los otros son feos, directamente. Creo que los artistas tienen poco o ningún sentido del humor.

Es una opinión personal, pero me parece que se toman demasiado en serio a ellos mismos y lo que hacen.

—Ven —me dice Greta tirando de mí—. Te voy a presentar a Eduardo, es uno de mis novios, tiene una galería de arte muy importante aquí en Madrid.

Es cierto, me había olvidado ya de que Greta y Luis tienen otras relaciones en paralelo. No sé si me da envidia o me extraña.

Me presenta a un tío que se parece vagamente a Antoine, después le besa en la boca... Luis está ahí al lado, a cinco metros, y no pasa nada. Qué buen rollo. Qué moderno todo. Si Andrés y yo hubiéramos hecho esto quizás aún estaríamos juntos.

Me quedo con Greta y su novio número dos gran parte de la noche, aunque ella va y viene de él a Luis y de Luis a él. Mientras tanto, no paro de beber y ella también.

En un momento dado se descuelga de Eduardo, me coge por la cintura y me besa en la boca con total naturalidad. Me pilla por sorpresa, pero me gusta. A su novio no parece llamarle mucho la atención. Se ve que la gente del arte debe de ser toda así de libre...

Cuando parece que ya nada va a pasar y que la fiesta ha dado de sí todo lo que podía dar, aparece un tío muy guapo, que obviamente también debe de ser artista. Va completamente de negro, tiene el pelo liso y algo largo y lo lleva recogido detrás de las orejas. Lleva un gran pañuelo al cuello y botas camperas también negras. Tiene la cara un poco destrozada de marcas y bastantes ojeras.

Posee ese aspecto de chico malo que nos atrae al instante.

Greta se acerca contenta a saludarle.

—¡¡¡Dani!!! ¡Has venido! —Le coge de la mano y le trae hacia donde estamos nosotros—. Dani es la nueva promesa del arte contemporáneo. Ha arrasado en Arco este año y ahora viene de exponer en Miami.

—No exageres, Greta. Estoy canino como todos los artistas. Corren malos tiempos para nosotros. Pobre del que no tiene otro curro.

Me intereso rápidamente y le pregunto:

—¿Y tú vives del arte o tienes otro trabajo?

—Le doy también a la foto. Soy fotógrafo *freelance* para una agencia. ¿Y tú quién eres? ¿Eres también artista? Tienes pinta...

Pienso en mi horrible vestido. Ojalá me hubiera puesto algo más sugerente.

Hasta de Cortefiel hubiera ido mejor...

—No, qué va... No soy nada, podría decirse. Perdí mi trabajo hace un par de meses. Soy Carlota, eso es lo que soy, de momento.

—Eres guapa —dice—. Me gustaría hacerte unas fotos para un proyecto que tengo. Luego te cuento.

Bueno, si con ese saco que llevo puesto le parezco «guapa», verdaderamente debo de serlo.

Aunque el tío me gusta y quiero seguir ligando con él, me interesa más lo que hace Greta. La sigo con la mirada allá donde va...

—Sube un momentito a mi cuarto conmigo, tengo que darte una cosa —me dice al oído.

Y solo de sentirla susurrar en mi oreja y oler su perfume de bergamota me excito al momento. Me coge de la mano con naturalidad y subimos las escaleras; ella va delante y solo puedo fijarme en el movimiento ondulante de sus caderas y en su redondo culo.

Entramos en su habitación, tan moderna y chic como el resto de la casa.

La cama está montada sobre una especie de tarima hecha de obra y alicatada en plan marroquí, y las mesillas, del mismo material, están integradas con la pared. Parece una habitación digna de salir en una portada de la revista *AD*.

Siempre que voy a los pisos de otros me dan ganas de tirar todo lo del mío y volver a empezar. Lo del «menos es más» nunca fue mi especialidad. Siempre aposté por el «más es más», en mi vida, en mi decoración, en mi personalidad, en la comida y la bebida... y ahora parece que también en el sexo.

—Tenía esto guardado para ti —dice Greta tendiéndome mi pequeña escultura de barro, la que hizo a partir del dibujo de Agonda...

—Gracias —contesto—, es preciosa. Me parezco bastante. Buscaré en casa un sitio especial para ponerla.

—Tan preciosa como tú... —me dice—. Tenía ganas de verte. No me gustó que te fueras sin despedirte después de aquella tarde.

—No me quedó más remedio —le digo—. Mi abuela se puso mala.

—Vamos, Carlota —contesta sonriendo—, las dos sabemos que eso es mentira. Te fuiste porque te asustó la situación. Te conozco desde hace poco, pero te conozco algo. Te eché de menos, ¿sabes? Me masturbé muchas veces pensando en aquella tarde... ¿y tú?, dime, ¿tú también lo hiciste?

—Sí, yo también lo hice. Lo que pasó es algo que no se puede olvidar tan fácilmente, pero a la vez me tiene un poco confundida.

—Déjate de confusiones...

Entonces se aproxima lentamente a mí sin apartar sus ojos de los míos hasta que está cerca, muy cerca y me envuelve ese olor suyo a limones recién exprimidos. Aproxima sus labios a los míos sin titubeos y yo me abandono a esa maravillosa sensación. Ni quiero ni puedo evitarlo. Cuando voy a hablar, me tapa la boca y me manda callar.

Yo no soy lesbiana, yo no soy lesbiana, me gustan los tíos, me gustan los tíos...

pero qué jodidamente bien me siento.

Greta va entonces hacia la puerta y echa el cerrojo. Casi al mismo tiempo se desprende de su vestido, que deja caer al suelo. No lleva bragas ni sujetador. Se queda completamente desnuda con su collar de piedras de colores y su *piercing* en la entrepierna. Verla así me produce una turbación muy difícil de explicar, algo que no he sentido antes con nadie. Tengo el corazón desbocado de terror pero a la vez lo deseo. Deseo que pase algo, lo que ella quiera...

Viene hacia mí moviendo sus caderas con indolencia, como aquella vez en Agonda, y sin mediar palabra tira de mi vestido hacia arriba y me lo quita.

—Te quiero desnuda.

Yo tiemblo de excitación pero no me muevo. Me dejo hacer...

Me desabrocha el sujetador mientras su boca busca mis tetas con impaciencia, pasa la lengua por mis pezones, luego los muerde, arrancándome un grito de queja... Yo también toco sus tetas, son preciosas y enormes, ocupan toda mi mano.

Después ella mete la mano por debajo de mis bragas y empieza a masturbarme. Estoy completamente mojada. La vagina me late con tanta fuerza como el corazón.

Alguien llama a la puerta. Es Luis. Le pide a Greta que baje.

—Los invitados están comenzando a marcharse, querrás despedirte de ellos, algunos preguntan por ti.

—Ya bajamos. Estoy con Carlota, que está un poco borracha y se ha echado un rato —contesta ella.

Nos seguimos besando apasionadamente, nos mordemos el cuello, nos chupamos las orejas, nos comemos enteras... Yo también meto mi mano entre sus piernas y noto como ella se estremece y da un ligero respingo. Las dos nos tocamos a la vez. Nuestras tetas se juntan y se frotan. Es una imagen muy excitante. Me encanta el olor a acondicionador de su pelo, su piel tan suave, los pequeños lóbulos de sus orejas, la manera en que me toca, sabiendo exactamente lo que quiero y a qué ritmo, sus susurros y jadeos en mi oído...

—¿Qué quieres ahora? Dímelo. Haré todo lo que me pidas.

—Quiero que me hagas tener más orgasmos que en toda mi vida —respondo.

Entonces me pone delante del enorme espejo que hay apoyado en una de las paredes y me mira con deseo, como una leona a punto de saltar sobre una gacela.

Poniéndose de rodillas me agarra de las nalgas suavemente, clavándome un poco las uñas, y hace resbalar su afilada y húmeda lengua por mi ombligo y mi tripa..., me la mordisquea juguetona, entreteniéndose y haciéndome morir de impaciencia. Luego, de pie como estoy, me separa las piernas, agarrándome los muslos para tener un punto de apoyo.

Miro en el espejo nuestra imagen y me da miedo pero también me pone a mil.

Su cabeza posada entre mis piernas y a ella, de rodillas, la línea de su columna vertebral, su frondosa melena negra, el principio de su culo. Me apetece cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás pero me obligo a abrirlos. No quiero perderme nada.

Greta sigue concentrada en mi clítoris mientras me mete un par de dedos en

la vagina y empieza a moverlos de manera frenética, enloquecida. Gimo y me retuerzo, temo perder el equilibrio y caer al suelo, me acaricio las tetas mientras tanto, mirándome de reojo en el espejo... Tenso mi cuerpo y me corro enseguida con un placer que me abrasa por dentro.

De golpe noto que un líquido transparente me chorrea por las piernas y no para. No es un poco; es muchísimo, tanto que dejo el suelo mojado a mis pies.

—Te has corrido como una loca —dice Greta—. Has eyaculado... mira cómo tengo la mano.

—Me pasó una vez con Antoine pero jamás así. Estoy alucinando —contesto aún perpleja.

—Hay que saber hacerlo —me dice Greta—, tiene su técnica. Se lo suelo hacer a todas las mujeres con las que me acuesto y a casi todas les sucede lo mismo que a ti.

Hubiera preferido que no me hubiera dicho que a «todas» les pasaba lo mismo.

Me habría gustado ser la única con la que le hubiera pasado. Ser la que mejor y más veces se corría de todas sus amantes.

—Quiero más —le pido—. Otra vez.

Y ella me da más y lo hace con más ganas aún. Viene por detrás de mí y se pega a mi culo contoneándose un poco, haciendo que note lo húmeda que está.

Le ha excitado ver que me corría de esa manera. Con su mano derecha empieza a masturbarme de nuevo mientras que con la otra me acaricia las tetas... Mientras tanto sus dientes muerden con fuerza mi cuello y otra vez me inunda el dulce estallido del orgasmo.

—¿Y tú? Le pregunto... déjame ahora hacerlo a mí.

—Esto es para ti. Dijiste que querías tener más orgasmos que en toda tu vida, ¿no? Pues lo vas a hacer con una mujer, mira tú por dónde. Quiero ser yo la que tenga ese honor.

Pasamos un rato largo haciendo lo mismo hasta que mi coño está dolorido de tanto correrme y casi no noto nada, estoy como insensible...

—Ahora te voy a follar. Ya verás que conmigo no te va a faltar de nada —anuncia.

Entonces va hacia su armario y saca de un cajón un arnés negro con una polla de látex bastante grande incorporada. Es la primera vez que veo algo así.

Se lo pone y le queda ajustado, como una braga. Me quedo un poco en *shock* pero me pone mucho verla así. Es algo muy raro, tan guapa, tan femenina, con esas tetas y con un pene negro de látex saliéndole de entre las piernas.

—¿Cómo quieres que te folle? —pregunta.

—Como tú quieras. Haz conmigo lo que te dé la gana —respondo.

—¿Lo que quiera? ¿En serio? Hummm, esto se pone interesante.

Una mujer fatal

Cuando salgo de la habitación tengo el pelo revuelto, las mejillas encendidas, la entrepierna dolorida y por alguna razón no estoy contenta. Me vuelvo a sentir culpable.

Quedan apenas cuatro gatos en la fiesta y todos van con un pedo considerable.

Por suerte, Dani, la joven promesa del arte contemporáneo, se ofrece a acercarme a casa. Él también se va. Es mono pero no soportaría que nadie más me pusiera la mano encima esta noche. De camino, ya en su coche, casi no hablo. Hago que estoy borracha y cierro los ojos para que me deje en paz.

Cuando llegamos a mi casa me parece que tiene la intención de subir.

—Me pareces una persona muy interesante. Me gustaría conocerte más.

Cuando oigo esta frase pienso en las mentiras del lenguaje, o más bien, en las mentiras que nos creemos. Esa frase quiere decir en realidad «Quiero follarte».

—Yo es que de arte no sé mucho. No sé si íbamos a pegar tú y yo.

—Yo te puedo enseñar —me dice.

Y pienso que otra vez ha vuelto a mentir, porque lo que ha querido decir es: «Me importa una mierda que no sepas de arte. Si no te quiero para hablar, si solo me apetece follarte.»

—Otro día follamos. Dame tu teléfono —respondo yo.

Después, le doy un beso y cierro la puerta del coche sin dejarle decir nada más.

Pienso en cómo ha cambiado mi actitud en unos cuantos meses. No me reconozco ni yo.

Me he ido de la fiesta con el propósito de no volver a ver a Greta o, por lo menos, de no volver a liarme con ella. Me lo paso genial en la cama pero no puede ser. Tengo la sensación de que me domina, me maneja a su antojo. Cuando estoy con ella pierdo la voluntad y entro en un pozo oscuro en el cual sé que me quedaría para siempre.

Creo que Greta me gusta porque ella sería mi hombre perfecto. Solo que es una mujer.

Al día siguiente tengo que ir a recoger a los niños. Me siento rara con ellos sabiendo que la noche anterior he hecho todo eso con Greta, entre mala madre y viciosa... No sabría decir pero me noto incómoda. Como si la cándida inocencia infantil contrastara demasiado con mi lujuria y mi apetito voraz por el sexo. Es algo extraño pero necesito estar con ellos para volver a reconocermé.

Gracias a ellos, el gremlin malo de repente va mutando en gremlin bueno. En el fondo son como un oasis. Quizá los utilizo de algún modo pero ellos también me utilizaron a mí para salir a la vida... y además dolió.

Me fastidia darme cuenta de que aún veo el disfrutar tanto del sexo como algo malo, algo de lo que no estar orgullosa, ¿cómo podré librarme de ese pensamiento? No es eso lo que quiero pensar. Me siento ahora más viva que nunca.

¿Y si mi camino estaba en querer a una mujer? ¿Por qué negarme a eso solo porque sea del mismo sexo? Desde luego, tengo aún muchos prejuicios que sacudirme de encima. Ahora que he visto a la gente del entorno de Greta, todos libres y felices de serlo, me pregunto si el sistema imperante en nuestra sociedad es el correcto, si las parejas tradicionales son las deseables o ya no se sostienen a estas alturas del siglo XXI.

Al fin y al cabo, muchas de las parejas y los matrimonios «ideales» que conozco son infieles. Su receta para tener relaciones duraderas es el engaño y todos o casi todos dicen los mismos lugares comunes: «No hay que confundir fidelidad con lealtad», «Yo soy infiel pero soy leal a mi mujer».

A raíz de conocer a Greta y su sistema de tener varias parejas no sé si aquello no es más sincero y real que la vida de muchos «matrimonios tradicionales».

Pero aun así yo sigo creyendo en el amor de verdad y sin engaños, en el amor del siglo XIX. Soy tan ingenua como para eso. Tan estúpida que cuando me empezó a ir mal con Andrés me separé antes que buscarme un amante o dedicarme a follar por ahí. Ahora sé que debo de ser la única gilipollas que ha hecho algo parecido. No nos explican nada, ni siquiera cómo dejarnos.

Una tarde lluviosa de marzo, Teo, mi madre y yo descubrimos el local de mis sueños para la tienda de té. Está en pleno Malasaña. Tiene un enorme ventanal que da a una pequeña plaza rodeada de casas con ese color rojizo tan madrileño.

Hay que arreglarlo, le faltan un montón de cosas pero es ese, estoy segura.

«Es este», estas son las palabras clave. Cuando uno busca piso, cuando alguien se encuentra con la persona de su vida o da con lo que quiere siempre piensa eso: «es esta casa», «es este tío», «es este vestido». Ya nuestra cabeza

sabe, como un interruptor que se enciende de repente.

—¿Qué te parece, mamá? ¿Crees que debo quedármelo?

—Espera un momento —me dice, y veo que saca unos dados de su bolso y los tira en el suelo—. Sí, los dados dicen que sí. Quédatelo entonces, chiquitina.

—¿De qué va esto de los dados, madre?

—He leído un libro, *El hombre de los dados*, y ahora voy a dejar mis decisiones en manos del azar, de los dados. La lógica no sirve para mucho como habrás comprobado. Todas las decisiones que obedecen a la lógica son erróneas.

Mi madre tiene unos métodos raros de llegar a conclusiones muy ciertas. Está claro que la lógica pierde frente al instinto o al destino y es bastante menos romántica. En el fondo, tengo mucho que aprender de ella. Quizá yo también debería llevar unos dados en el bolso, al menos durante una buena temporada.

Una vez hecho el papeleo del alquiler, empiezo a ir todos los días al local para arreglar cosas y hacer las reformas. Casi siempre comienzo por tomarme un café con churros en El Palentino. En medio de tanto café hípster me consuela que aún queden bares de los de toda la vida, de los de barra de zinc y porras grasientas.

Me encantan los barrios nocturnos por las mañanas, cuando las máquinas riegan las calles, cuando salen las viejecitas con los carros de la compra, cuando pasa el chatarrero y la luz tranquila de la mañana baña las casas y las calles.

Estas semanas he retomado la relación con mi abuela, una relación que llegó a ser muy estrecha durante mi adolescencia pero que luego se enfrió bastante cuando me casé.

Tal y como le prometí cuando me dejó el dinero, suelo ir a verla los miércoles por la tarde a casa de mi madre y le llevo a los niños. Le pide a la chica, Dora, que les llene la nevera de todo lo que yo no les dejo comer: Dalkys, natillas de chocolate, flanes, panacotas, arroz con leche... de todo. Es como el paraíso en la tierra para ellos. Están toda la semana esperando ir. Cómo son los niños... se ilusionan con dos flanes. Ojalá nosotros tuviéramos esa capacidad. Yo también quisiera saltar de alegría con unas natillas de chocolate. Quizá deberíamos ser más felices con las pequeñas cosas, como decía Kamal.

Nunca había hablado tanto con mi abuela. De alguna forma he descubierto que es una mujer, no solamente una abuela. Muchas veces no les prestamos la atención debida a los viejos, los tratamos como si siempre hubieran sido mayores. Como si su faceta de viejos los invalidase ya para cualquier otra cosa que no fuese la función de abuelo o abuela.

—¿Estos niños seguro que son hijos vuestros? —pregunta la abuela señalando a Teo y Diana—. ¿No os los cambiarían en el hospital? No se parecen nada a vosotros, hija... sobre todo el niño. El niño parece un gitano.

—Supongo que serán míos y, aunque no lo fueran, ahora ya da igual, abuelita, no los puedo devolver...

—Habría que buscar a sus verdaderos padres —dice muy seria—. Te veo apagadilla, preciosa, estás muy delgada, ¿no quieres un flan? ¿Por qué no vuelves con tu marido? ¿Cómo se llamaba ese chico tan guapo? Necesitas a alguien que te ayude con el negocio. No vas a poder hacerlo sola...

—Andrés, abuela, se llama Andrés... y no vuelvo con él lo primero porque ya tiene a otra y lo segundo por otra cosa que no te puedo contar a ti.

—A mí me lo puedes contar todo, preciosa mía, yo no soy como tu madre. Los asuntos de cama también. Me tenéis por chocha pero he vivido lo mío aquí donde me ves. Yo era guapísima, tenía un tipazo, aún lo tengo —dice ciñéndose las manos a la cintura y sacando el pecho—. Mira cómo estoy aún a los ochenta y cinco años.

La miro y me provoca una enorme ternura, con su figura menuda y delgada, su moño blanco, perfectamente hecho y fijado con toneladas de laca, los lóbulos de las orejas cedidos por el peso de sus pendientes de perlas, impecablemente vestida, todavía coqueta...

—A ver, abuela, yo ya no puedo volver con Andrés porque he descubierto otras cosas que nunca había experimentado antes y ahora ya no hay vuelta atrás.

No podría vivir mi vida de antes.

—Es que la cama tira mucho, ¿verdad, hijita? A mí también me enganchó mucho siempre. Lo habrás heredado de mí. ¿Por qué crees que dejé yo a tu abuelo plantado?, ¿por el mal clima de Galicia? Eso fue lo que dije. Era otra época. No fue por eso, preciosa, no. Quería vivir, como tú.

—Sí, exacto, quiero sentirme viva, pero a la vez echo de menos que alguien me quiera, tener un compañero, alguien que me apoye...

—Ya lo encontrarás, preciosa, no tengas tanta prisa. Yo después de tu abuelo tuve otro gran amor y muchos amantes antes y después. No me faltó ni sexo ni amor.

Me quedo a cuadros con lo que me cuenta. Siempre, incluso de pequeña, había visto a la abuela como una venerable viejecita, y no puedo imaginármela como la mujer fatal que ahora se revela ante mí.

—¿Otro gran amor? —pregunto con curiosidad...

—Sí, hija... un hombre casado. Fue muy apasionado, el gran amor de mi

vida.

Estuve con él casi quince años. Jamás dejó a su mujer pero estuvimos muy unidos... juntos hasta que él murió hace ya diez años... ¿Te asombra tanto, Carlota? Yo también fui una mujer joven, como tú, y luego no dejé de ser mujer ni de tener apetitos por ser vieja...

—Ya, ya —le respondo—, es que nunca hubiese pensado eso de ti, no sé. ¿Y los otros amantes?, ¿quiénes fueron?

—Dejemos eso para la semana que viene.

Creo que teme que pierda el interés en ella y no vuelva a visitarla. Quiere contarme los episodios de su vida sexual como si fuera una serie de Netflix.

Me quedo intrigada, deseando saber más. Vaya con la abuela. Al final resultará que yo no soy tan rara.

20

Mister Equis

A finales de la semana recibo un nuevo mail de mi admirador desconocido. No puedo evitar sentir un extraño regocijo. En el fondo lo estaba esperando. Hacía muchos días que no sabía nada de él. Viene con un poema de Borges precioso.

Se nota que es un alma sensible. Quizá sea alguno de los clientes de mi antigua agencia o sabe Dios, o a lo peor era un señor, un señor mayor...

Además del poema dice solo una cosa:

Dame doce semanas solamente y no pensarás en nada más que en estar conmigo. ¿Qué dices?

Pero ¿de qué va todo esto? ¿Cómo se supone que voy a querer estar contigo dentro de ese tiempo si ni sé quién eres, ni de dónde has salido, ni qué aspecto tienes, ni nada de nada? ¿Sabes qué?, esto ya me está dando miedo.

Va de ser felices, de eso va. La manera en la que logre mi objetivo es asunto mío. Soy tu tipo, eso tenlo claro, tu tipo en todos los sentidos. Lo único que te pido son unas cuantas semanas

¿A qué te dedicas?

Soy editor..., ¿y tú?

Cuando leo lo de «editor» no puedo evitar sentir aún más curiosidad por él.

Me imagino a un atractivo editor que aparte de enamorarse de mí y follarme salvajemente me ayudaría a publicar mis relatos convirtiéndome en la nueva promesa de las letras españolas.

Trabajaba en una agencia de comunicación pero me despidieron y ahora voy a montar un pequeño negocio, una tienda de té. También escribo de vez en cuando. Oye... ¿me podrías mandar una foto? Me gustaría verte.

No. Nada de fotos. Has de confiar en mí. Quiero que te fijes en mí por cómo soy, no por mi aspecto ni mi profesión ni nada de eso...

¿Así que escribes? Eso es interesante...

A la mierda. La gente está completamente chalada. ¿Qué datos tengo de este tío? Que tiene mi correo, sabe la fecha de mi cumpleaños y parece estar completamente loco. Mejor no contestarle más. Ya bastantes líos tengo en mi vida real como para enredarme con un desconocido por mail.

Con las obras del local, la búsqueda de proveedores de té y todos los preparativos de la tienda me mantengo entretenida y apenas me da tiempo de pensar en nada más, ni siquiera en Greta. No nos hemos vuelto a ver desde el día de la fiesta, apenas nos hemos mandado unos cuantos whatsapps.

Me propone que pase un día a verla por la galería de arte de Chueca donde trabaja, pero le doy largas, aunque no puedo dejar de pensar en ella. Si la veo ya sé lo que pasará... Además, sospecho que para ella soy un simple entretenimiento, una más en su lista de amantes, hombres y mujeres. En el fondo se lo monta genial. Me da cierta envidia. Hace lo que quiere, disfruta del sexo sin ataduras y tiene una pareja estable que la quiere y la cuida. De mayor quiero ser como ella.

Estos días me voy fijando por la calle en las mujeres para ver si me gustan, si de alguna manera me siento atraída hacia ellas, si me excita un gesto, un escote, una manera de caminar, un culo contoneándose... Lo cierto es que no. Estoy como siempre. Eso me tranquiliza un poco.

Andrés me ha pedido permiso para llevarse a los niños de vacaciones de Semana Santa con su novia. Van a la Costa Amalfitana, un viaje que siempre quisimos hacer. No nos dio tiempo. Me fastidia que haga cosas que nosotros planeamos. Un pequeño porcentaje de nuestros planes los acabará disfrutando su novia. Yo los pensé y los hará con ella. Por eso nunca hay que planificar nada hasta el último minuto. Al final se te quedan hasta con los planes.

Quiero protestar y quejarme, pero no tengo motivos. La azafata parece que quiere a mis hijos, no hay nada que pueda hacer. Al fin y al cabo, él tenía todo el derecho del mundo a volverse a enamorar. Aun así me fastidia que lo haya hecho antes que yo. Yo he tirado por un camino, el del sexo, y él por el de la estabilidad, como siempre. Aún no sé quién de los dos ha hecho mejor.

Desde que me separé tengo un grave problema: necesito tener planes

excitantes en perspectiva... que no sean Greta, claro. A excepción de ella no hay mucho más últimamente. Quiero estar con un tío, alguien que me recuerde que a mí me gustan los hombres, las pollas, que no soy lesbiana.

Exclusivamente con ese objetivo me decido a llamar a Dani, el artista—fotógrafo-promesa del arte que conocí en la fiesta de Greta. Había estado un poco borde con él. No le dejé ni explicarme el proyecto aquel para el que quería fotografiarme.

Le llamo y parece sorprendido pero a la vez contento. Me cuenta lo que me avanzó en la fiesta.

Es un proyecto fotográfico sobre gente a los cuarenta años. Mi idea es mostrar la plenitud de esta edad realizando una serie de fotografías y entrevistas en vídeo a hombres y mujeres. Greta y otros amigos suyos ya han participado. Si a ti te apetece hacerlo estaré encantado.

—Bueno, no me hace mucha gracia posar desnuda, ya bastante corte da posar en general...

—No importa, puede ser solo desnuda de cintura para arriba o incluso en sujetador. Después te puedo hacer un par de fotos bonitas ya para ti, vestida o desnuda, como tú quieras.

—Hummm, venga vale, de acuerdo. —Estoy demasiado aburrida como para negarme. Me parece muy excitante esto de posar para un fotógrafo y artista que además está bueno.

—¡Genial! ¿Te parece bien este domingo?

—Sí, perfecto.

Cuando voy hacia su estudio en Lavapiés me arrepiento de haber dicho que sí.

Al llegar el corazón me da un vuelco y tengo ganas de escaparme. No conozco a este tío de nada y de repente me voy a desnudar y posar para él.

Está tan atractivo como la primera vez que le vi en la fiesta, pero va más natural, menos producido.

Su estudio es pequeño y diáfano, con dos balcones amplios llenos de plantas que dan a la calle Santa Isabel. Al entrar huele a pintura y a disolvente. Hay papel de periódico pegado encima del parquet para protegerlo de la pintura. Me saluda muy cariñoso con dos besos.

Veo que ya tiene montado un ciclorama y ha preparado el equipo. De momento todo parece bastante profesional.

—¿Y qué piensas hacer con las fotos? —le pregunto.

—Pues presentarlas a editoriales de arte una vez que esté acabado el trabajo, y también te haré una pequeña entrevista... Mira, para que veas el rollo de las fotos, te voy a enseñar las que le hice a Greta hace unos días.

Y allí está ella, siempre por todas partes últimamente, en blanco y negro y en toda la plenitud de su belleza, con sus dos preciosas tetas, su melena oscura y las manos en la cintura, en actitud algo desafiante. Joder, solo de verla ya se me despierta todo de nuevo ahí abajo. No puede ser...

—Mi cuerpo no es tan bonito como el de Greta —le digo.

—Eres preciosa. Tienes mucho rollo —me dice—. No busco cuerpos perfectos sino gente con personalidad.

Veo algunos lienzos a medio terminar colgados de la pared y otros muchos apoyados en las paredes de cualquier forma. Me gustan. También una mesa caótica con sus útiles de pintar... tubos de óleos, pinceles, acuarelas, dibujos y apuntes...

Un hombre que hace cuadros y fotos ya me resulta sexi. Imagino que la gente con profesiones creativas siempre es más excitante, al menos sobre el papel. Un tío detrás de una cámara de fotos es como uno con una guitarra eléctrica, o entre fogones... hay cosas que tienen *sex appeal* porque sí.

Dani abre una botella de vino y sirve dos copas.

—Toma... así estarás más relajada cuando hagamos las fotos.

Me bebo la primera copa mientras él lo prepara todo y pone música, un CD de David Bowie.

—¿Cómo quieres hacerlo al final? —me pregunta—, ¿con los pechos descubiertos, en sujetador...?

—¿Tú qué prefieres? Ya que estoy, me da un poco igual.

—Te puedes quitar la blusa y el sujetador si quieres y dejarte los pantalones...

Así no te sientes tan desnuda y será más fácil, ¿te parece bien? Entiendo que la cámara cohíbe un poco si no eres modelo... es normal.

Y es verdad... Para desnudarme necesito otra copa más de vino y fumarme un cigarrillo.

Me quito la ropa allí mismo, con toda la naturalidad que puedo, quedándome como ha dicho él: con las tetas al aire y con los vaqueros. Me siento bastante vulnerable, sobre todo porque no estoy especialmente orgullosa de mis tetas...

más bien lo contrario. Son mi punto débil.

—Estás preciosa —me dice—, realmente preciosa.

Él tampoco está nada mal, aunque la ropa que lleva no permite adivinar

mucho: un pantalón demasiado flojo y una sencilla camiseta negra. Su melena recogida esta vez en un moñete... y, sobre todo, aspecto de haber llevado muy mala vida.

Me pongo de pie delante del ciclorama y obedezco las indicaciones que me va dando: «Sonríe», «La cabeza un poco más hacia la derecha», «Relájate», «Mírame por encima del hombro».

Es divertido jugar a ser modelo por un rato. Te sientes poderosa, la reina del mambo. Te lo llegas a creer. Aunque no estés posando para Richard Avedon, sino en un pequeño estudio de Lavapiés, el efecto es el mismo. Tu cuerpo es el centro de atención y eso resulta muy excitante. Dani me dice que me ponga los tacones, que eso me dará otra actitud y me cambiará la postura. Es verdad. A los diez minutos ya estoy completamente relajada y desinhibida poniendo morritos y sintiéndome Nastasia Kinski. A medida que avanza nuestra sesión y le miro a él, escondido detrás de su cámara, cada vez me parece más sexi. Yo también, cada vez me parezco más sexi.

De vez en cuando él se detiene para dar un sorbo a su copa de vino. Pienso en si sucederá algo después de las fotos. Me encantaría que la escena fuera subiendo gradualmente de temperatura. Que me pidiera que me quitase también los vaqueros. «Bájate algo las bragas, pero no completamente, enséñame solo un poco». Después me pediría que me masturbara para él: «Empieza a acariciarte pero no dejes de mirar a la cámara, mírala como si te la quisieras follar»... y yo notaría como mi entrepierna comenzaba a humedecerse, cada vez más.

La sesión de fotos se iría convirtiendo más bien en una sesión de fotos eróticas. A los cinco minutos yo estaría ya sin bragas. «Ahora humedécete los dedos, métetelos en la boca y pásatelos por los pezones, pellízcatelos, ábrete ahora un poco más de piernas.» Luego, sin esperar a que me diera instrucciones, yo misma me metería los dedos en el interior de la vagina mientras continuaba mirando lascivamente a la cámara.

Entonces Dani empezaría a moverse hacia mí acercando su cámara cada vez más hasta que llegaría un momento que lo tendría casi encima, sacando planos cortos de mis tetas, de mi coño, de mi boca... Lejos de darme vergüenza, cada vez estaría más suelta y excitada. Sin que él dejara de disparar yo llevaría mi mano a su paquete, que notaría ya durísimo y, aparentemente, sin rastro de calzoncillos, como a mí me gusta... Después de ponérsela aún más dura con mi boca, le pediría que nos intercambiáramos los papeles.

Esa vez yo sería la fotógrafa y él quien posaría para mí...

Después follaríamos como locos en el suelo, encima de todos aquellos

papeles de periódico con Bowie cantando *Heroes* a todo trapo solo para nosotros.

—Creo que con estas ya tenemos suficientes —dice el Dani real dando por terminada la sesión—. ¿Las paso al ordenador y me ayudas a elegir?

—Hummm, sí, sí, claro que sí —balbuceo mientras me vuelvo a poner el sujetador y el jersey.

Estoy deseando ver el aspecto con el que salgo en las fotos después de pensar en todo eso...

Nos sentamos a la mesa para mirarlas en su equipo. Algunas no están nada mal. Me sorprende al verme tan guapa. Al final va a ser verdad eso de que no hay gente guapa... hay buena luz.

Dani está bastante pegado a mí y mi respiración se empieza a acelerar, sobre todo por mis pensamientos lascivos de hace un rato.

—Estás muy sensual en casi todas las fotos —me dice.

De repente, un poco confundiendo la fantasía con la realidad y seguro que también bajo los efectos del vino, le pongo una mano en la pierna y me lanzo a su boca.

Creo que es la primera vez que hago una cosa así. No recuerdo ni siquiera haber contado hasta tres. Ha sido un segundo. Un impulso más fuerte que yo.

Quizá solo quería probar cómo era dar yo el primer paso.

Su primera reacción es de sorpresa... se ríe nervioso... pero después me aparta con mucho cuidado...

—Carlota, eres una mujer maravillosa y muy atractiva pero... me temo que soy gay.

Nuevas emociones

Lo que faltaba. La primera vez que tomo la iniciativa con un hombre y el tío es gay. Vaya ojo. Nunca jamás lo hubiese adivinado. Tengo que recordar y repetirme cien veces que no todos los gais tienen pluma. Siempre hay que preguntar antes...

De todas maneras, yo soy hetero y me gusta una tía, ¿eso qué tendrá que ver?

Bueno, ahora ya sé lo que siente un hombre cuando le mandan a tomar viento fresco en cualquier bar. Esto para ellos es el pan nuestro de cada día. Me han rechazado, sí, pero digamos que ha sido por una causa de fuerza mayor.

Con esta revelación, la libido me baja de repente. Me quedo algo decepcionada, la verdad es que esperaba un polvo con él... de hecho para eso fui a su casa. Las fotos y ayudar en su proyecto me daban exactamente igual. En realidad eran un Macguffin, como diría Hitchcock.

Al día siguiente, ya con el tema superado, me pongo a echar un vistazo en Happn, una de las últimas aplicaciones de ligoteo. De entre todos los tíos que hay me fijo en uno: «Víctor, masajista erótico.» En las dos fotos que tiene solo se le ven los músculos, no enseña ni la cara... Aun así tengo curiosidad. Le escribo y le pregunto cuánto cobra, qué tipo de masaje es, cuánto dura...

Me contesta bastante rápido:

Es un masaje tántrico de una hora y media que se da y se recibe desnudo.

Son ciento veinte euros normalmente pero la primera vez son sesenta.

Cuando leo lo de «tántrico» no puedo evitar pensar en Kamal. Eso sí que era tántrico y sí que era sexo. Durante un segundo me teletransporto a aquellos días en Hampi. Me debí de haber traído a Kamal a España y haber montado con él uno de estos chiringuitos tántricos. Ni té ni leches. Lo que vende es el sexo.

¿Cómo de sexual es el masaje? ¿Hay penetración?

Se lo pregunto más por curiosidad que por otra cosa. No es que tenga pensado ir, pero nunca he hablado con un gigoló o similar.

No, yo trabajo con mis manos, con mi boca y con mis susurros. A veces se ha dado el caso de que haya penetración pagando un extra pero no es lo habitual.

¿Y a ti se te puede tocar también?

Claro. ¿Si no cómo vamos a «conectar»?

No estaba pensando en la conexión, pero bueno, llámale X... El chico tiene que defender la dimensión cósmica y espiritual de su trabajo.

Le hago una última pregunta:

¿Y el masaje es solo para una persona o puede ser para dos?

Yo trabajo solo con mujeres, puede ser una o dos al mismo tiempo, si son dos el tiempo del masaje se reparte entre las dos.

El asunto me provoca curiosidad y pagarle a un tío para que me masturbe más todavía, no puedo evitarlo. Sesenta euros es lo mismo que cuestan unos zapatos en Zara o medio carro del Mercadona... ¿Y si voy y lo pruebo? Por supuesto puedo meterme en Happn y conseguir alguna cita en unas horas, pero no es lo mismo. Esto da más morbo, justamente porque cuesta dinero.

No puedo evitar que un pensamiento aún más excitante pase por mi mente: ¿y si le pregunto a Greta si le apetece venir conmigo? Así no me daría tanta vergüenza y compartiría con ella la experiencia.

Le mando un enlace a las fotos del tío con unas pocas frases:

¿Te apetece que nos dejemos toquetear por este? Es algo que nunca he hecho y tengo curiosidad. Invito yo...

Su respuesta no tarda nada en llegar:

Yujuuuu, claro. Me apetece cualquier cosa contigo y cochinas de estas aún más. Me encanta verte tan viciosa. ¿Cuándo y dónde es?

Tranquila, aún no he quedado con él. Solo quería saber si te apetecía.

Pues sí... Dime sitio y procura que no sea en horas de trabajo o si no tendré

que escaparme de la galería con cualquier excusa.

Por cierto quedé con tu amigo Dani ayer para hacer unas fotos y al final de la sesión me lancé a su cuello, ¿cómo no me dijiste que era gay, tía? Menudo corte pasé.

Jajajajá, claro que es gay. A quién se le ocurre. Pero si se le nota a la legua.

Solo noté que era guapo... Yo qué sé. Quería ver si aún me gustaban los tíos.

Pues claro que te gustan, idiota.

Cierro la cita con el tal Víctor. Nos espera dentro de dos días a las ocho de la tarde en su «local» que, curiosamente, no está lejos de mi casa.

Ya verás qué suave te va a quedar el cuerpo y qué relajada te vas a marchar.

Eso espero, sobre todo lo de relajada.

Más tarde recibo un nuevo correo de Mister Equis. Lo estaba esperando un poco...

Te mando algunas cosas que te pueden servir de inspiración para tu tienda de té.

Seguidamente recibo un mail de WeTransfer y me descargo por lo menos veinte fotos. Las abro y cada una es más bonita que la anterior. Son tiendas antiguas, algunas teterías, cuadros que tienen que ver con el té, tiendas, fotos de lugares bonitos.

El tío se lo ha currado, la verdad. No puedo evitar contestarle.

Mil gracias. Me ayuda un montón. Tienes un gusto exquisito.

En esta ocasión tarda un poco más de la cuenta en responderme...

Ya lo sé. Por eso me gustas tú.

A cada respuesta suya le sigue un estremecimiento de excitación por mi parte.

Me resulta halagador suscitar tanto interés en alguien, alguien que además no conozco...

Por una vez me excita algo que no es sexual...

Quedo con Greta para tomar un vino media hora antes de nuestro masaje tántrico. Nos bebemos dos copas cada una, no vaya a ser, y de paso nos comemos con los ojos.

Me siento atraída hacia ella como si fuera un imán. Hoy lleva la melena recogida en una coleta y vaqueros, Converse y gabardina. Es tan guapa que cualquier cosa le queda bien. Me he fijado en que casi no lleva maquillaje. No lo necesita. Vamos vestidas de manera parecida excepto que ella lleva un bolso de Chanel y yo una bolsa de tela de un museo. Yo también voy en vaqueros y gabardina y eso la hace reír. Dice que somos almas gemelas, que por eso nos hemos conocido en un sitio tan especial como Agonda...

Llamamos a la puerta del local y aparece el tal Víctor. Nos miramos con una sonrisita.

Es el típico cachas de anabolizantes, alguien con quien yo personalmente nunca me acostaría. Además, está moreno, lleva el pelo casi al rape, no tiene barba y habla con acento argentino. Todo el cúmulo de cosas que no soporto en un hombre.

De momento, va vestido. Lleva vaqueros y una camiseta blanca ajustada, marcando todos y cada uno de sus músculos. El lugar también es algo cutre y pequeño; desde luego, no lo que esperaba... aunque, claro, por sesenta euros...

—No me convence mucho... —le digo a Greta.

—¿Qué dices, tía? Está buenísimo. ¿Has visto sus bíceps? —pregunta con entusiasmo.

Víctor nos conduce a una habitación bastante pequeña pintada en tonos cálidos en la que hay un futón japonés. También algunas velas e incienso y por supuesto una música *chill out*.

—Chicas, desnudéense por completo y dejen la ropa en esa silla. Estaré con ustedes en cinco minutos. Díganme si tienen frío o calor, ¿sí? He puesto la calefacción por las dudas...

Greta y yo nos miramos y nos reímos. Nos vamos quitando la ropa la una a la otra hasta que nos quedamos completamente desnudas encima del futón.

Empezamos a besarnos, a revolcarnos y a tocarnos las tetas, no podemos

evitarlo. Quizá nos apetecía más retozar nosotras solas que ser manoseadas por este Mazinger Z, pero ahora ya no hay más remedio.

Llega Víctor con un albornoz blanco que se quita nada más entrar en la habitación y deja colgado de un gancho al lado de la puerta. Es la fuerza bruta personificada. No me da nada de morbo pero hay que reconocer que la mayoría de las tías lo considerarían un tío bueno. Lo que sí tiene es una buena polla, que además ya está medio empalmada.

—Ahora comenzaremos con el masaje tántrico... ¿qué prefieren, una y después la otra o se lo hago a las dos a la vez?

—Las dos a la vez —decimos riéndonos.

Greta y yo nos ponemos muy juntas, pegadas la una a la otra y tumbadas de espaldas. El tipo nos embardurna con un aceite que huele genial a coco y nos empieza a masajear la espalda de manera muy sensual.

Nos cogemos de la mano y me concentro solo en la sensación de ser tocada y en la turbación que me provoca tener a Greta tan cerca. Nuestras caras están muy juntas, las puntas de nuestras narices casi se tocan. Miro la cara de Greta abandonada al placer del masaje, sus labios entreabiertos... y me dan ganas de follármela allí mismo.

Tras unos minutos dándonos el masaje a las dos a la vez Víctor va ahora hacia Greta. Necesita toda su energía para trabajarle las piernas a conciencia. Cuando se pone de rodillas, veo que tiene ya una enorme erección. Miro como le acaricia las piernas y le mete la mano por debajo de las ingles, rozándole el coño. La verdad es que me gustaría hacerlo a mí. Ella continúa con su cara de placer. De vez en cuando me mira y se sonríe.

—¿Puedo tocarla yo también mientras le das el masaje en las piernas? —le pregunto.

—No lo suelo hacer así, pero si quieren... Ustedes mandan. Lo que quiero es que repitan.

Entonces, mientras él continúa centrado en sus piernas y metiéndole mano de vez en cuando yo comienzo a lamer su espalda y a mordisquear su cuello, arrancándole a ella gemidos de placer. Me acerco hasta su cara y la beso en los labios, metiéndole la lengua bien adentro...

Víctor parece divertido más que sorprendido. Debe de estar más que harto de ver todo tipo de escenas. No creo que seamos las primeras ni las segundas que hacemos esto.

Llega mi turno. Ahora es él quien masajea mis piernas y mi culo, metiéndome la mano entre las nalgas. No recuerdo que a Greta se la metiera

tanto. Arqueo el culo un poco y noto como si su dedo quisiera entrar en mi vagina, y efectivamente lo hace, así sin avisar, y empieza a mover los dedos. Greta está tendida a mi lado y cuando oye mis gemidos empieza a comerme el cuello como yo he hecho antes. Es todo una delicia.

Víctor nos pide ahora a las dos que nos demos la vuelta y nos peguemos la una a la otra como antes. Creo que ambas estamos bastante excitadas y, además, su polla nos queda a la altura de los ojos.

—¿Te podemos tocar un poco? —pregunta Greta.

—Tocar, chupar, lamer, lo que quieran... Déjenme antes acabar el masaje.

Están siendo un poco desobedientes y yo soy un profesional, antes que nada...

—Un profesional muy empalmado, ¿verdad, Carlota? —dice ella riéndose.

Pide que le hagamos un hueco en medio de las dos y se pone de rodillas mientras nos empieza a acariciar y masajear las tetas a las dos. Greta y yo tenemos las manos cogidas. Al llegar a la tripa yo me muero de cosquillas... Ella lo soporta mejor. Después nos empieza a masturbar a la vez.

Separo ligeramente las piernas y me abandono al placer. Greta gime a mi lado, también a lo suyo... Si abro los ojos no veo más que la polla de Víctor a la altura de mis ojos.

Ahora Víctor empieza a pasar su lengua por las tetas de Greta. Yo me siento para no perder detalle. Además, no quiero interferir en su trabajo. Baja con su lengua hasta el ombligo de ella mientras veo como se estremece. Después le empieza a comer el coño, separándole dulcemente las piernas. La escena me está poniendo a mil pero no quiero tocarme porque me correría al instante. Mejor espero mi turno.

Y mi turno llega. Él hace idénticos movimientos conmigo, pero cuando baja hasta mi coño Greta no puede estarse quieta y me come las tetas al mismo tiempo, mordisqueando mis pezones duros.

Luego vuelve a ponerse entre las dos y comienza a tocarnos a la vez. Greta gira la cabeza y mete su lengua en mi boca... En ese momento, con ella en mi boca y Víctor masajeadando mi clítoris a toda velocidad el placer se hace cada vez más intenso; empiezo a gemir más fuerte mientras arqueo mis caderas y ella, al oírme también hace lo mismo... Nos corremos casi las dos a la vez, mirándonos.

—Vaya sincronización, chicas..., ¿son pareja ustedes?

—No, pero casi... —dice Greta—. Estamos en ello.

Al oírla siento un estremecimiento, no sé si de expectación o de miedo.

—Ahora queremos tocar nosotras, que tú ya te has puesto ciego —dice

Greta.

Como siempre, ella lleva la voz cantante, y yo lo prefiero—, ¿qué quieres hacer con él, Carlota? Empieza tú...

Le cojo la polla y me la meto en la boca. Empiezo a hacerle una mamada ante la atenta mirada de Greta, que me ayuda apartándome el pelo de la cara y moviéndome la cabeza.

—Métetela hasta el fondo —me dice Greta—, abre bien la garganta, que te entre toda entera.

—No puedo. Me voy a ahogar.

—Qué va. Te voy a enseñar... —dice mientras se pone en mi lugar, apartándome suavemente—. Todo tiene su técnica. Hay que echar la lengua hacia atrás y abrir y relajar la garganta. Fíjate.

Y efectivamente veo que se mete la polla de Víctor hasta el fondo mientras él tiene ya los ojos en blanco. Sigue un rato más cada vez metiéndosela más adentro. Luego se aparta...

Verla así me pone a mil. Parece una actriz porno. Me siento más mojigata que nunca. Siempre pensé que yo era buena haciendo mamadas y resulta que me quedaba a medio camino. Practicaré en casa con mis vibradores.

—Queremos que te corras en nuestras tetas —le dice Greta a Víctor—.

¿Podrías seguir tú solo? Enséñanos cómo te tocas.

Y Víctor empieza a masturbarse de rodillas como está, sujetándose con fuerza la polla por la base mientras nosotras nos acariciamos sin perderle de vista. Se corre, como pedimos, encima de nuestras tetas. Lo hace como el profesional que es, sin pizca de emoción.

—Ha sido un placer, chicas. Tienen un baño con ducha y toallas limpias en el cuarto de al lado. Yo las espero a la entrada y ya arreglamos lo del dinero.

Salimos de allí a las diez de la noche relajadas y felices. Desde luego me parecen los sesenta euros mejor aprovechados de la historia.

Greta también está contenta y excitada. No quiere separarse de mí. Propone ir a cenar por ahí y que después durmamos en mi casa.

Le miento. Le digo que están los niños, que la canguro está esperando y no puede ser.

... Pero me duermo pensando en ella.

Que la vida te deje exhausta

Después de mi encuentro con Greta no puedo sacármela de la cabeza. No soporto pensar en que ella está feliz con Luis y yo no tengo nada, ni a ella ni a nadie. Lo único bueno es que no exige, no persigue ni llama ni manda mensajes.

Simplemente aparece y desaparece cuando le da la gana.

Empieza a ser urgente encontrar algún hombre con el que distraerme, un pica — pica. No busco al amor de mi vida, que ya sé que no lo voy a encontrar, simplemente alguien que me haga recordar cómo es acostarse con un tío.

Sin recurrir a Internet, ni a mi misterioso Mister Equis, solo se me ocurre uno: Axel. Le llamaré uno de estos días. Además, necesito su ayuda para elegir un buen proveedor de té. Yo no sé ni por dónde empezar.

No quiero pensarlo, pero de vez en cuando también añoro a Antoine, esa sensación tan especial de saber que le importas a alguien, de que alguien está pensando en ti. Echo de menos follar como una loca con una sola persona. Lo prefiero a hacerlo con varias. Por mucho que me gusten las aventuras y experimentar, creo que mi estado ideal es ese, dure lo que dure, cuatro días, cuatro semanas o cuatro años.

Aunque no quiero hacerlo, muchas veces me descubro mirando en el móvil las fotos con Antoine en París. No sé si es porque le añoro o simplemente para hacerme daño. Verdaderamente, no tengo claro si le echo de menos a él o echo de menos tener a alguien, sea quien sea.

El miércoles, como siempre, vamos a ver a la abuela. Los niños antes siquiera de saludar van directamente como acémilas a abrir la nevera en busca de las natillas y no salen de allí prácticamente hasta que acaban con todo. Lo único bueno es que luego no les tengo que hacer la cena, ni casi el desayuno...

Esta vez también está mi madre, que ha faltado a su clase de reiki para vernos.

—Les pregunté a los dados y me dijeron que debía quedarme, no entiendo por qué... ¿Cómo va todo lo de la tienda, hija mía? ¿Has visto a tu abuela como está de loca? Ahora le ha dado por esto de llenar la nevera de guarradas para tus hijos. ¿Cómo lo permites? El azúcar que llevan todas esas cosas es un veneno.

¿No sabes que el azúcar es el veneno del siglo XXI?

—Qué va, madre, el veneno del siglo XXI sigue siendo el amor —le contesto—. Por lo menos ahora hay algo en la nevera. Cuando estabas solo tú y te preguntaban qué había para merendar siempre les decías lo mismo: «Hay de todo: pan, leche y fruta.»

—¿Y qué mejor merienda que esa, hija? Un vaso de leche, una manzana y un trozo de pan...

—Creo que prefieren una mousse de chocolate, madre. Son niños.

—Bueno, lo que tú quieras. Qué tal va la tienda te estoy preguntando...

—Va bien. Espero poder abrir en un par de meses, cuando acabe con las obras, la decoración del local y eso.

—¿Puedo preguntar de dónde has sacado el dinero? A mí no me lo has pedido.

—Al final pedí un crédito. El banco me cobraba menos intereses que tú, que eres mi propia madre.

—Cómo eres, hija. Qué carácter tienes. No quiero hablar más de esto. Me duele muchísimo la cabeza. Por cierto, Carlota —continúa—, y antes de tener un problema contigo te lo digo ahora: yo no iré a la inauguración de tu tienda, doy mala suerte. No voy nunca a las inauguraciones de nada.

—¿Cómo sabes que das mala suerte si nunca vas?

—Porque cuando alguien inaugura algo y yo no estoy todo va bien... Luego yo doy mala suerte. Es una deducción bastante simple, como lo de «Pienso luego existo».

Me está empezando a estallar la cabeza.

—¿Dónde está la abuela? —le pregunto, por lo menos me divierto algo con ella.

—Pues, como no nos soportamos, ahora no quiere salir del cuarto, solo sale cuando no estoy en casa. Ah, y ha despedido a Dora por echarse su colonia, la pilló poniéndose su Maderas de Oriente y la echó a la calle, hija... Ya sabes el carácter que tiene.

La abuelita está en su habitación sentada en una mecedora y fumando uno de sus cigarrillos mentolados con boquilla mientras hace un puzle. Me ofrece uno y se lo acepto. Hoy lleva un turbante como los que llevan las niñas hípsters, pero creo que ella ya se los ponía en los años cincuenta. No sé cómo tiene ese aspecto tan sofisticado y chic. Me gustaría haberlo heredado. Me pruebo su turbante y me queda como el culo.

—Preciosa mía, ¿qué tal? ¿Y tus hijos?

—No saldrán de la cocina hasta que no acaben con todo, abuela. No les puedes comprar tantas cosas. Les va a dar un coma diabético.

—Antes de que se me olvide, dejaron en la portería un paquete para ti, ¿no te lo ha dicho la bruja de tu madre?

—No es una bruja, abuela. Es tu hija y te está cuidando. Oye, esta tarde quiero que me cuentes eso de tus amantes. Me intrigaste mucho la semana pasada.

Quiero saber más...

—¿Y qué quieres saber?

—Pues no sé... Dónde los conocías, de dónde los sacabas...

—De cualquier sitio, hija. Los amantes, si se quiere, se encuentran en todas partes. Están hasta en la sopa. Incluso de bien mayor, nunca me faltaron... hasta caminando por la calle. Recuerdo una vez, hará unos once años... salía yo del médico y de repente me di cuenta de que un señor un poco más joven que yo me seguía y me seguía. No me hablaba ni se acercaba ni nada... así un buen rato. Yo volvía la cabeza atrás y allí estaba. Continuó detrás de mí hasta llegar a casa.

Cuando abrí la puerta del portal le hice solo un gesto, una mirada y subió conmigo. En el ascensor no dijo ni palabra, pero en cuanto entramos me hizo el amor encima de la alfombra del salón, ni siquiera esperó a llegar a la cama.

Me quedo loca con la historia de la abuela. ¿Una señora de setenta y tantos años follando con desconocidos en la alfombra de su salón? La miro varias veces como para corroborar lo que me acaba de contar pero, tal y como está ahora, con ese turbante y fumando, me es imposible imaginarla desnuda teniendo sexo salvaje en el suelo de su casa.

—Pues ahora las cosas no suceden así, abuela, o por lo menos yo no tengo tanta suerte. Tengo bastantes dificultades, no creas. Ahora los hombres no te siguen por la calle, hay que ir a buscarlos a Internet.

—¿Con lo mona que tú eres? Estarás haciendo algo mal, preciosa. Creo que es porque estás demasiado delgada... ¿Internet qué es? La cosa esa que hay dentro del ordenador como si fuera una tele, ¿no?

—Sí, más o menos... Oye, abuela, ¿te puedo preguntar algo? Cuando tú eras joven, ¿tuviste alguna experiencia con alguna chica?

—Yo alguna vez, hija. Como no podíamos acostarnos con hombres, que estaba mal visto, a veces nos liábamos mucho entre las amigas: toqueteos, juegos... ya sabes, como quien no quiere la cosa.

—¿En serio? —pregunto.

—¿Ahora ya no se hace eso? —pregunta la abuela.

—Sí, supongo que sí se hace. Yo no lo he hecho hasta ahora. No sé.

—También hacíamos sexo por detrás, ya me entiendes... Porque como había que llegar vírgenes al matrimonio... No hacíamos el amor pero hacíamos todo lo demás, todas las guarradas habidas y por haber. Estaba todo muy escondido y la mujer a la que le gustaba eso no lo podía decir como ahora. A mí me hubiera gustado vivir en esta época tuya... Anda que no lo iba a pasar yo bien.

—¿Te puedo contar una cosa, abuela? Es que a mí ahora me gusta una chica, pero yo no soy lesbiana... Nunca me había pasado algo así y no sé qué hacer.

—Vivir... eso es lo que tienes que hacer, ¿sabes por qué? Porque en cuanto te quieras dar cuenta estarás como yo, balanceándote en la mecedora y recordando con nostalgia tu pasado. Haz que tu pasado sea como la mejor película para ti, aquella que quieras ver una y otra vez, que cuando llegues al final, que llegarás, pienses: «Viví mi vida como quise, según mis normas, sin hacer daño a nadie, no me faltó nada por hacer... y aquí estoy, cansada ya pero no por ser vieja, sino por lo mucho que he vivido.» Que la vida te deje exhausta, preciosa mía... Ese es mi consejo.

Cuando ya nos vamos, le pregunto a mi madre por el paquete que me ha dicho la abuela. Se había olvidado. Al parecer, lo dejaron ayer para mí en la portería.

Solo pone «Para Carlota». Lo abro con impaciencia y es un libro de Mario Benedetti, *La tregua*. Tiene una dedicatoria en la primera página.

Este es uno de los libros de amor más bonitos jamás escritos. Cuando lo acabes estarás a un paso de abrir tu tienda y a un paso de enamorarte de mí.

Todo lo bueno pasará junto.

P. D.: Escribe, no dejes nunca de escribir.

Y yo pienso que ojalá todo me pase junto, que ojalá me pasen muchas cosas. Que, como dice la abuela, ojalá la vida me deje exhausta.

Leyla

Mister Equis me está intrigando lo suficiente como para empezar a fantasear con él. Obviamente, no parece un cualquiera ni está al nivel de la fauna del Tinder. De todas formas, no me gusta ni un pelo que sepa la dirección de casa de mi madre y no entiendo cómo demonios la habrá conseguido. Sinceramente, todo lo referente a él me provoca cada vez más curiosidad y también más morbo.

Pienso en su frase: «Escribe. No dejes nunca de escribir.» Ni siquiera me acuerdo de la última vez que me senté a escribir uno de mis relatos. Lo estoy abandonando, es verdad, y no puede ser. Al fin y al cabo, es una de las cosas que más me gusta hacer...

En cuanto llego a casa, le mando un mail. Siento que de alguna forma él es lo único «real» que tengo en este momento de mi vida.

Me faltan dos meses para abrir mi tienda, así que este es el plazo que tienes para que me enamore de ti. Por cierto: sin ver qué aspecto tienes me temo que eso va a ser completamente imposible, y sin acostarme contigo creo que también.

P. D: ¿Puedes decirme cómo has sabido la dirección de casa de mi madre?
¿Qué es lo siguiente, seguirme cuando lleve al colegio a mis hijos?

A los veinte minutos recibo la respuesta:

Lee *La tregua* y escribe un poco, eso es lo que tienes que hacer para ser feliz esta semana. Lo demás, ya irá sucediendo.

Y quédate tranquila sobre mí. No soy un psicópata ni un asesino en serie. No te voy a violar en un callejón oscuro, aunque créeme que me gustaría.

¡Vaya! Mister Equis también tenía polla. Aquella era la única referencia sexual que había hecho en los ya numerosos mensajes que nos habíamos cruzado.

Descubrir eso me excita aún más. Por fin veo algo más carnal en su

enigmática personalidad.

Cuando acuesto a los niños me siento delante de mi portátil, con una copa de vino y un cigarrillo. La hoja blanca del Word me da un poco de angustia. Pero solo hay que ponerse a juntar las palabras, dejarse llevar...

El comentario de corte sexual de Mister Equis se me queda en la cabeza: «No te voy a violar en un callejón oscuro, aunque créeme que me gustaría»; y, por qué no reconocerlo, también me ha puesto bastante.

He leído por ahí que una de las fantasías sexuales de las mujeres —aunque no la mía— era precisamente esa, la del sexo no consentido. Poco a poco la historia me va saliendo sola y las palabras van fluyendo de mi cabeza con extrema facilidad.

Me sale una especie de relato bastante subido de tono, podría calificarse de erótico. Creo que nunca he escrito algo parecido. Mientras lo hago noto como yo misma me estoy excitando. Es una sensación curiosa y agradable. Y a medida que las palabras obscenas llenan la pantalla en blanco un agradable cosquilleo cada vez más intenso recorre mi entrepierna. Decido volver a leerlo...

LEYLA

Contactó con ella en Tinder una tarde de sábado. Estaba buena, parecía morbosa y eso era lo que él quería para aquella noche: algo muy guarro, no un polvo normal. Pero tampoco quería pagar, nunca lo había hecho. Él no era de esos.

Comenzaron a chatear y pronto la conversación se empezó a calentar. Fue a por una cerveza a la nevera y luego, ya de vuelta en el sofá, se sacó la polla. Se la tocaba de vez en cuando mientras continuaba chateando con Leyla. Así le había dicho que se llamaba.

Le estaba poniendo muy caliente diciendo lo mojada que estaba, lo mucho que le apetecía una buena polla esa noche, lo que disfrutaba haciendo mamadas, la cantidad de veces que se masturbaba al día...

Llegó un punto de la conversación en que ella puso las cartas encima de la mesa.

Vivo en Majadahonda, en una urbanización. Mi marido está fuera en un viaje de trabajo y he enviado a mi hijo a casa de mi madre. Quería estar sola para tirarme a un desconocido. Me da morbo la idea de follar esta noche contigo, pero voy a decirte lo que quiero. Si estás de acuerdo, genial. Si no, no me vales y

buscaré a otro: los sábados por la tarde-noche Tinder está que arde, todo el mundo quiere sexo y los hay a los que les encantan las rarezas, te lo puedo asegurar.

Lo que quiero que hagas es lo siguiente. Te daré la dirección de mi casa y dejaré las llaves en un sitio que te diré luego, probablemente en uno de los maceteros del portal. Entrarás en mi casa. Hay una alarma en la entrada que deberás desactivar. Si al fin te decides te daré también el número. La casa estará completamente a oscuras y yo en la cama, en una de las habitaciones.

Me encontrarás pronto. A partir de ahí quiero que me folles a la fuerza. Eso es lo que quiero. Como si fueras un ladrón que viene a robar. Me puedes pegar; de hecho, me debes pegar, insultar... Sobre todo, que parezca real. Yo actuaré desde luego como si fuera real. No debes asustarte si grito o me resisto. Es más, si lo hago espero que me des aún más caña.

Él no daba crédito pero su polla crecía de repente en su mano al leer todo aquello. Nunca se le había presentado la oportunidad de vivir una experiencia igual. Más o menos era como convertirse en un violador por una noche, pero en un violador consentido.

Antes de contestar a Leyla le preguntó algo:

¿Tú haces esto a menudo?

Recibió la respuesta que se merecía:

Eso no creo que sea de tu incumbencia.

Era hora de decidir, de decir algo... de lo contrario ella cumpliría su amenaza de buscar a otros candidatos en Tinder. Miró a su alrededor y vio sus fotos familiares en el salón: El verano en Zahara de los Atunes, en la playa con el niño, con Sandra en una góndola en Venecia...

Dijo que sí.

En otro mensaje de chat recibió la dirección de ella, la hora a la que debía llegar y las instrucciones para encontrar las llaves del portal y del piso, así como la clave para desactivar la alarma.

Tragó saliva. Tenía dos horas para prepararse y hacerse a la idea. Estaba muy cachondo, con la polla a punto de estallar. Tuvo que controlarse para no hacerse

una paja.

No sabía muy bien cómo había que vestirse para ir a violar a alguien. No pensaba que eso importara lo más mínimo. Ropa de deporte tampoco. Decidió ir sencillo: unos vaqueros y una sudadera parecían lo mejor.

Para representar mejor su papel, abrió el cajón donde Sandra guardaba su ropa interior y cogió unas medias. Los ladrones y violadores iban casi siempre con unas en la cabeza, al menos en las películas que él había visto. Se las metió en el bolsillo de los vaqueros. También cogió una navaja pequeña, la que solía llevar cuando iban todos al campo de pícnic. Su mujer le decía que una navaja a menudo era buena idea para cortar el pan de los bocadillos y pelar la fruta. Siempre venía bien.

Comió algo ligero. Obviamente, no esperaba que ella le hiciese la cena.

También se bebió un ron con Coca-Cola, tenía que coger el coche pero daba igual. Sacó su flamante Audi A6 del garaje y enfiló la carretera de La Coruña rumbo a Majadahonda, donde vivía Leyla. Pensó en si ese sería su nombre real. Parecía demasiado exótico para un ama de casa de Majadahonda.

No le fue difícil aparcar. Había un montón de sitios. Encontró las llaves en uno de los maceteros que flanqueaban el portal. Era una urbanización como tantas otras. Pudo ver la piscina iluminada y la cancha de tenis a lo lejos.

En el ascensor chequeó su aspecto. No quería ponerse aún la media por si se cruzaba con algún vecino. Abrió la puerta y desactivó la alarma que estaba donde ella le había dicho, a la derecha de la puerta de entrada.

La casa estaba en silencio. Todo tranquilo. Ahora sí. Se puso la media en la cabeza y empezó a buscarla. Habitación por habitación. Con decisión.

El piso era grande. Aún tardó unos largos segundos en dar con su habitación.

Distinguió un bulto en la cama, debajo de un edredón.

Encendió la luz...

—Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí? —dijo mirándola con deseo.

Ella, asustada, se incorporó en la cama y casi inmediatamente se tapó pudorosa con el edredón. Llevaba un sexi camisón de raso de color negro.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado? Por favor, no me haga nada.

La miró. Estaba mucho más buena que en las fotos del Tinder, eso sin duda.

Deseó follársela allí mismo y le dio un poco de pereza todo lo que iba a tener que hacer... pero bueno. Ya habían quedado en eso.

—¿Estás sola en la casa? —le preguntó.

—Sí, no hay nadie. Pero, por favor, no me hagas daño. Te diré dónde están el dinero y las joyas.

—El dinero y las joyas me importan tres cojones. No te haré daño. Solo te voy a follar —le dijo mientras se aproximaba a ella y quitaba el edredón—.

Déjame verte... Estás buena, ¿eh? Qué suerte tiene el cabrón de tu marido. Si yo tuviera una hembra así en casa, ya te digo que no pisabas la calle. Ibas a estar bien follada... ¿A ver cómo tienes el coño?... Déjame ver.

—Por favor, por favor... —repetía ella sollozando.

—¿No sabes decir otra cosa que «por favor»? Como vuelva a oír eso te rajo la cara. Tengo una navaja en el bolsillo del pantalón. No querrás que la saque, ¿verdad?

Seguro que sí quería... pero a él le pareció demasiado.

Él suponía que ella ya debía de estar mojada como una perra. No sabía muy bien qué tenía que hacer ahora. De hecho, solo quería follarla.

Se aproximó a ella y le partió el camisón en dos. Lo rasgó con un movimiento seco, con toda la violencia que pudo. Ella temblaba y sollozaba.

Durante un momento él pensó en consolarla, pero no podía hacer eso.

Entonces sí que todo se iría al carajo.

—Ahora te vas a estar muy quieta, ¿te enteras? Al menor movimiento te parto la cara... —dijo con tono autoritario—. ¿Me oyes, cacho zorra? — Cuando dijo esto último su polla empezó a empalmarse. Notaba la presión en sus vaqueros, como un paquete bomba a punto de estallar.

—Sí, pero por favor, no me hagas nada —gemía ella. Su voz era quejumbrosa pero, sin embargo, sus ojos brillaban de lujuria...

—He dicho que te voy a follar, no sé si no lo has entendido bien. —Y

diciendo eso se bajó los pantalones, le levantó las piernas y hundió su polla en ella de golpe y sin el menor titubeo. Ella estaba completamente encharcada.

Le molestaba demasiado la media en la cara, así que se la quitó.

—Por favor, por favor —repetía una y otra vez.

Ya estaba bien de tanto «por favor» de los huevos. Decidió que era el momento de darle una bofetada. Ella le había dicho que lo hiciese si quería.

No le dio muy fuerte. Jamás había pegado a una mujer y le resultó una sensación extraña. No le gustó, pero, sin embargo, le excitó. No quería reconocerlo pero era obvio.

La siguiente vez que ella se quejó, él le dio la vuelta, la agarró fuerte del cuello y le tapó la boca con violencia, mientras la siguió follando por detrás lo más fuerte que podía. Notaba como su vagina devoraba su polla como si se la fuera a tragar, como sus uñas se clavaban en su sudadera. Gemía como una loca.

Él decidió entonces ir más lejos y ponerla a cuatro patas encima de la cama.

Lo hizo con un único movimiento, elevándola por la cintura, como si fuera un bebé. Se la metió por atrás sin contemplaciones agarrándola fuerte de las caderas. Tampoco le costó mucho trabajo entrar en ella. Su culo estaba completamente dilatado de la excitación. Mientras la penetraba cada vez más fuerte tuvo el detalle de masturbarla al mismo tiempo. Se dio cuenta de su error. Un violador de verdad jamás hubiera hecho algo así.

Leyla hacía que gritaba «No, por favor», pero en realidad eran gemidos. La muy zorra no paraba de correrse. Él había dejado ya de contar las veces que ella había llegado al clímax. Sin embargo, a él le estaba cansando aquella situación. Ya no le excitaba. Estaba cansado.

—Ahora te voy a follar la boca y te lo vas a tragar todo... ¿está claro?

—No, por favor.

La volvió a pegar. Esta vez más fuerte. Ya le había cogido el gusto. Le introdujo la polla en la boca. Ella se revolvía, meneaba la cabeza. Se resistía.

Al final, acabó por ceder y al rato parecía que hasta incluso le gustaba. Acabó en su boca, pero, justo cuando eyaculaba, ella se la sacó de la boca y él acabó por correrse en su cara. Por lo menos eso sí le había gustado.

Se quedaron un rato los dos jadeantes, uno al lado del otro. Leyla se limpió un poco la cara con un clínex y los dos se besaron.

—Ha estado bien, ¿no? —dijo—. Me diste hasta miedo en algunos momentos.

—Sí, aunque no me ha gustado del todo pegarte... No sé. No lo veo. Pero me excitó mucho cuando me lo propusiste en Tinder. Tengo que reconocer que me sorprendiste.

—Pues a mí me ha puesto supercachonda, aunque me hubiese gustado más bestia, más violencia, más insultos...

—La próxima vez lo haré mejor... —dijo él—. Me pillaste un poco despistado. ¿Nos quedamos a dormir aquí o nos vamos a casa?

—Mejor nos quedamos aquí y mañana ya recogemos todo —contestó ella—.

Me da pereza ahora. Al fin y al cabo, hasta por la tarde no regresan ellos. Ni se van a enterar de que hemos estado aquí.

—¿A qué hora hay que ir a buscar al niño donde tu madre?

—A la una. Me ha dicho que si queremos podemos comer en su casa.

—Me parece bien. Luego iré a jugar un rato al tenis, tengo partido.

—Vale, cariño. Estoy agotada. Apaguemos la luz.

—Feliz aniversario, amor... Te quiero.

—Yo también te quiero. ¿Sabes?, viniendo en coche esta noche a nuestro

encuentro he pensado que tú y yo tenemos mucha suerte. Somos una pareja perfecta.

—Yo también lo creo. Ojalá nos dure para siempre.

Mientras se dormía, él pensó que nada más despertarse debía recordar mandarle un whatsapp a Cintia y decirle que el «partido de tenis» sería de 6 a 8.

Qué ganas tenía de echar un polvo normal. Como todo el mundo.

Para llevar meses sin escribir ningún relato no me ha quedado mal. Me gusta más incluso ahora, al leerlo una segunda vez.

Fantaseé con la idea de enviárselo por correo a Mister Equis pero no me atrevería nunca, justamente por su contenido sexual. Aunque, por otro lado, quizá si lo hago eso le incite a abrirse a mí un poco más.

Le mando un correo, el primero que envío sin contestar a uno suyo:

Hice como me dijiste y volví a escribir, solo que me salió un relato erótico.

Debo decirte que inspirado por una de las frases que escribiste en tu último mail...

Ahora solo me falta leer *La tregua* y enamorarme de ti por ondas magnéticas.

Por cierto, ¿cómo debo llamarte? En mi mente, de momento, eres Mister Equis.

Después me meto en la cama. Escribir el relato me ha puesto cachonda, algo que hay que solucionar cuanto antes. Noto un agradable e insistente hormigueo en las tetas y algo más abajo.

Quiero repetir justo lo mismo que le hacen a la protagonista de mi cuento, Leyla.

Apago las luces a excepción de la lamparita de la mesilla de noche. Cojo el vibrador del cajón de los juguetes. No tiene pilas, pero me da igual que no vibre, eso es lo de menos. Tampoco las pollas normales vibran. Luego busco mi pequeña conchita masturbadora, la que compré en el *sex shop* de Malasaña.

Tengo que tener cuidado con estas cosas por los niños. El otro día Teo abrió un cajón de la mesilla lleno de condones y preguntó: «¿Me das un chicle de esos?»

Los niños siempre buscan cosas prohibidas en los cajones de sus padres, al menos yo lo hacía cuando era pequeña... y qué emoción cuando encontrabas algún tesoro, alguna revista porno escondida debajo de una pila de libros...

No tengo ganas de currármelo mucho. Va a ser rápido y violento como pasa en mi propia historia.

Me quedo completamente desnuda encima de la cama y, después de meterme un par de dedos para preparar el camino, me introduzco sin más el vibrador de golpe y hasta el fondo. Me empiezo a follar con él lo más bruto que puedo hacerlo yo misma, que no es mucho... y me gusta. No puedo evitar tocarme un poco el clítoris con la mano libre... Incorporo la cabeza para ver cómo entra dentro de mí esa enorme polla de látex. Me gusta hacer eso, verlo todo. Cuando estoy con alguien y cuando no también.

Cada pocos segundos me lo saco por completo para volvérmelo a introducir de golpe y hasta el fondo nuevamente. Eso me mata de placer. Ni siquiera me molesto en ahogar mis gemidos. Mientras tanto pienso que no soy yo, sino que es el protagonista de mi cuento quien me está follando y, además, a la fuerza.

Pero no quiero correrme aún... Todavía no.

Si algo me enseñó Kamal en la India fue a controlar mis orgasmos...

En mi historia aún pasan más cosas y yo quiero hacerlo todo tal cual. Quizás así mañana pueda mejorar algo el relato, hacerlo más real...

Cojo un bote de lubricante de la mesilla y me embardurno el culo con él.

Después me pongo a cuatro patas y me meto el vibrador por detrás. Entra perfectamente. Empiezo a notar la extraña sensación que siempre me provoca el sexo anal, esa cosa rara que no sabes muy bien por dónde va a salir. Relajo un poco el cuerpo quedándome tumbada de espaldas, con las caderas arqueadas y el culo un poco elevado... Entonces cojo la conchita vibratora y, poniéndola a la máxima potencia, me la pego al clítoris. La mezcla de ambas sensaciones resulta un cóctel tremendo, de lo más explosivo. Intento pensar en el protagonista de mi cuento cuando estoy ya a punto de correrme, pero no puedo. Mi mente se va al misterioso Mister Equis.

El orgasmo me llega como un golpe seco y violento. Me deja KO, casi sin respiración y convulsionándome encima de la cama.

Antes de dormirme pienso que, al fin y al cabo, una se lo puede montar bastante bien sola si tiene unos cuantos chismes y una mente calenturienta.

Como dice Woody Allen en no sé qué película: «Masturbarme es hacer el amor con la persona que más quiero.»

La invitación

Lo primero que hago al abrir los ojos a la mañana siguiente, incluso antes que despertar a los niños para ir al cole, es coger mi móvil y mirar el correo para ver si he recibido respuesta de Mister Equis: todavía nada... Tengo una ligera decepción. No sé por qué espero que siempre esté a mis órdenes, pendiente de mí. Quizás ese sea el fallo que cometí con Andrés: esperar la adoración absoluta, el amor incondicional porque sí, porque era yo. La reina Carlota, la emperatriz de Chamberí.

Al parecer, lo que yo quería era alguien que viviera para mí, o viviera para follarme y para satisfacer todas y cada una de mis necesidades. Me daba perfecta cuenta de que eso era imposible y aun así era lo que secretamente deseaba.

Mañana por la noche Andrés celebra su cumpleaños con una cena familiar. Me dice que puedo ir «si quiero». No veo mucho entusiasmo en su invitación, me parece que lo hace para salir del paso pero igualmente estoy casi decidida a ir.

Primero me aseguro de que Sara, su novia, no irá: «No te preocupes, estará volando», me dice cortante.

Desde que está con ella su relación conmigo ha cambiado. Me gustaba más antes, cuando me parecía que todavía me quería. Era consolador pensar en que si las cosas iban mal él siempre estaría ahí para mí. Ahora que hay otra ya no lo tengo tan claro. Los ex siempre están ahí hasta que aparece otra nueva. Entonces todo cambia.

Por la tarde, cuando estoy en la tienda en pleno jaleo con los obreros que me están poniendo el escaparate, veo en mi móvil que Mister Equis ha contestado a mi correo de anoche:

Trataré de responder a todas las preguntas que me hacías en tu anterior correo.

Me puedes llamar Mister Equis, me parece más que acertado. Me da una personalidad enigmática que no me disgusta.

Me encantaría leer ese relato que has escrito, y si está inspirado en algo que

te he dicho todavía me provoca más curiosidad. Me resulta excitante. Lo que no tengo tan claro es que te atrevas a mandármelo. Hazlo aunque sea para que vea cómo escribes. Recuerda que soy editor. Creo que tengo algún criterio.

Respecto a lo de si te vas a enamorar de mí por ondas magnéticas, la respuesta es no. Lo harás con estos correos. Dame tiempo. Creo que, de momento, no voy mal. Juraría —y corrígeme si me equivoco— que he avanzado algo.

Sobre tu tienda de té: me parece una idea fabulosa. Eres muy valiente por atreverte a hacer algo distinto y cumplir tus sueños. Además una tienda de té es algo muy literario... me gusta. Mándame un plano del local y los metros de los que dispones y quizá pueda ayudarte. Mis amigos dicen que tengo un gusto estético excepcional.

He tardado en contestarte porque no estoy en Madrid. Esta mañana he llegado a Venecia. He venido para una reunión importante y estaré aquí un par de días.

Si todo va como espero, la próxima vez tú vendrás conmigo. Mientras tanto te envío una foto del Gran Canal que podría haber sido tomada hoy o hace quinientos años. Esta ciudad es ajena al tiempo. Si me dijeran que escogiera un lugar en el mundo, probablemente sería este. Tiene cuatro de las cosas que más me gustan: es misteriosa, enigmática, decadente y llena de gatos.

Me quedo fascinada con su respuesta. Estoy empezando a dejarme llevar por el encanto de un personaje que yo misma me fabrico a partir de estos correos.

Todo me parece muy romántico y novelesco y, sin embargo, podría no serlo en absoluto. Nadie puede garantizarme que este hombre misterioso no sea un señor de setenta años calvo, gordo y con ganas de divertirse un poco.

Cada correo que me envía va esbozando un poco más su personalidad, una manera de ser que me resulta muy sugerente. Ahora lo de Venecia... y los gatos.

Francamente, no me puedo dejar llevar por estas cosas. Más que nunca necesito dedicarme a la vida real.

Abro el archivo con la foto y, efectivamente, veo el Gran Canal suspendido en el espacio-tiempo, como en un cuadro de Canaletto.

Me imagino a mi enigmático Mister Equis allí en Venecia. Va con un abrigo con las solapas subidas paseándose por el barrio judío, acariciando a todos los gatos que se le cruzan por el camino.

Solo chicas

Llevo ya varios días sin saber nada de Greta y justamente cuando estoy pensando en si le escribo o no recibo un mail suyo con un archivo adjunto. Es una invitación que me deja sin palabras: ESTA VEZ, DEJA A TU CHICO EN CASA Y DISFRUTA DE UNA NOCHE EXCITANTE

Querida amiga:

El próximo 4 de abril se celebrará en un chalet de Madrid una fiesta erótica y superexclusiva solo para nosotras. Seremos entre treinta y cuarenta mujeres, todas atractivas y de alto nivel cultural, de entre veintiún y cincuenta años.

Ningún hombre podrá entrar en la fiesta. Por un día, ellos se quedarán en casa.

No se trata de un encuentro lésbico sino de una fiesta en donde mujeres de toda condición puedan experimentar su sexualidad en un entorno seguro dejando a un lado prejuicios y tabúes y disfrutando libremente. Algunas serán gais, pero la mayoría serán mujeres heterosexuales o bisexuales que simplemente quieren pasar un buen rato, explorar y dar rienda suelta a su curiosidad.

No debes preocuparte por tu indumentaria. Tenemos una *dressing room* donde, antes de entrar a la fiesta, podrás elegir lo que más te guste: corsés, ropa de burlesque, zapatos, medias y todo lo necesario para recrear el *look* más sexi de tu vida.

Además, hemos organizado una serie de juegos eróticos que nos ayudarán a romper el hielo y harán que nos relacionemos mejor, pero hasta donde llegue cada una es un asunto absolutamente personal.

Es una fiesta excitante para disfrutar de nuestros cuerpos y nuestra imaginación... lo que pase estará en nuestras manos y el único límite será el que nosotras mismas queramos poner.

Por supuesto, la discreción será total. Lo que suceda en la fiesta se quedará en la fiesta. Para asegurarnos de la máxima privacidad, móviles y cámaras de fotos estarán absolutamente prohibidos.

Si queréis participar deberéis mandar una foto y contarnos algo sobre vosotras a este mismo correo. La entrada a la fiesta está sujeta a un pago de

noventa euros que se hará efectivo en el momento mismo de la entrada. Para reservar tu plaza deberás abonar el 50 por ciento a un número de cuenta que daré a las seleccionadas en el momento oportuno.

Por privacidad, la dirección de la fiesta se dará a conocer vía sms la misma tarde del evento.

El texto viene acompañado por una imagen muy sugerente en blanco y negro en donde dos mujeres con corsés, ligeros y antifaces se besan en medio de una lujosa escalera.

Le mando inmediatamente un whatsapp a Greta:

He recibido lo de tu fiesta. Me he quedado flipada.

Me contesta enseguida.

Se hace todos los años desde hace tres en Londres, París, Roma y Madrid.

Es muy divertido, una cosa superexclusiva. Lujo total, nada de cutreces, y además no es una fiesta de lesbianas.

Sí, lo he visto.

La mayoría son tías casadas o con pareja que solo quieren experimentar con otras mujeres, algo que de otra forma no podrían hacer porque tienen miedo a las «etiquetas», más o menos lo que te pasa a ti... aunque también hay lesbianas, claro, pero son las menos.

Pero ¿de qué va la historia? ¿Es una orgía?

Cada vez que he ido ha resultado distinto. Depende de las mujeres que haya, del rollo que lleven y la química que se establezca. Lo normal es que se vayan haciendo dúos o incluso tríos o grupos, pero depende.

No sé qué decirte. Ya bastante me como el coco cuando me lío contigo como para hacerlo con más tías.

Pues por eso mismo. Así verás que no eres la única y que por acostarte con una tía no quiere decir que seas lesbiana. Te ayudaría ver a cuántas mujeres les

gusta hacerlo con otras mujeres, incluso aunque tengan una pareja masculina.

¿Qué tienes que perder? Aún te queda una semana para pensarlo, me gustaría que vinieses. Sé que te va a encantar.

Por cierto... estoy deseando verte. Intentaré no acapararte toda para mí si finalmente decides venir, aunque será difícil con ese culo y esos ojos que tienes.

En tu fiesta me colé

Andrés me manda un mensaje citándome para su cena de cumpleaños. Será esta noche en un peruano-gallego, de Malasaña, El Navaja. Lo primero que pienso es en los pisco sours tan ricos que hacen allí.

No sé qué regalarle, seguramente algún libro de la Segunda Guerra Mundial que no haya leído. Creo que deben de faltarle dos o tres.

Irán también sus padres y sus hermanos, además de nuestros hijos, claro. Una celebración familiar en toda regla. Durante dos horas podré jugar otra vez a ser nuera-cuñada-esposa-madre de familia. Me hace hasta gracia. A veces tengo que reconocer que lo echo de menos. Nunca he tenido una familia normal. La de Andrés es al fin y al cabo la única familia-familia que he tenido la oportunidad de conocer.

La celebración empieza bien. La conversación es agradable y el ambiente, cordial. Siempre que le veo, Andrés tiene un aspecto genial. Yo en cambio cada vez estoy más mustia, con la piel más cetrina y más arrugas. Claro que él aún no tiene cuarenta, aún le queda un año.

Ahora ha dejado de fumar, algo que yo debería hacer también. Por lo visto, su novia no soporta el tabaco. También ha empezado a correr, como todo el mundo.

Yo no sé qué hacían nuestros padres y abuelos: no corrían, no aplaudían al ver atardeceres, fumaban y bebían como locos, comían grasas polisaturadas, no tomaban quinoa ni té matcha y, aun así, la mayoría siguen bastante vivos, algunos hasta incluso tienen buena salud.

A medida que voy bebiendo más copas de Albariño veo a Andrés más guapo. ¿Cómo ha podido dejarme por una azafata? Ah, no, que se me olvidaba que le dejé yo... Es lo que pasa con el vino, lo de siempre.

Todos los ex se acuestan de vez en cuando y, sin embargo, nosotros nunca lo hemos hecho todavía. Recuerdo el día de Nochebuena, cuando se quedó un rato en el pasillo esperando a que le invitara a venirse conmigo. Quizá me gustaría probar pero, por otro lado, ¿para qué? Al final sería lo mismo de siempre.

En la cena me abstraigo brevemente de la conversación para repasar el lío

mental que tengo en mi cabeza: por un lado, Greta con sus fiestas de sexo para mujeres; por otro, Mister Equis, que quiere que me enamore de él en doce semanas y además sin verle, y luego está Andrés y su novia azafata de los cojones... Todo eso como acompañamiento a estar a punto de abrir mi primer negocio y cambiar radicalmente de vida.

Como dice el refrán, si abro un circo, me crecen los enanos. ¿No podría haberme quedado tranquila cobrando el paro y con un novio de Tinder? Pues no: para triunfar en Tinder además de estar buena también hay que tener un trabajo... y uno que mole.

Estos pensamientos me hacen beber aún más copas de vino.

Andrés me pide que me controle, dice que me voy a emborrachar. No me voy a emborrachar. Hace rato que ya estoy borracha, aunque intento mantener el tipo por su familia y, claro, por mis hijos.

No está bien que unos niños vean a su madre así, vaya ejemplo que les estoy dando. Hablo mucho y me río más aún. Su madre y su hermana me miran como si estuviera loca, pero con alivio, como pensando «de buena se ha librado».

Con el postre llegan los regalos. Le doy el tomo que le he comprado de la Segunda Guerra Mundial.

—Este ya lo tengo, Carlota —me dice—. Te había pedido una cafetera.

Joder, es verdad... se me había olvidado.

—Lo siento, dame el libro que ya me lo leo yo y mañana te compro la cafetera, te lo juro por Dios.

—Sabes que no te vas a leer esto ni de coña, además estás borracha.

—Y tú, muy guapo, qué ojos más verdes tienes... ¿Son para verme mejor?

—Carlota, por Dios, estás dando la nota...

Y sí, la estoy dando. Andrés y sus padres piden unos pisco sours pero a mí no me dejan beber más. Consideran que ya es suficiente.

—¿Hay medio?, ¿puedo pedir un minipisco? —le pregunto al camarero al cabo de un rato.

Andrés me quiere matar y sus padres deciden prudentemente hacer mutis por el foro: ha llegado la hora de retirarse. Gracias a Dios, se llevan con ellos a los niños, que esta noche duermen en su casa.

—¿Qué le pasa a mamá?, ¿está mareada? —pregunta Teo.

Al final insisto tanto que Andrés me deja pedirme un pisco sour cuando los críos ya se han ido. Sus hermanos deciden largarse también diez minutos después que sus padres. Dicen que han quedado. Creo que más bien prevén la que se avecina.

Cuando nos quedamos solos, pretendo hacer que él caiga en mis redes, porque sí, porque no puede ser que prefiera a una azafata. Este hombre todavía me quiere y se va a comprobar esta noche, vaya que si se va a comprobar. La azafata esa es solo un pasatiempo para olvidarse de mí. Y yo haré que se olvide de ella cuando a mí me dé la gana. Y resulta que me da la gana hoy, mira tú por dónde.

—Te acompaño a tu casa, Carlota, estás demasiado borracha.

—Te puedes quedar a dormir si quieres —le digo pretendiendo hacer una caída de ojos pero desplomándome más bien sobre la mesa.

Le sujeto la cara y me acerco con la intención de besarle. No me aparta pero tampoco parece muy entusiasmado...

—Anda, que me has dado el cumpleaños, siempre tienes que ser el centro de atención, ¿eh? Levántate, que te llevo a casa.

—No me da la gana. No quiero. ¿Esa novia que tienes folla mejor que yo?

Dímelo, que lo quiero saber... A ti te gustaban mucho las mamadas que te hacía yo, ¿ella las hace mejor?

Los comensales de las mesas cercanas empiezan ya a mirarnos con curiosidad... igual estoy molestando y todo. La gente es una rancia. Grita en todas partes y después cuando una necesita expresarse la miran mal.

—Por favor, Carlota. Qué pesada eres. Estás como una cuba. Anda, levántate o te saco de aquí a la fuerza.

—Sí, a la fuerza, a la fuerza quiero... ¿Ya no me quieres? Dime la verdad, ¿ya no quieres a tu guapa mujercita?

—Tú ya no eres mi guapa mujercita. Decidiste que querías follar por ahí y me echaste de casa.

—Sí lo soy, sí lo soy... Quiero volver a ser tu mujercita.

La siguiente parte consciente que recuerdo sucede en casa. Abro los ojos. No sé qué hora de la mañana es pero temprano a juzgar por la luz. Estoy tumbada boca arriba en la cama, encima del edredón, muy derecha y colocada como una especie de Tutankamón, completamente vestida, incluidos los tacones. Me toco la cara y aún llevo puestos los pendientes de aro.

Supongo que Andrés me trajo a casa anoche y me depositó encima de la cama como un fardo. Ni siquiera se molestó en quitarme los zapatos y taparme con el edredón, y mucho menos me hizo el amor cuando estaba inconsciente.

Definitivamente, ya no me quiere.

El *brunch*

Francamente, después de lo de anoche no creo que mi ex me vuelva a invitar a ninguna celebración familiar. Yo desde luego no lo haría si fuese él. Con Andrés definitivamente fuera de mi vida, se reducen las posibilidades: solo me queda la opción de Greta, y, aún peor, la de Mister Equis. No es que sean unos planes muy halagüeños ni con mucho futuro.

Tengo una resaca del horror pero, al menos, es mi fin de semana libre. Hoy no pienso salir de casa. Me pondré henna en el pelo, mascarilla de arcilla en la cara, llamaré a Andrés para disculparme, me haré dos litros de mi tisana Paz Interior y me quedaré en casa con incienso japonés leyendo *La tregua*, el libro que me regaló Mister Equis. Debería ordenar también el vestidor, si es que ese cubículo lleno de pelotas de ropa enmarañadas puede tener un nombre tan elegante.

Seis horas más tarde lo he hecho todo menos lo de ordenar el armario. He pasado cuatro de ellas llorando en el sofá mientras leía *La tregua*.

Dios, este hombre no me conoce pero ha acertado como nunca nadie antes a la hora de elegir un libro para mí. Es de amor, tristísimo y emocionante.

Así suele ser el amor, emocionante, a veces tristísimo y, a menudo, breve. El libro me deja encandilada, tanto que no puedo evitar escribirle para decírselo. Le odio por hacerme llorar tanto.

Mister Equis, tengo que darte las gracias por tu regalo. Es maravilloso. Creo que es el libro de amor más bonito que he leído jamás. Llevo horas llorando en el sofá.

¿Sigues negándote a enseñarme una foto? ¿Y una en la que no se te vea la cara? Siento cierta curiosidad por verte.

Al rato me contesta:

Sabía que te iba a gustar. Yo estoy esperando a que me mandes tu relato erótico. No creas que es el primero que voy a leer, ya somos mayorcitos.

Envíamelo y te daré mi opinión.

Recuerda mandarme también un plano de tu local con las dimensiones.

Le envió otro de vuelta:

¿Por qué no? Te mandaré mi relato. Léelo y dime lo que piensas.

Te envió un plano del local hecho por mí con las medidas aproximadas. No está muy bien pero te sirve para hacerte una idea.

Después de estar todo el día relajada y tranquila en casa me siento bondadosa, llena de amor hacia todo el mundo en general y hacia mi familia en particular.

Llamo a los niños y paso un buen rato charlando y riéndome con ellos. También hablo con Andrés para disculparme...

—Anoche te quedaste dormida en el coche y me costó bastante trabajo subirme a casa en brazos..., ¿has engordado? —pregunta.

—¡Anda, como cuando nos casamos! ¿Me cruzaste el quicio de la puerta en brazos?

—Qué remedio. Estabas medio inconsciente pero aun así te quisiste enrollar conmigo varias veces.

—Es que cuando bebo veo a la gente irresistible, no lo puedo evitar. Pero no me lo tengas en cuenta. No me hubiera acostado contigo ni por todo el oro del mundo... Ya sé que tienes novia.

—Pues hubo un momento que intentaste desabrocharme la bragueta del pantalón. Me asusté un poco. Ni cuando estábamos casados hacías esas cosas.

Es verdad, a él nunca le hacía esas cosas y, sin embargo, fue divorciarme y empezar a hacerlas... Lo que es la vida.

—Ay, Andrés... Te pido mil disculpas, lo siento, de verdad...

—No pasa nada, te conozco perfectamente y sé que lo volverás a hacer: no eres la primera ni la última mujer que intenta acostarse con su exmarido.

Después de la conversación con Andrés y para olvidarme un poco de la vergüenza que me provoca, llamo a la abuelita, me apetece verla de nuevo esta semana. Me hace reír y le quita hierro a todo, dos cosas que ahora me hacen mucha falta.

—Abuela —le digo por teléfono—, estoy pasando un fin de semana un poco deprimente, ¿por qué no nos vamos mañana por la mañana al *brunch* del hotel

Ritz? Yo pago el taxi y tú el *brunch*, que solo vale ochenta euros, ¿qué te parece?

Así sales un poco de casa y te da el aire. Hay un ambiente muy refinado, te sentirás como pez en el agua.

—No es necesario que me cuentes cómo es el Ritz, lo conozco perfectamente: a veces mi amante me llevaba allí. También era rico, además de casado. Pero ¿qué es un *brunch* y por qué eso cuesta ochenta euros? ¿Nos van a hacer el amor o la manicura además de darnos de comer?

—Es una especie de desayuno-comida, abuela.

—Preciosa mía... el desayuno es desayuno y la comida es la comida. No intentes confundirme para sacarme más dinero.

—Pues hazte a la idea de que primero desayunamos y después, media hora más tarde, comemos.

—Eso ya lo entiendo mejor; es un poco raro, pero lo entiendo mejor... Lo que no comprendo, preciosa, es que tú digas que pagas los siete euros del taxi mientras que yo debo pagar ciento sesenta por desayunar y comer todo seguido.

—Porque tú eres rica y yo ahora mismo soy pobre, abuela.

—Lo que tú eres es una viva, Carlota. Te acabo de dar veinte mil euros, pero iremos, iremos; así escapo un par de horas de tu madre. A ella no le digas nada, ¿eh? No quiero que sepa que nos llevamos tan bien. Entonces se creerá que te voy a dejar todo el dinero a ti y no me cuidará.

Al día siguiente, Madrid amanece con un día de esos de antología: un cielo azul claro y un sol resplandeciente. Paso a recoger a la abuela en un taxi por casa de mi madre. La veo abrir con dificultad la puerta del portal vestida como una diva de Hollywood, como si fuera una especie de Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses*. Lleva vestido, chaqueta y turbante a juego, todo de un delicado color lavanda, zapatos y bolso naranjas y collar y pendientes de perlas.

Llama la atención. Aunque nos separan cuarenta y cinco años, ella es bastante más chic y estilosa que yo. No me extraña que tuviera tantos amantes.

—Le he dicho a tu madre que había quedado con mi amiga Adelina para tomar chocolate con churros —me dice nada más entrar en el taxi.

—¿Así de elegante vestida? ¿Y se lo ha creído?

—Sí, hija, sí... se lo ha creído. Está muy mal tu madre. Creo que podría llegar a morir antes que yo si las cosas siguen así. La veo muy reducida.

Desembarcamos del taxi en el Ritz y ocupamos una buena mesa en el fastuoso salón del interior en donde se organizan los *brunch*. La abuela no puede estar yendo y viniendo al bufet por su artrosis, así que le digo lo que hay para ver

qué quiere que le traiga. Me dice que le ponga todo lo más caro en un plato que para eso hemos pagado un dineral. En una gran mesa con manteles blancos hay primorosamente colocados todo tipo de manjares: marisco, sushi, tartares... Yo no voy a hacer desayuno-comida: he decidido que voy a hacer desayuno-comidacena. Ya puestos...

—¿Ochenta euros por persona y no nos lo traen ni a la mesa? No sé adónde vamos a parar, Carlota. Vamos al precipicio. Traéme un poco más de cava ya que no hay *maîtres* ni camareros ni nada de nada. Parece una tasca. Qué lástima, con la categoría que tenía este sitio...

Pese a sus quejas iniciales, lo pasamos genial en el *brunch* y nos bebemos entre las dos prácticamente una botella de cava mientras me cuenta más cotilleos de su vida sexual y critica o comenta cosas de toda la gente que hay en la sala.

La veo ya un poco mareada, hablando muy deprisa y desbarrando un poco. Mi madre me va a matar como se la devuelva borracha.

—Hay un caballero que no ha parado de mirar a nuestra mesa desde que nos hemos sentado —dice ella—. No sé si a ti o a mí. Debe de ser a ti, que hoy has venido muy corta.

Miro a la mesa de al lado y es verdad: veo a un tipo de bastante buen ver de unos cincuenta años que está solo y, efectivamente, no nos quita ojo. Parece un empresario o algo por el estilo. El tipo de novio que me convendría tener. De los que parece que tienen mucho dinero y follan mal.

—¿Por qué no vas a decirle algo? Como no lo hagas tú voy a tener que hacerlo yo... Tiene aspecto de hombre rico y poderoso y además está solo. Menuda presa. Eso es caza mayor, preciosa mía. No me extraña que digas que no tienes éxito con los hombres. No aprovechas las oportunidades; eres medio pavisosa.

—Y mientras me dice esto saluda moviendo los dedos en abanico y sonriendo pícaramente al señor, que le devuelve un poco cortado el saludo.

—¿Y qué quieres que le diga, abuela? No le conozco de nada.

—Pues te voy a explicar cómo lo haría yo y luego haces lo que te dé la gana.

Ahora, cuando nos levantemos para irnos, te acercas a su mesa con coquetería y le dices: «Caballero, he visto que durante la última hora en ningún momento nos ha quitado el ojo de encima a mi abuela y a mí. No sé cuál de las dos ha suscitado su interés pero, en caso de ser yo, aquí tiene mi teléfono. Buenos días y que pase usted un buen domingo.»

»El teléfono debes anotárselo antes en una caja de cerillas que ahora vamos a pedirle al camarero. ¿No ves películas tú? Claro que ahora no se hacen esas

cosas en las películas, solo salen porquerías.

La abuela pide la caja de cerillas. El camarero la mira como si le pidiera un bazuka pero al rato vuelve con una. Me hace apuntar mi nombre y mi teléfono dentro.

—Y con letra clara, ¿eh? Que da muy mala imagen tener mala letra. La buena letra es otra de las cosas que hemos perdido... yo sé hacer letra inglesa, letra gótica..., ¿tú cuáles sabes?

—No sé, letra normal, abuela, la de siempre.

Cuando nos preparamos para marcharnos ella me obliga prácticamente a acercarme a la mesa del señor.

—Venga, vamos —dice ella—. Hazlo, por el amor de Dios —dice mientras nos levantamos y me da con el bastón en el culo...

Como estoy bajo los efectos del cava me aproximo a la mesa donde está el atractivo empresario, director general o lo que quiera que sea, y le digo casi punto por punto las frases que la abuela me ha hecho recitar de memoria, mirándole con coquetería. Luego le lanzo la caja de cerillas encima de la mesa, pero con tan mala fortuna que acabo tirándosela al zapato.

La recoge, me mira también con una media sonrisa y me dice:

— *I am sorry but I don't speak Spanish. Can I help you?*

Noche burlesque

Queda cada vez menos para convertirme en vendedora de té. Tras acabar las obras del local me falta lo más difícil: los muebles y la decoración. Solo tengo una cosa clara: quiero una tienda estilo siglo XIX pero no sé muy bien cómo llevar eso a cabo.

No tengo ni puñetera idea de decoración y mi bolsillo no está como para pagar a un interiorista. He pasado gran parte de esta semana dedicada a mirar fotos por Internet en busca de inspiración. De vez en cuando, solo de vez en cuando, pienso qué demonios estoy haciendo y en cómo he llegado hasta aquí. La respuesta parece clara: ni puñetera idea.

Lo mismo que los tíos en Tinder que dicen «no sé lo que quiero pero sí sé lo que no quiero», yo igual... No tengo ni idea de hacia dónde me llevará esto del té, lo único que tengo claro es que no quiero volver a trabajar en una agencia ni en nada que se le parezca.

No he contado mis planes más que a mi familia y amigos más próximos porque quiero evitar algunos comentarios que —seguro— me van a desanimar tipo: «¿Y eso qué tiene que ver con lo que hacías antes?», «¿Vas a dejar tu carrera?», «Sacar un negocio adelante no es nada fácil» o «Vas a estar dos años hasta que empieces a ganar dinero»... Seguramente todo sea cierto, pero desde luego no necesito oírlo ahora.

Pese a que le envié mi relato erótico hace días, no sé nada de Mister Equis.

Quizás aún no haya regresado de Venecia. Es curioso, como ya me he acostumbrado a hablar con él con frecuencia, cuando no está es como si le echara de menos. Tengo el temor de que se haya olvidado de mí, de que nunca más vuelva a aparecer. Mister Equis era para mí como una ilusión secreta, casi adolescente.

Greta me lleva mandando whatsapps desde el lunes para insistir en el tema de la fiesta de «solo chicas». Dice que han aceptado nuestra solicitud y que debo ir, que quizás esta sea la última oportunidad que tengamos de divertirnos juntas. No la entiendo muy bien. Creo que quiere contarme algo. Después de pasar un par de días en los que estaba más inclinada a no ir, el hecho de que me diga eso de la última vez me hace cambiar de idea. No tengo nada que perder y sí mucho

que experimentar.

Hay dos formas de ver si me gustan verdaderamente las mujeres: una es volver a acostarme con hombres para recuperar la costumbre y el gusto por las pollas y la otra es precisamente follar con más mujeres.

Le digo que sí iré a la fiesta y se pone muy contenta. «Lo pasaremos genial», me dice. Yo pienso algo parecido que la abuela en el *brunch*: por noventa euros ya lo puedo pasar bien.

El día de la fiesta me tocan otra vez los niños, así que a la pasta del sarao hay que sumarle las cuatro o cinco horas de canguro. Esta vez los orgasmos van a salirme un poco caros, pero bueno, espero que valga la pena.

El sábado por la tarde, Greta me envía la dirección por WhatsApp. Es en un chalet de lujo de la zona del Parque Conde de Orgaz, no lejos del colegio de mis hijos. Quedamos en encontrarnos en la puerta a las nueve en punto.

Esta vez no me preocupo mucho por lo que llevo puesto. En la invitación dice claramente que hay ropa y lencería a disposición de las invitadas.

Tampoco estoy nerviosa. Experimenté una fiesta de este estilo con Antoine en París, ya sé lo que es todo eso. Al pensar en aquel día, otra vez la cabeza se me va a Antoine. Desearía poder vivir alguno de esos días otra vez; no por él, sino por cómo me sentía yo. Flotaba...

Estamos a mediados de abril y ya no hace frío, así que me pongo un vestido de manga corta negro de estilo oriental, de esos con botoncitos y cuello Mao que marca bien mis curvas y unos salones negros de tacón vertiginoso. No llevo medias. A no ser que vayan con liguero y en plan sexi, me parece una prenda absolutamente prescindible, incluso en invierno.

Me aliso el pelo con las planchas, ahora me cae mucho más allá de los hombros, espeso y oscuro. Hace que parezca diferente. Marco bastante el maquillaje, especialmente en los ojos; quiero que esta noche se me vean más azules que nunca, así que me pinto la raya por dentro y luego los destaco aún más con sombras de color oscuro, en plan *smoky eyes*. Lo he visto cien mil veces en las revistas y nunca he probado a hacerlo. Estoy guapa. Me doy el *ok*.

Llego a la casa y tengo que esperar aún quince minutos a que llegue Greta.

La veo bajarse de un taxi con un minivestido escotado de terciopelo azul, sandalias plateadas y su lustroso pelo recogido en una trenza lateral que le cae más allá de las tetas. Está impresionante. Me quedo sorprendida al ver que no viene sola. La acompaña una chica de aspecto francés, con una estilosa media melena a ras del cuello, flequillo y los labios muy rojos.

—Esta es Valentina —me dice—, una amiga artista. Nunca había venido a una

de estas fiestas y le apetecía. Lo pasaremos bien las tres. Por cierto, estás guapísima, Carlota.

Le echo un vistazo a la tal Valentina más detalladamente. Debe de tener unos treinta años. Lleva una falda tubo que le marca bastante el culo y le llega hasta algo más allá de las rodillas, una blusa de leopardo con casi todos los botones desabrochados, los labios y las uñas muy rojas y unos grandes pendientes de aro.

Tiene un lunar encima de la boca, justo como Marilyn. Quizá sea pintado.

No puedo evitar sentirme algo celosa. Quería a Greta solo para mí. El hecho de pensar que esta chica, que encima es joven y guapa, podría ser también amante suya, hace que me muera de rabia por dentro. Tanta libertad de los cojones ya me tiene un poco harta. Creo que, más que el tema de que sea mujer, lo que de verdad me molesta de Greta es su promiscuidad.

Llamamos a la puerta del chalet. Por lo poco que vemos al entrar parece una casa lujosa con decoración clásica y burguesa pero puesta con buen gusto.

Nos abre una chica de pelo corto vestida de burlesque, con un corsé de pedrería negro, ligero y medias de rejilla. Lleva también un sombrero de copa y unas sandalias de plataforma. Nos conduce amablemente a una mesa en donde comprueban que nuestros nombres están en la lista. ¡Madre mía! Todo esto parece muy sensual y sofisticado.

La chica de detrás del mostrador va sexi pero algo más recatada que la otra.

Tras dejar nuestros móviles en «depósito» nos indica el camino hacia la habitación en la que se ha instalado la *dressing room*. El tema de la fiesta es Cabaret Burlesque.

—En el cuarto encontraréis muchas cosas —nos explica la guapa recepcionista—, tomaos el tiempo que necesitéis. También hay un gran tocador donde podéis peinaros y maquillaros. Dentro está Marguerite, una compañera que os asesorará en todo lo que queráis.

No sé si estoy más encantada por lo que pasará antes o por lo que pasará después. Me fascina jugar a las Barbies. No puedo evitar pensar en mi hija Diana. Le hubiera chiflado ver todo esto. Bueno, ya se lo contaré un poco «adornado» cuando sea mayor.

La habitación es bastante espaciosa, con una gruesa alfombra de pelo largo y grandes espejos de cuerpo entero. Hay varios burros con prendas colgadas: corsés, corpiños, tutús de tul, ligeros... algunos más modernos, otros más de época y casi todos definitivamente pornográficos. En otro burro, varias boas de

plumas y marabú cuelgan de las perchas. Greta, Valentina y yo nos ponemos nerviosas viendo todo lo que hay. No sabemos para dónde mirar ni mucho menos qué escoger.

Las sandalias y los zapatos están dispuestos en el suelo: con plataforma, de tiras, con pompones, con tacones vertiginosos... Encima de una mesa rectangular, los accesorios: guantes largos de satén de todos los colores, medias de rejilla, con costura, muñequeras de encaje, sombreritos y tocados con plumas... Dios mío, esto es un puñetero sueño erótico hecho realidad. Jamás he visto ropa más sensual. Y, lo que es la vida, me la voy a poner para acostarme con mujeres.

Después de mucho dudar, elijo un corsé rojo y negro con escote corazón y ceñido con unas cintas. Por la parte de atrás lleva incorporado una especie de tutú de tul rojo. El conjunto se completa con un excitante liguero también rojo con lacitos. Escojo unas medias de rejilla negras y unos guantes largos de raso rojo. Cuando me los pruebo no puedo evitar pensar en Verónica y en la fiesta de París. La muy zorra... Ojalá se caiga de una pirámide si es verdad que se ha ido a vivir a México.

Me miro en el espejo y apenas me reconozco. Estoy sencillamente espectacular. El modelito va perfecto con mi cuerpo, mi pelo y mi color de piel.

Greta y Valentina están demasiado ensimismadas escogiendo su ropa para prestarme atención. Ni siquiera han reparado en mí.

—¿Qué tal me veis, chicas? —les digo aproximándome hasta donde ellas están.

La mirada de Greta no deja lugar a dudas.

—Dios, Carlota, estás increíble. Pero qué bien te queda esta ropa, cabrona... y tú sin saberlo.

—Es verdad, creo que ahora tendré siempre que ir vestida así. Es ideal para dueña de una tienda de té, ¿no creéis?

Mientras ellas terminan de elegir la ropa, yo me siento a maquillarme en una enorme mesa en la que hay de todo: barras de labios, sombras, lápices, coloretes, perfumes... todo de marcas caras. Esto es como el tocador de la Srta. Pepis.

Cuando veo a Greta ya vestida para matar, no puedo evitar que se me caiga la baba una vez más. Ha elegido un modelo burlesque pero un poco estilo

dominatrix. Un corsé de cuero negro ultraceñido que le va genial a sus generosas curvas y le hace una silueta como de reloj de arena, liguero también de cuero, medias negras, sandalias de tacón con plataforma y unos preciosos mitones de encaje para las manos.

Valentina, que tiene una figura más delgada y menuda que Greta, ha escogido un body negro transparente con pedrería negra que acompaña con un liguero, medias con costura trasera y salones rojos.

Una vez que ellas terminan de maquillarse, salimos de la *dressing room* dispuestas a hacer nuestra aparición estelar en la habitación donde ya está empezando la fiesta.

Podría ser un salón cualquiera de una casa bien. La decoración es clásica y elegante, con una librería de nogal bien repleta de libros, una gran mesa de caoba con sillas tapizadas, grandes sofás beige y alfombras persas. Hay pequeñas mesas con jarrones con flores y lamparitas de estilo oriental. Nada llama excesivamente la atención.

Tan pronto como entramos en la habitación, una chica vestida más o menos como nosotras nos sale al encuentro.

—Buenas noches. Soy Nathalie, vuestra anfitriona esta noche.

—¿Eres la organizadora de la fiesta? —pregunto yo.

—No, soy una especie de «colaboradora». Os explicaré algunas cosas para ayudar a que os sintáis cómodas... Allí tenéis la barra de bebidas donde podréis encontrar champán, vino, refrescos y licores. Hemos dispuesto también pequeños tentempiés afrodisiacos.

»Lo mejor es que socialicéis e intentéis charlar con otras invitadas. Algunas chicas ya se conocen de fiestas anteriores pero para muchas es la primera vez. La reunión durará hasta la madrugada. Además, hemos organizado una serie de juegos muy divertidos en los que por supuesto sois libres de participar. Espero que disfrutéis de la velada. ¿Tenéis alguna duda?

—¿La fiesta solo es en esta habitación o podemos movernos por el resto de la casa? —pregunta Greta.

—De momento, solo aquí... Después de medianoche seguramente se extienda

a varias habitaciones más de la planta de arriba. Eso lo iréis viendo —dice con una sonrisa pícara.

Tras las explicaciones, nos deja a nuestro aire. Vemos que muchas mujeres hacen grupitos y se saludan cariñosas. Será que ya se conocen de otras veces.

Greta reconoce a un par de ellas y las saluda con la mano. La mayoría de las invitadas son muy guapas y con aspecto de triunfadoras. La media de edad debe de andar por los treinta y cinco o cuarenta años. Algunas van vestidas como nosotras y otras llevan su propia ropa aunque todas van arregladas, con vestidos sugerentes, el pelo perfecto y cuidadosamente maquilladas.

Lo primero que hacemos es ir a la mesa de bebidas a por champán, claro. Para no sentirse ridícula o fuera de lugar con esta ropa de cabaretera solo hay que tomarse un par de copas de champán, es el mejor desinhibidor.

Sorprendentemente, Greta pasa de alcohol, dice que no puede beber, que está tomando antibióticos. Le pregunto si está enferma y cambia de tema.

La fiesta está bastante animada, las mujeres van charlando unas con otras y los disfraces dan al ambiente un aire muy sexi, aunque de momento no parece suceder nada especial.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años se mueve con soltura de un grupo de invitadas a otro. Parece ser el alma de la fiesta. Lleva un vestido tipo kimono y luce una media melena rubia con ondas a lo Verónica Lake. Greta la reconoce.

—Es la organizadora de la fiesta, Laura Lynn. Es inglesa —nos explica—.

Empezó haciendo estas fiestas en Londres y luego se fueron extendiendo a otras ciudades europeas como París, Madrid o Roma.

En un momento dado, ella se acerca a saludarnos en inglés. Nos invita a relacionarnos con otras mujeres y nos dice las típicas frases de que estamos en nuestra casa, etcétera, etcétera.

Me pregunto de quién será esta casa. Seguramente la inglesa la ha alquilado por un pastizal solo para esta noche. Me da la sensación de que estoy en una de las fiestas del embajador de Ferrero Rocher. Solo falta el mayordomo con la pirámide de bombones.

Valentina y yo seguimos riéndonos y bebiendo champán sin moderación. Greta continúa con su soso zumo de melocotón pero está igual de animada que nosotras, no parece echar en falta el alcohol. Las tres vamos fichando a algunas de las tías que desfilan por el salón. Todas son sexis y sofisticadas, incluso las menos atractivas. Parecen directivas o analistas financieras forradas de pasta con ganas de salir de la rutina... eso es justo lo que parecen.

Al fondo de la habitación hay un grupo de unas doce mujeres sentadas en la alfombra con sus copas en la mano. Todo indica que están jugando a algo. Nos acercamos. Es el juego de la botella mezclado con otro de cartas. Preguntamos si podemos participar y nos explican las reglas: cada jugadora hace girar la botella que apuntará a una persona. Después deberá coger una de las cartas del montón: picas es besar; corazones, chupar; trébol, tocar una zona erótica, y diamante, mordisquear. El número de cada carta son los minutos que hay que hacer lo que te toque con la persona que haya señalado la botella.

Nos metemos en el grupo mezclándonos entre las demás, que nos aceptan con

una sonrisa. Valentina es la primera de nosotras que gira la botella. La suerte le señala a una guapa pelirroja con ojos azules y la piel muy blanca que lleva un body de encaje. Coge una carta y le toca el tres de picas: besar durante tres minutos. Valentina agarra a la chica de la mano, la aparta del corro y empieza a besarla, primero con delicadeza y después más apasionadamente. Ya no regresan.

A los pocos minutos le toca a Greta. La botella señala hacia mí. Saca una carta y le toca el cinco de diamantes. Debe mordirme durante cinco minutos.

Me coge de la mano y me aparta del corro.

—Qué suerte has tenido, ¿eh? Ven aquí, loca... avísame cuando hayan pasado los cinco minutos. —Y me atrae hacia ella mientras me mordisquea primero el cuello, la nuca, las orejas...

De repente cambia la música, se empieza a oír mucho más alta. La chica que nos ha recibido en la entrada se quita de golpe el vestido quedándose completamente desnuda. Parece que la fiesta ya ha empezado.

—La organizadora elige a una de las invitadas de la fiesta que tiene el honor de dar el pistoletazo de salida —me dice Greta—. Ella a su vez escoge a una mujer que le guste y entonces empezará el *show*. Así es como sucedió la última vez.

Todo el mundo la mira, sabiendo que ella va a elegir. Está desnuda pero, sin embargo, no se ha quitado las sandalias de tacón. Viene hacia nosotras con paso decidido, concretamente hacia Greta.

—Me llamo Inés y he sido elegida para empezar la fiesta esta noche —le dice—. ¿Te gustaría acompañarme?

Greta nos mira divertida y asombrada por ser ella la elegida y dice que sí. Inés la coge de la mano y se la lleva con ella a uno de los sofás.

—Necesito a otra voluntaria —dice.

Inmediatamente varias de las mujeres de la fiesta levantan la mano. Ella elige a una morena de rizos con un sugerente vestido de encaje negro. Las dos se sientan al lado de Greta, que permanece quieta, con expresión divertida y expectante.

Inés empieza por besar a Greta apasionadamente... pronto pasa a sus tetas, las toca por encima del vestido y luego, sacándolas del apretado corsé, las mordisquea y chupa como si fueran el mejor de los manjares. La otra chica al principio mira la escena con timidez pero luego se saca ella también los pechos de su vestido y empieza a rozarlos con los de Greta...

Entonces Inés baja hacia la entrepierna de Greta y comienza a pasarle la

lengua por encima de las bragas y por la parte interior de los muslos. Ella se abre instintivamente de piernas mientras Inés le aparta la tela hacia un lado y mete la lengua con avidez buscando su clítoris.

No puedo evitar excitarme al verla disfrutando con aquellas dos tías. Ver a tres mujeres dándose placer, con esas caras de lujuria y completamente desinhibidas, es algo nuevo para mí. Me parece algo precioso de ver. Es bonito y excitante.

Me gustaría unirme a ellas... quizá lo haga después. Pero ahora hay que probar con otras mujeres, con mujeres nuevas. Al fin y al cabo Greta y yo nos podemos acostar cuando nos venga en gana.

Inés y Greta han dado el pistoletazo de salida. A partir de este momento y de forma gradual, otras mujeres en parejas o grupos comienzan a besarse y a tocarse en las distintas zonas del salón. La visión general es muy excitante. Parece un sueño erótico hecho realidad. Pero se echa de menos a los hombres. Faltan ellos.

Valentina aparece como de la nada, se acerca a mí y me besa como si yo lo estuviera esperando. Tiene un cuerpo menudo que da ganas de tocar. Mientras nuestras lenguas se juntan, mis manos bajan a su redondo culo y lo aprietan. Lo toco por encima de su body, le doy una suave palmada, clavo mis uñas en sus nalgas y bajo un poco más, hasta llegar a rozarle la vagina.

Noto cómo se estremece. Después, y sin dejar de besarnos, llevo la mano hacia el centro de su entrepierna. Noto la suavidad del raso de su body bajo los dedos.

Hago una leve presión sobre el clítoris y ella me aprieta con su mano la mía.

Quiere que siga. Le muerdo el cuello mientras mi lengua juguetea dentro de sus orejas. Huelo su perfume, dulce y floral, que invita a comérsela entera.

Luego son sus dedos los que hacen por abrirse camino entre mis piernas. Me aparta las bragas de encaje que llevo hacia un lado hasta introducir los dedos dentro de mi vagina. Es la segunda vez que hago esto con una mujer y estoy tan excitada y me gusta tanto como la primera. Pero no voy a pensar en esto hoy. Ya lo pensaré mañana.

Valentina sigue con sus dedos dentro de mí mientras saca uno de mis pechos del corpiño y me lame los pezones. Se me han puesto tan duros que me duelen.

Yo la sigo masturbando por encima de su body, pero se muere por que vaya más allá. Puedo verlo en sus ojos impacientes. Se podría correr así pero no quiere.

Sabe que puede ser aún mejor.

La siento en uno de los sofás. Le separo con delicadeza las piernas y

desabrocho los corchetes del body, dejando a la vista un coño pequeño, húmedo y depilado.

Ella ya sabe lo que viene ahora y tiembla de impaciencia, y yo estoy deseando perderme entre sus piernas. Pero me apetece hacerla esperar un poco más... es parte del juego. Me pongo de rodillas y paso muy lentamente mi lengua alrededor de su vagina, luego subo hasta su clítoris. Soplo para dar luego leves toquitos con la lengua.

De vez en cuando levanto la mirada para ver cómo se retuerce de placer en el sofá. Se está poniendo muy cachonda, tanto que, con un movimiento un poco brusco, me sujeta la cabeza y me la hunde en su coño, moviendo las caderas de forma frenética. Se ve que quiere más caña, así que lo hago a lo bestia. Cuanto menos cuidadosa soy más gime ella. La podría morder si quisiera; no se enteraría... Al mismo tiempo, subo mis manos a sus tetas para pellizcar bien sus pezones. A los pocos segundos se corre escandalosamente, llenando mi boca con toda su humedad.

Luego llega mi turno. Valentina hace que me siente también en el sofá con las piernas abiertas y rodeándome por detrás. Empieza lamiéndome la nuca y el cuello, lo que hace que se me pongan los pelos de punta y se me endurezcan las tetas al momento. Después me toca con mucha delicadeza por encima de las bragas. Poco a poco va incrementando el ritmo, metiendo su mano por dentro hasta que llega a mi clítoris.

Cierro los ojos para concentrarme en el placer pero el salón es como un sueño porno. Es necesario abrirlos bien para recordar todo esto. Hay mujeres besándose, tocándose y corriéndose por todas partes. Algunas están liándose en grupos de tres e incluso de cuatro y todas están de lo más concentradas, como si estuvieran solas. Se oyen tantos gemidos y jadeos que la música ya casi no se escucha.

Si es verdad lo que dicen por ahí, espiar esta escena a través de una mirilla sería el sueño erótico de cualquier hombre.

Valentina me pone a cuatro patas en el sofá y me mete sus delicados dedos en la vagina, follándome con ellos por detrás. Yo la ayudo, acariciándome también al mismo tiempo. Me encanta lo que me hace pero me pone aún más cachonda

ver a todas esas tías tan guapas completamente desinhibidas gimiendo a mi alrededor.

Reparo en que hay una mujer con un conjunto de lencería verde que se está masturbando mientras nos mira. Es de las pocas que está sola. Finalmente, se

acerca hasta donde estamos y pregunta si se puede unir a nosotras. Pues bueno.

Así que mientras Valentina sigue metiendo y sacando sus dedos de mi vagina, la mujer se tumba boca arriba, se hace un hueco debajo de mí y, sin mediar palabra, empieza a recorrer mi clítoris con su lengua. Muero de placer, gimo como una loca... Cuando estoy a punto del orgasmo más brutal de los últimos tiempos Valentina mete otro dedo más dentro de mí y empieza a follarme aún con más fuerza. La otra también intensifica el ritmo con su lengua llegando a todos los recovecos de mi coño. Me corro intensamente, y mis jadeos se mezclan con el sonido de fondo de la habitación.

Estoy en la gloria. Los orgasmos con mujeres son exactamente igual de buenos o incluso mejores que los que tengo con los hombres. Me siento libre en esta atmósfera en la que todo el mundo se abandona al placer sin un solo hombre a la vista.

Dejo a Valentina y a la otra mujer jugando a los médicos bastante entretenidas.

Creo que ni siquiera se dan cuenta de que me marcho.

Quiero ver lo que hace Greta...

Me cuesta un poco encontrarla. No la veo por el salón, así que pruebo en las habitaciones de arriba. A juzgar por el trajín de mujeres subiendo y bajando las escaleras, creo que la fiesta ya se ha extendido al resto de la casa.

Entro en la primera habitación que encuentro con la puerta entreabierta.

Encima de la cama encuentro justamente a Greta con otra mujer... Están completamente desnudas y deben de estar haciendo eso a lo que le llaman «la tijera». Se frotan intensamente con las piernas entrelazadas. Está bastante concentrada en lo que está haciendo, pero al verme entrar me sonrío y me hace una señal con la mano como para que me acerque a la cama.

—Vas a hacer lo que estaba haciendo yo pero con esta chica, que a mí ya me tienes muy vista. Yo os ayudo... ¿te excitaría que te fuese diciendo lo que tienes que hacer?

—Bueno —digo yo—. Si quieres...

La chica es bastante guapa y tiene un cuerpo bonito. Espera tendida en la cama a que alguien le haga caso. Por lo que parece, he llegado en el momento menos oportuno.

—Deberías empezar por preguntarle qué quiere que le hagas —me dice Greta.

—¿Qué quieres que te haga? —le pregunto a ella.

—Me encantaría comerte el coño —me dice— mientras Greta me lo come a

mí.

Esto parece bastante apetecible... Ya no me siento incómoda ni culpable follando con mujeres, más bien me gusta bastante. Es una experiencia completamente distinta.

La chica se tumba en la cama, Greta me indica cómo tengo que hacerlo: me siento a horcajadas encima de su boca, pero mirando hacia sus pies. Greta se sienta de forma idéntica pero justo delante de mí para inclinarse hacia delante y poder satisfacer a la otra chica.

De repente empieza la acción. Mientras me coloco literalmente encima de la cara de esa chica y su lengua empieza a devorarme, veo el culo de Greta moviéndose en primer plano mientras se afana en su cunilingus. No puedo evitarlo. Tengo que tocarla. Llevo la mano hacia sus nalgas. Noto cómo se abre para mí, como queriéndome dar una señal. Y la capto. Meto tres de mis dedos en el interior de su vagina y empiezo a moverlos dentro de ella. Es todo una coreografía impecable. Jamás en mi vida pensé que podría hacer nada igual.

Todas damos y recibimos placer por igual en una especie de perfecta sincronía.

Nos corremos prácticamente a la vez, en una suerte de orgasmo cósmico y colectivo.

Dos horas más tarde la fiesta se termina. Muchas de las mujeres se despiden cariñosamente con besos y se intercambian los teléfonos. Otras se cambian en la *dressing room* quitándose sus sexis corpiños y ligueros para volver a ponerse la ropa con la que han venido.

Bastantes de ellas, como yo, dormirán solas. A otras seguramente las esperen sus maridos o novios en casa.

Greta y yo salimos juntas de la fiesta. Hace rato que no sabemos dónde está Valentina. No contesta al teléfono. Quizá se haya marchado en algún momento.

—¿Podemos desayunar mañana? —pregunta ella cuando vamos caminando hacia Arturo Soria para coger los taxis—. Tengo algo que decirte y ahora cansadas y tan tarde no es buen momento.

Intuyo que no me quiere ver más. Quizá Luis se haya cabreado o se sienta celoso. Sabe Dios. Bueno, mejor así.

Quedamos a la mañana siguiente en el Mamá Framboise de Fernando VI.

Mientras la espero aprovecho para zamparme un brioche con mucha mantequilla y aún más mermelada. Me comería diez más. Esta Semana Santa no

tengo

pensado ponerme en bikini, así que qué más da. Ya empezaré yo también a correr un día de estos...

Greta aparece media hora tarde y con aspecto de cansada. Me da un casto beso en la cara. Pide no uno sino dos cruasanes y un café con leche...

—Carlota, a ver, lo que tenía que decirte... Estoy embarazada de ocho semanas. Luis y yo vamos a tener un bebé. Esta vida ya se terminó... por eso quería que vinieras ayer a la fiesta; para mí ha sido la «traca final». Creo que ha llegado la hora de convertirme en monógama, al menos por algún tiempo —me dice sonriendo.

Vaya sorpresa. Esto sí que no me lo esperaba. Ahora entiendo por qué ayer no probó ni una gota de alcohol en la fiesta, su mala cara, su hambre voraz...

Le doy la enhorabuena con abrazo sincero, de amigas. Nuestro lío tenía que acabar de una u otra forma y me alegra que haya sido de esa manera. La echaré de menos como amante pero seguramente la tendré para siempre de amiga; el vínculo que tenemos es difícil de romper.

—Seguiremos siendo amigas, ¿no? —le pregunto.

—¿Tú qué crees? ¿Cómo piensas que voy a aguantar nueve meses de embarazo sin ti? Necesito tus consejos de madre experta —dice riendo—. Y dime: después de la fiesta de ayer, ¿has aclarado ya tus dudas sobre el sexo con mujeres? ¿Vas a salir del armario?

Me río.

—Ayer lo pasé genial, me encanta el sexo con mujeres, he disfrutado como nunca contigo y en la fiesta, pero creo que sigo prefiriendo a los hombres. Tienen algo, que no sé qué es...

—¿Una polla? —pregunta Greta.

—Sí, creo que es eso... Una polla y todas las movidas que van con ella. Me encantan, y seguiré buscando a mi Mister Right... Hablando de eso, ¿no te he hablado yo de Mister Equis?

—¿Mister Equis? ¿Mister Right? Me vuelves loca, Carlota.

—Sí, un hombre misterioso que me escribe mails bastante románticos y me manda regalos. Empezó diciendo que me voy a enamorar de él en doce semanas, y todo eso sin verle, no me ha mandado ni una foto...

—Hala, tía, es como de película. Qué cosas te pasan. Te quejas mucho pero tu vida es una aventura. Lo de Mister Equis me parece de lo más excitante.

—Ya... una aventura en la que no hay nada real ahora mismo. Desde Antoine no levanto cabeza, o más bien desde Andrés. Ya me pregunto hasta si hice

bien en dejarle.

—Tu exmarido bien dejado está. De eso olvídate ya. Yo apuesto por Mister Equis... ¿por qué no quiere mandarte una foto?

—Dice que es guapo, pero que quiere que me enamore de él por su personalidad, que es todo lo que necesito en una sola persona. Hay mucho loco suelto.

—Loco o no loco, ¿no prefieres eso a los cutres de Tinder?

—Pues no sé. Por lo menos los de Tinder enseñan la foto.

Allí donde estés

Esa misma noche el móvil me despierta a las tres de la madrugada. Me levanto como un resorte a cogerlo y es mi madre, muy nerviosa y acelerada: a la abuela le ha dado un infarto cerebral y está ingresada en la UCI de la clínica La Milagrosa, aún inconsciente.

—Los médicos están preocupados porque es ya muy mayor. Dicen que no saben si saldrá de esta. Ha tenido que venir una ambulancia a buscarla.

Joder, no. La abuela no. No quiero perderla ahora que la he recuperado. Me falta aún mucho por vivir con ella, todavía no puede marcharse de aquí.

Llamo a Andrés para que venga a recoger a los niños a primera hora de la mañana y llevarlos al cole.

A las ocho salgo corriendo hacia la clínica. Afortunadamente, ya ha salido de la UCI.

Entro en la habitación y veo el pequeño bulto de su cuerpo en la cama, conectado a una vía. Mi madre está con la cara descompuesta, sentada en un sillón a su lado. No se llevan bien pero en estos momentos nada importa. Solo es una hija que va a perder a su madre, a su mamá. Recordé una frase que había leído por ahí: «Una siempre es niña hasta que pierde a su madre.»

—Mira, tanto que quería que se callara y ya está callada —me dice llorando.

—Bueno, mamá... seguro que saldrá de esta. Ella es fuerte, no se va a rendir así como así.

Miro a la abuela y no parece muy fuerte en estos momentos, sino más bien un pajarillo menudo y delgado dando los últimos aletazos por la vida.

Lo que más me impresiona es verla en silencio y sin arreglar. Nunca la he visto callada y mucho menos en camión. Jamás permitía que la vieran sin que estuviera impecable. Toda ella era un caudal de energía. Verla parada me parte el corazón. Hay tantas cosas que quiero contarle aún y que ella me cuente a mí...

¿Por qué no nos damos cuenta de las cosas que tenemos hasta que ya se nos escapan de las manos?

Durante los días siguientes, la abuela se va apagando como una vela. Tiene breves momentos de consciencia, en los que a menudo habla de fragmentos de

su vida de joven cosas que ni mi madre ni yo comprendemos. Aun así procuramos responder, seguirle la corriente y hacer que continúe hablando; imagino que se está despidiendo de la vida a su manera.

Mi madre y yo nos turnamos para cuidarla y dormir con ella.

En las largas noches en la clínica, durmiendo en ese incómodo sofá y viendo como mi abuela se apaga, mirando de vez en cuando si todavía respira, pienso en mi vida hasta ahora, en lo que llevo vivido y en lo que me queda, en lo que quiero y no quiero. De alguna manera echo en falta a Andrés, tenerle allí conmigo. Hace falta vivir un mal momento, necesitar que te cojan una mano para darte cuenta de lo que es importante y de lo que no lo es tanto. ¿A quién llamaría ahora? ¿A Greta? ¿A Axel? ¿A Antoine? ¿Quién iba a consolarme?

Al quinto día las enfermeras le empiezan a poner morfina para que no sufra.

No nos lo dicen directamente, pero eso es lo que hacen cuando la gente ya se va a morir.

No lo preguntamos pero lo sabemos.

Mi madre y yo no nos separamos de su lado. Cogemos a la abuela cada una de una mano mientras le contamos cosas. Aún lleva las uñas primorosamente pintadas y un anillo en el dedo meñique.

Le recordamos cuánto la queremos, lo que nos reímos con ella, la mala leche que tiene, lo elegante que es... así nos despedimos de ella, intentando que se lleve esos recuerdos allí adonde va.

Al ningún sitio adonde va.

Cuando dos días más tarde la enterramos, no me sorprendió el epitafio que mi madre me dijo que ella quería en su tumba: «La verdad te hace libre.» Vaya frase. Hasta el final con sus ideas de bombero.

Por lo visto, la abuela también le había dicho muchas veces a mi madre que no quería que la enterrasen con ninguno de sus preciosos vestidos, que solo quería que la envolvieran en una sábana blanca, que eso era «lo más elegante».

Mantuve el tipo todos esos días. No lloré ni cuando se murió ni en su entierro.

Solo me derrumbé cuando días más tarde abrí la nevera en casa de mi madre y vi todos los flanes, los Dalkys y las natillas de chocolate.

Aprendiendo a confiar

La muerte de la abuela me deja más echa polvo de lo que pensaba. No tengo ganas de nada. Ni siquiera tengo ánimos para ir a la tienda estos días, y eso que debo abrir en un mes y el tiempo se me echa encima. No solo he perdido a una persona importante en mi vida, el hecho de que alguien cercano se haya ido me hace pensar en la muerte, el sentido de la vida y la insignificancia de todo en general.

Y lo peor se lo llevará mi madre: guardar su ropa, recoger todas sus cosas... borrar el rastro. Uno no puede tener en el armario ropa de alguien que ha muerto.

Hay que regalarla, empaquetarla, deshacerse de todo rápidamente.

Además estaba el tema de la herencia, claro. La abuela tenía dinero. No quería ni pensar en eso. Las familias se mataban por dinero y temía que a la mía le pasara lo mismo.

Menos mal que los niños están conmigo estos días. Ellos me impiden caer en la tristeza y me arrastran con su energía sin fin. La muerte para ellos es como si alguien se fuera de vacaciones y se olvidara de volver, algo parecido.

—Entonces ¿ya no vamos a ir más a casa de la abuela a ver a la bisabuela?
— pregunta Teo.

—No, porque ya no está. Se ha ido a otro sitio.

—¿Y a qué sitio?

—No te lo puedo decir... yo tampoco lo sé.

—¿Ya no va a haber entonces más meriendas ricas cuando vayamos?

—No, me temo que la abuela Pilar volverá a daros fruta con pan y leche de merienda.

—Pues qué asco.

—Sí, mi niño, todo es un asco. La vida es un poco asquerosa a veces, pero la no-vida ni te cuento.

—Podemos ir a la heladería rica a ver si se te pasa la tristeza, mamá.

Y sí, creo que el helado es lo único capaz de levantarme la moral en este momento. Un enorme helado de dos bolas de dulce de leche es el mejor quitapenas...

Con todo esto de la abuela hace días que no miro el correo. Realmente hace falta que muera alguien para que nos olvidemos del mundo virtual. Le echo un vistazo a Gmail para ver si tengo algo de Mister Equis y, efectivamente, hay dos correos.

El primero me habla del relato erótico que le envié. No quiero leerlo ahora. No tengo la cabeza para calentones. No me apetece leer ni acordarme de nada sexual. En el segundo está preocupado por mi falta de respuesta.

Espero que no hayas decidido dejar de contestarme porque sí. Me entristecería mucho que así fuera ahora que estamos empezando a entablar una relación. Sabes que si te pasa algo puedes contármelo. Puedes contarme lo que sea. Yo siempre estaré aquí para ti. Te echo de menos estos días. Sería estupendo saber de ti.

Joder, este hombre parece estar verdaderamente interesado en mí. Me intriga cada vez más, pero no quiero involucrarme demasiado. Todo me suena mucho al cuento de la lechera. No puedo hacerme ilusiones con alguien que ni siquiera conozco, podría ser cualquiera.

Le respondo:

No te he podido contestar antes porque mi abuela murió hace un par de días y no he estado pensando en nada que no fuera eso. Ha sido todo muy triste y estoy con el ánimo por los suelos. Ni siquiera he ido a la tienda estos días. Lo tengo todo superatrasado. No tengo ganas de nada. Menos mal que mis hijos consiguen animarme un poco.

Al rato recibo su respuesta:

Siento mucho oír eso. Lo siento de verdad. Yo adoraba también a mis abuelos. Todavía me queda una en Francia.

Hace cuatro días que volví de Italia. Te he traído un regalo. Déjame ayudarte con la tienda. Sé que ahora todo se te hará cuesta arriba.

Dame la dirección y déjame las llaves en algún lado. Solo quiero ver el local para poder ayudarte. Confía en mí. Debes confiar en las personas.

No sabía que tuvieras hijos. Yo también tengo.

Sí, claro... Ahora voy a dejarle las llaves de mi local a una persona que no sé

ni quién es. Lo que me faltaba ya por oír.

No confío tanto en ti como para dejarte las llaves de lo que será mi próximo lugar de trabajo. Si quieres quedamos, nos conocemos y luego vemos si me puedes ayudar... eso sería lo más lógico.

Su respuesta no tarda en llegar.

Lo más lógico no siempre es lo mejor. Todo esconde una lección. La tuya ahora es aprender a confiar. Me parece que eres demasiado desconfiada. La confianza es la base del amor y ya sabes que quiero que te enamores de mí.

Dame una buena razón para confiar en ti.

Que soy la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida.

No puedo evitar reírme. Estoy empezando a pensar no ya que sea feo, que eso seguro, sino que está completamente chalado. Quizá sea alguien que me escribe desde algún sanatorio psiquiátrico o un chavalillo de dieciséis riéndose a mi costa con sus amigos del instituto. Los demás no saben que lo estás pasando mal, que pueden herirte. Ni lo saben ni les importa.

Tengo que reconocer que me paso los días dándole vueltas a la cabeza, intentando pensar si alguna de las personas que conozco podría ser Mister Equis... Antoine es el primero que se me viene a la cabeza pero lo descarto de inmediato: jamás me hubiera mandado ni *La tregua* de Benedetti ni un poema de Borges... No tiene cultura suficiente como para usar esas armas.

Llamo a Greta para contarle la historia.

—Ni lo dudes —me dice—, déjale las llaves en el bar de al lado. Tía ¿qué tienes que perder? ¿No andas buscando a tu Mister Right? ¿Y si fuera él? Si te pide las llaves de tu local no creo que sea para destrozártelo, francamente. Yo que tú correría el riesgo. Me has contado cosas peores, como cuando te fuiste a casa del desconocido ese, te vendaste los ojos y te dejaste atar y dar por culo, ¿no es eso mucho más arriesgado?

La verdad es que tiene toda la razón...

Movida por los ánimos de Greta esta misma noche le vuelvo a enviar un correo:

Me has convencido. Te dejaré mañana por la mañana las llaves de mi local

en El Palentino, el bar de al lado. No iré por allí en tres días. El jueves quiero las llaves de vuelta en el mismo sitio. No sé lo que te propones pero es obvio que ahora no necesito que me hagan daño. Me separé de mi ex hace muy poco y luego he tenido bastantes traumas, un novio indeseable, un despido injusto...

Confío en ti.

La Dama de las Camelias

—¿Puedes pasarte por casa, chiquitina? —pregunta mi madre por teléfono —.

La abuela ha dejado unos sobres para vosotras, uno para ti y otro para tu hermana. Estaban en la caja fuerte. El testamento lo leeremos la semana que viene en el notario.

Vaya, así que la abuela me había dejado un sobre. No me extrañaría que fueran treinta euros o algo por el estilo. Tal y como era me espero cualquier cosa.

Quedo con mi madre en que iré luego por su casa. Antes de eso debo pasar por el local porque el electricista viene a mirarme el tema de las luces y además debo dejarle las llaves a Mister Equis como le he prometido.

Voy caminando despacio desde casa bajando por Luchana hacia la calle Fuencarral. Hace una preciosa mañana de primavera. Estoy en paro y no tengo mucho dinero pero ¿cuántas personas se pueden permitir dar un paseo como este a las diez de la mañana de un día cualquiera? Pienso en los demás en general, estresados trabajando en sus oficinas, probablemente soñando con estar en la calle bajo el solecito de abril.

En el fondo me siento afortunada de que la vida me haya señalado otro camino distinto y yo me haya atrevido a cogerlo... esto es lo mejor.

Cuando llego al local está completamente empantanado. Tras las obras de estas semanas ha quedado hecho un desastre. No sé ni por dónde empezar a arreglarlo y tampoco tengo mucha idea de decoración, más allá de las ideas que cojo en Pinterest. Mi futura tienda de té no tiene ni té ni muebles... Ni siquiera he pensado aún en cómo se llamará. Menudo desastre.

Sentada en el suelo, mientras fumo un cigarrillo mirando al techo, preguntándome qué mierda voy a hacer yo vendiendo té, por fin un nombre me viene a la cabeza.

La tienda se llamará Camelia, como la abuela. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Al fin y al cabo si no hubiera sido por ella, por el dinero que me dio, nunca habría podido llevar a cabo este proyecto.

El electricista no tarda en llegar. No he hablado con él más que por teléfono y me sorprende su aspecto. Trae su propia escalera y otros bártulos para mirar

qué instalación eléctrica me conviene más. Lo primero que pienso es que está bastante bueno. Joder, ahora me va a gustar hasta el electricista. Soy una cutre y, además, estoy de luto. No follaré por lo menos en dos meses. Se lo debo a la abuela.

Él también me hace la radiografía, mirándome de arriba abajo con bastante descaro, con una de esas miradas que hacen que te sientas en pelotas.

Parece simpático, alaba el local y se pasea por todo el espacio mirando aquí y allá. Me pregunta qué voy a hacer, cuándo la abro, cómo he pensado en colocar las luces, dónde estarán los tés...

Es del tipo ibérico, no muy alto, moreno de piel y pelo y con barba de cuatro días. Viene vestido con una especie de mono de obrero y un cinturón de cuero envejecido donde lleva distintas herramientas. En los pies, unas toscas botas tipo Panama Jack. Todo el conjunto me resulta increíblemente atractivo, incluido lo de que sea electricista.

Es justamente el tipo de tío que piensas que te va a empotrar contra una pared.

Eso nunca lo piensas de un profesor o de un abogado, no sé por qué.

Intento no parecer una tía de cuarenta años desesperada por follarse que babea con el electricista de treinta pero no consigo apartar mis ojos de él. Además, después de los días tan tristes que he tenido, fijarme en alguien me parece una bendición, un soplo de aire fresco.

Se sube a la escalera y desde abajo no puedo apartar la vista de su culo: ¿llevará algo debajo de ese mono o irá desnudo? Él está demasiado concentrado en la caja de luces como para darse cuenta de que le estoy mirando, lo cual aún me da más morbo. Me encanta ver a los hombres guapos concentrados en algo, completamente absortos sin darse cuenta de los pensamientos que están provocando en quien los mira.

Me comenta cosas que no me interesan lo más mínimo. Que haga lo que quiera y que ponga las luces como quiera, ¿yo qué coño sé de instalaciones eléctricas?

Se baja de la escalera para explicarme lo que tiene pensado hacer y el tipo de focos que pondremos en el interior y exterior de la tienda. Yo le oigo pero no le escucho. Me estoy fijando en su boca, en las manos con las uñas comidas y en los pelitos que le asoman debajo del mono...

Joder, echaba de menos la sensación de quererme tirar a un tío. Ese hormigueo tan agradable que se va intensificando poco a poco y hace que se entreabran los labios, que empieces a jugar con el pelo...

Además, tal y como está ahora mismo, la tienda es el escenario perfecto para hacer cualquier tipo de barbaridad. Hay un gran ventanal pero está completamente tapado con papel kraft. Mi mente calenturienta ya empieza a elucubrar y a imaginar situaciones porno en todos los rincones.

—¿Y cuándo abres la tienda? —me pregunta.

—Pues no lo sé... calculo que me quedan unas cuatro semanas como mínimo...

—Ah —me dice sonriendo—, ¿y estás sola en esto? ¿No te has metido con tu pareja o con alguien más?

Bárbaro. Creo que me lo he ligado. Está intentando averiguar si estoy sola de una forma nada sutil. Se lo pongo fácil...

—Sí, lo monto yo sola. Hace unos meses que no tengo pareja —le respondo—, estoy separada.

Ni me molesto en preguntarle si el está solo o no. De hecho, no me importa en absoluto.

—No te olvides tus cosas —le digo recogiendo algunos de los bártulos que ha dejado por distintos sitios del local.

—Bueno, pues encantado, ¿eh? —me dice—. Pienso un poco cómo se puede montar todo esto y la semana que viene cuando tenga el presupuesto te llamo.

Me da dos besos y se va...

Vaya, mi gozo en un pozo. Si es que estas cosas de tirarse al electricista, al fontanero o al pizzero no suceden más que en las pelis porno baratas. No conozco a nadie a quien le haya pasado algo así. Es como que te toque el Euromillón.

Me pongo a barrer y a pasar la fregona a ver si consigo quitar algo de la roña que tiene el local para que Mister Equis al menos no lo vea tan asqueroso. Va a pensar que soy una cerda.

Llaman al timbre. Es el electricista de nuevo...

—Me olvidé la escalera —dice con una sonrisa—. No sé en qué estaría pensando...

Va a cogerla... la había dejado apoyada en la pared.

—¿Tendrías un vaso de agua antes de irme?

Le llevo a la trastienda, donde está la cocina y alargo el brazo para coger un vaso de la alacena. Remoloneo lo suficiente para que se fije en mí.

Afortunadamente, hoy llevo unos vaqueros que me quedan bastante bien y botines con algo de tacón. Viene hacia el fregadero y se bebe apenas un sorbo del agua que le tiendo poniéndose alarmantemente cerca de mí.

Me lo vuelve a dar. Por lo visto, no tenía mucha sed. Me sostiene unos segundos la mirada mientras sonrío. Ya está. No sé si es él el que se abalanza sobre mí o soy yo. El caso es que al siguiente minuto los dos nos estamos comiendo la boca de forma bastante salvaje.

Me sienta en la pequeña encimera de la cocina y me mete la lengua hasta la garganta mientras se aprieta contra mi cuerpo todo lo que puede. Pienso que no hay nada más excitante que los besos bien dados, con mucha lengua y con ganas.

—Dios, qué buena estás —me dice—, te quise follar desde que entré por la puerta...

Sus manos buscan mis tetas con impaciencia. Me quito el jersey para facilitarle la tarea. Yo misma me desabrocho el sujetador. Se lanza a lamer y morder mis pezones como si no hubiera visto unas tetas en toda su vida.

Le desabotono el mono y, tal y como pensé, no lleva nada debajo. Esa visión me resulta enormemente excitante, tanto que mis bragas se empapan al momento.

Tiene la polla gruesa y completamente empalmada, le llega hasta el ombligo.

Su cuerpo es velludo y moreno, con una sexi línea de pelo que recorre su tripa.

Lleva el brazo derecho completamente tatuado, lo cual aún me pone más. Nunca lo he hecho con alguien tatuado. Aún más pinta de empotrador.

Empiezo a morderle y lamerle los pezones pero no me deja. Me baja de la encimera con brusquedad. Me da la vuelta, bajándose los vaqueros y las bragas al mismo tiempo.

—Quieres que te folle, ¿verdad? Tú también lo estabas deseando. Reconócelo.

Noté al momento que querías mambo. Se os ve en la cara...

Pienso en protestar por ese comentario tan machista y retrógrado pero luego cambio rápidamente de opinión: «Fóllame... si total tú y yo no nos vamos a ir a cenar.»

Me dobla la espalda apoyándome contra la encimera sujetándome por la nuca sin ninguna delicadeza y me atraviesa hasta el fondo. No me quejo. Me encanta.

A cada embestida parece que su polla se me mete aún más adentro. Gimo pensando en si me oirán los vecinos. Ni siquiera los conozco, sería un estreno estelar. La puerta del local no está cerrada con llave y cualquiera podría entrar.

También pienso en eso.

Después del «momento encimera», me coge a horcajadas y me pega contra la

pared sujetándome en volandas por las caderas. Efectivamente, me va a empotrar, esa es la intención.

Me folla con una fuerza y unas ganas que me ponen a mil. Veo su culo en tensión moviéndose adelante y atrás y sus brazos fuertes sujetándome las piernas. Mientras me la mete, me fijo en su tatuaje y en su cara de semental follándome como loco.

Esto con una mujer no podría ser... y tanto que no.

Acabamos revolcándonos por el suelo. Está asqueroso pero da igual. Él ni siquiera se ha quitado del todo el mono, aún lleva medio puesta la parte de abajo.

De rodillas, eleva rápidamente mis piernas hasta ponerlas en sus hombros y continúa follándome con el mismo ímpetu y energía que al principio. Me corro muchas veces. No paro de tener orgasmos y finalmente él también lo hace dando pequeños gruñidos.

—Vaya polvazo —dice abrochándose su mono, supongo que para marcharse cuanto antes—... Si quieres cuando venga a ponerte las luces repetimos. Por cierto ¿cómo te llamas?

—Me llamo Camelia.

—Pues encantado, Camelia. Tienes un polvazo que madre mía...

Pensé que a partir de ese momento, además de Carlota, me llamaría también Camelia, como la abuela, si me daba la gana, cuando me apeteciera...

El electricista se va. Me quedo pensando en lo bien que sienta a veces un polvo empotrador sin contemplaciones, sin caricias ni arrumacos. Sin aditivos, conservantes ni colorantes. Es como comerse un filete de carne cruda. ¿Qué mejor que eso cuando tienes hambre?

Estoy como relajada, con energía y ganas de volver a hacer cosas. Justo el empujoncito que necesitaba para ponerme las pilas... Pienso en la abuela: seguro que ella habría hecho lo mismo.

La tienda, mi pequeña Camelia, ya estaba bautizada.

No puedo evitar preguntarme cuántos tíos más pasarán por esta trastienda...

La carta

Tras recuperarme del revolcón y adecentar la tienda todo lo que puedo, me acerco a El Palentino a dejar las llaves. Le explico brevemente la situación a Lola, la dueña: —Va a venir alguien a por estas llaves, son las de la tienda. Por favor, fíjate bien en cómo es, en qué aspecto tiene, y luego apúntalo en un papel para que no se te olvide. Es muy importante.

—Mira... deja las llaves y ya bastante. Me pedís unas cosas que no van incluidas en el precio del café, desde luego... —contesta gruñendo—. ¿Tú qué quieres saber?, ¿si es guapo o feo? Pues para eso no hace falta papel ninguno.

Tengo ojos en la cara.

Tengo unas ganas terribles de ir a casa y lanzarme en el sofá a ver cualquier tontería en la tele, pero la jornada aún no ha terminado. Todavía queda ir a casa de mi madre...

Cuando llego está todo nuevamente desordenado. Tras la muerte de la abuela las cosas han vuelto a su estado habitual con una rapidez alarmante.

Mi madre se acerca al secreter de su habitación. Veo que hay dos torres bastante altas realizadas con paquetes de Lucky Strike, como una especie de construcción.

—¿Y esto? ¿No habías dejado de fumar?

—Sí, ya sabes que lo dejé hace tres años. Estos paquetes vacíos los guardo de recuerdo. No los puedo tirar.

—¿Cómo que no puedes?

—Me da mala suerte tirarlos. Están bien ahí.

Mi madre tiene una curiosa teoría, que en parte he heredado yo, que consiste en pensar que si una cosa cae en un sitio fortuitamente ya no se puede mover de ese sitio. Supongo que es por eso por lo que en su casa el Belén está puesto todo el año. Se puso una vez y nunca se quitó, siempre será Navidad otro año más. O

si se cae, por ejemplo, un cuadro y lo deja apoyado en una pared, se queda para siempre ahí, o si se funde una bombilla tampoco la cambia... porque se habrá fundido por alguna cosa. Ya la luz sabrá...

Mi madre saca de un cajón la carta de la abuela y me la tiende con gran

ceremonial. Está dentro de un sobre cerrado con mi nombre «A Carlota, la que tiene los niños (siempre me confundo)».

La abro y está escrita con su caligrafía de estilo gótico, tan ornamentada que resulta muy difícil de entender. Dentro, además de la cuartilla, hay también trescientos euros en tres billetes de cien.

Querida Carlota

Escribo esto cuando acabo de regresar contigo del desayuno-comida en el Ritz. Ya no me acuerdo cómo se llamaba eso. He pasado uno de los días más agradables de los últimos años. No recordaba lo que era salir, ver a la gente, ver Madrid... Parece una tontería pero hace muchos años que no me movía de mi barrio. Tenía miedo de ir a cualquier sitio y que me pasara algo.

Como ya soy vieja y en cualquier momento me voy a morir he pensado en ir dejando mis cosas organizadas. Siento que no me queda mucho, no me digas por qué pero lo siento. Estoy aburrida, cansada ya.

Lo primero que te tengo que decir es que comas, que estás muy delgada y yo creo que por eso no te quieren los hombres. Se te ve muy reducida.

Lo segundo es que eso de lo que hablamos tanto estas semanas, del amor, de la pasión y el sexo... mira que me ha gustado a mí eso, pero no es de ello de lo que me acuerdo ahora. Me acuerdo de otras cosas. No sé si te sirve de algo que te cuente esto. No siempre vas a ser joven y a tener ganas de cama todo el tiempo. Piénsalo cuando elijas a la próxima persona que te acompañe. No te dejes llevar solo por la pasión, preciosa mía.

Los trescientos euros que te dejo son para que les compres a tus hijos lo que quieran de merienda si cuando me muera todavía toman merienda. Entre tu madre y tú les matáis de hambre. Tienes para llenar la nevera con todos esos postres y cosas que tanto les gustan para una temporada, por lo menos hasta que se hartan. Prométeme que lo harás y que les dirás que es de parte de su bisabuela Camelia. No te los gastes tú.

Si son mayores cuando me haya muerto, entonces dáselos a ellos para que se los gasten en lo que quieran...

Quiero que te quedes con algunas de mis cosas personales cuando yo falte.

Son objetos que no tienen más valor que el sentimental pero que deseo que tengas: un par de cojines de ganchillo hechos por mí que encontrarás en mi habitación (uno está en la mecedora y el otro encima de la cama), también coge mi costurero y mi libreta de recetas de cocina.

No tengo nada más que decirte aparte de que vivas, y vivas la vida como

quieras vivirla y que seas muy feliz. Espero yo también durar lo suficiente para ver esa tienda de té...

Tu abuela que te quiere y siempre estará contigo

CAMELIA

Fin

Junto a su nombre y la palabra «fin» había dibujado una flor, una margarita, como ella siempre hacía en todo lo que escribía.

No puedo evitar llorar a moco tendido mientras le alargo a mi madre la carta para que la lea...

—Lo que más raro me parece es lo de la libreta de recetas. Si ella jamás cocinó. Se le quemaba todo. Siempre tuvimos muchacha.

Con el permiso de mi madre, voy recogiendo una a una las cosas que la abuela ha dispuesto para mí... los cojines, el costurero, la libreta de recetas... y me lo meto todo en una bolsa de plástico para llevármelo a casa.

Veo su mecedora vacía en la habitación y me siento unos segundos a balancearme en ella mientras me pregunto dónde demonios estará la abuela ahora, qué pasará con nosotros, adónde nos iremos.

Después de todo lo que nos pasa en esta vida, no es justo que no lo sepamos.

Nadie se sube a un autobús que no sabe adónde va.

La sorpresa

Durante los tres días que le dejo a Mister Equis las llaves de mi tienda, él no da señales de vida por correo. Me muero de ganas de ir a espíarle. No sería tan difícil. Si no lo hago es porque temo que el sueño se desvanezca. Me da miedo ver a alguien que no espero, que no cumpla mis expectativas. Si, por ejemplo, fuese feo creo que todo se iría al traste, así de superficial soy... Por eso prefiero no saber.

Me apetece más pensar que es un tío bueno que está loco por mí y hará todo lo que sea necesario por estar conmigo. Alguien con quien quizá yo podría tener una segunda oportunidad... Me ilusiono secretamente con ello aunque resulta improbable. Me gusta el juego que hemos empezado y quiero continuar la partida.

Hoy, por fin, recibo un nuevo correo suyo:

Ya puedes recoger la llave en el mismo sitio donde la dejaste. Espero que te guste mi regalo.

Estoy ansiosa por entrar en el local a ver qué es lo que me ha dejado, tan excitada y expectante que no me siento capaz de ir sola. Dudo entre llamar a Greta o a mi madre y me decido por la primera. Al fin y al cabo ya conoce la historia...

Quedamos a merendar en Le Pain Quotidien de Fuencarral y aparece blanca como el papel...

—Tía, no paro de vomitar, ¿esto dura mucho?

Me río. Pese a su mala cara me sigue pareciendo guapísima. Aun así, ya no la veo exactamente de la misma manera que antes, no sé si por saber que está embarazada o porque, tras el polvo con el electricista, he recordado cuánto me gusta follar con un tío.

—¿Qué tal te va con la monogamia?

—¡Fatal! No sé si aguantaré, igual sigo un poco hasta que no se me note el embarazo...

—Yo creo que hasta embarazada a ti te saldrían novios, Greta.

—Seguro. Hay un montón de degenerados a los que les encanta follarse a mujeres embarazadas, cuanto más gordas mejor...

—¿En serio?

—Y tan en serio. ¿No sabes que una de las categorías de las webs de porno son las embarazadas? Bueno —dice cambiando de tema—, vamos a ver qué se cuece en tu tienda. Estoy impaciente por ver el regalo que te ha dejado Mister Equis.

Debe de ser uno muy grande si ha tardado tres días en prepararlo.

Vamos caminando tranquilamente por la Corredera Alta hacia la tienda. Estoy demasiado impaciente para ir a buscar la llave al bar, así que entramos con una de repuesto que llevo en el bolso.

—Hostias, tía —es lo único que consigue decir Greta—. Esto es muy fuerte.

—Pero ¿qué coño...? —balbuceo yo.

Ni siquiera reconozco el espacio. Las paredes están pintadas de un azul pavo real, un color entre el azulón y el verde, cambiando el aspecto del local por completo... Hay cuadros y dibujos enmarcados en las paredes, algunos de inspiración oriental, otros son láminas antiguas de té.

En uno de los extremos veo una mesa antigua y cuadrada de madera oscura, con una silla también *vintage* tapizada en terciopelo azul a juego con las paredes... En un cartel pone «TU MOSTRADOR» escrito con rotulador, en letras mayúsculas un poco infantiles.

Hay también una especie de aparador con estanterías de cristal cuya parte trasera se nota que ha sido pintada a mano: «PARA QUE COLOQUES LAS TAZAS Y LAS TETERAS.»

Sigo mirándolo todo con la boca abierta. Apenas puedo creerlo. Es un sueño del siglo XIX hecho realidad.

Pegada al gran ventanal ha colocado otra especie de repisa que seguro que también ha sido pintada a mano en donde reposan decenas de botellitas de cristal con tapones de corcho... «PARA QUE PONGAS LAS MUESTRAS DE TÉ.»

Dos cortinas de terciopelo granate caen hasta el suelo enmarcando la gran ventana y colgando del techo, y a ambos lados hay un macetero de macramé azul con un enorme helecho en cada uno. Un antiguo baúl decapado y envejecido está colocado en otro de los extremos, junto a una vieja escalera de pintor, en la que hay un montón de plantas pequeñas.

Miro hacia arriba y hay varias plantas: potos, hiedras y más helechos colgados de los rieles donde van las luces. Todo está limpio, ordenado y diría

que hasta reluciente.

Una de las paredes está ocupada por enormes baldas de madera envejecida que parecen estar hechas a medida, con otro cartel: «PARA QUE PONGAS TUS LATAS DE

TÉ.»

Enmarcado en un pequeño marco dorado está el poema de Borges que él mismo me envió hace unas semanas. Joder, no puedo evitar ponerme a llorar de la emoción.

Me cuesta trabajo recuperarme del *shock* y miro a Greta un poco sin saber muy bien qué decir...

—¿Tú sabes cómo estaba esto la semana pasada? —le digo mientras le enseño una foto en el móvil que hice hace unos días—... El tío me ha montado la tienda en tiempo récord y, lo que me asusta aún más, lo ha bordado. Es como si supiera exactamente lo que me gusta. Es la tienda que quería, solo que yo aún no lo sabía. Estoy alucinando, Greta, de verdad. Parece algo de brujas.

—¿Te has fijado? —dice Greta señalando un enorme ramo de mimosas que está colocado cuidadosamente encima de la mesa—. Mira, hay una tarjeta.

Espero haber acertado. Creo conocerte lo suficiente para saber que era lo que querías. No me decepciones tú a mí.

Mister Equis.

Voy a la trastienda y también la ha limpiado. No puedo evitar pensar en el electricista empotrándome contra la pared. Me siento un poco mal.

Seguramente mientras él compraba los muebles para mi tienda yo estaba dejándome follar por un desconocido.

Le imagino ilusionado haciendo todo aquello mientras yo me revolcaba por el suelo con aquel tío. Pienso en lo que me dijo la abuela en su carta. Siento una enorme gratitud hacia Mister Equis, y por primera vez puedo ver que yo le importo de verdad. Nadie hace lo que él ha hecho sin una razón de mucho peso.

Hay que ir urgentemente al bar. Lola le vio al ir a por las llaves y podrá contarme cómo es. Al fin saldré de dudas.

—No vino ningún tío bueno a por las llaves, Carlota. Vino una cría.

—¿Una niña? ¿Y cómo era?

—¿Y a mí qué me cuentas? Las niñas son todas iguales. ¿Qué sé yo? Solo sé que vino una niña y ayer las devolvió la misma niña.

Te prohíbo que me aprecies

En cuanto llego a casa corro a escribirle:

No sé qué decir. Me has dejado sin palabras. No creo merecer todo esto. Aún no me explico cómo has podido saber justo lo que quería para la tienda. Creo que ni siquiera yo misma lo sabía. Gracias, gracias, eternamente gracias.

Por favor, déjame aunque sea pagarte lo que te hayas gastado en los muebles. No nos conocemos y, aunque te lo agradezco mucho, no puedo aceptar que gastes tanto dinero en mí.

Solo recibo una escueta respuesta:

Tú te lo mereces todo. Te mereces ser feliz.

Joder. No sé muy bien cómo continuar con esta historia pero cada vez tengo más clara una cosa: quiero conocer a este hombre y creo que no voy a aguantar las seis semanas que aún faltan.

Durante los días siguientes no sabemos nada más el uno del otro.

La Semana Santa llega a Madrid y las calles del barrio se van vaciando de madrileños y llenándose de turistas. El tiempo es espléndido, la primavera explota de repente por todos los rincones de la ciudad: las chicas se van quitando la ropa, hay parejas besándose por la calle, helados en las manos, cañas en las terrazas al sol...

Andrés viene a recoger a Teo y a Diana para marcharse a la costa Amalfitana con la azafata. No puedo evitar sentir un poco de rabia. Siento rabia de que vayan a un lugar tan bonito y me dejen a mí aquí, siento rabia de ver los huevos de Pascua gigantes en los escaparates y que a mí nadie me regale uno... estoy rabiosa en general.

No veo a Andrés desde el numerito que monté en su cumpleaños. Ahora que estoy serena me parece normal, no lo veo tan guapo como cuando llevo dos copas encima.

—Mis hijos, tú y tu novia no dormiréis en la misma habitación, ¿verdad? — le pregunto.

—No, tranquila, ellos dormirán en otra. Aunque seguro que preferirías que Diana durmiese con Sara y yo me quedase en la cama con Teo...

—Me da exactamente igual lo que hagas. Folla lo que quieras. No me extraña.

Tienes bastantes polvos pendientes.

—Venga, no empieces. ¿Qué te pasa, Carlota? ¿Cómo te va lo de la tienda? Te veo rara últimamente. ¿En qué andas metida?

—¿Quieres saber la verdad? Luego no me eches la charla cortarrollos de siempre.

—Para eso te lo pregunto. Si no no lo preguntaría...

—Poco antes de que me echaran del trabajo empecé a recibir correos de un desconocido desde una cuenta de Gmail, alguien que parecía conocerme... la comunicación ha ido a más desde que volví de la India y se está convirtiendo en algo bastante raro e intenso.

—¿Y qué quiere exactamente? ¿No tienes ni una pista de quién puede ser?

—Lo que quiere —le respondo— es básicamente que me enamore de él sin verle en persona. Me pidió que le diera doce semanas durante las cuales, supuestamente, caeré rendida a sus pies... solo con los mails que me envía. Y no, no tengo mucha idea de quién puede ser. Pensé en Antoine pero ahora sé que no puede ser él. Ni de coña.

—Hombre, podría querer vengarse después de lo que le hiciste —dice Andrés —, tendría toda la lógica del mundo. De todas formas, Carlota, siempre andas metida en líos raros, de verdad. ¿Hace falta que te recuerde que tienes dos hijos?

No puedes andar dejándote engatusar por desconocidos a través del mail. Tienes cuarenta años, por Dios. Deja ya la adolescencia.

—Yo qué sé..., Andrés. Yo no busco estas cosas. Sencillamente, me pasan. No soy como tú. A mí no me pega tener un novio normal e irme a la costa Amalfitana. Soy más bien de pasiones desatadas. Acabaré en un manicomio.

—No sé dónde acabarás pero me estás preocupando. Corta eso cuanto antes.

No quiero saber nada más de este tema. Te aprecio y me pone de mal humor verte tan perdida.

¿«Te aprecio»? ¿Qué coño es esto de que me aprecia? Creo que jamás me habían dicho nada tan espantoso. Se aprecia a un vecino o a una tía abuela, pero desde luego aprecio no era lo que se siente por una exmujer con la que has

estado quince años. Prefiero que me odie antes de que me aprecie.

—Te prohíbo que me aprecies, ¿me oyes? —le digo enfadada—. Eso es una mierda.

Mis hijos se van y me quedo sola como una rata. Vaya Semana Santa tan entretenida voy a pasar. Debería ponerme en serio con las cosas que me faltan de la tienda pero tampoco voy a avanzar mucho con todo paralizado por las vacaciones. También podría marcharme unos días adonde sea. Quizá llame a António y me vaya a Lisboa como prometí o puede que a Axel, a ver qué hace.

Joder, qué aburrida estoy, y cuando estoy así soy peligrosa: puede pasar cualquier cosa.

Apocalipsis zombi

Viernes Santo. Ni un alma por las calles, solo los cuatro desgraciados que nos hemos quedado en la ciudad. No sé si acercarme a alguna procesión. Algo debe de haber por el centro.

Al final me voy a dar un paseo por el Campo del Moro, aprovechando que hace tan buen día. Compró el periódico y unas flores y me siento muy francesa... compro también una *baguette*, ya para hacer todo el conjunto.

Cuando vuelvo a casa me hago la comida y la devoro en dos minutos en la cocina. Hay algo terriblemente deprimente en cocinar para uno solo y comérselo todo rápidamente y en silencio. Es la última vez que me hago la comida estando sola. Comeré bocadillos, plátanos o algún batido de proteínas.

Después de leer un rato, me siento a escribir a proveedores de té por correo.

Apasionante. Me pregunto para qué me separé, ¿para estar así? ¿Era esto lo que quería? Porque follar tampoco es que follase mucho desde lo de Antoine. Me parece que hasta Andrés lo debe de hacer más que yo, que ya es decir...

Los niños me mandan una foto desde Positano, pero no es que se vea muy bien. Están en manga corta. Parece que hace buen tiempo. Como aquí. Solo que esto no es el puto Positano. Es más bien Madrid. Me escribe Diana, que están muy contentos, comiendo todo el rato pasta y pizza. Dice que se acuerdan de mí por los helados, que son gigantes y riquísimos.

Al rato y como respondiendo a mi llamada de socorro mental recibo un correo de Mister Equis...

¿Estás de vacaciones? Quiero hablar de tu relato erótico... ya te comenté mi opinión en otro correo que no has debido de leer.

Escribes bien, la verdad, y me ha sorprendido el tema. Si trabajases un poco podrías llegar a publicar, y lo digo en serio, no porque quiera algo contigo, que también...

No pensé que tuvieras una mente tan retorcida. ¿Te gustaría que te follasen a la fuerza como hacen en tu historia? ¿Es esa tu fantasía?

Vaya, por fin algo de diversión en este día aburrido. Parece que Mister Equis

tiene otra vez polla y eso me gusta. Me intriga y me da morbo.

No estoy de vacaciones. Estoy pasando el Viernes Santo más aburrido de la historia de la humanidad, mientras mi exmarido y mis hijos se divierten con otra mujer en la costa Amalfitana.

Gracias por los halagos, pero francamente me parece que los haces porque quieres llevarme al «huerto». Sobre si es una fantasía mía: no lo es. Tengo otras pero no esa, aunque reconozco que me excité al escribir el relato.

Recibo pronto la respuesta:

¿Y cuál es tu fantasía si puede saberse? Cuéntame una...

Me da corte. No nos conocemos de nada.

Por eso mismo... cuéntamela. Igual nunca llegamos a conocernos.
Aprovechemos lo que tenemos de momento.

El hecho de que me diga que quizá nunca nos conoceremos hace que tenga una punzada de decepción. Igual es verdad, quizá nunca lleguemos a conocernos.

Creo que me estoy haciendo el cuento de la lechera con Mister Equis.

Secretamente estoy casi convencida de que en seis semanas caeré rendida a sus pies sin conocerle ni verle. No solo lo espero, quiero que suceda.

Pues verás. Una de mis fantasías preferidas y que nunca me ha pasado es que estoy en el cine yo sola. Hay poca gente, quizás en una sesión de primera hora de la tarde. De repente un desconocido se sienta a mi lado. Lo demás prefiero no contártelo. Imagínatelo tú.

Los correos se acaban aquí. Me he excitado un poco pensando en lo del cine, en este otro lado más carnal de Mister Equis, en todo... Acabo masturbándome en el sofá y tengo un orgasmo tremendo. Es la segunda vez que lo hago pensando en él.

Le mando un whatsapp a Axel, a ver por dónde anda. Me contesta que está en Londres pasando unos días y me pregunta cómo va lo del té, cómo es que no le he llamado, que quiere verme y ver la tienda... Claro, en Londres, lo raro sería

que estuviera aquí un Viernes Santo. Creo que solo estoy yo en la ciudad y en Madrid hay una especie de apocalipsis zombi. Cuando salga de casa, los zombis se abalanzarán sobre mí.

Solo se me ocurren dos ideas para entretenerme un poco: o le doy caña a Tinder o me planto sola en el Snobissimo, el sitio más rancio y casposo de Madrid pero al que todos los cuarentañeros van a «pillar» los viernes y sábados por la noche. Es lo que coloquialmente se conoce como un «campo de nabos».

Una mujer sola en ese lugar dura menos que un Chupa Chups a la puerta de un colegio. Será divertido. El único problema es que la cosa empieza como mínimo a las dos de la mañana. Habrá que esperar despierta hasta entonces.

A un sitio como aquel, y más yendo sola, lo adecuado para tener éxito es ir vestida para matar. Por llevar la contraria y llamar más la atención, nada mejor que hacer justo lo contrario: me pongo una minifalda vaquera, unos botines viejos, camiseta blanca sin sujetador y mi chupa de cuero con cremalleras.

Luego me toca la «operación chapa y pintura» en el baño. Me hago lo que yo llamo un peinado «mujer de futbolista», alisándome primero bien todo el pelo y después haciéndome unas ondas con las planchas. Luego me bebo un *gin-tonic* para hacer tiempo y atreverme a meterme sola en un sitio como aquel.

Me presento en la puerta del Snobissimo con aire resuelto y por supuesto no me cobran la entrada. Al verme tan normal vestida se lo piensan pero finalmente creo que me salva el peinado «mujer de futbolista», se me ve como más arreglada. A los dos chicos que llegan justo detrás de mí les cobran cuarenta euros a cada uno. Como para no ligar después de eso...

Me voy directa a la barra, pido una copa y me soplan quince euros por un *gin-tonic*. Ya puedo racionarme los sorbos, que no está el horno para bollos. El sitio desde luego es horrible, con pinta de *boîte* de los setenta, oscuro y con un mobiliario completamente pasado no ya de moda sino de era.

Parece que en cualquier momento saldrán Raphael o Camilo Sesto a amenizar la velada. La fauna tampoco va a la zaga: casi todos son tíos de mi edad y de aspecto bastante pijo, hay mucho pantalón chino y camisas de rayas y pocos vaqueros y barbas.

No paso más de cinco minutos sola en la barra. Se me acercan dos tíos de unos cuarenta bastante monos, de esos que no se quitan los pantalones de traje ni en fin de semana, con su cinturón, su buena camisa, su buen reloj, el pelo pulcramente cortado, afeitados, oliendo bien... La antítesis de lo que me gusta a mí que podría resumirse en un tío con pinta entre rockero sucio y surfero con un punto hippy. Estos son lo contrario pero, echando un rápido vistazo, uno de ellos

está bueno, si se le quita toda esta ropa, incluso muy bueno.

—¿Qué hace una preciosidad como tú aquí tan solita? —me pregunta el guapo.

—No estoy sola. Estoy con una amiga. Ha ido a comprar tabaco... ahora vendrá.

—¿Y tu amiga es tan guapa como tú?

—No, no tanto, pero muy simpática —digo con desenvoltura, tocándome el pelo.

Se miran desconcertados como pensando a quién le va a tocar la guapa (o sea, yo) y a quién la fea (o sea, mi amiga invisible).

—¿Quieres otra copa? —me pregunta el otro.

—Sí, gracias, pero cuando acabe esta que me estoy tomando.

—¿Cómo te llamas?

—Sara, me llamo Sara... y soy azafata. —Justo como la novia de mi ex, es lo primero que se me ha ocurrido.

—¿Vamos a la pista a bailar? —me propone el guapo.

Dios mío, creo que no bailaba con alguien desde los años ochenta, pero vale, en un sitio como este pega bastante. Mientras bailamos a los Bee Gees, él se las apaña para pegarse a mí todo lo que puede y un poco más. Con la excusa de que no me oye con la música y debe acercarse mucho a mi oreja aprovecha para plantarme un beso en el cuello y, a continuación, otro en la boca.

Que alguien te bese cuando es de noche, estás en un garito y llevas dos cubatas encima siempre es agradable. Las lenguas tocándose, los ojos cerrados, no importa nada más... solo hay que dejarse llevar.

—¿Tu amiga no está tardando mucho? —pregunta el amigo del guapo cuando regresamos a la barra.

—Ah, no... al final no viene. Me acaba de mandar un whatsapp diciendo que está muy cansada y se ha ido a casa...

—Vaya —dice él—, qué lástima. Ya me había hecho ilusiones...

Pedimos más copas. Me preguntan sobre mi vida de azafata y me la invento como puedo, utilizando todo lo que mis hijos me han contado de Sara, la malvada madrastra...

Les pregunto a ellos sobre su vida. El guapo es abogado, el otro, arquitecto.

Me da por preguntarles si están casados, imagino que porque tienen pinta de eso, de estar casados. Efectivamente, el guapo dice que sí.

—¿Y qué haces ligando conmigo estando casado? —le pregunto.

—Estar casado, soltero o viudo es completamente irrelevante a estas alturas

del siglo XXI —dice—. Yo amo infinito a mi mujer pero me encantaría follar esta noche contigo. No puedo pensar en otra cosa desde que te he visto entrar, tan sexi, con esa minifalda y esa camiseta.

—Follar en mi casa, claro... porque en la tuya está tu mujer...

—Me temo que sí —contesta.

—¿Y tu mujer qué piensa de eso de que ligués con otras cuando sales por ahí con tus colegas?

—Esto está requetehablado. Tenemos libertad total, de hecho pasamos mucho tiempo separados... Además casi no tenemos vida sexual.

—No me digas más... y llevas meses durmiendo en un sofá, ¿no?

—No, eso no —dice riendo—, pero la verdad es que somos más como compañeros de piso.

—Ajá... ya veo, ya. Bueno, a mí ni me va ni me viene —le digo—, yo no soy la casada. No es asunto mío...

—Pues eso mismo pienso yo —dice plantándome otro beso y aplastándome contra una columna.

Noto inmediatamente algo duro apretando mi tripa. Su mano busca mi culo, primero con disimulo, luego masajeando mis nalgas sin ningún pudor. La cosa se está poniendo seria. Más seria todavía cuando noto unas manos que me separan el pelo, una lengua en mi nuca y otro cuerpo pegado a mi espalda... Es el amigo que se niega a quedarse «descolgado». Otra vez soy como el queso de un sándwich.

Me aparto de entre los dos para coger mi copa y, de pronto, el corazón me da un vuelco. En la barra del fondo me parece ver a Antoine con una chica. Al principio creo que me he confundido, pero no. Es él, estoy segura. Va con una tía más o menos de mi edad que además se me parece bastante, de mi mismo estilo.

No sé si me ha visto. Puede ser que sí o quizá no, pero por si acaso vuelvo con mis dos apuestos acompañantes, a los que me pego como una lapa. El corazón me va a mil por hora. Les propongo movernos a otro sitio, más cerca de la pista... pongo la excusa de que hace mucho calor donde estamos. De esa forma me aseguro de que Antoine pueda verme bien. Por supuesto, ni le miro. Tengo a mis chicos agarrándome por la cintura y los dos van bastante pedos. Beso a uno y luego al otro. Les encanta. Me río todo lo que puedo como si estuviera pasando la noche de mi vida. Es imposible que no me vea con el espectáculo que estamos dando. Medio local está pendiente de nosotros. El bar es tan casposo que ahora suena Tom Jones, concretamente *Sex Bomb*, lo que creo que les parece a estos dos que soy yo.

Pienso que esto que hago de pretender darle celos a Antoine es absurdo e infantil pero me gusta hacerlo. Que se joda, aunque no estoy segura de que vaya a fastidiarle mucho. Él también está con otra.

El chico número dos se va al baño, así que el guapo aprovecha para acapararme para él solito. Propone ir a una de las barras a pedir otra copa y me arrastra hasta una zona donde apenas hay gente. Toda la multitud está concentrada alrededor de la pista. Desde donde estamos sigo viendo a Antoine de lejos. Charla con la chica animadamente pero nada más. Estoy pidiendo la copa y él me abraza por detrás, muy pegado a mí, cada vez más. Me besa el cuello y disimuladamente me mete la mano entre las piernas. La barra que nos tapa permite que los camareros no vean la escena y a nuestro alrededor hay gente suficiente como para que nadie se fije demasiado en nosotros.

Con sus dos manos rodeándome la cintura, me desabrocha el botón de mi minifalda y me mete la mano, pegándose a la barra de tal forma que me tapa con su cuerpo. Sus dedos buscan mi clítoris a través de las bragas... por la postura casi no llega, es difícil de alcanzar, lo roza solo de refilón pero yo me muevo un poco para ayudarle a alcanzar el lugar exacto. La sola presión de sus dedos ahí abajo junto con el lugar lleno de gente hacen que mis bragas se empapen al momento.

Noto cada vez más el bulto de su polla contra mí. Joder, ¿me voy a correr en la barra de un bar? Bueno, así puedo poner otro *check* en mi lista de sitios raros.

El tiempo se acaba. El amigo va a volver de un momento a otro. Del disimulo inicial pasa a mover sus dedos lo más rápido que puede, como tocando las teclas de un piano. Veo cómo se mueve su mano bajo la cinturilla de mi minifalda y esa visión me pone a mil. Pienso que Antoine nos está mirando y aún me excito más.

Él sigue, ajeno a todo lo que pasa a nuestro alrededor hasta que noto como el placer me invade y va creciendo en intensidad... cuando me estoy corriendo, con todo el disimulo que puedo, miro hacia donde está Antoine, pero ya no le veo.

—¿Nos vamos a follar al baño? —pregunta con los ojos brillantes por la excitación...

Pero en ese momento llega su amigo.

—No os encontraba... ¿Qué os parece si nos vamos los tres a otro sitio?

Conozco un bar que está cerca de aquí.

—Yo me tengo que ir —les digo—. En dos horas me recogen para irme a Kuala Lumpur. Necesito dormir algo antes de volar.

Sesión continua

Duermo hasta tarde y a media mañana me voy caminando a la tienda con una resaca mortal. Paro en el VIPS a tomarme uno de esos desayunos americanos que hará que no coma ya hasta la noche. Estaré entretenida casi todo el día colocando los doscientos kilos de té que me mandaron el miércoles en sus correspondientes latas, clasificándolos y organizándolos. Un trabajo de chinos pero ¿qué mejor que un Sábado Santo para hacer eso?

De camino me compro también un huevo de Pascua para merendar, porque sí,

porque yo lo valgo. Uno grande con un lazo y bombones dentro. Me cuesta un ojo de la cara. Ya que no me lo regala nadie tendré que comprármelo yo. Una Semana Santa sin huevo de Pascua y sin pelis de Dios no es nada. Esta noche veré *Ben Hur* o *Los diez mandamientos*...

De lo de anoche ya ni me acuerdo. Esas aventurillas duran en mi mente lo que un orgasmo, muy poco. En cambio sí me acuerdo de Antoine. Aunque no quiera y de ninguna forma quiero, el volver a verle aún remueve cosas en mi interior, sobre todo en el interior de mi vagina, no puedo hacer nada para evitarlo. Menos mal que mi cabeza sí puede. Me parece raro que no me mande un correo si es que me vio ayer.

Cuando llego a la tienda el corazón me da un vuelco al verla tan bonita. Va a llamar la atención. No me explico cómo Mister Equis ha podido hacer algo así...

Hoy descubro nuevas cosas en las que no había reparado el otro día con Greta.

Estaba demasiado excitada: me fijo en los cuadros que ha colgado, en los pequeños detalles...

A primera hora de la tarde, cuando estoy con todo el lío en la tienda, recibo precisamente un mail suyo. Esta vez está más críptico que nunca.

Cines Verdi. Ve a ver la película de la Sala 2, *Moonlight*. A las 20.30.
Siéntate en la fila 3. No dejes de ir. Es importante.

Como es habitual, me quedo a cuadros. Le respondo...

¿Vas a ir al cine? ¿Nos conoceremos por fin?

A los cinco minutos tengo la respuesta:

Tú, ve... y ya veremos.

Joder, me viene fatal ir al cine hoy por la tarde, pensaba quedarme hasta acabar de colocar todo esto. Pero, por otra parte, ¿cómo voy a rechazar la oportunidad de conocer por fin a Mister Equis? ¿Qué hará?, ¿se sentará a mi lado y me cogerá de la mano?, ¿vendrá con la Coca-Cola y las palomitas?

Los Verdi suelen estar tranquilos. Son mis cines preferidos. Si hay algo que prefiero hacer sola que acompañada es ir al cine. Qué placer ir un domingo a la sesión de las cuatro, con dos gatos en la sala. Todo el cine para mí solita... hasta que el último título de crédito desaparece de la pantalla.

Iré, claro que iré. Además estoy bastante caliente. No hay peor estado que el de la resaca. Multiplica la libido por diez. De resaca, a una solo le apetece follar, comer cuartos de libra de McDonald's y beber champán o cerveza. Yo hoy, de momento, solo tengo doscientos kilos de té y un huevo de Pascua.

Un rato antes de la hora establecida salgo de Malasaña hacia los Verdi bastante excitada y nerviosa. No está claro lo que va a pasar allí, pero no creo que me entere mucho de la película y es una lástima, porque es de las que tenía pendientes de ver.

Llego pronto, así que no tengo problema en elegir la fila tres. Nadie la quiere.

Me voy a comer literalmente la pantalla. Llego la primera y me sitúo en mi sitio impaciente. Hay poca gente para ser un sábado a esa hora y, de momento, no aparece nadie. Me revuelvo en mi sitio, el corazón me late con fuerza. No puedo con la impaciencia de conocer a Mister Equis pero, a la vez, me preparo para la más que probable decepción. Seguro que no es como yo espero. Y, además, tampoco ha dicho que vaya a venir. Solo que yo debía venir.

No hay nadie en mi fila ni en las cinco o seis posteriores. No me extraña.

Menuda idea la de hacerme sentar en la fila tres.

Empiezan los tráilers de antes de la peli y no aparece nadie. Miro impaciente hacia los asientos de atrás y con curiosidad a todas las personas que entran,

especialmente a los hombres... Pues nada, mejor olvidarse y concentrarse en la pantalla. Total, ¿qué voy a hacer? Verla e irme a mi casa.

Me meto en la película como si fuera una tarde normal de cine hasta que llega un punto en el que me olvido de por qué estoy allí.

De pronto, y como salido de la nada, un hombre se sienta a mi lado. No sé si acaba de llegar o se ha cambiado de lugar desde las filas de atrás. Le miro apenas un segundo de soslayo, con disimulo. Tiene a lo sumo veinticinco años y está buenísimo, con pinta de modelo. Sus largas piernas apenas caben en el asiento. Lleva vaqueros y botas. ¿Será él o será una puñetera casualidad? No es posible que sea él. Mister Equis dijo que tenía hijos y este tío es imposible que tenga hijos, aunque le saldrían bastante guapos.

Se revuelve un poco, intentando acomodarse en el asiento, pegando sin pudor su brazo al mío. Estoy tranquila porque no es mi hombre. La sorpresa me esperará en otro lado, pero no aquí. Joder, y con todo el espacio que tiene este tío, va y se sienta a mi lado. Me está poniendo nerviosa. Me pongo el pelo delante de los ojos para evitar mirarle con el rabillo del ojo. Cuando miras a alguien que está al lado con el rabillo del ojo siempre se dan cuenta y te miran a ti. Nunca falla.

Pero su brazo se pega aún más al mío y cada vez me pone más nerviosa. Mi respiración se está acelerando un poco y hace ya rato que no estoy muy centrada en la pantalla. De repente me encuentro con una mano posada en mi muslo. Le miro con el rabillo del ojo y él continúa como si nada, aparentemente sin inmutarse. No sé... Tengo tres posibilidades: dejar su mano ahí y ver lo que sucede, quitársela y decirle algo o, simplemente, moverme a otro sitio.

No hago nada. Solo con el contacto de su mano en mi pierna desnuda mi cuerpo se estremece. Ya no me atrevo ni siquiera a mirarle de reojo.

Él aprieta mi muslo con intención y va subiendo más arriba buscando mis bragas. No sé si apartársela, no sé qué hacer. Dudo un segundo pero sigo sin moverme. Llega al centro de mis piernas y empieza a tocarme por encima de la tela. Entonces ya no puedo hacer nada.

Continúa mirando la pantalla como si estuviera superconcentrado en la película. Ahora su mano intenta colarse por debajo de mis bragas. Estoy muy excitada, noto como los pezones se me ponen duros. Mi respiración empieza a agitarse.

Abro ligeramente las piernas, y eso permite a sus dedos moverse a sus anchas por mi coño. Empieza a acariciarme como si me conociera de toda la vida, sabiendo exactamente dónde tocar y cómo hacerlo, cada vez más rápido.

Mira hacia mí un segundo, solo un segundo. Ambos permanecemos atentos a la pantalla sin ver nada. Me levanto un poco el vestido para ver cómo se mueve su mano. Ocupa todo mi coño. Me abro aún más para él, hundiéndome un poco en el asiento. Ya he pasado de todo. Esto no hay quien lo pare.

Súbitamente y cuando estoy a punto de correrme aparta su mano de mí y, cogiéndome la mía, me la pone en su paquete. Joder. Sin mirarle, bajo mi mano a su bragueta y le saco la polla, completamente empinada. Él lleva mis dedos a su boca y los chupa, llenándolos abundantemente de saliva; después me pone de nuevo la mano en su polla y me indica cómo debo hacerlo...

Al tiempo que le masturbo y veo cómo aquello crece cada vez más, vuelve a meter sus dedos dentro de mis bragas. Madre mía, mi fantasía sexual hecha realidad... Está pasando. Una verdadera *story* para poner en mi Instagram.

Con un movimiento decidido empuja suavemente mi cabeza hacia su bragueta.

De repente me veo comiéndole la polla a un desconocido en medio del cine.

Suerte que no hay nadie. Las personas más cercanas están seis filas más atrás.

Mueve mi cabeza cada vez más rápido sujetándome del pelo hasta que me atraganto y me dan arcadas. Lejos de parar él me la mete aún más adentro.

Me aparta. Se pone de rodillas en el suelo, me baja las bragas con decisión y después, directamente, hunde la cara entre mis piernas, sin importarle mucho donde estamos. Apenas puedo soportarlo; estoy tan caliente que me corro enseguida sujetando su cabeza con mis manos y moviendo mis caderas. Le miro un segundo cuando emerge de mi coño y le brillan los labios. Es guapísimo.

Definitivamente, no puede ser él.

—Al suelo —me ordena—. Ponte a cuatro patas.

Me doy cuenta de que es la primera vez que le oigo. No ha dicho una sola palabra hasta entonces.

Lo hago. ¿Cómo voy a negarme ahora? Haré todo lo que me diga. Yo termino

esto como sea. No todos los días tiene una la oportunidad de cumplir una de sus fantasías. Se pone de rodillas detrás de mí y cogiéndome del cuello me la mete hasta el fondo. Todo lo hace en silencio, apenas gime ni suspira. Me cuesta trabajo no gritar en cada una de sus embestidas. Aprovecho para morder el brazo del asiento y así amortiguar los jadeos. Cuando hay una escena con silencios, él se para, y vuelve a la carga cuando empiezan a hablar.

Mientras me sigue follando, su mano busca nuevamente mi clítoris. Me

estalla la cabeza, noto que me quedo sin respiración y de pronto me corro de nuevo.

Solo puedo fijarme en la parte de arriba de la pantalla. El tragarme mis gemidos hace que el placer aún sea más intenso.

Él permanece unos segundos dentro de mí sin moverse. Luego se aparta de golpe. Creo que ya hemos terminado. Nos sentamos como podemos. Meto las bragas en el bolso mientras permanecemos en silencio. Ni siquiera me ha besado.

—¿Eres Mister Equis? —me atrevo por fin a preguntar.

—No. Soy David. Bueno, hasta luego, cielo. Espero que lo hayas pasado bien —dice levantándose y marchándose tan rápidamente como apareció.

Cojines con sorpresa

Salgo del cine aturdida, sin entender muy bien lo que ha pasado. ¿Ha sido casualidad o cosa de Mister Equis?

Gracias a Dios, o a quien sea, no sucede nada más en los Verdi. Consigo salir del cine y llegar a casa sin ningún sobresalto, excitada, con una fantasía cumplida pero con cierta decepción por no haberle conocido.

Un rato después recibo un correo:

¿Qué tal en el cine? ¿Te gustó la película?

Le respondo:

Al final no pude ir. Me lie arreglando la tienda y cuando me quise dar cuenta se me echó el tiempo encima.

Mentirosa...

¿Fue cosa tuya?

Quería que cumplieras tu fantasía. Si estaba o no yo en el cine es algo que no te voy a decir. Imagínate lo que quieras .

Y la cumplí... casi me enamoro de él.

Os deben de pagar muy bien en tu editorial. Entre lo de la tienda y esto te estás gastando un pastizal en mí.

¿Quieres decir que quizás estabas allí de *voyeur*? Hummm, eso me excita más aún.

Ya me lo cobraré después en especies. No me importa invertir en valores seguros.

Ya sé que esto te excita, por eso te lo digo...

En este punto de nuestra relación quizá te parezca oportuno pasar al WhatsApp ¿o lo ves demasiado vulgar?

Sí, terriblemente vulgar. Prefiero las palomas mensajeras.

Está claro que Mister Equis juega fuerte para conseguir su objetivo, pero tiene una cosa que me fastidia bastante: va de sobrado. Está completamente convencido de que caeré rendida a sus pies. Y, sinceramente, de momento va por buen camino. Además ahora mismo, y quitando a mis hijos, él es de lejos lo mejor que tengo.

Aun así, dudo en si darle o no mi teléfono. Hacerlo supone dar un paso más en algo que no sé adónde me va a llevar y que me da miedo. Con los correos hay cierta distancia y además resultan de lo más sexis. El WhatsApp sería como siempre, comunicación a granel las veinticuatro horas. Quizás entonces todo se vaya a la mierda. Decido no dárselo de momento. Simplemente dejo su correo sin contestar.

A los pocos días, los niños vuelven de su viaje. Andrés viene a dejármelos. No les veo nada morenos. Parece que vuelven de Soria en lugar de la Costa Amalfitana...

—¿Qué tal en Pompeya, niños? ¿Os ha gustado?

—Sí, es muy bonita —dice Diana.

—Muy chuli —añade Teo.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunto a Andrés.

—Bien, bien, todo muy bien...

—Hijo, parece que habéis ido a Ajalvir. No podéis ser más sosos, ¿eh? Qué poco os rinde viajar si volvéis así.

Teo y Diana tampoco tienen muchas ganas de hablar. Ya me contarán cuando les dé la gana. A los niños no hay que forzarlos, porque lo único que recibes es el efecto contrario: que estén sin hablarte varios días.

De todas formas, cuando nos quedamos solos, no puedo evitar preguntarles sobre la malvada madrastra, pero tampoco les saca mucho.

—¿Os ha pagado vuestro padre para que no me habléis de Sara? —les digo de broma...

—A mí sí —dice Teo—. Me dijo que me compraba un juego para la Play si no decía nada.

—Cállate, niño —dice Diana—, eso es mentira... No es verdad, mamá. Es un

mentiroso.

—Y tú una asquerosa, niña gusana —dice Teo lanzándole a Diana a la cara uno de los cojines de ganchillo de la abuela.

—Ayyy, me has hecho daño, imbécil... Mamá, me ha hecho mucho daño en la cara.

—A ver, no puede ser —digo yo—. Es solo un cojín, uno de los cojines de la abuela.

—Nooo. Tiene algo duro dentro. Me ha hecho daño...

—¿Cómo que algo duro?

—Sí, mira, toca. Tiene cosas duras —dice Diana.

Efectivamente, es como si el cojín tuviera algo dentro además del relleno.

Busco la cremallera, la abro y lo sacudo... la abuela debió de meter algo por error.

Al moverlo caen sobre la alfombra un montón de joyas que pronto reconozco...

—¡Mira, mira! —grita Diana—. Está todo lleno de collares y pulseras... Hala, halaaaaaa.

Joder. No puedo ni creerlo. El cojín guardaba la mayor parte de las joyas con las que había visto a la abuela a lo largo de toda su vida. Hay collares de perlas, pulseras, colgantes y cadenas de oro, pendientes de brillantes... un dineral en joyas. Por eso me lo dejó. Quiso que yo me quedara con sus joyas. Pero mi madre, por muy como un cencerro que esté, seguro que las echará de menos.

Tarde o temprano se lo tendré que decir.

Pido a Diana que lo clasifique todo en pendientes, pulseras y collares, que tenemos que hacer un inventario. Después tardo un rato en explicarle qué es un inventario.

—Teo, de esto ni palabra a papá ni a la abuela. Si no dices nada te compro una Play nueva...

—¿En serio? No diré nada. Lo juro.

—Y tú tampoco digas nada. Di...

—¿Y a mí qué me compras?

—Joder, hijos, cómo sois. Habéis salido a vuestra abuela. Pues yo qué sé... un vestido.

—Quiero una tarjeta regalo del Zara de doscientos euros, lo mismo que vale la Play de él.

—Os compro una Play que vale para los dos y andando. Hombre, ya está bien.

Sois lo peor.

Un pensamiento se me cruza por la cabeza. Voy corriendo a mi habitación a buscar el otro cojín. Lo pongo encima de mi cama. Repito la misma operación con el corazón a mil por hora. Abro la cremallera y meto la mano. Hay un sobre dentro. Lo rompo por arriba y saco un grueso fajo de billetes de doscientos.

Debe de haber por lo menos veinte o treinta mil euros.

Joder con la abuela. La madre que la parió.

La vitrina del estanco

Decido no decir ni mu del tema de las joyas y el dinero. Lo dejo todo en *stand by*.

Está claro que la abuela me ha dejado a mí lo que seguramente no me pudo dejar en su testamento. O quizá sí pudo pero no lo hizo para no provocar disputas familiares.

Las joyas seguramente acabarán en manos de mi madre, pero desde luego el dinero me va a venir mejor que bien para mantenerme durante el primer año de mi negocio. Creo que ella misma presentía que le quedaba poco de vida y quiso ayudarme de esta manera. Ella fue la única que me animó a cambiar de vida. El resto de la gente me tomaba por loca.

Desde luego, esconder las joyas en un cojín de ganchillo es algo completamente de su estilo, y lo del fajo de billetes también. Además, fue lo suficientemente lista como para no mencionarlo en su carta, seguramente porque previó que la podía leer con mi madre, como realmente sucedió.

Admiro a mi abuela incluso después de muerta. La quiero ahora más que nunca.

En un arranque peliculero de agradecimiento *post mortem*, al sábado siguiente los niños y yo organizamos una excursión al cementerio de La Almudena a poner unas flores en su tumba. Le compramos claveles blancos, las flores que más le gustaban. Era lo mínimo que podíamos hacer. De paso los niños ven un cementerio por primera vez en su vida, que tampoco está de más.

Diana mantiene un poco la compostura pero Teo se divierte correteando en medio de las sepulturas, como si estuviera en un parque.

Nos cuesta encontrar la tumba de la abuela. Vamos con un mapa en la mano como buscando un tesoro pero nos perdemos varias veces. Eso divierte a los críos. Por fin la encontramos, en la parte antigua y más bonita del cementerio.

En su lápida ya han puesto el epitafio: «La verdad te hace libre.» Está realizado como haciendo un mosaico y queda muy bonito y alegre. Desde luego, no es como el resto de las lápidas.

Pienso que una persona que destaca entre las demás siempre se las apaña

para seguir siendo el centro de atención, incluso muerta.

Cuando volvemos del cementerio nos vamos al Mercadona del barrio.

Cogemos un carro de los grandes y coloco a los dos niños frente a la nevera de los postres...

—Hale, coged lo que queráis. Vuestra bisabuela Camelia os ha dejado trescientos euros para flanes, así que creo que es un buen día para empezar a gastarlos...

—¿Podemos no coger los de marca Mercadona?

—Sí, podéis coger los más caros. Todo lo que queráis, ya os lo he dicho. Hasta llenar el carro.

Los días siguientes los dedico a los niños y a ultimar los preparativos para la apertura de la tienda. Los pequeños detalles son los peores. Uno no acaba nunca de solucionar cosas. Resulta agotador.

Hablo con Axel por teléfono para ver si puede traer a alguno de sus compañeros cocineros y amigos famosos a la inauguración de la tienda y me dice que por supuesto, que cuente con ello. Esto me ayudará de cara a las redes sociales y, quién sabe, quizá venga alguien de la prensa del corazón.

—¿En qué andas metida últimamente? —me pregunta.

—Bueno, es un poco largo de explicar, ya te lo diré en persona. ¿Y tú qué tal con Kasia?

—Ha vuelto a Ucrania..., esto no le gustaba.

Recuerdo a la dulce Kasia, que comparaba el champán con el Sprite, y la noche de sexo que pasamos los tres juntos.

—Ahora estoy con una presentadora famosa, ya te contaré porque está casada.

No es algo que vaya diciendo a los cuatro vientos. Ya lo han sacado en varios sitios.

—Joder, Axel, pero ¿a ti te da tiempo a cocinar?

—Cada vez lo hago peor pero cada vez gano más, así que no me importa demasiado... Algo haré bien. De todas formas, tú eres peor, así que no me sermonees o tendré que follarte.

—Siempre me follas cuando nos vemos —le contesto yo—. Menuda novedad.

—Lo nuestro es así —me contesta—, somos unos verdaderos follamigos, pero de los buenos, ¿verdad?

Y sí, es verdad. De las relaciones que había entablado tras mi separación

quizá la de Axel era la que más satisfacciones me ha dado. Nos lo pasamos siempre genial y nunca nos pedimos ni exigimos nada el uno del otro. Nos gustamos y follamos cuando surge y nos da la gana. Así de fácil.

Sin amor todo es fácil. Es el amor el que lo complica todo. Por qué de algunas personas te enamoras perdidamente y de otras sabes que nunca lo podrás hacer es uno de los grandes misterios de la vida.

Cuando llega el viernes me doy cuenta de que llevo casi toda la semana sin saber nada de Mister Equis. Le mando un correo: No sé nada de ti... ¿Te has esfumado? ¿Te molestó que no te diera mi teléfono?

No me contesta y eso hace que me inquiete. No quiero que desaparezca. Lo podría soportar, pero desde luego no me gustaría.

Quizá se haya ido de viaje, o no esté de humor.

Cuando a la mañana siguiente cojo el coche para llevar a los niños al cole hay un clavel blanco sujeto con el limpiaparabrisas.

Debajo hay un papel doblado con un poema escrito a máquina:

La vitrina del estanco

Frente a la iluminada vitrina de un estanco junto a otros, se detienen.

*De repente sus miradas se cruzan
mostrando tímidamente sus deseos.*

*Luego, caminando hacia la acera,
se sonríen, aceptándose.*

Después, el coche cerrado...

*El cálido contacto de la carne,
el abrazo de los labios y de las manos.*

Me quedo turbada. Es como si este hombre me conociera muy íntimamente, como si supiera los secretos de mi alma. Estoy desconcertada. Nada en él es vulgar; no deja nada al azar.

Sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

Cuando llego a casa pongo el nombre del poema en Google para ver de quién es: Kavafis, un poeta griego de finales del XIX y principios del siglo XX que no conocía. Se me mojan las bragas: la inteligencia y la delicadeza de este tío son verdaderamente excitantes.

Mister Equis es capaz de contratar a un gigoló para que me folle en un cine y

después mandarme algo así.

Estoy empezando a pensar que sí, que tal y cómo él decía, quizá sea mi hombre ideal, el que lo reúne todo en una sola persona.

Pero esto también me da miedo.

Cabo de Gata

Falta apenas una semana para abrir la tienda. No puedo retrasarlo más o no ganaré suficiente para pagar el alquiler del mes. Decido dejarlo todo listo y marcharme un par de días a la playa, a Cabo de Gata, a coger fuerzas antes del gran cambio de vida que me espera. Se acabaron los fines de semana y las vacaciones cuando me diese la gana... Me espera todo lo bueno y malo de tener un negocio propio.

Invito a Greta a venirse conmigo, no porque no quiera ir sola, sino para que me lleve. Nunca me he atrevido a conducir por carretera. Me dice que lo va a hablar con Luis y que me lo confirma más tarde. Vaya, cómo han cambiado las cosas —pienso— antes hacía de su capa un sayo y ahora... No le pega nada el papel de amante esposa.

Finalmente, me dice que sí. Nos cogemos un hotel con spa en Las Negras. Dos días tomando el sol y comiendo... Nuestras primeras minivacaciones como «amigas».

Greta está resplandeciente. El embarazo le sienta genial, aunque todavía no se le nota nada, apenas está de doce semanas. Durante las seis horas de coche que tardamos en llegar a Almería nos da tiempo a hablar de todo. Me cuenta que efectivamente ha dejado de acostarse con gente, que ahora solo le apetece estar con Luis.

—No te lo he contado, pero nos ha costado mucho este embarazo. No ha sido una sorpresa. Hemos estado años buscándolo. Llevaba desde 2010 haciendo tratamientos para quedarme embarazada. De alguna manera el sexo y las aventuras con otras personas me han ayudado a sobrellevarlo, pero ahora quiero centrarme en esto, justamente porque es el sueño de muchos años.

No sabía nada. Ya me había parecido un poco extraño que Greta se hubiera quedado embarazada así sin más a los cuarenta y cuatro.

—Mis óvulos ya no valían y el bebé ha sido fecundado con óvulos de donante y el semen de Luis. Así que, genéticamente, no tendrá nada mío, pero al menos sí de Luis.

—A mí también me gustaría tener un hijo más —le digo—, pero no sé si

encontraré una pareja para tenerlo. Siempre es un consuelo saber que ahora una puede ser madre también sola. No necesitamos a los tíos ni para eso, ¿verdad?

Con un poco de semen de donante ya está. Sobre eso de tener varias parejas, ¿realmente crees en ello? —le pregunto.

—Si se lleva bien es perfecto. Jamás se cae en la rutina y en el aburrimiento, pero es difícil controlar los celos. A Luis siempre le mataron los celos. A ti en realidad no te puede ni ver —me dice.

—¿Qué le contaste?

—La verdad. Que me gustabas mucho y que me estaba empezando a enamorar un poco de ti.

—¿Es eso verdad? Yo pensé que lo nuestro era solo un rollo sexual. Que yo era otra más de tus muchos amantes chicos o chicas...

—Pues no fue así. Me gustabas de verdad. Todavía me gustas, eso no ha cambiado, pero también sabía que lo nuestro no iba a ninguna parte porque tú claramente prefieres a los hombres para una relación estable. Hubiéramos sido amantes pero nada más.

—A mí también me gustas mucho, Greta, pero, francamente, no creo que me vuelva a involucrar nunca con otra mujer; quizás acostarme sí, nunca se puede decir, pero contigo ha sido tan genial que prefiero quedarme con ese recuerdo.

Te tengo que confesar que sí, en Goa me escapé de ti. De hecho no volví a Madrid. Me largué con un médico portugués a recorrer en un *houseboat* los canales de Kerala...

Greta se ríe pero no dice nada sobre el tema.

—Joder, quién estuviera ahora en Goa..., ¿te acuerdas? —añade.

Y sí, me acordaba muy bien, ¿cómo iba a olvidarlo si gracias a ese viaje he podido cambiar de vida?

Greta quiere saber las últimas novedades de Mister Equis. Le cuento lo del cine, lo del poema, lo de mi relato erótico....

—¿Y os vais a pasar la vida comunicándoos por mail?

—Ya te dije que él no quiere que le conozca por ahora, aún faltan cinco semanas más para que me enamore de él.

—¿Y cómo va?

—Pues estoy bastante fascinada y muy impaciente por verle. Imagino que me llevaré una decepción. Un hombre así no puede ser guapo.

—¿Y por qué no?

—Porque no puede reunir tantas cosas... eso no puede ser. Y en el caso de que sea guapo, seguro que cuando me acueste con él será impotente o eyaculador

precoz.

—Joder, Carlota, como dice Woody Allen al final de *Manhattan*, has de tener un poco de fe en las personas, ¿sabes? Estás como resentida. Puede que haya algo muy bueno esperándote ahí fuera. Tú te lo mereces. Eres una tía guapa, inteligente, divertida. Lo tienes todo. Yo confío en esto de Mister Equis. Me da buena espina.

—Me ha pedido mi número y no sé si dárselo. Temo que con el WhatsApp todo se estropee.

—Yo no lo veo así. Creo que os dará la intimidad que necesitáis para ir un poco más allá... Al fin y al cabo tú quieres conocerle, ¿no?

—Sí, es lo que más me apetece ahora mismo. Si lo comparo con Antoine me da la risa. Claro que Antoine era real y me encantaba acostarme con él...

Cuando por fin llegamos a Las Negras está atardeciendo. Nos instalamos en nuestro hotel y aún nos da tiempo a dar un paseo por la playa antes de que caiga la noche. La habitación es preciosa y tiene una gran terraza dando al mar y una cama enorme. Ninguna de las dos se ha molestado en pedir camas separadas.

Antes de cenar le digo a Greta que me bajo un rato al spa. Ella no puede, con el embarazo tiene la tensión muy baja.

Me meto desnuda en la sauna. Hay algo muy agradable en todo este calor sofocante que te deja de golpe sin aire, casi no se puede respirar y aun así me gusta. No hay nadie. Me tumbo en uno de los bancos de madera y empiezo a pensar en Mister Equis.

Con el calor y la humedad me dan ganas de tocarme pero tengo miedo de que entre cualquiera. El no atreverme hace que aún tenga más ganas de intentarlo.

Me imagino que cierro los ojos y él abre la puerta y me folla sin que yo abra los ojos. Que no le veo pero le siento tan profundamente que me da igual no verle.

Me toca, me chupa, me lame todo el cuerpo a ciegas. Mi hombre sin cara.

Pongo la mano entre mis piernas y la dejo ahí bien quieta, mientras sigo pensando en distintas variaciones sobre lo mismo. Casi no puedo respirar.

Debería salir si no quiero desmayarme, pero, por otro lado, me encantaría correrme aquí dentro.

Me envuelvo en la toalla y me siento un momento más en el banquito. Abro las piernas un poco y vuelvo a intentarlo. En este momento entra una pareja, los dos con sus toallas. Quito la mano inmediatamente de donde la tenía y trago

saliva. No creo que me hayan visto.

Salgo de ahí con los dedos arrugados y un poco tambaleante, con la tensión por los suelos. Me meto entonces en la enorme piscina con chorros de todo tipo.

El agua templada me refresca y me reconforta. Paso un buen rato yendo de un chorro a otro. Hay algunas personas en la piscina pero no muchas, las suficientes como para estar cómoda.

Estoy sentada en una de las camas de agua. Unos violentos chorros me masajean las piernas, uno de ellos me da de lleno ahí abajo. Me muevo un poco hasta hacerlo coincidir aún más con mi entrepierna. Es como el chorro de la ducha pero a lo bestia. Las burbujas se apagan. Las pongo a funcionar de nuevo.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, pensando que es imposible que la gente no se corra con todas estas burbujas. Ahora entiendo el éxito de los spas.

La gente no debe de ir a relajarse; en realidad va a correrse.

Me voy moviendo para ajustar de manera perfecta el chorro justo en el sitio que debe estar. Joder... ni siquiera necesito tocarme. Solo tengo que mover levemente las caderas arriba y abajo. Hay gente alrededor pero no van a pensar que estoy a punto de correrme, sin embargo, sí lo estoy. No me molesto ni en disimular mi cara de placer...

Enfrente de mí hay una pareja haciéndose arrumacos, a lo suyo. Yo vuelvo a abandonarme. Otra vez se acaban las burbujas y de nuevo las enciendo... Es como si me tocara una mano enorme de agua; noto en mi coño una gran presión y un inmenso placer que me va a hacer estallar de un momento a otro. Cierro los ojos y me corro mirando hacia delante, mientras mi boca se entreabre y pongo una mueca que no puedo ni quiero evitar. Dios, es delicioso. El orgasmo dura mucho más de la cuenta y deja mi cuerpo completamente relajado y, desde luego, con ganas de más.

Me quedo un rato allí tranquila hasta que me voy a otros chorros y dejo que una fuente tipo catarata me caiga sobre la cara, el cuello, los hombros... Luego me voy nadando hacia otra parte de la gran piscina y me quedo relajada boca abajo, flotando y agarrando con las manos el bordillo. Otra vez estoy en una zona de burbujas que agitan de nuevo violentamente mis piernas y mi tripa. Esta vez no lo busco tanto, solo un poco. Me resulta muy fácil volver a hacer coincidir otro de los chorros con mi entrepierna. Ahora no hay nadie cerca, así que separo un poco las piernas y, boca abajo como estoy y sujeta al bordillo, me dejo menear por las potentes burbujas. Es un maremoto delicioso... Pienso brevemente en Mister Equis y me corro de nuevo igual de intensamente que hace unos minutos.

Cuando regreso a la habitación Greta me pregunta qué tal en el spa.

—Bien —le digo—, he tenido varios orgasmos con los chorros de la piscina, así que vengo como la seda, de lo más relajada.

—Eres mala —contesta—. No me provoques que sabes que soy una mujer respetable y además embarazada.

Vamos a cenar a uno de los restaurantes que hay cerca del hotel, al lado de la playa. Hace tan buen tiempo que se puede estar en la terraza. Greta no puede beber pero yo sola, entre pitos y flautas, me bajo una botella de Barbadillo. Ella se ríe.

—Me hace gracia verte borracha... Como hasta ahora yo también bebía no me daba cuenta del efecto que te hacía.

—Por eso odio a la gente que no bebe —le respondo—, porque ven cómo te emborrachas y luego se dedican a decirte la cantidad de tonterías que haces y dices.

—Ya, yo también la odio. Va a ser horrible estar así seis meses más. No sé qué sustituto puede haber... Todos los que se me ocurren son malos para el bebé.

Nuestras madres bebían en el embarazo y mira qué bien hemos salido.

Cuando llegamos a la habitación Greta se acuesta y se queda dormida como un ángel. Se la ve feliz en su nuevo estado. Yo aún remoloneo un poco y voy a fumar un último pitillo a la terraza. Estoy bastante mareada por el vino y tengo ganas de hablar con Mister Equis, no de que me mande un mail, de hablar con él.

Sospecho que él no me dejará hacerlo. Quizá me decida a darle mi número, si no no avanzaremos. Nos pasaremos la vida entera escribiéndonos correos, como si estuviéramos en el siglo XIX.

Cojo el móvil y le escribo un mail desbarrando un poco...

Me encantó tu poema «La vitrina del estanco» y también el clavel en mi coche... Prefiero no preguntar cómo supiste cuál era mi coche...

Estoy en Cabo de Gata con una amiga y no puedo evitar acordarme de ti.

Hoy he tenido una experiencia interesante en el spa del hotel mientras pensaba en ti.

Cuando me estoy acabando el cigarrillo me llega la contestación:

Cuéntamela...

Bueno, tuve varios orgasmos con las burbujas del spa mientras pensaba en ti,

mi misterioso hombre sin cara...

Yo he tenido varios cientos de orgasmos estas semanas mientras pensaba en ti.

Y antes de acostarme le mando el último. No le digo nada más pero le envío por fin mi teléfono.

Luego me meto en la cama y me duermo sin darme cuenta mientras oigo a mi lado la tranquila respiración de Greta.

Tengo miedo

Me despierto muy temprano con la luz de la mañana que entra en la habitación. Greta todavía duerme.

Empiezo a darle vueltas a todo en mi cabeza. Pienso en lo que he hecho en los últimos meses, en la tienda que abriré en apenas unos días, y me empieza a ahogar la angustia.

Me lancé a montarla sin pensarlo mucho pero ahora me pregunto por qué lo he hecho... Dios mío, ¿qué hago yo con una tienda de té? De repente lo veo todo de otra forma, como una auténtica barbaridad. Aún podría volverme atrás. Todavía no está abierta.

¿Cómo es que me he metido en esto? ¿Por qué nadie me ha parado?

No tengo a nadie real a quien pueda contar mis cosas. Está mi madre, pero ella no vale, y Mister Equis es un ser irreal que ni conozco..., y Greta, pero está durmiendo...

Me noto entrar en barrena, los pensamientos negativos y obsesivos no me dejan en paz; no los puedo parar. Me ha pasado pocas veces pero siento que me colapso con la angustia, me cuesta hasta respirar.

Me echaré atrás. Volveré a Madrid y lo pararé todo. Desmontaré la tienda y me iré a mi casa... Buscaré trabajo en una agencia como debí haber hecho desde un principio. Qué barbaridad he hecho, pero qué barbaridad.

Desde mi separación todo lo que he hecho han sido despropósitos, estoy como vaca sin cencerro. Mi vida es como una huida hacia delante.

A las ocho de la mañana no se me ocurre nadie a quien llamar excepto a Andrés. Él me conoce y sabe cómo tranquilizarme. Salgo a la terraza y marco su número.

Me coge el teléfono adormilado. Seguro que aún está en la cama.

—Hola, ¿cómo es que me llamas a estas horas...?

—Escucha, Andrés. No te llamaría si no lo necesitase. Me he venido un par de días con una amiga a Cabo de Gata y estoy en medio de un ataque de ansiedad.

Me encuentro fatal. No sabía con quién hablar.

—Bueno, lo primero, intenta tranquilizarte —me dice—. Siéntate y respira,

respira profundamente... venga, hazlo —me ordena—, y cuelga el teléfono.

Cuando te hayas calmado un poco me vuelves a llamar y me cuentas lo que te pasa.

Hago lo que él dice. Hace un día maravilloso de cielo azul y sol. Veo el mar y las gaviotas desde la terraza. Toda la calma del exterior contrasta con mi increíble agitación interior y la taquicardia que tengo. Parece que el corazón se me va a salir del pecho. Respiro profunda y lentamente hasta que el aire limpio me llena los pulmones y mi pulso se va calmando. Estoy así unos minutos hasta que parece que se me pasa un poco la angustia... Luego le llamo de nuevo.

—¿Ya estás mejor? Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Que no soy capaz, Andrés. No voy a ser capaz de abrir la tienda... No sé por qué lo he hecho. Es una barbaridad. Lo voy a parar todo.

—No vas a parar nada, ¿me oyes? Lo vas a hacer como habías previsto. Te saldrá bien. Serás una vendedora de té estupenda. Serás lo que quieras ser. Te está dando un ataque de pánico. Es normal. Has trabajado mucho y estás a punto de dar el paso. No pasa nada. No estás sola, piensa en eso: hay un montón de gente que te quiere... tu familia, tus hijos, yo... Sabes que me tienes a mí para lo que necesites.

—No, a ti no te tengo. Ya no.

—Aunque ya no seamos pareja me sigues teniendo. Creo que te lo he demostrado muchas veces. Además, eres la madre de mis hijos. Y ahora vete a la playa, báñate, come rico, disfruta del día y olvídate de la tienda hasta que regreses a Madrid... ¿Me vas a hacer caso por una vez?

—Sí, te voy a hacer caso —le digo—. No suelo hacerlo pero esta vez lo prometo. Muchas gracias por todo... y perdona que te haya despertado. Sigue durmiendo.

Yo también vuelvo a la cama. Greta se está despertando. Me mira y me sonrío desperezándose.

—¿Qué te pasa? —me pregunta preocupada al ver la expresión de mi cara.

—Llevo horas despierta. Abrázame, por favor. Tengo mucho miedo. Necesito que me abracés.

Ella no se extraña. Creo que entiende mis terrores y mi caos. Por eso estamos conectadas desde el principio. Me atrae hacia ella y me acurruca contra su pecho acariciándome la cara. Me pego a su cuerpo tibio y huelo su pelo.

Sin darme cuenta mi lengua ya juguetea con su cuello, con sus orejas... Ya sé que está embarazada y que ahora le es fiel a Luis, pero es como una corriente que me arrastra, no puedo evitarlo. Es bonito, no es nada malo. Nos besamos

como antes y todo vuelve a empezar. Creo que ella también lo necesita, que también desea hacerlo una última vez.

—No pasa nada... será la última vez. Esta vez sí que sí —me dice mientras sus manos recorren ya todo mi cuerpo con la misma impaciencia de siempre pero más dulcemente.

Su lengua lame mis tetas, muerde mis pezones al tiempo que mi mano se hunde en su entrepierna con mucho cuidado, como temiendo hacerle daño. Hago que se corra varias veces sin apenas tocarla.

Después ella bucea entre las sábanas y hunde su cabeza entre mis piernas.

Al poco rato me olvido de que tengo miedo.

Thelma y Louise

Pasamos el día leyendo y relajadas en la playa como si no hubiera pasado nada, otra vez solo amigas. Agradezco estar allí con ella, me resulta fácil, todo sucede de forma natural y sin explicaciones.

Le cuento ya con calma lo que me ha pasado esta mañana y me dice que no debo tener miedo, que, al contrario, debo estar orgullosa de mí, de ser tan valiente como para atreverme a cambiar de vida.

—Vas a hacer lo que miles de personas sueñan con hacer y no se atreven... cambiar de rumbo, salirse del camino marcado.

De encontrarme fatal paso a encontrarme medio bien, un poco más confiada, creyendo que puedo hacerlo.

Siempre pienso que no valgo nada, que no voy a ser capaz de nada, que todos son mejores que yo. Pero pensando eso es justamente como me voy haciendo fuerte, es mi manera de ir más allá...

Como dice mi madre, «paso a pasito por el caminito».

Ese mismo día recibo el primer whatsapp de Mister Equis. Su nombre de WhatsApp es Mister Equis. Eso me hace sonreír. Supongo que será un número que solo usará para hablar conmigo. Lo primero que miro, antes incluso que el mensaje, es la foto. Está de espaldas y a contraluz. Solo se distingue la silueta.

Bueno, por lo menos parece normal, ni gordo ni flaco. No parece viejo, eso es importante. Creo que nunca podría acostarme con un señor mayor.

¿Cómo está la futura vendedora de té más guapa de Madrid? Apuesto a que lo primero que has hecho es mirar mi foto.

Acertaste, pero se te ve fatal.

¿Para qué quieres verme más? Te dije que quiero que te enamores de mí por cómo soy. Mi aspecto físico es lo de menos. No te creía tan frívola.

No soy frívola, pero el aspecto me importa. La atracción física es lo que hace que te quieras acostar con una persona o no, entre otras cosas.

Tú ya te quieres acostar conmigo por las cosas que he hecho y, sin embargo, no me has visto... Creo que te contradices.

¿Y cómo sabes que me quiero acostar contigo?

Anoche me dijiste que pensaste en mí mientras te corrías... o ¿pensabas en mí y te corriste? Es distinto.

Sí lo hice... y creo que el no saber cómo eres aún me excita más... Tú sí sabes cómo soy yo, ¿verdad?

Sí, lo sé... acabo de ver tu foto de WhatsApp. Estás muy guapa. Me encanta tu sonrisa.

Eso es lo que me dicen todos en Tinder. No me decepciones, anda. Oye, te tengo que dejar. Nos estamos marchando ahora mismo del hotel. Volvemos ya a Madrid.

No me gustaría mucho viciarme al WhatsApp. No quiero eso para nosotros. ¿Qué te parece si acordamos conectarnos una vez a la semana nada más? Prefiero seguir usando el mail para nuestras comunicaciones. Es más reposado.

Posibilita pensar lo que vas a escribir y hacerlo bien, ¿estás de acuerdo?

Vale, hablaremos los jueves a las 22.00 horas pase lo que pase. Solo nos quedan cuatro semanas... Es decir, cuatro conversaciones. A la quinta semana nos conoceremos.

Solo si he conseguido mi objetivo: que te enamores de mí sin verme.

¿Y si me enamoro antes?

Pues tendrás que esperar.

Greta es la que espera estoicamente en la habitación a que acabe con el WhatsApp, un poco impaciente. Ella es de las listas, de las que todavía no se han

enganchado y aún llaman para felicitar los cumpleaños en vez de liquidarlos con una línea de chat como hacemos todos.

Nos metemos en el coche rumbo a Madrid. No hablamos mucho por el camino.

Vamos con la música a todo trapo. Estoy en una etapa *country* de mi vida, así que le hago ir escuchando a Johnny Cash gran parte del camino.

Pienso en Thelma y Louise, quizá por la música. Ella y yo somos como Thelma y Louise, dos personas peculiares, dos aventureras, cada una en su estilo.

Greta acepta su peculiaridad. Yo todavía no.

No hay mejor sitio para pensar que el de copiloto en un coche. Todo el mundo quiere llegar a su destino menos yo. A mí los viajes se me hacen cortos, siempre quiero seguir, llegar me fastidia enormemente. Hay pocas cosas que me gusten más que ir por la carretera y no conducir yo, ir a mi rollo, pensando en mis cosas mientras otro se lo curra.

Quizás es esto también lo que le pido a la vida: estar a mi rollo, que nadie me moleste mientras otros se lo curran.

Pienso que han sido dos días extraños. Me hacían falta para zanjar algunas cosas y estar lista para empezar otras nuevas.

Por un momento me imagino que no estamos en La Mancha sino al norte de Tejas, esto también lo hago mucho: teletransportarme adonde me da la gana.

Dicen que en el sexo la imaginación lo es todo y eso también sirve para la vida cotidiana. Hay que echarle imaginación hasta cuando una está en el súper o en el gimnasio, si no creo que no podríamos soportarlo. Es por eso que las personas inteligentes nunca están donde están y siempre quieren estar en alguna otra parte.

Para mí, no conformarse es la esencia de lo que creo que es una persona inteligente.

Cuando estamos llegando a Madrid, Greta y yo hablamos muy seriamente. El resumen es que no nos volveremos a liar otra vez.

—No por mí, que yo volveré a las andadas seguro —dice ella—, sino porque sospecho que tú acabarás enamorada como una perra del tal Mister Equis. En el fondo no buscas sexo, lo que quieres es que te quieran. El sexo es una forma como otra cualquiera de que te hagan caso.

—Y tú tampoco buscabas sexo —le respondo yo—. En el fondo solo lo hacías para quitarte la angustia de no conseguir quedarte embarazada, para distraerte.

Creo que de alguna forma todos usamos el sexo para tapar agujeros, sean los

que sean.

—Sí —añade Greta—. El sexo es como la Lotería de Navidad: sirve para tapar agujeros.

El día D

Tras algunos días de histeria preparando los últimos detalles, llega el día D, el de la inauguración de la tienda. Haré una fiesta a eso de las ocho y al día siguiente por la tarde, después de arreglarlo todo otra vez, abriré por fin la tienda.

No va a ser gran cosa, solo un vino y algo de picar para los amigos y la gente más cercana. Aun así, estoy muy nerviosa. Gracias a Mister Esquis la tienda es preciosa, ni en mis mejores sueños habría podido imaginar algo así.

Dejo a los niños en el cole y voy temprano por la mañana a prepararlo todo.

Como siempre, empiezo tomándome un café y un sándwich en el bar de al lado.

—Ha venido un mensajero esta mañana y ha dejado una caja para ti. Tenía orden de entregarla aquí si no estabas en la tienda —me dice Lola.

Es una caja grande de SEUR...

—Seguro que es alguno de los tés que faltaban por llegarme. Pásate esta noche un rato, Lola, cuento contigo.

Una vez en la tienda rajo la caja con un cúter y no es el té. Parece más bien un regalo.

Hay una bolsa negra y dentro algo envuelto en un delicado papel. Lo desenvuelvo y es un precioso kimono japonés largo y de seda bordada en tonos rosas y plateados. Hay aún otra caja más: son unas sandalias negras de tiras y tacón alto supersofisticadas de Jimmy Choo y una caja más pequeña de La Perla con un lazo en la que hay un precioso body negro de encaje y raso, imagino que para llevarlo debajo del kimono.

No hay tarjeta, pero tampoco me hace falta, sé perfectamente de quién es.

A primera hora de la tarde recibo un ramo con dos docenas de camelias blancas junto con una cajita de caramelos de violeta: «Camelias para Camelia, y violetas para Carlota.»

¿Cómo habrá sabido lo de los caramelos de violeta?

Incumpliendo mi promesa le mando un whatsapp para, una vez más, darle las gracias por todo, pero no está en línea. Ni siquiera sale el doble *check* de que lo

haya recibido. Tengo una pequeña decepción.

Antes de que empiece la fiesta aparece mi madre muy apurada con Coral, su tarotista. Irrumpen en la tienda sin avisar cuando estoy haciendo los canapés y preparándolo todo.

—Vengo con Coral a hacer una limpieza del local. Te ayudará a tener suerte.

—Ya está todo limpio, mamá. Llevo toda la mañana limpiando.

—No entiendes, chiquitina. Vamos a hacer una limpieza del espacio, una limpieza energética de la tienda. Será solo un momentito.

Entonces Coral se pone a hacer cosas raras mirando a las cuatro paredes de la tienda y a las latas de té. Es como una especie de oración o de letanía. No tarda más de cinco minutos.

—Ya tienes la tienda limpia —me dice—. Tienes que hacer afirmaciones para que esto funcione, Carlota.

—¿Afirmaciones? ¿De qué va esto?

—Te compras una libreta y debes escribir veinticinco veces cada día lo que quieres conseguir pero en presente, como si ya lo estuvieras logrando. Lo que debes escribir ahora es: «Yo, Carlota, estoy ganando tres mil euros al mes con los ingresos de mi tienda de té», así durante siete días. Y al séptimo arrancas las hojas y las quemas. Descansas dos y vuelves a empezar... tienes que seguir hasta que se cumpla.

—¿Y vale para todo?, ¿para lo que quiera conseguir?

Se me ocurrían muchas cosas: «Yo, Carlota, estoy saliendo con un hombre rico que está buenísimo, es culto, educado, encantador, me trata como a una princesa, me lleva a un montón de sitios de viaje y me folla salvajemente varias veces al día», o «Yo, Carlota, como y bebo como una cerda, uso la talla treinta cuatro y no me hace falta ir al gimnasio», o «Yo, Carlota, soy una diosa del amor y del sexo. Todo hombre que se acueste conmigo ya no puede pensar en otra cosa que no sea en mí». Y así podría seguir hasta el infinito y más allá.

Coral me dice que puedo hacer todas las afirmaciones que quiera, pero, eso sí, cada cosa que se pide ha de ser en un cuaderno distinto. No sabía yo que era tan fácil cumplir deseos. Al fin y al cabo solo tienes que pasarte toda la vida escribiendo afirmaciones. Cuando acabe probablemente me habré muerto de vieja y tendré toda la casa llena de cuadernos apilados en plan mi madre.

Antes de la inauguración paso por casa a cambiarme. Me pondré lo que me ha mandado Mister Equis. Esta vez Josen se ha librado de que vaya a arrasar su estudio. Sin embargo, sí le he invitado a la fiesta, y también a Axel. Le he dicho

que traiga a toda la gente que quiera, cuanta más mejor.

Me pongo unos pantalones negros con el body de encaje, las supersandalias y el kimono. Me llega a los tobillos y me queda de muerte. Es ideal para una ocasión como esta. Está claro que tiene buen gusto.

Creo que hoy debo llevar alguna de las joyas de mi abuela. Diana las ha clasificado cuidadosamente y las ha metido en distintos sacos de tela. Hay un collar de perlas negras que me quedará genial a juego con unos pendientes en forma de lágrima y con diamantes. Caray, cuando me miro al espejo tengo pinta de dueña de tienda y todo.

Me extraña no tener noticias de Mister Equis, y eso que sabe que es un día importante para mí. No da señal ni por correo ni por WhatsApp. El que le mandé esta mañana aún está con una raya, ni lo ha leído. Me intranquiliza cuando no me contesta.

Ya en la tienda, los invitados empiezan a llegar. A todo el mundo le sorprende lo bonita que la he dejado, el buen gusto que tengo... Si supieran que yo solo he colgado cuatro plantas... Me preguntan de dónde he sacado esto y aquello y yo me lo invento todo.

Pronto aparece mi madre con los niños. Viene a regañadientes. Sigue diciendo que da mala suerte.

—Me debería ir, hija mía, esto va a ser un fracaso total si me quedo.

Le doy una copa de vino para ver si deja de decir chorradas y se la bebe de golpe. Luego dice que se está mareando, como siempre. Esta vez puede que sea verdad.

Josen también se pasa, pero nada más llegar dice que se tiene que ir, que no sé qué *celebrity* le espera para un *fitting*.

—Solo vengo a ver cómo vas vestida, tu tienda no me importa *nothing* de *nothing*, cariño... es una puta locura todo esto. Ya me ha extrañado que no hayas venido a esquilmar mi estudio como de costumbre... ¿A ver qué llevas?

—Pues algo que me han regalado esta mañana, ¿te gusta?

—Me quedas muerto, como diría mi abuela. Cómo se nota que te lo han regalado. Para empezar, tú no te comprarías unas sandalias de Jimmy Choo ni aunque te amenazaran de muerte con un cuchillo... El kimono que llevas se nota que es auténtico japonés y vale un dineral. Es de seda, por si no lo habías visto.

Tú no sabes reconocerla... Y en cuanto al body... hija, qué sexi. Con las joyas me dejas ya epatado. No sabía que tuvieras piezas así.

—¿No te digo que pronto seré *celebrity*? Vendrás a arrodillarte a mi puerta suplicando vestirme. En esta tienda conoceré a alguien que me cambiará la vida

para siempre...

—Sí y mientras volamos en tu jet privado rumbo a Los Hamptons a pasar el fin de semana recordaremos cuando te comprabas las bragas en Primark y los bolsos en las gitanas del Rastro, ¿no, hija de puta?

—Los comienzos siempre son duros —le digo—, tú bien lo sabes.

—¿Y quién te ha regalado este *look* tan exquisito si se puede preguntar?

—Un tío que no conozco.

—Pues hija, si sin conocerte te regala esto, conociéndote puede ser lo más de lo más... o bueno, no. Justamente cuando te conozca te empezará a regalar cosas de Mango, apostarí cualquier cosa.

»A ti es casi mejor no conocerte mucho, te lo digo desde el cariño. Porque tú estás loca del coño, Carlota.

Al rato aparece Andrés. Se queda muy asombrado con la tienda.

—Es siglo XIX como a ti te gusta... lo has clavado, ¿eh? No sabía que tuvieras este don para la decoración.

—A ti te voy a decir la verdad: no lo he hecho yo, lo hizo Mister Equis, el tío del que te hablé con el que mantengo una relación platónica a través del mail...

Me pidió las llaves tres días y cuando me las devolvió la tienda estaba montada.

Como ves, está intentado conquistarme.

—Joder, cómo se lo curra el personal. Eso es algo que jamás hubiera hecho yo, ¿verdad? Claro que yo por lo menos soy de carne y hueso. Seguro que tu Mister Equis es un viejo o un degenerado. ¿No te dije que cortaras ya ese asunto? De verdad, Carlota, vas a ciegas por la vida. Tú haz lo que quieras pero tienes dos hijos. Te recuerdo que hace dos días estabas con un ataque de ansiedad. Yo no digo nada...

—Ya... yo no digo nada y te lo digo todo. ¿Y qué tienen que ver los críos en esto?

—Pues que me gustaría un poco de estabilidad para ellos y que no vean cómo su madre se cuelga de seres irreales que ni siquiera conoce.

—Uy, uy, uy, ¿te estás poniendo celoso?

—Sí, claro, celoso de un tío que probablemente ni siquiera exista. Por cierto, hablando de celos, le he dicho a Sara que se acerque un rato. Le encanta el té y así te la presento.

—Vale. Veré qué té envenenado tengo para regalarle. Debería encargarme una infusión al arsénico para ocasiones como esta.

Andrés se escapa de mí y va a ponerse una copa de champán mientras

atiende a los niños, que están un poco desubicados entre tanto adulto. Veo a mi madre pasearse angustiada por la tienda. Sin duda, sigue creyendo que su presencia arrojará una maldición que durará años. La sitúo más en el Antiguo Egipto que aquí. La pobre no ha nacido en la era correcta.

De repente en una de sus idas y venidas, repara en el collar.

—Eso era de mi madre, ¿cómo es que lo tienes tú?

—Es que la abuela lo metió todo en uno de los cojines que me dejó, así que ahora todo es mío —le digo de golpe y porrazo aprovechando que está medio borracha—, pero si quieres te las devuelvo, no tengo problema.

—Ah, pues me parece muy bien, chiquitina. Ya me las dejarás a mí cuando te mueras, con tal de que permanezcan en la familia —dice quedándose tan ancha.

Afortunadamente algo me distrae: Greta y Luis acaban de llegar.

A ella ya se le nota un poco el embarazo pero está resplandeciente, como siempre. Lleva un vestido de punto color berenjena que deja ver un poco su incipiente barriguita. Él la lleva cogida de la mano y no la suelta: que quede claro que es suya y bien suya.

Cuando la agarro del brazo para llevármela a la mesa donde están las bebidas él me mira con desconfianza, como si fuera un pastor alemán que guardase a su ama.

Me mantengo permanentemente pegada al móvil. El mensaje que le mandé esta mañana a Mister Equis sigue con una raya y no hay ni whatsapps, ni correos ni nada. No entiendo...

De repente veo que se organiza un cierto revuelo entre las invitadas a la fiesta y creo saber por qué.

Ha llegado Axel.

Ahora que tiene programa en la tele es aún más famoso y, claro, sigue estando cañón, eso siempre. Aparece con unos vaqueros negros, camiseta negra y una americana, el pelo medio mojado y el casco de la moto en la mano. Viene con dos chicos más que tampoco están nada mal.

—Carlota... bueno, bueno, bueno. Tu tienda es la ostia, titi. Pero ¿cómo te has montado esto tú solita? Te quiero para que me decores mi próximo restaurante.

Ni interioristas ni pollas...

»Mira, te voy a presentar. Este es Miguel Mur y, como sabes, autor del blog de gastronomía más influyente de este país, y este es Fede Caballero, que escribe para *Metrópolis* y para *La Guía del Ocio*.

Los saludo todo lo educada que puedo pero estoy empezando a estar algo

borracha. Me preguntan cosas de la tienda, de los tés y les propongo pasarse otro día a probarlo todo con calma. Les llevo a la mesa de las bebidas para que se pongan unos vinos mientras agradezco a Axel que los haya traído...

—Nada, reina, era lo mínimo. Te sacan fijo. Ya he hablado con ellos. Me deben un par de favorcillos y cuando quieras grabamos algo para meter la tienda en mi programa. Ya me inventaré algo del té. Por cierto, estás para comerte.

Luego te vienes conmigo. Ya ves que hoy no te he traído a ninguna novia.

Vamos a celebrar la gran inauguración de tu nueva vida como es debido.

—Ay, Axel... ¡no! No tienes remedio. Están mis hijos...

—Pues que se los lleve tu exmarido... ¿Quién es?, ¿ese de ahí? Es bastante guapo, pensé que era peor. Y no me digas que esa es...

—Sí, es ella —le digo—. Es Greta...

—Joder, ahora te entiendo, Carlota. Está buena hasta decir basta. Yo me la follaría siendo tío, tía o gato.

Le explico a Axel que hemos terminado con lo nuestro, que está embarazada de tres meses y que ha decidido volver a la monogamia un tiempo.

—Pues qué pena, porque está tremenda... y lo de que esté embarazada aún me pone más.

Miro el móvil y nada, ni rastro de Mister Equis. No comprendo por qué desaparece justo el día en el que más le necesito. No entiendo nada.

Al rato aparece la tal Sara, la novia de Andrés. Éramos pocos y parió la abuela.

Es alta, rubia y joven... La típica azafata. Entra en la tienda un poco cortada, buscando a Andrés. Mis hijos corren hacia ella y se le echan al cuello. Pero ¿esto qué coño es?

Andrés se da cuenta de que ha llegado y le sale al encuentro, dándole un beso.

Tampoco es un beso de estar muertos de amor, al menos eso es lo que me parece.

—Mira, Carlota —dice él acércandose con ella de la mano—, esta es Sara. Por fin os conocéis.

—Hola, Sara. Tenía muchas ganas de conocerte —digo yo más falsa que nunca—. ¿Qué tal en la costa Amalfitana?

—¿Dónde? —pregunta ella... Y luego parece reaccionar y dice—: Aaah, fenomenal. Lo pasamos genial y Teo y Diana se portaron superbién. Es precioso aquello. Oye, qué bonita tienda. Qué buen gusto tienes.

—Ya... tú también por lo que veo —contesto mirando a Andrés con una

sonrisa.

Me los intento imaginar a los dos desnudos en la cama pero no puedo. Es un ejercicio que hago a menudo. Imaginar a gente follando. Así los recreo vulnerables, sudorosos y desprovistos de todos sus adornos, como realmente son.

Mientras me entretengo con la novia de mi exmarido veo que Axel le está tirando el anzuelo a Greta. Estaría bien que ella no quisiera acostarse conmigo y lo hiciera con él. Pero no creo, está Luis, que continúa a su lado como un perro guardián.

Sigo pegada al móvil como una lapa, esperando mensaje de Mister Equis. Ya he perdido la esperanza de que sea esta noche. Pero me equivoco...

Sal a la puerta. Quiero ver cómo te queda lo que te envié esta mañana.

¿Estás aquí? ¿Voy a conocerte?

Sal.

Salgo y no hay nadie. Son las once y la calle está desierta. Miro a un lado y a otro y no veo un alma. Miro hacia arriba, hacia los balcones, y tampoco.

Tenías que haberte recogido el pelo. Te hubiese quedado mejor con el kimono.

¿Dónde estás?

Estoy por todas partes. Me gustan esas joyas que te has puesto. Son bonitas.

No estás aquí, ¿verdad? Te lo estás inventando.

Recibo una foto al móvil. Es de la misma calle y parece hecha en este mismo momento. Misma calle desierta, misma oscuridad.

Por más que miro, no veo a nadie pero me excita saber que él sí me está observando a mí.

Antes de meterme de nuevo en la tienda lanzo un beso al aire y soplo...

Casi al instante recibo la contestación:

Otro para ti.

Al cabo de un rato de regresar a la tienda, Andrés y su novia parecen algo aburridos. Se marchan y se llevan con ellos a los niños. Mi ex ha tenido el detalle de dejarme libre la noche de la inauguración para que pueda salir por ahí a celebrarlo. Mi madre también se acopla y se va con ellos. Esto es como una merienda de negros...

Es casi media noche y apenas queda gente. Veo que Axel continúa charlando animadamente con Greta y Luis. Parecen estar pasándolo muy bien. Sus amigos periodistas hace ya un rato que se han marchado.

Axel propone que vayamos los cuatro a Josealfredo a tomar una copa y a los otros les parece bien.

La gente que queda se va yendo y cerramos la tienda. Mañana me tocará limpiarlo y arreglarlo todo pero no lo voy a pensar esta noche...

El bar está como siempre, lleno de gente, pero conseguimos hacernos un hueco en una de las mesas del fondo. Me encanta este garito y en general todos los que parecen un poco ajados y pasados de moda, tipo pub de barrio de los ochenta.

Greta no puede beber alcohol pero los demás estamos ya bastante borrachos.

Aun así nos pedimos una ronda de *gin-tonics*.

—¿Os ha contado ya Carlota que nosotros follamos de vez en cuando? —les pregunta Axel...

—Sí —contesta Greta—, a mí sí me ha hablado alguna vez de ti. En la India no nos separamos, nos dio tiempo a contarnos nuestra vida entera...

—Es que a mí también me ha hablado de vosotros... me dijo lo guay que llevabáis vuestra pareja. Me fascina el rollo del poliamor.

—Bueno —dice Luis—, ahora que vamos a ser padres lo hemos dejado un tiempo, por lo menos hasta que nazca el bebé y veamos cómo nos sienta nuestra nueva vida.

—Bueno, pero habrá excepciones, ¿no? ¿Qué os parecería si nos enrollásemos todos esta noche? Podemos ir a mi casa.

Me quedo mirando a Axel con la boca abierta. Definitivamente le había gustado Greta y quería tirársela a toda costa, y seguro que aún le ponía más la idea de hacerlo conmigo pero ¿qué pensaba hacer con Luis?

—Aunque hiciésemos una excepción, a nosotros no nos gusta compartir experiencias —dice Luis—, preferimos hacer las cosas cada uno a nuestro rollo...

—Pues lo podemos hacer hoy... y así os despedís de la vida depravada.

Greta y yo nos miramos como diciendo: «Vaya, ahí vamos otra vez.»

—A mí no me apetece mucho —dice Luis—, pero no tengo problema que os vayáis con Greta si ella quiere. Jamás se me ocurriría impedirle hacer nada que ella desee.

Todos permanecemos callados mirando a Greta...

—No sé qué decir. Como apetece me apetece, pero dije que ya no lo haría más. Voy a echarlo a cara o cruz.

»Cara me voy con vosotros y cruz me marcho con Luis.

Tres

Llegamos al piso de Axel. Me pone una copa y se sirve otra para él y a Greta le ofrece un zumo. Ella alaba su casa y se pasea de un lado a otro cotilleándolo todo. Pregunta sobre el Tàpies.

—Si quieres puedes pasarte por mi galería —le sugiere a Axel—, para que veas la obra que tenemos, quizá te interese comprar algo...

—Por supuesto. Si me atiendes tú, compro lo que sea —responde zalamero.

Ella le sonrío halagada.

Mientras Axel y Greta hacen ojitos miro un segundo mi móvil. No he vuelto a saber de Mister Equis...

Tengo un nuevo mensaje, no de WhatsApp. Esta vez es un correo:

Saudade: echar de menos lo que nunca se tuvo. Eso es lo que me pasa contigo. Te echo de menos terriblemente aunque nunca te he tenido... y no sé si alguna vez llegaré a tenerte. Buena suerte con tu nueva vida. Solo quería decirte esto.

Me quedo inquieta. Desde ayer le noto distante, como si fuera a esfumarse en cualquier momento...

Greta y Axel me llaman desde la habitación entre risas. Ni siquiera me he enterado de que se han ido del salón.

El mensaje de Mister Equis otra vez ha conseguido llevarme a otro sitio, al lugar en el que quiero estar.

Cuando llego a la habitación veo que Axel ha organizado toda la puesta en escena habitual, velas, música...

Greta y yo ya sabemos lo que tenemos que hacer con solo mirarnos. Nos quitamos la ropa despacio besándonos y acariciándonos al mismo tiempo pero sin darnos prisa, remoloneando.

Él nos mira desde la cama. Ya está desnudo y con la polla empalmada en la mano. Le brillan los ojos y se relame como un gato.

Se levanta y viene hacia nosotras poniéndose entre las dos. Nos acaricia lentamente la cintura, el culo... y nos besa de forma alterna. Primero a una,

después a la otra. Luego hace que Greta y yo nos besemos mientras él se pone detrás de mí. Empieza a restregarse contra mi culo, para que note su tremenda erección al tiempo que me muerde el cuello y la nuca. Baja luego su mano a la parte interior de mis nalgas y juguetea con mi vagina, hundiendo sus dedos en ella.

—Estás chorreando —me dice al oído—, eres una zorra en grado uno.

Después de ponerme a mil, se mete en medio del sándwich y empieza a besar, a tocar y a lamer a Greta mientras yo me pongo detrás de ella y le hago exactamente lo que Axel me ha hecho a mí hace apenas un segundo. Ella y Axel se están literalmente devorando, parece que se gustan bastante.

—No hay cosa que me excite más que ver a dos tías dándose placer. Carlota, quiero ver cómo te comes a Greta. Por favor, cómele su precioso coño. Necesito ver tu lengua moviéndose alrededor de ese *piercing*.

Greta ya se ha tendido obediente en medio de la cama y me espera con las piernas abiertas. Le pongo la almohada debajo del culo, como sé que le gusta, y empiezo a pasar la lengua por su sexo, rodeando su *piercing* y jugando con él.

Conozco el terreno bastante bien. Sé lo que le vuelve loca, el ritmo que necesita, lo que quiere...

Con el rabillo del ojo veo a Axel con su polla en la mano, masturbándose, y a Greta gimiendo y con los ojos muy abiertos. No quiere perder detalle de lo que hace Axel.

—Fóllate a Carlota —oigo que dice Greta a Axel—. Métesela y haz que se corra. ¿No ves que lo está deseando? Y yo también. Quiero ver qué pasa cuando la follan con una polla de verdad...

Axel se aproxima por detrás, noto sus manos agarrándome las caderas y luego cómo me embiste entrando en mí sin contemplaciones.

—¿Así quieres que te folle? ¿Así? ¿Te gusta que te la metan mientras te comes un coño? Le das a todo, ¿eh?... —dice mientras continúa a lo suyo.

No puedo gemir porque mi boca está ocupada en el sexo de Greta. Ella sujeta mi cabeza para marcarme el ritmo. Las embestidas de Axel hacen que me pegue aún más a ella.

Se corre como pocas veces la he visto. Y su orgasmo me hace estallar a mí también, solo con oírla.

Axel decide que es su turno. Y quiere jugar a tratarnos mal.

—Sois unas cerdas, a cada cual peor —nos dice.

Nosotras nos miramos riéndonos. Las dos pensamos que no le falta razón.

—Ahora me vais a comer bien la polla. Primero tú —dice mirando a Greta

—, que con todo lo que Carlota me ha contado de ti ya tengo curiosidad.

Y pronto Greta coge su polla con las dos manos y se la empieza a chupar con glotonería. Me quedo fascinada mirándola. Resulta igual de convincente que con una mujer. Realmente, se ve que disfruta con las dos cosas.

Mientras lo hace yo le aparto el pelo, le marco el ritmo moviéndole la cabeza más rápido o más lentamente. Me excita verla así y ayudarla a hacerlo.

—Trágate la entera —dice Axel—, hasta el fondo.

Entonces ella lo hace. Abre su garganta de tal forma que se la mete toda dentro de la boca, como hizo el día de nuestro masaje. Aún no entiendo cómo consigue hacerlo sin ahogarse.

—Ahora tú, Carlota —dice mientras aparta a Greta con suavidad—. Greta te ha puesto el listón muy alto. Es una experta en mamadas por lo que veo.

Intento hacérselo como ella para no ser menos, pero me dan unas arcadas horribles que me impiden seguir adelante. No obstante, vuelvo a intentarlo, hasta que acabo por conseguirlo. Se me saltan las lágrimas. Nunca jamás me he metido la polla de un tío tan adentro.

Axel nos pide que nos pongamos de rodillas las dos pegadas, una al lado de la otra. Con su polla en la mano va de la boca de Greta a la mía con un ritmo frenético que le lleva al borde del clímax. Por lo que le conozco no le queda nada para correrse.

—Tumbaos en la cama. Carlota, tú ponte debajo, Greta encima de ti...

Lo hacemos y ambas nos empezamos a besar y a tocar de nuevo, excitándonos con nuestros cuerpos y con el recuerdo de lo que acabamos de hacer...

—Os voy a follar a las dos. —Y mientras lo dice saca del cajón de la mesilla condones y un lubricante.

Nos unta de lubricante por todos lados. Después de ponerse un condón se mete dentro de mí y empieza a follarme de nuevo. Sale de mí y se mete dentro de Greta, Continúa haciéndolo varias veces hasta que se corre con su escándalo de siempre.

Greta y yo apenas hablamos en el taxi que compartimos de vuelta a casa.

Aunque ha estado bien, creo que las dos preferíamos estar a solas que compartir nuestra historia con Axel.

—¿Qué te pasa? —quiere saber—. ¿Estás triste o es que estás borracha? ¿Te arrepientes de haberlo hecho con Axel?

—Pues no sé —le contesto—. Creo que me he enamorado de Mister Equis.

No puedo dejar de pensar en él. Hace un rato, mientras follábamos, me he dado cuenta de que es con él con quien quiero acostarme. No con Axel, ni siquiera contigo...

—Estoy segura de que lo harás.

—No creo que lo haga, Greta. Me da la sensación de que Mister Equis no es del todo real, es como si me lo hubiera inventado yo... un ser hecho a mi medida.

Nueva vida

Al día siguiente no puedo abrir aún la tienda. Ha quedado tan desordenada y sucia después de la fiesta que necesito un día más para adecuarla. Yo tampoco estoy en muy buenas condiciones tras el trío con Axel y Greta y después de acostarme a las tantas de la madrugada.

Una vez limpio y arreglado todo, la abro como si nada. Sin darle importancia, como si fuera algo que hiciese todos los días. Sin pensarlo.

Mi máximo terror es la caja registradora, no me apaño con ella. Y, bueno, la gente, esto también da mucho miedo.

Tengo pavor a que algún entendido del té venga y me ponga en ridículo en dos segundos. En caso de pasar eso la solución es sonreír y decir que estoy aprendiendo. Tampoco es tan terrible. El caso es ser simpática y sonreír un montón.

Los primeros días pasan sin incidentes interesantes más allá de las típicas meteduras de pata de principiante. Vienen los amigos, la familia y todos gastan dinero a espaldas... Pero no puedo estar contenta ni tranquila. Desde el día de la fiesta no sé nada de Mister Equis.

No está nunca en línea y el mensaje que le envié hace dos días aún está con una raya. ¿Quién queda en el universo que no conteste los whatsapps? Todo el mundo los ve. No me explico a qué juega. ¿Le habrá pasado algo?

Estoy superrelajada y contenta en mi preciosa tienda azul. Es tan bonita que muchos de los que vienen piden permiso para sacar fotos.

Miro el poema de Borges enmarcado en una de las paredes y no dejo de pensar en mi hombre misterioso.

Estoy rodeada de cosas que han sido elegidas con mimo por él y, sin embargo, él no está por ningún lado. Se lo ha tragado la tierra. Quizá me meta un poco en Tinder. Me hace falta entretenerme, olvidarme... Debo mentalizarme de que quizá no vuelva a saber nada más de él.

Esa misma semana Axel viene a grabar con las cámaras de la tele a la tienda unas cuantas secuencias para su programa, *El Supercchef*. Apareceré dentro de

unas semanas en horario de máxima audiencia así que, con suerte, eso me dará la publicidad que necesito. La excusa es que viene a comprar té e infusiones para una de las casas en donde tiene que enseñar a cocinar.

Durante la grabación intento parecer natural ante la cámara pero no quiero ni verme. Seguro que estoy ridícula.

Axel es un buen amigo, siempre se porta bien conmigo, sin embargo, el sexo con él me ha dejado de parecer tan excitante. Con las relaciones que se basan solo en la cama debe de pasar esto, te cansas enseguida.

Al cuarto día de tener la tienda abierta y cuando estoy entretenida colocando latas y poniendo etiquetas aparece una persona a la que no esperaba ver pero que, sin embargo, sabía que tarde o temprano aparecería: Antoine.

Llega sonriente, como queriendo parecer natural y despreocupado, pero no tiene muy buena cara. No la que tenía cuando tenía trabajo, desde luego...

—Hola, Carlota.

—Ah, hola, ¿qué tal, Antoine? Con todas las tiendas de té que hay en Madrid y justo has tenido que dar con esta...

—Me enteré que la habías montado y quería verla. Espero que no te moleste.

Vengo como comprador, no te preocupes, ya sabes que soy adicto al Earl Grey.

Qué bonita la has dejado.

—... Vaya por Dios, ¿cómo lo has sabido?

—Por los amigos comunes que aún tenemos en Facebook y que etiquetas en tus fotos, por eso... Quería decirte que si necesitas que te eche una mano con el tema del diseño de la web o lo que te haga falta, cuenta conmigo. Estoy buscando trabajo. Desde que me despidieron de Nauplia no tengo nada y no nos dieron indemnización. Fue un despido procedente... De momento vivo de mi madre.

—Y tanto que fue procedente —respondo—. Pues no tengo nada, Antoine. Ya me han ayudado amigos con toda la parte del diseño gráfico, así que me temo que no tengo nada para ti.

—¿Y tomar un café algún día?

—Yo no tomo café. Creía que lo sabías. Y ahora que tengo una tienda de té menos.

—Bueno, pues un vino... qué sé yo. Aún te echo de menos.

—Me parece genial. Yo no. Te vi hace unas semanas en Snobissimo con una chica igual a mí. No parecías estar sufriendo mucho.

—Me volví loco de celos esa noche cuando te vi con aquellos dos... No me lo recuerdes. He venido de nuevo a pedir que me des una oportunidad.

—Y ya te la doy. El poder estar aquí hablando conmigo, el dirigirte la palabra ya es la oportunidad, ¿te parece poco?

Durante unos breves momentos me mira sin decir nada y aún puedo notar un leve estremecimiento en mi cuerpo, como un recuerdo lejano de lo que sentía por él, apenas hace unos meses, una pequeña chispita. Por un segundo me noto en peligro. Sigue siendo muy guapo, de eso no hay duda... y yo estoy otra vez aburrida ahora que no tengo noticias de Mister Equis. Qué fácil sería caer de nuevo en sus redes, dejarme regalar los oídos por toda esa palabrería..., volver a echar de nuevo aquellos polvos...

—Si me decido a hacer una tienda *on line* te pediré un presupuesto, no te preocupes. Y ahora, elije el té que quieras. Yo te lo regalo.

Antes de irse me pregunta si me puede dar un beso. Dudo un instante pero tampoco quiero ser mala. Ya tiene bastante con lo suyo.

Se acerca y me coge de la cintura. Mis labios se dirigen hacia sus mejillas pero él busca mi boca. Me retiro de golpe, pero me da tiempo a notar de nuevo su olor, ese olor que tanto añoraba.

Quédate conmigo

Estoy tan fastidiada por la desaparición de Mister Equis que me organizo una cita Tinder para el jueves por la tarde después de cerrar la tienda. Quedo con un italiano que no me interesa gran cosa, pero yo qué sé. Ya que es mi semana libre de niños, por lo menos me entretengo un rato y tomo unas cañas.

Tengo una extraña alergia a estar sola en casa. Igual debería cambiar la decoración o llamar a Coral para que me haga una de sus limpiezas energéticas.

Cada vez que me meto en casa me da la sensación de encerrarme en una especie de jaula.

El italiano resulta ser más soso que un yogur de agua. Conozco yo mejor Italia que él, hay que joderse...

Le diré que madrugo mañana o lo que sea. ¿Para qué haré estas cosas? Con lo bien que estaría yo ahora en casa viendo *Downtown Abbey*.

Nos tomamos algo en El Rincón, uno de mis bares favoritos de Malasaña. De repente me doy cuenta de que unas mesas más allá está Sara, la novia de Andrés, o al menos eso me parece de lejos. Está con un chico de su edad en actitud bastante cariñosa. Al rato, de la actitud cariñosa pasan a comerse a besos. Ella no repara en mí.

Me quedo de piedra. No sé si debería decírselo o no a Andrés. No es asunto mío pero, joder, él parecía ilusionado con ella y ahora... ¿Habrán roto estos días y él no me ha dicho nada?

En parte no puedo dejar de sentir una secreta alegría: quiero que les quede claro al universo en general y a Andrés en particular que como yo no hay ninguna otra.

En cuanto a si debo decírselo o no, ya lo pensaré mañana.

Entre pitos y flautas me tomo dos cañas y un par de vinos, lo suficiente como para acabar la velada bastante «animada». El italiano me acompaña a casa caminando y se cree con derecho a saltarme a la yugular cuando llegamos a mi portal. Me dan ganas de decirle que por tomar dos cañas con él no debería pensar que vamos a follar pero no digo nada... Total para qué.

Después de «darle boletto» y una vez en casa, remoloneo un poco con el

móvil en el sofá. Pocas cosas hay que me den más pereza que acostarme... bueno, sí, quizá desmaquillarme. Cuando precisamente estoy valorando si me lavo o no la cara, oigo el sonido de un whatsapp...

Hola, es jueves, el día de hablar por whatsapp.

No puedo creerlo: Mister Equis aparece de nuevo tras casi una semana de ausencia. El corazón me salta como un potrillo salvaje pero no sé si contestar o no. A veces nos apresuramos mucho en responder los whatsapps, como si los estuviéramos esperando. Bueno, en realidad es que los estamos esperando pero tiene que parecer que nos importan un carajo.

Le hago esperar diez minutos aunque me muero de impaciencia. Cuando le contesto, pretendo mostrar indiferencia, como que me parece normal haber estado seis días sin noticias tuyas...

Ah, es verdad, jueves... Hola, ¿qué tal? Estaba a punto de irme a la cama.

No te molesto entonces, ya hablaremos... Buenas noches.

Cuando quiero decir algo ya se ha ido de nuevo. Soy idiota. Seguro que si hubiera demostrado un poco de entusiasmo y sorpresa él no se habría largado.

Ahora sabe Dios cuándo volverá a aparecer.

Ya en la cama empiezo a darle vueltas a la cabeza. Lo mejor sería bloquearle como dijo Andrés, empezar a dejar sus mensajes sin responder, pero son para mí como una droga, la única a la que soy adicta últimamente...

Tengo el móvil en silencio pero cuando ya me estoy quedando dormida pensando en todo esto veo de repente el destello de luz de un whatsapp en mi móvil.

No se te da muy bien pretender que no te importo.

Sonrío con regocijo, el corazón se me sale por la boca...

Es verdad, te estaba esperando, no tus mensajes. Te esperaba a ti. No he podido quitarte de mi cabeza en toda la semana.

Lo hice a propósito. Quería justo eso, que me echaras de menos. ¿Qué fue lo

que echaste en falta exactamente?

Tu presencia en mi vida, que estés cerca. Me parece que de alguna forma me cuidas y te preocupas por mí. Eres como una especie de miniangel de la guarda.

Lo hago pero también me interesa otra cosa. Quiero tocarte, abrazarte, olerte, sentirte, conocer todo de ti. Eres aún un misterio para mí.

Y yo también quiero lo mismo, y cómo lo quiero. El solo hecho de leer sus mensajes hace que una corriente eléctrica atraviese mi cuerpo y me falte el aire...

Dime, ¿y tú? ¿has pensado en eso?, ¿has tenido algún sueño erótico conmigo?

No, porque no tienes cara para mí. Pero sí me he excitado muchas veces pensando en ti, aunque no sepa cómo eres. No sé si serás tan bueno como lo eres en mis fantasías.

¿Y cómo soy en tus fantasías?

Muy guapo y masculino, alto y delgado, con manos grandes, una buena polla y dispuesto a hacerme el amor todo el día. Mi media mandarina... eso eres; o, por lo menos, un gajo.

Interesante, porque a mí nada me pone más caliente que pensar en ti, en cómo serás cuando por fin nos acostemos y todo tu cuerpo sea mío, completamente mío, cada poro de tu piel, cada gotita de sudor y de saliva...

¿Y cómo será cuando por fin te vea? ¿Qué harás conmigo?

No estoy seguro que sea apto para menores de cuarenta y cinco años... ¿qué te gustaría a ti que te hiciera?

Me gustaría sentirte dentro de mí, solo eso. Creo que ni siquiera necesitaría verte. Solo sentirte. ¿No podríamos hacerlo?

Aún no es el momento. Quedan tres semanas.

¿Es tan importante el tiempo para ti?

El tiempo siempre es importante... recuerda, es la sustancia de la que está hecha la vida. No es lo mismo cocinar en olla exprés que a fuego lento en una marmita de barro. Quiero saber exactamente cómo eres, lo que quieres. Lo que quiere tu cuerpo es fácil. Lo difícil es saber qué quiere tu alma. Estoy aprendiendo a conocerte ahora.

¿Y cuando me conozcas?

Cuando te conozca llegaré a todos tus rincones, y no será solo con mi polla.

Al despedirme estoy tan turbada que ni siquiera pienso en masturbarme. Eso es ahora lo de menos. Todo lo que sucede en mi cabeza no lo voy a solucionar con un orgasmo.

De lo único que tengo ganas es de decirle «Quédate conmigo», «No te vayas», «No me dejes esta noche».

Lo que Mister Equis no sabe es que ya ha llegado a todos mis rincones.

Y no ha sido en marmita de barro. Ha sido a la velocidad de la luz.

Pero no pienso decírselo.

Por lo menos no hasta que nos encontremos.

Una proposición indecente

Lo bueno de tener una tienda es que la vida pasa despacio y tu tiempo te pertenece, al menos al principio, cuando aún no viene tanta gente. Puedo disfrutar como hace años que no hacía de tres cosas que me gustan: pensar, escuchar música y leer. Casi siempre empiezo por leer, pero me cuesta concentrarme. Mi mente va y viene de las páginas del libro al runrún de mi cabeza.

Me gustaría tener una personalidad más práctica y menos romántica. Pensar más en el día a día, en vez de en conceptos abstractos. No sé si es cosa mía o un fallo sistémico que compartimos todas las personas de mi sexo.

En teoría solo faltan tres semanas para conocer a mi hombre misterioso, pero se me hacen eternas y no comprendo muy bien por qué tengo que esperar tanto.

Procuro seguir con mi vida como si él no estuviera en ella, como si fuera una ilusión, como si justamente lo estuviera leyendo en las páginas de un libro. No hay más remedio. Es eso o volverme loca.

Como siempre, son los niños los que me devuelven a la vida cotidiana. Es imposible perderse en ensoñaciones. Al menos, cuando estoy procurando que no se maten entre ellos o que recojan sus cosas, no le doy vueltas a lo mismo, a lo de siempre... a lo único.

Le dejo caer a Andrés que vi a Sara con un chico cuando viene a dejarme a los críos el viernes. No le da importancia. Dice que ella tiene muchos amigos, que cada uno lleva su vida.

—Después de lo nuestro he aprendido que las relaciones deben ser de otra forma. Que haga lo que quiera, yo no soy su dueño.

O mucho ha cambiado él o esa chica no le importa demasiado. Quizá sean ambas cosas.

Una tarde que mi madre viene a verme a la tienda decido ponerla al día. La pobre se quedó en Antoine. No sabe nada ni de Greta ni de Mister Equis.

Desde la muerte de la abuela la verdad es que la tengo un poco desatendida.

Primero porque mi nueva relación con la abuela la dejó a ella en un segundo

plano y ahora porque con mi trepidante vida apenas puedo ocuparme de algo que no sean mis hijos, mi negocio o yo misma...

Cuando acabo de contarle la historia de Mister Equis pone cara de preocupación.

—Ay, hija, creo que vas de mal en peor... tengo miedo de que te pase algo.

Estás completamente expuesta con este hombre que me cuentas. Sabe dónde vives, dónde trabajas, lo sabe todo de ti... Y tú, sin embargo, no sabes nada de él. Absolutamente nada.

—Tienes razón —le digo—. Solo sé que creo que es lo que estaba buscando. La persona perfecta para mí.

—También lo pensabas de Andrés y luego resultó que no —contesta ella—, pero así sin verle... ¿Y si luego es horrible?

—No creo que eso me importase mucho ya, mamá.

—¿Y lo del seso, que a ti te importa tanto?

—«Sexo», mami, no «seso». No me preocupa tampoco demasiado. Sé que será brutal.

—¿Y cómo lo puedes saber, Carlota? ¿Tienes una bola de cristal o qué?

—Porque lo sé.

—Tienes razón, chiquitina. Eso se sabe. Yo no lo supe nunca y así me fue.

—Aún tienes tiempo, mamá. Todavía puedes conocer a alguien...

—Uy, yo... con lo vieja y fea que estoy...

—Pues habrá que ponerte joven y guapa, ¿no crees? Si me das quinientos euros yo me encargo de hacerlo...

—Qué va, qué va, qué va. Me da pereza. Con ese dinero me hago un viaje que me cunde más que cualquier señor. Se empieza con quinientos euros para cazar al señor y luego se acaba consiguiendo un señor que te pedirá quinientos euros al cabo de un mes. Quita quita.

El sábado por la mañana recibo en la tienda un paquete de SEUR. Lo abro y es una cajita con unas llaves en un llavero muy bonito, con una Torre Eiffel.

Viene con un sobre color púrpura. Lo abro...

A raíz de nuestra conversación por WhatsApp del otro día creo que ha llegado el momento de ir un paso más allá en nuestra relación. Aún quedan tres semanas para vernos y la impaciencia nos empieza a pesar, no solo a ti.

También a mí.

No sé si te gustará lo que te voy a proponer; si no es así, no pasa nada.

Dejaremos pasar las semanas y nos encontraremos en la fecha prevista si para entonces aún quieres.

Las llaves que te envió son de un apartamento en la zona de Los Jerónimos, frente al Museo del Prado. Tienes la dirección exacta en el reverso de esta hoja. Como podrás suponer, son de un apartamento. No es mío. Es alquilado.

Accedo a que nos encontremos y a que pase lo que queramos que pase con dos únicas condiciones. La primera es que no me puedes ver. Tendrás los ojos vendados cuando yo llegue y me aseguraré de que así sea. La segunda es que tampoco diremos una palabra. Ni tú ni yo. Ni me verás ni oirás mi voz. Será un encuentro completamente a ciegas y en silencio.

Si dices algo me dará igual. No esperes que te responda. Ya te estoy avisando.

Si decides que sí, cuando llegues a la casa tendrás todo lo necesario para sentirte cómoda primero y luego para arreglarte y vendarte los ojos. Dejaré también dispuesto lo que deseo que te pongas. Si quieres, claro.

Me esperarás tumbada o sentada en la cama a las nueve de la noche dentro de dos días. Yo entraré en la casa pocos minutos después.

Cuando termine nuestro encuentro me marcharé igual de silencioso que habré llegado y tú podrás quedarte a dormir allí o marcharte. Lo que decidas.

La casa estará alquilada hasta el día siguiente.

Piénsalo bien, pero no me digas lo que has decidido. Prefiero descubrirlo en ese mismo momento.

Hasta dentro de dos días.

O no.

Leer su carta es de las cosas más excitantes que me han pasado. Me pone tan cachonda todo lo que dice que la leo una vez más. Me levanto, pongo el cartel de «Cerrado» y me meto en la trastienda.

Me tomaré cinco minutos para mí igual que otros se toman un café.

Pero no es cafeína lo que yo necesito.

El apartamento

La tarde señalada cierro la tienda una hora antes y voy paseando hacia la zona de Los Jerónimos. Busco la calle y el número. Es un edificio bonito y señorial como todos los del barrio. Sin embargo, siempre me ha parecido un lugar sin vida. Donde no hay bares, no hay vida.

Llego a eso de las siete y, pese a que todavía es de día, el apartamento está oscuro.

Voy hacia lo que parece ser el salón y subo las persianas de madera para dejar entrar la luz, que inunda de pronto toda la estancia. Es una sala grande dividida en dos por un gran arco, con pocos muebles. Los techos son altísimos con molduras y un parquet antiguo de pino que cruje al pisarlo. Huele a barniz de muebles y a limpio, a casa cara.

Me asomo al balcón y, tal y como él dijo, veo Los Jerónimos y El Prado.

Voy hacia la habitación. Solo hay una. Es blanca y luminosa igual que el salón.

También tiene balcón a la calle, adornado con dos largas cortinas blancas muy ligeras que arrastran un poco por el suelo y están atadas con unas cintas.

Una gran cama con un canapé ocupa gran parte del espacio. Es casi de hotel, tipo Queen Size. Sábanas blancas de algodón y colcha también blanca, con el embozo abierto y algunos pétalos de rosas rosas esparcidos por encima.

Junto a la almohada, una caja de caramelos de violeta.

En las mesillas hay pequeños jarrones con flores frescas y encima de un aparador, otro jarrón más grande, con al menos una docena de rosas blancas exquisitamente colocadas.

Además de un sillón y una descalzadora hay otra mesa de tipo auxiliar. Encima de ella una cubitera con una botella de champán y dos copas, un bol con fresas y una bandeja con quesos, *foie* y pequeñas tostaditas de pan.

En la descalzadora veo una caja con un lazo. Tiene una etiqueta con mi nombre. La abro y hay algo envuelto en papel de seda: es un maravilloso y delicado camisón de satén muy largo, de color beige claro. Junto a él hay una cajita de Tiffany, un colgante dorado en forma de llave.

El baño está en la misma habitación. Es tan lujoso como el de un hotel, un

poco estilo árabe. Huele a incienso, pero no lo veo. Él ha debido de quemarlo antes. Hay algunas velas grandes encendidas en la bañera, no muchas. También sales de baño y toallas mullidas colgando del calentatoallas.

Encima de la repisa, algunos objetos de tocador: un cepillo de pelo, perfume, una barra de labios de un tono burdeos oscuro, *khol* y máscara de pestañas.

También un esmalte de uñas de color vino, casi del mismo tono que el pintalabios.

Nada me sorprende. No esperaba menos.

Salgo un momento al balcón a fumar un cigarrillo. Cuando entro miro el reloj y veo que tengo poco más de una hora para prepararme. Tiemblo de deseo, de excitación, de nervios, de todo. Al fin pronto podré sentirle y estar unas horas con él. Comprobar si es real.

Un baño es lo primero; me ayudará a relajarme. Abriré el champán y me llevaré una copa a la bañera. En mi vida he abierto una botella de champán pero de todo lo que tengo que hacer hoy parece lo más fácil.

Reparo en algo que no había visto: en la habitación también hay un pequeño equipo de música y algunos discos cuidadosamente elegidos para la ocasión: Billie Holiday, Chet Baker, Bill Evans... No había dejado nada a la improvisación. Como en el caso de la tienda, todo está organizado al milímetro.

Un pensamiento muy absurdo pasa como un rayo por mi mente. Lo desecho enseguida. Son los nervios. Ya empiezan a pesar demasiado.

Paso un rato largo dentro de la bañera y me dan ganas de tocarme, estoy excitada pero no es por eso que me apetece: me ayudará a relajarme. Decido no hacerlo. Quiero reservarme para cuando él llegue.

Al salir del baño me pinto con cuidado las uñas de los pies y las manos, me arreglo el pelo, que he tenido cuidado de no mojarme, y me maquillo envuelta en la toalla. Uso todo lo que él ha dejado. Se supone que es para eso, porque quiere que lo lleve...

Voy a la habitación y me pongo el camisón. Noto el suave tacto del satén resbalando por mi cuerpo desnudo y el olor a delicado y a nuevo. Me queda perfecto, con el escote un poco desbocado, dejando entrever mis tetas. Me pongo también el colgante con la llave.

Después me tiendo en la cama mientras me bebo otra copa más. No me vendaré los ojos hasta que no sean las nueve. Ahora simplemente intentaré relajarme.

Sin embargo, estoy inquieta. No puedo estar tumbada sin más. Me levanto nuevamente de la cama para poner uno de los discos. Elijo a Chet Baker, creo

que es el que tiene más efecto sedante de los tres. Suena *I Fall in Love so Easily* y me viene al pelo, porque me enamoro bastante rápido, quién lo iba a decir.

El champán y la voz suave de Chet Baker me calman. Falta muy poco para que él llegue.

Me levanto otra vez para hacer pis. Luego no podré. No podré decir nada. Ni siquiera «Espera un momentito que tengo que ir al baño». ¿Cómo me las apañaré para no hablar?

A las nueve menos cinco me miro al espejo de nuevo para echarme un último vistazo y me vuelvo a tender en la cama con las vendas de raso en la mano. «Ahí voy», pienso.

Pongo una venda encima de la otra para hacerlas aún más tupidas y me tapo los ojos apretando bien y haciendo un nudo fuerte. Me tira un poco pero mejor así. Que no se mueva ni un ápice. Después me vuelvo a tumbar en la cama con las manos encima cruzadas encima del regazo, esperando.

Me recuerdo a la Bella Durmiente. Estoy esperando al príncipe.

Deseo que pase ya este momento y estar con él pero a la vez deseo que no pase. Una parte de mí se querría ir en este mismo instante. Echaría a correr escaleras abajo en camisón y descalza y me metería así en el autobús número 5, el que me lleva a mi casa.

A las nueve y cinco oigo la llave en la puerta y aún más fuertes los latidos de mi corazón. Escucho sus pasos en el pasillo. No me muevo. Ni siquiera respiro.

Noto que él ya está en la habitación, de alguna forma percibo su presencia.

Puedo sentir el calor de su mirada sobre mi piel. Pronto, una mano me toca la cara, luego el pelo, sus dedos rozan mi boca.

Me coge de las axilas, indicándome su deseo de que me levante. Me incorporo.

Su cuerpo busca el mío y me doy cuenta de que es bastante más alto que yo, por lo menos una cabeza. Me tengo que poner de puntillas para acercarme a su boca.

Eso me hace recordar a Andrés, a Antoine. Me gustan los hombres altos y este también lo es.

Me besa sujetándome la cara. Primero muy suavemente, rozando mis labios con delicadeza, pero yendo cada vez a más, usando su lengua un poco, luego un poco más hasta que la tengo entera en lo más profundo de mi boca. Siento el picor de lo que parece ser una barba corta. Noto su olor a madera de sándalo y a hierba. Mientras me besa hundo las manos en su pelo, grueso, espeso y abundante. El cuello fuerte, los hombros anchos, los lóbulos de las orejas suaves

y tiernos. No puedo evitar mordérselos, tirando suavemente de ellos hacia abajo con mis dientes.

El disco de Chet Baker que he puesto hace un rato aún no ha terminado. Suena *Let's Get Lost* y, sin saber cómo, empezamos a bailar muy pegados. De vez en cuando me besa. Estoy como en una nube. La última vez que me sentí así fue cuando Antoine vino al hotel de Sitges, nuestro primer encuentro...

Cuando la canción termina me vuelve a llevar hacia la cama, tumbándome en ella.

Luego siento el peso de su cuerpo a mi lado, supongo que se ha sentado. El ruido de sus zapatos cayendo al suelo. No se oye más que mi respiración acelerada y el disco que sigue sonando. Me acerca la copa de champán a los labios y me da de beber. Algo del líquido se me escapa de la boca, cayendo por mi cuello y mi escote. Él sigue el rastro con su lengua.

Después sus manos empiezan a explorar mi cuerpo. Las atrapo. Quiero tocarlas, ver cómo son. Las tanteo, las apretujo. Busco sus muñecas y recorro sus dedos con los míos. Son manos grandes, de dedos largos. Menos mal.

Me agarra del cuello, como si quisiera retorcerme y me pasa los dedos por la boca, que quiero morder y muerdo. Los chupo. No puedo evitar soltar un leve gruñido de excitación.

Se va de mi lado. Ahora está abajo, en mis pies, chupándome los dedos, comiéndome literalmente los pies, los tobillos... Sube con su lengua hasta mis corvas haciéndome temblar de impaciencia.

Noto ahora sus manos en mis hombros, bajando los tirantes del camisón, y siento algo de frío al quedarme con los pechos al aire. Es solo un momento. Muy pronto algo muy suave me distrae, recorre mis tetas, es como el cosquilleo de una pluma. Luego, un mordisco en los pezones que me hace gritar y su lengua húmeda, dando la última pasada.

Me pongo de rodillas en la cama y desabrocho su camisa a ciegas. Hundo mi cara en su pecho, con un suave vello por el que no tardo en pasar la lengua.

Palpo su tórax, sus brazos, su tripa, su cintura, su espalda; su piel es suave y elástica. Suspiro de alivio al comprobar que no puede ser viejo. Es imposible.

Mis manos se encuentran luego con su cinturón de cuero. Pretendo desabrocharlo pero me resulta algo complicado hacerlo a ciegas. Él me ayuda.

De paso me agarra las dos nalgas clavándome casi las uñas, apretándome contra su cuerpo... por primera vez noto el bulto de su polla. Me muerde el cuello como si quisiera arrancarme un pedazo de carne.

Me besa nuevamente y al hacerlo creo que ya me podría correr. Vaya besos. Vaya lengua jugosa, escurridiza y juguetona. Me quita el camisón, meto la tripa.

Ya no puedo más. Desabrocho los botones de sus vaqueros y palpo un calzoncillo de tela. Meto la mano por debajo del elástico y encuentro el tesoro que buscaba. Es del tamaño perfecto, gruesa y grande, y está hirviendo, a punto de estallar. Quiero tocársela, chuparla, pero él no me deja.

Pienso en quitarme la venda y acabar ya todo esto. Lo pienso seriamente.

Quizá lo haga después, cuando hayamos acabado. Si lo hago ahora, adiós polvo.

Con un movimiento rápido me sienta en la cama y me deja unos instantes.

Cuando regresa me mete los dedos en la boca. Yo los chupo, los muerdo... pero él tiene otra idea. Noto como una pequeña bolita y luego la tensión de una mordaza alrededor de mi mandíbula. Grito y sacudo la cabeza pero él no parece hacerme mucho caso. Tampoco es que yo ofrezca mucha resistencia.

Ahora estoy vendada y amordazada pero deduzco que eso no será todo.

Efectivamente, no lo es. Me vuelve a tumbar. Lo siguiente que noto es el tacto metálico de lo que parecen ser unas esposas ciñéndome las muñecas.

Ahora sí que puede hacer conmigo lo que quiera. Sospecho la razón de que me las haya puesto. Creo que quiere asegurarse de que no me quitaré la venda de los ojos. Chico listo.

Hunde entonces su lengua en mi ombligo como si fuera una taladradora dando vueltas, apretándome la parte baja del vientre al mismo tiempo. Me dan ganas de gritar pero no puedo.

Su mano se mete entonces entre mis piernas sin mucha delicadeza, con ansiedad. Por un momento diría que me hace daño pero me excita su brutalidad.

Acaricia mi vulva, mis labios, para buscar luego mi clítoris. Con una mano empieza a masturbarme y con la otra hunde un par de dedos dentro de mí. Me vuelvo loca, pero con la mordaza no puedo gritar, ni siquiera gemir...

Luego me abre de piernas todo lo que puede y noto cómo me pone un líquido viscoso y húmedo dentro de mí que pronto empieza a arder como el fuego. Me lo pone también por el culo.

Me sacudo y muevo como puedo pero yo no le puedo tocar a él por las esposas. Cuando estoy a punto de correrme quita bruscamente sus dedos de mi vagina. No quiero que lo haga, quiero que siga... pero no puedo decir ni mu.

Estoy a sus expensas.

Me abre aún más las piernas y sin dejar de tocarme el clítoris en

movimientos circulares y cada vez más rápidos me introduce uno de sus dedos en el culo y lo hunde cada vez más, cada vez más. Pronto me acostumbro. Todo me arde...

Empieza a meterlo y sacarlo más rápidamente sin dejar de frotar mi clítoris hasta que me corro en una larga sacudida. El orgasmo se multiplica por dos con el efecto de la mordaza. Es como si el placer no pudiera salir, como si se quedase dentro de mi cuerpo haciéndolo rebotar y estallar de nuevo, un efecto bumerán.

Por fin me quita la mordaza pero me dice «Chsss»... Suelto un largo suspiro.

Me sienta de nuevo en la cama y veo que me tiende de nuevo la copa de champán.

Después me vuelve a tumbar poniéndome las manos esposadas encima de la cabeza.

Entonces noto como me sujeta de las caderas y su polla se hunde por fin dentro de mí de forma salvaje. Luego me coge las piernas y se las pone encima de los hombros para poder penetrarme más profundamente. Muero de placer. Me corro varias veces esta vez sí gritando y gimiendo a mis anchas.

Yo no obedezco y hablo por primera vez:

—Fóllame, fóllame, fóllame más —le pido...

Él me gira entonces poniéndome de espaldas y me la mete por detrás con cuidado pero con determinación...

En un momento dado se retira de mi interior y lo siguiente que noto es su líquido tibio cayendo por mi espalda.

Me limpia con una toalla húmeda, me quita las esposas y me hace sentar para darme nuevamente de beber.

Se mete conmigo en la cama, nos tapamos y nos abrazamos. El último recuerdo que tengo es el de él besándome y acariciándome dulcemente.

Me quedo profundamente dormida porque cuando despierto ya no está en la cama. Me toco la cara y no tengo la venda en los ojos.

¿Lo he soñado?

Compruebo los restos del naufragio: el camisón tirado en el suelo, las copas de champán vacías, las esposas, la mordaza y las vendas que él ha dejado dobladas en la mesilla...

El sueño se ha hecho realidad. Las expectativas están cumplidas. Esto es real, el hombre que me ha follado por todos lados es de verdad. Ni un producto de mi imaginación ni un ser virtual.

Me levanto de la cama y noto que las piernas me flaquean, apenas puedo

ponerme en pie. Él ha dejado un corazón pintado en el espejo del baño con la barra de labios y una frase: «Por fin.»

Creo que me quedaré a dormir. Quiero que aunque él no esté ya, el momento me dure un poco más, poder olerle aún en las sábanas, recordar el tacto de su cuerpo, rememorar todo lo que ha pasado una y otra vez.

Podría devanarme los sesos tratando de adivinar quién es la persona que me acaba de follar así pero no quiero hacerlo. En el fondo no quiero saber nada.

Ningún pensamiento inconveniente me va a fastidiar este momento.

No es nadie con quien me haya acostado antes. De eso estoy casi segura.

Esta sensación es nueva. Completamente a estrenar.

Dime que me quieres

Paso cuatro días sin saber nada de él, muriéndome de angustia, queriendo ya que se acabe la interminable espera hasta el momento de vernos por fin las caras.

Cada vez que desaparece pienso que ya está, que no volveré a saber de él. Que todo ha sido una ilusión.

En teoría aún quedan dos semanas para que nos conozcamos y no sé cómo voy a soportarlas.

La emoción y preocupación por mi nuevo trabajo no consiguen que mi mente se aparte de él ni un solo segundo. Recordar la noche de sexo que tuvimos me pone aún peor. No podría soportar no volver a sentirme así.

Greta viene a verme a la tienda. Ya se le nota más la barriguita; en breve le dirán si es niño o niña. Hablar con ella me viene bien para aclararme las ideas y hacerme ver que no estoy completamente chalada.

—¿Crees que esto saldrá bien? —le pregunto.

—Una historia así no puede salir mal, ¿no? Seguro que seréis felices y comeréis perdices. Todo parece indicar que es guapo, inteligente, culto, folla bien y parece que está loco por ti..., ¿qué más quieres?

—No sé... imagino que comprobar que es real. Verle la cara.

—¿Y eso cuándo será?

—Me temo que cuando él quiera. Ya sabes que en teoría sucederá cuando me enamore de él.

—¿Lo estás?

—Estoy enamorada de un personaje, sí. Perdidamente enamorada.

Al día siguiente es jueves. Tengo la esperanza de que, como suele hacer, aparezca en el whatsapp.

Esta noche estoy más inquieta que nunca y hasta mis hijos me lo notan; me siento irritable y nerviosa, como avanzando ya el hecho de que puede que él no aparezca. Quizá se haya esfumado de nuevo.

Casi a medianoche, cuando estoy a punto ya de irme a la cama, me entra un whatsapp:

Verte, tenerte y sentirte me ha tenido descolocado estos días, por eso

necesitaba este tiempo, para aclararme. No quería aparecer y no decir nada.

¿Eso es malo o bueno?

Bueno por la sensación, malo porque me hace vulnerable. Eres mejor de lo que imaginaba. Te echaba tanto de menos...

Si no nos conocemos... Bueno tú sí; soy yo la que no te he visto aún.

Echo de menos cada momento de mi vida que no he pasado contigo.

Yo también lo echo de menos.

¿Dirías que he conseguido mi objetivo? ¿He logrado hacer que sientas algo por mí aunque no me hayas visto aún?

Sí... creo que sí lo has conseguido, pero comprende que para mí es como tirarme a un precipicio.

Pues estaré esperando. Cuando decidas lanzarte al precipicio recuerda que yo estaré abajo para cogerte.

Me lanzaré. Al fin y al cabo si me estrello de nuevo solo hay que hacer una cosa: volver a levantarme otra vez...

Pero ¿y si esta vez sale bien? ¿Y si no me estrello?

Esperando una señal

Los siguientes días los paso esperando una señal. Cualquier cosa me sirve para poner en marcha mi absurdo juego. «Si el siguiente que entra en la tienda pide un té verde, lo de Mister Equis saldrá bien, si pide té negro, saldrá mal.»

Busco la respuesta en las bolsitas de Yogui Tea, que siempre tienen algún mensaje lapidario. Me paso la semana tomando estos té y leyendo mensajes que no me aclaran mucho la cabeza: «*No ego no problem*» (genial), «Lo más importante en la vida es la confianza en ti misma» (entonces voy de culo), «Solo se puede ver con los ojos del corazón» (ajá).

Intento practicar en la calle un juego que he visto cien veces hacer a mis hijos: «coche amarillo». Si en la próxima calle hay un coche amarillo saldrá bien, si no, saldrá mal...

Dudo en si ir a echarme las cartas o no, pero estoy tan liada que me hace falta un poco de luz, aunque sea falsa. Vuelvo una vez más a casa de Mandy, mi tarotista de urgencia.

—Tienes problemas en la garganta... pero luego no será nada. También algo en la espalda. Tus hijos, bien; no veo problemas con ellos. Una persona de tu entorno muy mayor va a enfermar.

—Ya enfermó y ya se murió. Es mi abuela. Murió hace dos meses. Una cosita que te digo, Mandy —continúo—: no me interesa ahora mismo la salud; estoy sanísima. Mis hijos sí, claro, pero no vengo por ellos. Tampoco me interesa el pasado, que eso ya me lo sé. Ya sabes de lo que quiero que me hables. ¿Qué dicen las cartas del puto amor? Ah, y también de mi tienda, que se me olvidaba, a ver si me va a ir bien.

—Para empezar te diré que atraemos lo que proyectamos y tú ahora mismo proyectas enfado con el universo. No sé si es hoy o es tu estado habitual.

—Sí, vale. Ya mañana hago las paces con el universo. Dime qué sale, anda, que para eso me he tirado una hora en el metro.

—Sale como un renacimiento, una vuelta a empezar. No sé muy bien en qué se traducirá.

—¿Cuándo? ¿Ahora? ¿Con alguien que no conozco?

—Espera un momento que ahora mismo te digo su nombre, DNI, a qué se

dedica y qué día lo conocerás... ¿Qué te crees que es esto, cariño? Esto son tendencias que indica el Tarot. Lo que pase o no depende de ti... Sobre la tienda va a ir bien pero has de tener paciencia. Irá despacio al principio pero sale bien claro que si perseveras vas a triunfar.

Le cuento lo de Mister Equis a ver si así consigue hilar un poco más fino.

—Veo que es algo que puede salir bien. Tienes aquí la Rueda de la Fortuna que lo indica. Como te dije veo un renacimiento... podría ser un nuevo hijo.

—Bueno, bueno... no me pongas nerviosa. No sé para qué vengo. Me voy más liada de lo que vine. Ahora me sales con esto del hijo.

—Mira, de lo pesada que estás, hoy no te voy a cobrar la consulta. Coge los cuarenta euros, cómprate un vestido y tómate un cubalibre, hija, que te hace mucha falta... por no decir otras cosas que se me pasan por la cabeza. Qué necesidad tenéis algunas de que os coman el coño, ¿eh, Carlota? Siento ponerme ordinaria, tesoro, pero ¿es o no es?

Sí, lo cierto es que es verdad. No sé por qué nos llevamos las manos a la cabeza cuando nos dicen estas cosas.

De pronto recuerdo lo de las afirmaciones que dijo Coral, la adivina de mi madre. A ver si esa va a ser la solución. Me compraré esta tarde un cuaderno y empezaré a escribir mis deseos, así hasta que se cumplan: «Yo, Carlota, conozco a Mister Equis y resulta que es el amor de vida, justo como me lo había imaginado. Además gano muchísimo dinero con mi tienda de té y no tengo otro hijo.»

Son venticinco veces pero yo decido que lo haré cien, así tengo más posibilidades de que se cumpla.

La única señal que me sirve para algo es por fin un whatsapp de él que me llega esa misma tarde cuando estoy en la tienda: ¿No te da vergüenza tener el coche tan sucio? Vete a lavarlo mañana sin falta y cuando estés allí me avisas.

Es verdad. Mi coche está lleno de mierda pero tampoco me parece tan terrible, es su estado normal. Sin embargo, lo haré.

Quizás haya otra sorpresa esperándome en el túnel de lavado que por fin me indique algo sobre la dirección que debo tomar.

50

El túnel de lavado

Por la mañana antes de abrir la tienda, a eso de las nueve y media, me voy obediente a lavar el coche a la gasolinera de Cea Bermúdez, la más cercana a casa en donde hay túnel de lavado.

Casi olvido que voy porque él me lo ha pedido. Cuando estoy parada en un semáforo a punto de entrar le mando un whatsapp.

Voy a entrar en el túnel de lavado, ¿y ahora qué?

Ahora quiero que sigas mis indicaciones. Tenemos poco tiempo. Apenas dos o tres minutos pero quiero que hagas todo lo que te pido.

Bueno, depende de qué...

Cuando te toque tu turno para entrar en el lavado y estés con el coche ya parado te meterás la mano dentro de los pantalones o falda, lo que lleves, y no la quites de ahí... Cuando el operario te pregunte si quieres lavado completo o normal dile que completo, pero asegúrate de que te ve con la mano dentro de las bragas.

¿Estás loco? ¿Cómo voy a hacer esa barbaridad? ¿Quieres que me detengan?

Tú hazlo. Si ves que no se fija, haz que se dé cuenta. No tengas miedo.

Cuando te pida que pongas el punto muerto di que no puedes, que tienes las manos ocupadas, que si te puede echar una mano... Después apáñatelas para que se meta en el coche contigo y te masturbe en los dos minutos que dura el lavado del coche. Nadie te verá. No te será complicado, créeme. Te sorprendería saber la cantidad de veces que pasan cosas de estas. El sexo está por todas partes.

No puedo. Nunca he hecho algo así.

Sí puedes. Vamos, seguro que ya lo has pensado antes.

Es verdad. Ya lo había pensado antes pero en mis fantasías no había operarios de cincuenta años, sino tíos buenos de treinta vestidos con sexis monos de obrero y manchados de grasa. El túnel de lavado es frecuente escenario de mis fantasías eróticas, sobre todo cuando estoy en él, pero de ahí a hacer que un señor me meta mano así porque sí hay una gran diferencia. No saldrá bien.

¿Qué gano si lo hago?

Nos encontraremos esta semana si lo haces. No tendrás que esperar dos. Sé que estás impaciente.

¿Por qué me pides esto? No puedo entenderlo.

Para que superes tus límites. Es divertido y sé que te gusta el riesgo...

¿Y si no lo consigo? ¿Si no hago que se meta conmigo en el coche?

Ganarás la prueba igualmente. Lo que quiero es que lo intentes, que te pongas cachonda...

Ya estoy cachonda...

Pues más aún.

Por fin me toca el turno. Me late violentamente el corazón y estoy muy excitada. Me dispongo a hacer lo que me ha pedido muerta de miedo.

El operario me pregunta si quiero lavado completo o normal y le digo que completo mientras me meto la mano por dentro de mis vaqueros desabrochados.

Ya me noto empapada. Si insisto un poco, me podría correr en este mismo momento.

Me empieza a hacer indicaciones con la mano para que el coche quede sobre los raíles del autolavado...

—Tiene que poner punto muerto, señora.

Sigo las instrucciones de Mister Equis... obviando que me ha llamado «señora».

—Es que no voy a poder. ¿No ve que tengo la mano ocupada? Quizá me

pueda usted ayudar...

El señor mira hacia todos los lados echándome una rápida ojeada. Detrás de mí no hay ningún coche. Vuelve a comprobar que no hay nadie que le pueda ver y, sin más preámbulos, se mete dentro conmigo, ocupando el asiento del copiloto.

Es de los valientes. Se queda mirando mi mano dentro de los vaqueros como paralizado. Tampoco él sabe muy bien qué hacer.

Estalla la tormenta de agua y jabón mientras mi coche avanza muy lentamente por los raíles. Él casi no me mira. Está como alucinado pero no quiere perderse una oportunidad como esa. Sabe perfectamente los minutos que quedan... dentro de poco acabará el lavado y empezará el secado. Hay que darse prisa. Mañana lo contará en el bar a todos sus amigos durante el partido y nadie le creerá. Le tacharán de fantasma.

Sin titubear, dirijo su mano a mi entrepierna, directamente a mi clítoris, y echo la cabeza hacia atrás abriéndome bien de piernas, mientras le muevo la mano rápidamente, como a mí me gusta. Me voy a correr. Ni siquiera le puedo mirar.

Solo veo su mano en mi coño, la espuma salpicando en el cristal, los rodillos haciendo ese ruido infernal... Una tormenta de agua y jabón.

Cuando me corro le hundo aún más la mano dentro de mí dando un largo gemido de placer. Noto mi vagina expandiéndose y contrayéndose bruscamente.

Ya estamos a punto de acabar la fase del secado. Justo a tiempo.

Cuando llegamos al semáforo que está en rojo y hace que el coche esté detenido aún unos segundos más, por fin le miro directamente con una sonrisa.

—Mil gracias por su ayuda.

Él contesta que de nada un poco cortado, con una sonrisa forzada, deseando escapar de mí y se baja mirando para todos los lados, justo como se metió.

Llevo el coche a la zona en donde brillantan y limpian la tapicería mientras me acerco a la caja a pagar. Me lo encuentro allí. Le doy mi tarjeta de crédito.

—¿Me das tu teléfono? —pregunta.

—Qué va. Estoy casada y con hijos. Ya nos veremos por aquí. *Ciao*.

En realidad no volveré allí en la vida, así se me desintegrara el coche.

Lo he hecho. He podido. Todavía no doy crédito. He recreado otra de mis fantasías. La primera fue la del cine... y ahora esto. Nunca pensé en hacerlas realidad. Si no hubiera sido por Mister Equis se hubieran quedado en eso, en fantasías.

Estoy tan excitada y nerviosa que no puedo escribirle hasta que estoy ya

aparcada cerca de casa.

Acabo de aparcar. He hecho lo que me has dicho y ha salido bien. Joder, aún no me explico cómo he podido hacerlo.

No esperaba menos de ti. Hazlo de nuevo... pero esta vez tú solita. Ahora mismo. Nadie se dará cuenta. Ponte cualquier cosa encima. Grábate con el WhatsApp mientras te corres. Quiero escuchar tus gemidos.

No es justo. Ya he hecho lo que me has pedido.

Pero ahora no es porque yo te lo pido. En el fondo te mueres por hacerlo; estás tan cachonda que deseas correrte otra vez.

Tiene razón, así es.

¿Quién es este hombre y de dónde sale que parece conocer hasta el más íntimo de mis rincones y tiene la mente más perversa que hubiera podido imaginar?

Las galletas de la fortuna

Según nuestro último chat de WhatsApp, esta semana él me hará saber cómo y cuándo nos encontraremos. Será una sorpresa que llegará cuando menos lo espere, como todas las sorpresas.

Eso ha dicho.

Tengo pavor de conocerle, de que no me guste, de rechazarle por su aspecto o cualquier tontería. Aunque me gusta casi todo de él, temo mi reacción la primera vez que le vea. Al fin y al cabo solo tengo una ligera idea de cómo es pero no sé nada de su vida. Solo hemos hablado de nosotros. El resto no ha importado mucho.

Me dijo que es editor, pero ¿editor de qué tipo de libros? ¿Acaso me he molestado en preguntárselo? Sé que tiene hijos o hijo, pero ¿de qué edad? ¿Vive con ellos? Ni siquiera sé cuántas exparejas tiene, dónde vive o de dónde es.

Realmente no sé nada de él y, sin embargo, creo conocerle muy bien.

Por supuesto podría ser alguien que ya conozco, pero me parece improbable porque Mister Equis reúne cualidades o características que juntas no identifico en nadie que no sea él. Es exquisito, culto, inteligente, tiene sentido del humor pero a la vez es lascivo y tremendamente sexual, justo la combinación ideal.

Y claro, también está el asunto del aspecto físico. ¿Qué pasará si no me atrae físicamente? ¿Y si su imagen real no coincide en nada con la imagen que yo me he forjado de él a lo largo de todo este tiempo?

Y luego está la vida que a partir de entonces me espera, mis hijos... Realmente no sé ni dónde me estoy metiendo ni qué pasará a partir del día en el que por fin nos encontremos.

Las primeras semanas de la tienda pasan sin incidentes. La tranquilidad de mi vida de ahora me permite volver a escribir. Es casi como una vida soñada, y la tienda, más que un lugar de trabajo, se ha convertido en mi refugio. Es como mi Tiffany particular. Aquí dentro nada malo puede suceder.

Descubro además que la gente se me da bastante bien, creo que mejor que los negocios. No sé si ser tan amable me traerá dinero, pero seguro que sí muchos amigos...

Una tarde de esta semana, recibo un correo de mi hombre. No un whatsapp, un mail.

¿Cuál es tu día libre? He organizado una especie de actividad divertida para ti. Necesitaré algunas horas, así que no puede ser un día de trabajo.

Le contesto ya un poco de mal humor.

Es el domingo. ¿Por qué no te dejas ya de tanto juego y tanta prueba? Necesito saber ya cuándo te podré ver, algo concreto.

Ya te dije que sería una sorpresa.

El domingo me tocan los niños, así que no sé muy bien cómo van a encajar mis hijos con su jueguito. Como sea de sexo estamos aviados. Si no lo es me viene genial porque tampoco tengo pensada ninguna actividad para hacer con ellos. Así por lo menos los mantengo entretenidos.

Le mando un whatsapp:

¿El juego este puedo hacerlo con mis hijos? Me tocan este fin de semana.

Perfectamente.

El sábado por la tarde la tienda está a tope de turistas. Mis hijos están viendo Netflix en la trastienda. Con estos horarios no me queda más remedio que tenerlos aquí. De vez en cuando, salen y se sientan a charlar un rato conmigo.

Diana y yo estamos hablando de no sé qué cuando ella repara en algo.

—Mira, mamá, hay un sobre tirado debajo de la puerta.

—Cógelo, por favor.

Es de un azul muy bonito. Lo abro y saco un tarjetón escrito a mano con buena letra:

*El bar adonde vas a diario
para dejarte la primera pista (mañana por la mañana) me pareció un buen
escenario...*

No puedo evitar reírme. Esto tiene pinta de convertirse en una yincana en

toda regla. Mister Equis quiere sorprenderme hasta el final. Este hombre no tiene fin.

—¿Qué pone, mamá? —quiere saber Diana—. ¿De qué va todo esto?

—Mira, mañana vamos a jugar a un juego, un juego de pistas. Y la primera pista es justamente esta tarjeta...

Hago que no sé la respuesta para dejar que sea ella la que lo descubra y se sienta orgullosa.

Lo lee muy seria.

—¡¡¡Ya lo sé!!! —me dice—. El bar adonde vas a diario... es El Palentino, ¿no? ¡Lo he adivinado!

—Vaya, sí, tienes razón —le contesto—. Pero tenemos que esperar a mañana.

Diana está tan entusiasmada que se lo cuenta rápidamente a su hermano.

Al día siguiente a las ocho ya me están sacando de la cama a rastras para ir a El Palentino a por la siguiente pista...

Está Lola, que nos pone el desayuno gruñendo como siempre.

—¿Han dejado algo aquí para mi madre? —le pregunta Diana.

Lola me da una cajita rectangular...

—Lo traje una niña para ti. La misma que recogió las llaves aquel día.

Otra vez la niña, debe de ser su hija...

Abro la cajita, que es como de madera, dentro de ella hay unos palillos chinos lacados en rojo, muy bonitos, unos palillos de comer. Me quedo mirándolos un poco perpleja...

—Mira a ver si hay una pista —dice Teo dando saltitos de emoción.

—A lo mejor hay una nota... fíjate bien —señala Diana.

Miro de nuevo dentro de la caja y, efectivamente, hay un papelito tan minúsculamente doblado que casi no se ve.

Unos palillos chinos como estos has de saber usar para poder ir al sitio al que te voy a llevar.

En una estación de metro de una línea par hay un pedazo de China en nuestra ciudad.

En la segunda papelera del andén encontrarás la próxima pista que vas a querer saber.

Diana y yo nos miramos riéndonos, mientras que Lola quiere saber a qué nos

dedicamos.

—Es como una especie de juego de pistas, Lola.

—¿Y para qué sirve eso?

—Para encontrarme con el hombre de mi vida, por lo visto...

Diana pone cara de emoción.

—Haaaala, mamá..., ¿es eso verdad? Yo te ayudo, yo te ayudo.

Me quedo mirando el papel con cara de sota. ¿Cuál es el siguiente paso?, ¿una estación de metro de una línea par y un pedazo de China en la ciudad...?

—¿Dónde hay barrios de chinos, Lola?, ¿se te ocurre algo?

—¿Te parecen pocos todos los chinos que hay aquí en el centro? Si esto parece la Gran Muralla... Será plaza España, Leganitos, a mí qué me cuentas.

Pero estos no son. Esto es línea tres.

Pienso en barrios donde vivan chinos. No se me ocurren muchos.

—Podemos mirar el plano de metro en el móvil, mamá. Miremos todas las estaciones pares y a ver si viéndolas se te ocurre alguna donde vivan muchos chinos —dice Diana...

Estoy ya maldiciendo a Mister Equis por hacerme pasar un domingo tan enrevesado, pero bueno, al fin y al cabo los niños se lo están pasando pipa a juzgar por sus caras de entusiasmo.

—¿Lo veis, niños? Las grandes aventuras de la vida se viven en la realidad, no en la Play.

—Sí, sí, mamá, lo que tú digas —me dice Teo con resignación.

Vamos revisando los nombres de las estaciones de metro de las líneas pares.

La primera, la roja, la de Ventas... nada; la segunda, la marrón, la cuatro, la que pasa por todo el barrio de Salamanca... nada, allí chinos no hay muchos. La siguiente, la seis... De repente, al llegar a un nombre, se me enciende la luz.

—¡Usera! Seguro que es Usera —digo al fin—. Allí hay montones de chinos, ¿cómo no se me ha ocurrido antes?

Los niños y yo chocamos las palmas. Ya lo tenemos...

Nos despedimos de Lola, que nos mira como dándonos por locos.

—Ya me contarás cómo ha resultado el amor de tu vida, ¿eh?... A ver si te dura hasta mañana.

Cogemos el metro en Callao y tras hacer un transbordo en Legazpi hacia la línea 6, aparecemos en Usera. Ahora hay que dar con el andén. Lo más normal es que sea en el que estamos, al que llegan los trenes que vienen del centro. Y ahora la segunda papelera..., ¿contando por la derecha o por la izquierda?

—Venga, niños, vamos a revisar todas las papeleras. Meted las manos en

todas a ver si encontráis algo.

—Vale, mamá, debes de ser la única madre que manda a sus hijos meter la mano en papeleras llenas de mierda... —dice Diana.

—¡Hay una bolsita de tela, hay una bolsita de tela! —grita Teo.

Diana y yo vamos corriendo hasta donde él está y sacamos con emoción otro nuevo papel de un saquito de tela, esta vez enrollado en forma de cilindro.

Ahora que has llegado a Usera supongo que sabrás que en el barrio chino más grande de Madrid estás.

Un supermercado chino has de encontrar hay anguilas en una pecera como si nadaran en un mar, al señor chino de la caja una señal has de dar, una palabra secreta que tendrás que adivinar.

Es una cosa que debes pedir, tiene que ver con tu trabajo, el té, y además es algo que te gusta comer...

Los niños se miran con recocijo. Se lo están pasando en grande. Me cago en la leche. Ahora querrán hacer esto todos los fines de semana...

El siguiente paso es encontrar un súper chino que tenga anguilas, algo que justamente hace todo el mundo un domingo de la vida. Pues ya podemos empezar a buscar. Creo que primero necesito un cigarrillo y otro café.

Nos adentramos en Usera, un Chinatown en toda regla. Es como un barrio de clase media madrileña transformado en chino con guirnaldas, farolillos y carteles de negocios escritos en chino: hay peluquerías, agencias de viajes... Vamos recorriendo las calles que más «chinas» nos parecen. Nos metemos en el primer súper que vemos...

—¿Tienen anguilas vivas? —pregunta Teo.

El chino, con la amabilidad que les caracteriza en este tipo de negocios, dice hoscamente que no...

—¿Y sabe dónde pueden tener? —pregunta esta vez Diana.

—No... —es lo único que responde.

—Seguro que lo sabe pero no nos lo quiere decir —me dice Diana cuando salimos.

Yo también pienso lo mismo pero no lo digo, no quiero alimentar pensamientos xenófobos en mi hija de diez años...

Entramos en otro más. Tampoco tienen anguilas y tampoco saben dónde podemos encontrarlas. También parece que nos escupirían de buena gana...

Nos recorreremos todo el barrio en busca de los puñeteros bichos. Lo único

que se me ocurre ya es ir a uno de los restaurantes de la zona. Igual ellos saben algo.

Tendrán que comprar las anguilas que ponen en la carta en algún lado.

Ya son casi las dos y, como es domingo, el restaurante donde entramos está lleno de familias chinas comiendo cosas de lo más extrañas, con la tele puesta en chino.

Teo y Diana dicen que quieren comer allí, que ya seguiremos buscando las anguilas después. No sé lo que es casi nada de lo que nos llevamos a la boca pero está rico y es barato. Nos lo traen todo en una bandeja llena de compartimentos. Nos sentimos un poco en China, por la comida y porque no entendemos nada. Somos los únicos no chinos.

Cuando nos vamos le preguntamos a la chica que nos ha atendido y nos dice que hay un supermercado muy grande en una calle aledaña, uno en el que sí venden peces vivos.

Me imagino que lo que venderán serán carpas, las típicas carpas que siempre piensas que te dan cuando pides pescado en un sitio de esos.

Seguimos sus indicaciones y damos con el súper. La chica tenía razón: es muy grande. Pasamos primero por el apartado de carnicería y prefiero no fijarme mucho en las cosas que veo de refilón al pasar porque me podría desmayar. Teo y Diana corren a la pecera...

—¡Son anguilas! ¡Son anguilas! —gritan a coro.

Y efectivamente, hay un par de ellas, negras y delgadas, retorciéndose como locas...

¿Cómo coño se las llevará la gente a casa? ¿Vivas en una bolsa? ¿O se las cargará uno de los dependientes chinos y las cortarán después en rodajas?

Prefiero no pensarlo.

Parece que hemos dado con el sitio. Ahora solo falta resolver la segunda parte de la adivinanza:

Tiene que ver con tu trabajo, el té, y además es algo que te gusta comer...

—Lo que más te gusta es el helado, mamá —dice Teo.

Es verdad, es el helado... y tiene que ver con el té...

—¡Helado de té verde! —exclamo en voz alta. Vaya. Por fin he adivinado algo. Ya iba siendo hora.

Los niños brincan y dan palmas. Realmente están entusiasmados.

—Ahora le tienes que decir «Helado de té verde» al señor de la caja —dice

Diana.

Nos acercamos a la caja pero allí solo hay una chica. Pregunto si no hay un chico, un señor. Se encoge de hombros. No sabemos qué hacer. Por si acaso le digo las palabras mágicas: «Helado de té verde», pero no parece pasar nada. Se queda tan inexpresiva como antes...

De repente alguien entra en el súper dando alaridos en chino; debe de ser el padre.

—Hola —le digo—, ¿tienen helado de té verde?

—Un momentito —me contesta.

A los pocos minutos regresa con un envase de helado en la mano y lo que parece ser un paquete de galletas en la otra.

—Helado de té verde venir para ti con galletitas de la suerte de regalo.

Nos miramos y nos reímos. Grapado a la bolsa de galletas hay otro papel...

Diana lo lee...

Las galletas de la suerte ya están en tu poder.

Solo una cosa: todas las has de comer si quieres dar con el lugar y hora en donde por fin nos podremos ver.

Estoy histérica. Quiero ir a casa y comerme allí tranquilamente las galletas pero mis hijos están tan excitados que se niegan. Proponen que nos sentemos en un parque cercano al metro y nos las comamos allí. Parecen más impacientes que yo.

Hay veinte galletas, así que tocamos casi a siete. Joder, y acabamos de comer.

—Poned aquí dentro los mensajes de cada galleta y luego los juntamos todos...

a ver qué se le ha ocurrido ahora... —les digo.

Nos empezamos a comer las galletas. Menos mal que no llenan mucho. A mí me toca un mensaje que hace que se me caigan las bragas: «Domingo a las seis.»

«¿Cómo domingo a las seis? ¡¡¡Ahora son las cinco menos cuarto!!!»

Me como otra y leo solo una palabra: «Libro.»

La tercera dice: «Te estaré esperando.»

Cuando los niños han acabado ponemos todos los mensajes encima de la hierba para ir juntando los trozos en una frase que tenga sentido. Algunos no tienen nada que ver... solo son frases lapidarias normales de las que suele haber en las galletitas de la suerte.

Lo que juntamos nos da esta composición:

Domingo a las seis

Café Comercial

Libro encima de la mesa

Camiseta de rayas

Te estaré esperando.

Los críos quieren saber quién es, a quién voy a conocer y no sé qué explicarles, qué decirles. Opto por algo parecido a la verdad. Les cuento que es alguien que he conocido por Facebook y que nos hemos hecho muy amigos.

—¿Podemos ir? Yo quiero conocer a alguien tan guay.

—No, Teo, no puede ser.

—No te preocupes, mami. Llévanos a casa y yo cuido a Teo, así llegarás a tiempo —dice Diana.

Café Comercial

No podemos hacer otra cosa más que eso. Imposible conseguir canguro en domingo. Me queda apenas una hora escasa para llegar de Usera hasta mi casa y luego de casa al Café Comercial. Menos mal que queda cerca.

Tengo tanta prisa que apenas me da tiempo a ponerme nerviosa, a pensar lo que voy a decir cuando le vea, a imaginarme lo que sucederá. Casi prefiero que haya planteado nuestro encuentro de esta forma, a lo bestia y de sopetón. Así ni siquiera me da tiempo a pensarlo.

Miro mi ropa y, como en todos los momentos estelares de mi vida, no es la adecuada. Desde luego, no para encontrarme con el futuro hombre de mi vida.

Vaqueros, camisa también vaquera, unas Converse y cara lavada. Por suerte creo que tengo algo de maquillaje en el bolso.

—¿Voy muy mal así? —le pregunto a Diana—. No me da tiempo a cambiarme ni de broma.

—Estás muy guapa. Tú siempre estás guapa —me dice mi niña.

En el último tramo del trayecto de metro me pongo un poco de colorete, me pinto la raya de los ojos y me pongo máscara de pestañas y brillo de labios.

Diana me arregla amorosamente el pelo con las manos.

—¿Quieres que te preste mis aros? —pregunta.

Cuando salimos del metro en Iglesia estoy medio presentable, no el que sería mi aspecto ideal para una cita pero presentable.

Subo a mis hijos a casa y les prometo que como mucho a las nueve estaré de vuelta. Que me llamen al móvil si hay cualquier problema.

Cuando bajo a la plaza de Olavide nuevamente estoy ya muy nerviosa, tanto que no sé si entrar en algún sitio a tomarme aunque sea una caña. Si no no podré soportarlo. Lo hago. Me meto en uno de los bares de la plaza y me pido una cerveza que me bebo en la barra casi de un tirón. Suficiente para tranquilizarme un poco. Al salir otra vez a la calle, enciendo un cigarrillo y noto que me tiemblan las manos.

No voy a poder hacerlo. Así no puedo presentarme a una cita.

Estoy en el cruce de Luchana con la Glorieta de Bilbao. Veo ya muy cerca la

fachada del Comercial; voy a menudo desde que lo han reabierto. Pero ahora ya no es el Comercial, es el sitio donde me espera él. Él. Necesito beber agua, ¿por qué no llevaré una botella en el bolso como todas las mujeres normales?

¿Y si me doy la vuelta?, es de lo que realmente tengo ganas. ¿Quién me manda a mí meterme en estos berenjenales?

Cuando empujo la puerta del café tengo la boca seca como una cueva, el corazón me late tan fuerte que creo que me va a dar un ataque y moriré allí mismo. Me laten las sienes y tengo ganas de devolver.

Ya no hay solución, tengo que seguir adelante. Ya está, cuando me quiera dar cuenta el momento horrible ya habrá pasado. Es solo un momentito y ya habrá pasado...

Ahí voy.

Para ser un domingo por la tarde no está muy lleno. Miro a mi alrededor, buscándole, la camiseta de rayas, el libro... De pronto veo algo que me desencaja la cara: mi exmarido está sentado en una de las mesas leyendo un libro tranquilamente. Me acerco completamente acelerada, como un huracán...

—Andrés, hola. Joder, vaya casualidad. Tienes que irte ya mismo. Después te lo explico. He quedado aquí con Mister Equis, mi desconocido de Internet, justo ahora, a las seis. Por favor, te pido que te vayas. Ya solo me faltaba que estuvieras tú presenciando la escena.

—Carlota...

—Por favor te lo pido, Andrés. Vete o espera fuera a la persona con la que hayas quedado. Por lo menos vete a la barra desde donde no puedas verme.

Rápido, por Dios. No te preocupes, yo pago esto. Él va a llegar ya mismo...

—Carlota, siéntate un minuto...

—No me jodas, Andrés, por favor, no me jodas este momento de mi vida. Vete ya, por Dios te lo pido.

—Carlota...

Epílogo

Positano, Costa Amalfitana... dos días después

Prefiero no ver mi tripa en biquini después de los dos Aperol Spritz, los espaguetis con pez espada y berenjena y el Tiramisú que me he metido en el cuerpo. Mejor mirar a mi alrededor, quedarme adormilada en la tumbona bajo el sol cálido de finales de mayo, ver las coloridas casetas de pescadores de la pintoresca playa de Positano, pensar en la perspectiva nada halagüeña de los

cientos de escaleras de piedra que nos esperan luego para llegar a nuestro pequeño hotel colgado de un acantilado, imaginar cómo será la mesa del romántico restaurante de Ravello que él ha reservado para cenar esta noche.

Por fin estoy aquí. Hay algo raro en llegar a los sitios donde siempre has querido ir, de alguna forma es como si llevaran tiempo esperándote. Siempre pensé que pasearía por estos pueblos con un vestido de cuadros vichy, un pañuelo en la cabeza, unas alpargatas y un capazo de paja, pero no me dio mucho tiempo a comprar nada. Salimos de Madrid con demasiada prisa.

Andrés aparece de pronto con un exuberante helado de tres bolas en una copa de cristal. Vuelvo a la vida y me olvido de la siesta. Nada puede compararse al poder de un helado, ni siquiera el sexo es mejor.

—No había dulce de leche. He traído Amarena, Tiramisú, y Ferrero Rocher... lo más italiano que he encontrado.

Le miro con cierta decepción y él me sonríe. Desde que nos encontramos anteayer por la tarde en el Comercial y por más que pregunto, él insiste en que no hay nada que contar. Dice que sobran las explicaciones. Somos como dos personas que apenas se conocen de luna de miel, pudorosos, sonriendo tímidamente y evitando conversaciones incómodas. Los dos sabemos que esta noche será nuestra noche de bodas. Pero no sé si en la cama me espera Andrés o Mister Equis. Quizás ambos...

—Llevo varios meses demostrando un montón de cosas —me dice—. No creo que tenga que explicar nada a estas alturas. Más bien tengo que dudar de tu inteligencia. Pensé que lo sabías de sobra y simplemente me estabas siguiendo el juego.

—Se me pasó por la cabeza alguna vez —respondo—. Lo pensé en el apartamento de Los Jerónimos, antes de que llegaras, pero me pareció tan descabellado que lo deseché enseguida. Creo que en el fondo de mi mente sabía que eras tú, pero no quería admitirlo. Me dejé llevar por el juego pero me daba demasiado miedo saber quién había detrás, justamente porque en cuanto lo descubriera todo se acabaría. Después de acostarnos aquel día a ciegas pensé que no podías ser tú. Jamás me habías hecho el amor así.

—Quizá porque nunca te había perdido antes... —contesta él.

—¿Y lo de Sara?, ¿nunca fue realmente tu novia?

—Sí lo fue, claro que sí, pero pronto se dio cuenta de que yo seguía enamorado de ti y al final hasta me ayudó en toda la película. En la fiesta de inauguración de tu tienda hacía ya tiempo que no estábamos juntos. A las mujeres os encantan las historias románticas, incluso si no sois las protagonistas.

—Tú, los niños y ella no vinisteis nunca aquí, a la Costa Amalfitana, ¿verdad?

Te lo inventaste para darme celos...

—No hubiera podido venir con otra persona que no fueras tú. Era nuestro viaje pendiente.

—Dime una cosa —le pido—, ¿Diana también estaba en el ajo, ¿no? Te ayudó a decorar la tienda... Lo hicisteis todo juntos... E imagino que Lola la del bar estaba también compinchada. Es imposible si no...

—Claro, Di estuvo desde el principio en el juego. No habría podido hacerlo sin ella. Somos dos de las personas que mejor te conocen. Fue a la vez mi espía y mi ayudante. Le expliqué muy claro que, pese a todo lo que estábamos haciendo, no era seguro que funcionara. Ella tenía más fe que yo mismo.. Y sí, claro, Lola lo sabía. Pero la verdad, aún no se cómo va a acabar todo esto. Pese a todo mi despliegue de romanticismo de estos meses y el haberte traído aquí por sorpresa no te veo muy convencida...

—¿Muy convencida de qué?

—De querer volver conmigo...

—Bueno, es un tema que tendremos que dejar aplazado de momento. A Andrés ya le conozco y creo que lo nuestro no funcionó pero aún no sé muy bien de qué va Mister Equis...Estamos juntos aquí, eso es lo único que importa ahora, ¿no?

Gotitas de sudor caen por mi tripa, tengo mucho calor. Andrés no se quiere bañar. Como siempre, dice que tiene que guardar las dos horas de digestión. Yo debería esperar cuatro después de lo que he comido, pero me da igual. Si se me corta la digestión prefiero que sea aquí. Me levanto de la tumbona y voy haciendo malabarismos por las piedras para llegar hasta la orilla. Prefiero no pensar en qué voy a hacer con todo esto. Ya lo pensaré mañana o cuando volvamos a Madrid. Lo malo de las playas italianas es que las piedras se te clavan en los pies y te hacen perder el equilibrio. Vista de espaldas no debo de parecer muy sexi dando tumbos y saltitos para esquivar los guijarros.

Me meto despacio en el agua, sacando culo, esta vez para que él me mire, aunque quizá ya se haya quedado dormido. Lentamente avanzo hasta que el agua me cubre la tripa y entonces empiezo a nadar hacia unas boyas cercanas. Me quedo suspendida agarrada a la cuerda mientras oigo los zumbidos de las lanchas motoras a lo lejos. Me relajo y chapoteo, entretenida en mirar las piedras del fondo a través del agua cristalina.

De pronto noto un cuerpo pegado al mío como con pegamento, una lengua

recorriendo mi oreja, una mano agarrándome fuerte por la cintura, un olor familiar. Me quedo muy quieta y no vuelvo la cabeza para mirar quién es. El corazón me late deprisa. La mano se mete entonces sin titubear bajo la braga de mi bikini y empieza a moverse primero despacio y luego más rápido, haciendo movimientos circulares, como a mí me gusta.

Minutos después apoyo la cara en la cuerda y los dos nos miramos a los ojos como si fuera la primera vez, con la sorpresa y el regocijo de un tesoro recién descubierto.

—Me llamo Carlota. Muchas gracias, ha sido muy excitante —le digo sonriendo.

—Yo soy Mister Equis. Encantado de conocerte.

Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [1. Después de la tempestad viene la calma](#)
- [2. Sin ti no hay nada](#)
- [3. Escuela de calor](#)
- [4. Un cumpleaños feliz](#)
- [5. La piedra lunar](#)
- [6. Cuevas, sexo y murciélagos](#)
- [7. Veneno en la piel](#)
- [8. Agonda Paradise](#)
- [9. Otra vuelta de tuerca](#)
- [10. Plantaciones de té y aguas pantanosas](#)
- [11. Lugares que se inventaron para nosotros](#)
- [12. Dulce hogar](#)
- [13. El pasado siempre vuelve](#)
- [14. Ucrania, un sitio al que no ir](#)
- [15. Ser o no ser](#)
- [16. Una herencia en vida](#)
- [17. Las mil y una noches](#)
- [18. ¿Qué me pasa, doctor?](#)
- [19. Una mujer fatal](#)
- [20. Mister Equis](#)
- [21. Nuevas emociones](#)
- [22. Que la vida te deje exhausta](#)
- [23. Leyla](#)
- [24. La invitación](#)
- [25. Solo chicas](#)
- [26. En tu fiesta me colé](#)
- [27. El brunch](#)
- [28. Noche burlesque](#)
- [29. Allí donde estés](#)
- [30. Aprendiendo a confiar](#)
- [31. La Dama de las Camelias](#)
- [32. La carta](#)

- [33. La sorpresa](#)
- [34. Te prohíbo que me aprecies](#)
- [35. Apocalipsis zombi](#)
- [36. Sesión continua](#)
- [37. Cojines con sorpresa](#)
- [38. La vitrina del estanco](#)
- [39. Cabo de Gata](#)
- [40. Tengo miedo](#)
- [41. Thelma y Louise](#)
- [42. El día D](#)
- [43. Tres](#)
- [44. Nueva vida](#)
- [45. Quédate conmigo](#)
- [46. Una proposición indecente](#)
- [47. El apartamento](#)
- [48. Dime que me quieres](#)
- [49. Esperando una señal](#)
- [50. El túnel de lavado](#)
- [51. Las galletas de la fortuna](#)
- [52. Café Comercial](#)
- [Epílogo. Positano, Costa Amalfitana... dos días después](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[1. Después de la tempestad viene la calma](#)

[2. Sin ti no hay nada](#)

[3. Escuela de calor](#)

[4. Un cumpleaños feliz](#)

[5. La piedra lunar](#)

[6. Cuevas, sexo y murciélagos](#)

[7. Veneno en la piel](#)

[8. Agonda Paradise](#)

[9. Otra vuelta de tuerca](#)

[10. Plantaciones de té y aguas pantanosas](#)

[11. Lugares que se inventaron para nosotros](#)

[12. Dulce hogar](#)

[13. El pasado siempre vuelve](#)

[14. Ucrania, un sitio al que no ir](#)

[15. Ser o no ser](#)

[16. Una herencia en vida](#)

[17. Las mil y una noches](#)

[18. ¿Qué me pasa, doctor?](#)

[19. Una mujer fatal](#)

[20. Mister Equis](#)

[21. Nuevas emociones](#)

[22. Que la vida te deje exhausta](#)

[23. Leyla](#)

[24. La invitación](#)

[25. Solo chicas](#)

[26. En tu fiesta me colé](#)

[27. El brunch](#)

[28. Noche burlesque](#)

[29. Allí donde estés](#)

[30. Aprendiendo a confiar](#)

[31. La Dama de las Camelias](#)

[32. La carta](#)

[33. La sorpresa](#)

[34. Te prohíbo que me aprecies](#)

- [35. Apocalipsis zombi](#)
- [36. Sesión continua](#)
- [37. Cojines con sorpresa](#)
- [38. La vitrina del estanco](#)
- [39. Cabo de Gata](#)
- [40. Tengo miedo](#)
- [41. Thelma y Louise](#)
- [42. El día D](#)
- [43. Tres](#)
- [44. Nueva vida](#)
- [45. Quédate conmigo](#)
- [46. Una proposición indecente](#)
- [47. El apartamento](#)
- [48. Dime que me quieres](#)